obra completa

AGUSTIN ZAPATA GOLLAN

tomo I



LA CONQUISTA CRIOLLA

OBRA COMPLETA
ZAPATA GOLLAN

TOMO 1

OBRA COMPLETA
ZAPATA GOLLAN

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

Rector
Enrique Mammarella
Secretario Académico
y de Innovación Educativa
Miguel Irigoyen



Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán

—————————

Zapata Gollán, Agustín
Obra completa : la conquista criolla /
Agustín Zapata Gollán. - 1a ed. - Santa Fe :
Ediciones UNL, 2022.
Libro digital, PDF/A - (Ediciones especiales)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-749-388-7

1. Historia. 2. Historia Argentina.
3. Historia de la Provincia de Santa Fe . I. Título.
CDD 982.24

—————————

ISBN OC: 978-987-749-387-0
ISBN T1: 978-987-749-388-7

Que durante medio siglo se haya tramado una obra y que esa obra haya retratado el pasado de una ciudad, ya es una hazaña.

Pero si además estos trabajos fueron elaborados con rigor y cuentan con una escritura feliz, la hazaña es mayor.

Agustín Zapata Gollán ha restañado un espejo donde la antigua ciudad de Garay se puede reencontrar.

La Universidad Nacional del Litoral, con el apoyo del Banco de la Provincia de Santa Fe, ha querido rescatar ese vasto documento sobre la ciudad de la Vera Cruz.

Jorge Ricci

El Centro de Publicaciones de la U.N.L. agradece a

"Amigos de Santa Fe, la Vieja"

"Asociación Conmemorativa de la Primera Yerra en el Río de la Plata"

"Centro de Estudios Hispanoamericanos"

cuya generosa colaboración facilitó la concreción de esta empresa.

LOS PRECURSORES

1941

LOS PORTUGUESES

El príncipe Enrique

Vivía en Portugal, antes del descubrimiento de América, un Príncipe, Enrique, a quien sus paisanos llamaban "El Navegante". Era tercer hijo de Juan I; y como recibiera de su madre, una educación viril y austera, maduró en buen seso antes que en edad; y en aquellos tiempos de afrentosos amaños de la nobleza; de hogares allanados por la codicia y la lujuria de los señores, indomables y temerarios; de traiciones de bastardos e insolencias de hidalgos; de inconstancia conyugal que llevaba a los grandes, de las ricas hembras de estirpe a las pobres mujeres del pueblo; aquel Príncipe, sufrido y tenaz, no quiso destrozar su voluntad en brazos femeninos y se guareció, un día, en su castillo de Sagres, guardando una castidad heroica y ensimismado en sus estudios y fantasías.

Tenía un aire alejado y misterioso, grave y dulce a la vez, con su enorme sombrero medio turbante morisco y medio toca monjil que dejaba asomar al borde de sus alas vueltas hacia arriba, un poco del pelo cortado en cerquillo como el de los frailes.

Cuando mostraba pesadumbre o enojo, le temían pero de ordinario su talante era bondadoso y sufrido.

Tenía el mirar vago, como envuelto en brumas marinas, bajo el arco expectante de sus cejas; el rostro curtido y seco; la nariz recia; el mentón firme y un bigotillo lacio caído sobre las comisuras de los labios carnosos y prietos.

Levantó su castillo cerca del Cabo de San Vicente en el extremo meridional de las tierras lusitanas que fueron el reino de los Algarves, y allí pasó sus días estudiando y divagando y contemplando la inmensidad del mar en las horas del día y el misterio del cielo en las horas de la noche.

Sus torres, con troneras y baluartes, fueron de los primeros observatorios cristianos y por los peldaños de piedra de las escaleras y las losas de las estancias, altas y sombrías, se vieron trepar y discurrir, astrólogos y marineros, a veces, sobrado tímidos y a veces atrevidos y ufanos.

En los salones, de muros desnudos, con grandes ventanales abiertos sobre el mar, y en las cámaras ornadas con un gusto melancólico y pesado, el Príncipe guardaba su tesoro de Portulanos y Mapas, astrolabios y Tablas, Crónicas y Relatos de las "Maravillas del Mundo", Cosmografías y diseños de barcos. Por eso la gente de baja estofa al verle en tratos con astrólogos y cosmógrafos y al saber que meditaba sobre libros extraños, escritos quizás en arábigo, murmuraba que vaticinaba por hechizos y por cara de estrellas como moros y judíos.

Vivir en el castillo de Sagres era meterse en la vida íntima y misteriosa del mar desafiando heroicamente la melancolía perturbante de aquellas soledades. Pero el Príncipe amaba al mar como a una mujer: con sus cinco sentidos. Sus ojos no se cansaron jamás de admirar la inmensidad del océano; ni sus oídos de deleitarse en los bramidos y jadeos marinos y en el batir de las olas contra los acantilados y en el hervir de la espuma entre las cuevas y los carcavones del castillo; ni sus labios llenos, de gustar el agua salobre que le salpicaba la cara; ni su olfato de husmear el aire saturado de yodo y salitre; ni sus manos de acariciar las rocas y la arena mojada por el mar.

Le auscultaba y sentía palpitar su alma en las entrañas mismas de su castillo. Y cuando en lo alto de sus torreones, calmo y frío, miraba las estrellas como magnetizado por el extraño misterio de los cielos, el viento le llevaba hasta sus oídos, el reclamo angustioso del mar, como una tenta-

ción, mientras salían los búhos desde los mechinales de las murallas.
Con todo eso, "El Navegante" no navegó en busca de tierras desconocidas.
Desde las atalayas de su castillo, proyectaba expediciones marítimas, y luego las armaba y las echaba al mar por rumbos desconocidos.
Fue el animador de las primeras expediciones de descubrimientos y conquistas; y con la firmeza de su carácter se propuso, tenazmente, hacer marineros a los portugueses.
El Príncipe Enrique murió en 1460; es decir antes de que llegara Colón a España anunciando con gran ruido y estrépito su arribada a las tierras de Indias a través del "Mar Tenebroso".
En 1487, Bartolomé Díaz, volvía a Lisboa, anunciando con gran júbilo, que había llegado al extremo meridional de la tierra de los afro, por donde se podía llegar sin duda, a la India, singlando hacia el noreste de un cabo, que por la furia de los vientos que le azotaban, llamaba Tormentario pero que fue bautizado por el regocijo de la Corte, con el nombre simbólico de Buena Esperanza.
Los portugueses ya habían perdido el miedo al mar. Ya no murmuraban como en tiempos de "El Navegante", que el Príncipe, loco y perverso, metía en los barcos a los hombres del pueblo para hacerles morir ahogados en mares lejanos y misteriosos. Entonces sus barcos, desafiaban todas las rutas marinas y en silencio, modestamente, abrían, sin anunciarlo al mundo, nuevos caminos en el mar.
En 1552, un historiador portugués hablaba con sorna de Colón y de sus descubrimientos:
"Homem fallador" le dice. Hombre conversador y además vanidoso de sus habilidades y de sus fantasías sobre Cipango: "Glorioso em mostrar suas habilidades, escribe é mais fantástico é de imaginações com sua Ylha Cipango".

El Rey Don Juan

Portugal, por obra y gracia del Príncipe Enrique se había convertido bien pronto en un pueblo de marinos audaces animados a grandes osadías.

Don Juan de Castro escribía en su "Primeiro roteiro da costa da India", un párrafo que reflejaba el espíritu que el Príncipe navegante había infundido a los portugueses, que no sólo navegaban ya sobre los mares ignotos sino que se metían debajo del agua para reconocer el fondo de las barras, la dirección de los canales y la entrada de los ríos en tierras cubiertas de "bravo mato", de monte salvaje:

"Quantas vezes estive mettido, dice Juan de Castro, de baxo das bravas ondas por saber o fundo das barras e para que parte endereçavam os canais, e entrada dos rios até entaô nunca lavrados cubertos de bravo mato"...

Quieren descubrir las verdaderas rutas, estudiar los flujos del mar, los remansos de los ríos, los surgideros de los puertos, el abrigo de las ensenadas...

Quieren explicar las diferencias que observan en la aguja; establecer la altura de las ciudades y hacer "tablas" de cada lugar y río, pintando las costas y marcando los bajos y restingas, para evitar el riesgo de los navegantes. Y en estos trabajos, dice Don Juan de Castro, que perdió su salud: "Perdí muita parte de saude e disposiçâo natural..."

Cuando el viaje de Colón, reinaba en Portugal Don Juan II. Era valiente, desconfiado y feroz; y los historiadores quieren ver en él el modelo acabado y perfecto de los Príncipes del Renacimiento.

Era un observador profundo y sagaz y como su espíritu, más que de otra cosa, era ganoso de gloria y de fama, no se paraba en los medios que empleaba para alcanzarlos. Por eso solía decir a sus cortesanos, que según las circunstancias se debían usar lechuzas o halcones; significando con esta imagen venatoria, que cuando no se podía volar a plena luz para alcanzar la presa, era menester amañarse

como se amañan las lechuzas que la buscaban en las madrigueras, o al amparo de las sombras nocturnas.

Era desgarbado, arrastraba penosamente las palabras y gangueaba al hablar; y su aire fiero y la dureza de su corazón le hacían temible. El pueblo, que le veía encanecer prematuramente, sabía sin embargo que su fuerza y su destreza en el manejo de la espada, le hacían digno de la fama de forzudos que gozaban los Príncipes antiguos de que hablaban las leyendas.

Cuando Colón regresaba de su primer viaje, quiso evitar su arribada a Portugal. Conocía demasiado a don Juan a quien en vano, había pretendido antes convencer de la posibilidad de la empresa que acababa de realizar al amparo de los reyes de España.

Con todo, no tuvo más remedio que embocar el Tajo, donde apenas anclado, el capitán de un barco de guerra portugués envió a llamarle a su nave, para que allí le diera cuenta de su persona y de su viaje y del motivo que le llevaba a buscar puerto en plenos dominios del Rey de Portugal.

Colón se irguió altanero y dijo en voz alta al emisario que así llegaba a su barco:

—"Decid al que os envía, que soy Almirante de los Reyes de Castilla; que he dado ya por escrito cuenta de mi persona al Rey de Portugal, y no se la daré a nadie más que a él".

Y luego agregó:

"No saldré de mi buque, ni permitiré que nadie salga, sino por fuerza mayor de armas; porque los Almirantes de los Reyes de Castilla, saben morir antes que darse ni dar gente suya".

Con semejante respuesta, el capitán de la nao portuguesa determinó ir en persona hasta la carabela de Colón e informarse de su viaje; y las gentes de Lisboa, llegaron después al puerto para ver a aquellos extraños viajeros, hasta que un día vino carta del Rey Don Juan, que estaba en Valparaíso, llamando a su lado, amigablemente, al Almirante de Castilla.

Colón emprendió el viaje y llegó hasta el Rey de Portugal, a quien, los cortesanos, dicen algunos cronistas, le aconsejaron que le hiciera dar muerte; pero el Rey, que no dudaba mucho para librarse, por medios expeditos y rápidos, de las personas que se le ponían en el camino, no sólo se negó rotundamente a hacerlo, sino que le recibió con muestras de gran afecto y alegría. Pero en la conversación, amable y discretamente, el Rey habló del derecho que Portugal tenía sobre aquellas tierras ultramarinas, por donde había andado Colón.

En ese instante, se planteaban los términos de la disputa que mantuvieron España y Portugal por el dominio de las tierras de América, y que tuvo su mejor escenario a lo largo del Río de la Plata.

Tordesillas

Cuando el Príncipe Enrique el Navegante mandaba explorar los mares y se empeñaba en hacer llegar a los portugueses hasta la India, costeando el continente negro -a pesar de las leyendas que corrían sobre el Cabo Bojador y las tierras tropicales- los Papas, Nicolás V en 1454 y Calixto III en 1456, le habían conferido, como Gran Maestre de la Orden del Cristo, el gobierno de las tierras que encontraran sus expediciones.

La muerte de Enrique, en 1460, trasmitió a los Reyes de Portugal, por una bula de Sixto IV en 1481, todos los derechos y privilegios anexos al título de Gran Maestre de la Orden que se proponía la conversión de los infieles a la fe del Cristo; pero para evitar posibles conflictos con la Corona de Castilla, Portugal había firmado el Tratado de Alcazabas en 1479, reconociendo a España su derecho sobre las islas Canarias, en cambio del dominio de la costa occidental de Africa y de todas las islas que hubiere en el Atlántico.

Pero al regreso de Colón, con la noticia de que había

llegado a las Indias navegando hacia el poniente, mientras los juristas y los teólogos y los diplomáticos, al servicio de Portugal, examinaban detenidamente los derechos portugueses a las tierras descubiertas en la nueva ruta, Fernando el Católico no se dormía.

Era un Príncipe de pocas letras pero de gran sagacidad; hábil y experto en intrigas palaciegas y diplomáticas; frío, egoísta y disimulado, y cuyo conocimiento de los hombres y de los ajetreos políticos, le aseguraba el éxito de sus empresas. Por eso, aunque el Rey de Portugal, le aventajara, quizás, en inteligencia y tuviera a su servicio, diplomáticos y consejeros, doctos y diestros, Don Fernando le aventajaba en astucia: "Cuántas veces se requería una política más profunda y más fina, se decía, Fernando era dueño de la partida".

Apenas Colón le informara del camino que había abierto hacia el poniente, movilizó sus embajadores y acudió con ellos a Roma, donde un español, Alejandro VI, ceñía la triple corona de los Papas, que eran los árbitros en todas las cuestiones que se planteaban entre los príncipes de la cristiandad.

El apremio de Fernando dio, de inmediato, sus frutos. El 3 de mayo de 1493, el Papa concedía, por una bula, a los reyes de España, iguales derechos a los que sus antecesores habían concedido a los de Portugal, sobre las tierras que descubrieran. Al siguiente día, otra bula daba a los Reyes Católicos de León y de Castilla, el dominio de todas las tierras e islas descubiertas o que descubrieren, en adelante, sus expediciones, al occidente de una línea que trazaba de uno a otro polo, a 100 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde; y el 25 de setiembre del mismo año, para que no hubiera lugar a dudas, otra bula confirmaba todos los derechos concedidos por las anteriores, a la Corona de España.

España, por decisión pontificia, podía tomar posesión de todas las tierras que quedaran al poniente de la línea trazada por el Papa, si no estuvieren ocupadas por cristianos; y Portugal tendría igual derecho sobre las tierras que

descubriera hacia el este de la misma línea.

Mientras el Rey de Portugal reclama, sin éxito, ante la corte romana, un teólogo español, Francisco Victoria, fraile de la Orden de Santo Domingo, sostiene que las bulas, no pueden considerarse como una división del mundo entre españoles y portugueses, para lo cual, niega facultad al Papa cuyo poder es sólo espiritual sobre los fieles de su iglesia, dice; sino, simplemente, como determinación de las regiones donde las dos naciones católicas, debían propagar el cristianismo, sin despojar a los indios del dominio de su tierra que lo ejercían como seres de razón, con sus organizaciones políticas y sociales.

Los embajadores portugueses van y vienen de Roma a Lisboa; se cruzan cartas de los grandes señores que intrigan y sonsacan entre personajes y validos de Castilla; y un día del año 1494, caballeros de la Corte, van llegando, con gran aparato y gravedad, a un pueblo de la Provincia de Valladolid, que sobre un alto ribazo, se levanta a la margen derecha del Duero.

La ciudad se llama Tordesillas, de grandes y buenos arrabales, con árboles y huertas, viñas y frutas y legumbres y tierras de pan llevar hasta cerca de los muros; de mucho verde jugoso y fresco en las riberas del río, cruzado por un puente de arcos apuntados donde se yergue una bien fornecida torre flanqueada de almenados torreones; y de iglesias que levantan sus góticas cresterías, sobre el apiñamiento de los tejados.

Por los atajos que cruzan las tierras de sembradura, vienen, pacatos y solemnes, en sus cortas y recias ropas de camino, algunos caballeros cenceños, cabalgando sus mulas enjaezadas con anchas gualdrapas como las monturas de los obispos y de los señores principales; otros vienen a caballo haciendo corvetas con mucho sonar de pretales y coscojas y relucir de arreos con labores bordadas y realces de plata y terciopelo y cinceladas estriberas; otros luciendo correajes berberiscos o tiesos y ceñudos, en sus sillas, negro el caparazón y negras las cabezadas, barnizados los estribos, de cuero berberisco las riendas y los recios

arzones y de cordobán negro o terciopelo, pretales y reatas; y luego los peones y mozos de camino, con las ropas embarradas y descosidas, y la gente de servicio con las alforjas y el mantenimiento de los señores.

En la calle y en la plaza de la ciudad, trajinan los aposentadores, el andar acucioso, en el acomodo y hospedaje de los señores y los hidalgos que llegan; reparan en la limpieza y aliño de las cámaras, en la compostura de las camas, en el aderezo de colchones y frazadas y en el proveer de escudillas y cántaros, jofainas y marmitas, para dar buena y honrosa posada a la gente cortesana.

A veces, empacados y solemnes, pasan los escribanos con sus sellos y registros, mientras los amanuenses y memorialistas, con sus mamotretos y legajos, platican, con ademán desmañado, en la umbría de los portales; y en los días Domingo, en derechura a San Antolín o a Santa Clara, van los caballeros, atezados y pulcros, peinado el cabello, lavada y atusada las barbas, las calzas estiradas, los zapatos hendidos, las mangas harpadas, con algún grave embajador o ministro, de mirar huidizo y palabra desabrida.

El 7 de junio de 1494, corre en la ciudad, con gran alborozo, la nueva de que se había acabado un tratado entre España y Portugal, corriendo trescientas leguas más hacia el poniente, la línea que Alejandro VI trazara de polo a polo, cien leguas al occidente de las islas de Cabo Verde.

Este triunfo de la diplomacia portuguesa, aseguraba a la Corona de Portugal el dominio de una gran extensión de tierra, cuya existencia ignoraba quizás España. Dos años después de llegar Vasco de Gama, de su viaje a las Indias por el Cabo de Buena Esperanza, otro navegante portugués, Pedro Alvarez Cabral, visitaba las playas de esas regiones que el Tratado de Tordesillas había puesto bajo la jurisdicción de Portugal.

Las expediciones portuguesas, ya no buscaban al Preste Juan de las Indias, perdido entre tierras de infieles, para llevarle el consuelo y la amistad de sus hermanos en la fe,

como en los tiempos del Príncipe Enrique el Navegante. Ahora, el Rey de Portugal, afirmaba, despectivamente, que el Preste Juan de Las Indias, era un pobre negro que vivía, montaraz y señero como las fieras, entre las montañas de Abisinia; en cambio en algunos mapas donde se figuraba toda la tierra conocida, aparecía, al este del Ganges, una región toda de oro y una isla toda de plata y los marinos portugueses hablaban de ciertas islas de oro más al sur de Sumatra. Por eso, cuando zarpaban las flotas de los puertos de Portugal, el pueblo que antes clamaba contra el Príncipe que metía a los hombres en sus barcos para hacerles morir en los mares ignotos, ahora despedía a los aventureros, voceando desde la playa:

—¡Boa ventura! ¡Boa ventura! ¡Muitos rubis! ¡Muitas esmeraldas!

Los marinos de Portugal zarpaban ahora en busca de regiones de oro, de islas de esmeraldas, de montes de rubíes y de ríos de plata, como los que aparecían en los "Relatos" y como los que señalaban los cartógrafos, con una precisión desconcertante.

Brasil

"Y prohibimos a todos los demás, bajo pena de excomunión, ir a aquellas tierras y traficar sin vuestro permiso", decía la bula de Alejandro VI a los Reyes Católicos, al trazar el meridiano, a cien leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, que dividía el dominio de España y Portugal sobre las islas y tierra firme que descubrieran sus expediciones y que no estuvieren poseídas por príncipes cristianos. Sin embargo, la astucia y diligencia de Pedro Díaz y Rui Pina, embajadores del rey de Portugal ante los Reyes Católicos, había rematado en el famoso Tratado de Tordesillas; y mientras España, que había accedido a correr la línea divisoria en trescientas setenta leguas más al poniente, creía que su actitud sólo traería como

consecuencia el dar a los portugueses, sólo el dominio y señorío imaginario y vano sobre algunas leguas de mar, Portugal se aseguraba sus derechos sobre una dilatada región, que quizás, sus barcos habían empezado a visitar, mientras se ocultaba el destino y el rumbo que llevaban y se encerraban, en los archivos, inviolables hasta para sus mismos cronistas, las instrucciones reservadas de sus pilotos, los derroteros y los diarios de navegación.

En 1500, Pedro Alvarez Cabral, llega a Lisboa anunciando que ha descubierto esa tierra que cae bajo la jurisdicción de Portugal después del Tratado de Tordesillas, y que en ella había permanecido sólo diez días. Don Manuel I O Venturoso, manda una pequeña flota, de reconocimiento, al año siguiente, que regresa después de haber recorrido dos mil quinientas millas de costa, poniendo nombres a ríos, cabos y bahías.

Pero la obsesión de los reyes, de los marinos y mercaderes, es el Oriente a donde había llegado ya Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza; y los que regresaban de las tierras descubiertas por Alvarez Cabral, sólo traían algunas aves de pintados plumajes y algunas muestras de palo brasil.

En 1503, salen de Portugal seis embarcaciones que vuelven a recorrer las costas de los dominios portugueses de América, que el Rey ha arrendado por un espacio de tres años; en 1506, por un nuevo contrato, Fernando de Noronha, se convierte en arrendatario de las tierras donde las embarcaciones han hecho, en esa misma época, el primer cargamento de palo brasil, que codician los tintoreros de los grandes mercados de Europa. Tres años después, al vencimiento del contrato de arrendamiento, los barcos, casi siempre franceses, navegan libremente por sus costas y entran sin reparos a sus puertos, para estibar a bordo, el palo que va dando su nombre a toda esa región del continente, que en los comienzos de las exploraciones se creía que era una isla, isla de la Vera Cruz, y que ahora llamaban Brasil.

Portugal, deslumbrado y engreído por las riquezas del Oriente, no piensa todavía en colonizar sus tierras de América; sin embargo en sus puertos se van instalando algunas factorías para facilitar el cargamento de los navíos, mientras sus barcos, siguen, rumbo al sur explorando la costa con la remota esperanza de encontrar los soñados metales o algún paso, para llegar también ellos, a las Indias del Oriente, como los que siguen la ruta abierta por Vasco de Gama al sur del continente negro.

*

Pero el Brasil es una tierra mágnifica. Los hombres de las factorías y algunos desterrados y náufragos que merodeaban en sus puertos y que habían hecho buenas migas con los naturales, desde la mollez y dulcedumbre de sus días, bendecían la bondad y largueza de la vida en la quietud y apacibilidad de aquel montaraz retiro, mientras anunciaban, entre sobrados y misteriosos, la proximidad de grandes tesoros; y los marinos, que llegaban a cargar en sus barcos el famoso palo, llevaban esas nuevas a los puertos de Europa.

Las costas, sinuosas y quebradas, ofrecen el abrigo de sus ensenadas, de sus golfos y de sus bahías, cercadas de montañas, cubiertas de vegetación, donde el mar se transparenta y aquieta con el regalo de los frescos y claros manantiales que bajan rumorosos de las sierras entre bosques de cocoteros y tapices de helechos y de musgos.

Los días son uniformes y lentos. El sol cae a plomo sobre la tierra húmeda, hervorosa y gruesa. El monte, con los troncos corpulentos de sus árboles gigantes, pone una infranqueable barrera de misterio, donde revolotean los pájaros de policroma y viva plumería; zumban, amodorrantes, los insectos; se arrastran las serpientes, deslizadizas y cautas, agitando sus crótalos en la hora de la siesta; y donde las fieras y alimañas se agazapan y ocultan en sus escondrijos y madrigueras. Días morosos y dilatados, adornados de sol y rumorosos de follaje y de pájaros, con indias desnudas que danzan al son de las maracas, y pira-

guas que bogan a la deriva en la limpia esmeralda de las bahías; con la fresca alegría de las mañanas mientras el mar tiende sus bucles de espuma sobre la espalda dorada de la playa; con el sopor del mediodía, de cielo fulgurante y diáfano en un vahar delicioso de frutas en sazón, mientras el sol, a horcajadas sobre el lomo rotundo de los árboles, desgrana, entre las hojas, sus cuentas de cristal sobre la tierra negra; con el abatimiento de las tardes, más allá "do sertao", mientras el bosque se amustia medroso entre ruidos extraños y voces desconocidas, como reclamos en angustiosa fuga; y con la dulce y tibia placidez de sus noches turbulentas de estrellas y luciérnagas.

Pero los hombres de sus factorías y los náufragos y desterrados de sus puertos, sabían ya, por lengua de indios, que más al sur, en unas tierras bravas con nieblas de naufragios y vientos ululantes, había un río "da prata", que llevaba hacia unos reinos donde las riquezas abundaban más que en las dilatadas regiones de Oriente.

EL ORIENTE

Barcos y marineros

Después de los grandes descubrimientos marítimos, portugueses y españoles se jactaban de ser maestros en el arte de navegar y de poder enseñar a moverse en los mares a franceses, ingleses y holandeses que "eran marineros de ayer acá". Y aunque en Vizcaya y Portugal se fabricaban los mejores barcos de la época, los hidalgos tenían todavía por cosa de afrenta y menosprecio el ser marinos, y se ofendían de tratar de cosas de la mar por indignas de hombres de reputación y pro. Sin embargo, algunos aprendían de coro "cuatro bachillerías" y así llegaban, entre gente bisoña, a capitanes de mar, sin saber más del oficio y aun menospreciándole por estimar, el de la guerra, por encima del manejo y gobierno de los navíos.

"Miraba de Campo Viejo - El Rey de Aragón un día.
Miraba la mar de España - Como menguaba y crecía;
Miraba naos y galeras - Unas van, otras venían;
Unas venían de armada - Otras de mercadería;
Unas van la vía de Flandes - Otras la de Lombardía
Esas que vienen de guerra - ¡Oh cuan bien les parecía!"

Las naos de Vizcaya navegaban con rumbo a Terranova en busca de ballenas y bacalao y a Flandes en procura de lanas, mientras los barcos de Galicia y Asturias trajinaban con Inglaterra y Francia y Andalucía. En Cantabria había buenas maderas y buen fierro para la construcción de las naves; pero se traía la brea de Bayona, los árboles y el alquitrán de Noruega, las jarcias de Moscovia y Holanda y de Bretaña, el pacaje para las velas, un tejido de cáñamo fuerte y tupido. A los cables blancos de España se preferían

los alquitranados que venían de Flandes; mientras el fierro para fabricar las anclas se traía de Italia o se aprovechaba el mismo hierro de España, porque decían los marinos que las anclas de Flandes eran de "fierro muy agro" y tenían peligro de romperse.

Las naos, eran de poca quilla, menguado plan, y escasa bodega, pero las largas expediciones hicieron que en las carracas se empezaran a fabricar embarcaciones de mayor aprovechamiento cuidando de hacerlas buenas veleras, de buen sostén, de buen gobernar y buenas de mar en través y el anca; porque cuando salían cortas de quilla, eran malas de mar por la proa, que al no alcanzar más que una ola, caía en el vacío; las que salían malas de mar en través, por el mucho plan y el poco puntal que acrecentaba el bailoteo en alta mar, obedecían sin embargo, fácilmente al apremio del timón y al manejo de las velas; mientras que aumentándoles el calado se tornaba harto apretado y peligroso el entrar en las barras de los puertos y el pasar por los bajos de los ríos.

*

Las naos, se abastecían de pan, carne y pescado seco, garbanzos y habas, aceite y vino y sobre todo, de queso que era el único alimento de la tripulación en los días de tormenta, cuando no se encendía el fuego en el hogar.

Cargaban también, en gran copia y abundancia, el vinagre para regar, contra las epidemias, los ranchos de la infantería y de la gente de mar, y para "refrescar" la artillería en los días de pelea; mientras en los puertos, muchachos desgarrados de sus padres, se adiestraban en el manejo de los remos y en el conocimiento de los diez y seis arrumbamientos de la rosa de los vientos, para embarcarse luego, en chalupas y pinazas y salir a la pesca de la ballena, del bacalao, de la sardina y del besugo, hasta que, espigados y diestros en la vida del mar, les

fuera dado acomodarse como grumetes en las levas de las armadas que zarpaban a tierras desconocidas.

La fiebre de aventuras arrastraba a toda suerte de gente que caía a los puertos lista para embarcarse sin saber hacia dónde, entre aventureros y truhanes, marineros y soldados, que solían acabar enfermos y lisiados, ateridos en los portales y en las calles, consumidos del tabardillo, que se propagaba en el hacinamiento de los puertos diezmando las huestes de exploradores y conquistadores fracasados que remataban luego en alguna ermita, hasta donde almas piadosas les arrastraban y cubrían de paja y hierba seca a falta de mantas y de abrigos.

En medio de este delirio, los reyes armaban sus barcos. El de Portugal ocultándose del de España y el de España cuidándose del de Portugal, aunque ambas cortes tenían sus amaños y trapacerías para conocer el rumbo y los designos que llevaban los capitanes. Por eso cuando España, después del descubrimiento de Balboa, resuelve salir en busca del paso que comunique los dos Océanos, con la oculta esperanzade llegar a las Molucas y señorear también el Oriente, cuida el Rey, en las Instrucciones que le da a su Piloto, de recomendarle el más absoluto secreto: "Habéis de mirar, le dice, que en esto ha de haber secreto e que ninguno sepa que yo mando dar dinero".

El Oriente

El mundo estaba colmado de maravillas.

Francisco Antonio Pigaffetta, el autor del Diario de la expedición de Magallanes, por sus lecturas de libros y manuscritos con peregrinos relatos de viajeros y por las pláticas de los purpurados y príncipes de la Iglesia, supo que navegando por los mares se veían cosas maravillosas; tierras remotas donde cierta ave del paraíso, empollaba los huevos anidando sobre el macho, y playas misteriosas donde un pájaro extraño, de plumaje negro y pico fieramente

dentado, se metía en las fauces de las ballenas para arrancarles el corazón.

En los mares que se extendían hacia el sol naciente, surgían, en un vahar de alcanfor y sándalo, aquellas islas que en su nombre ya encerraban todo un poema de leyenda y de misterio: Taprobana, Catay, Cipango...

En el Oriente, con sus caravanas de elefantes engualdrapados precedidos de una doble ringlera de siervos con vasos de porcelana, donde los ricos paños de seda y oro cubrían las ofrendas, se levantaban palacios siete veces murados con sus cien aposentos, coruscantes de plata y oro, perlas y esmeraldas y rubíes, a la luz de los mecheros; mientras trajinaban hermosas mujeres, bajo la mirada inquisidora de los fieros guardianes, que con sus manos ensortijadas, apoyaban en el muslo la punta de sus puñales con empuñaduras de perlas y oro, hieráticos junto a los tapices de seda y a los pesados cortinones de brocado.

Dilatadas y fértiles comarcas donde crecía la canela y el jenjibre, la nuez moscada y el ruibarbo, señoreadas por reinas jóvenes y bellas, vestidas de largas túnicas blancas y tocadas por tiaras tejidas donosamente con hojas de palmeras sobre las que caía hasta las espaldas un velo de seda y oro, que paseaban su tedio ante el séquito, sumiso y tácito, de muchachas que mostraban todo el encanto y morbidez de sus cuerpos desnudos, perfumados de rosas y almizcle.

Comarcas que no se acabarían jamás de recorrer en todo su ámbito, sometidas a la férula de reyes que decoraban su impúdica crasitud con pendientes, brazaletes y ajorcas de oro y pedrería y un faldellín de seda ceñido a los lomos, como único indumento, mientras divagaban sobre el curso y los signos de las estrellas y de la luna bajo doseles de rica sedería roja y amarilla y brocateles de oro.

Mares surcados por embarcaciones doradas, con alegres pabellones de seda azul y blanca, empenachados de plumas de pavo real, donde los músicos entre el claro tintineo de los címbalos tañían cornamusas y redoblaban timbales y tambores; o ligeros barcos de junco y tablas unidas con

clavijas de maderas olorosas y velamen de cortezas de árboles levantado en mástiles de cañas.

Pueblos donde se servía un copioso desayuno de manjares sazonados con canela y clavo, en tazones de porcelana finísima fabricada con una tierra blanca, refinada durante cincuenta años, que tenía la virtud de volver inocuo hasta el veneno más terrible que se sirviera en ella; y palacios misteriosos donde algún señor guardaba para su deleite y regocijo, perlas del tamaño de un huevo de gallina, a la luz tornadiza de mecheros de aceite y de velones de blanca cera en magníficos candelabros de plata.

Colón había muerto convencido de haber llegado a esa India legendaria, a la India del Gran Can; a la India de las especies y de las ciudades con templos de oro donde señoreaban los Príncipes más poderosos del mundo.

El no había visto en sus viajes esas mentadas grandezas, pero creía firmemente que andando por ahí, por esas islas que él descubriera en el Caribe, se encontrarían, el día menos pensado, las soñadas tierras de Cipango y del Catay, por las que dilataba y extendía su voluntad.

Entre tanto, Vasco de Gama y sus portugueses, doblando el Cabo de Buena Esperanza en el confín meridional del Africa, habían llegado a las Indias de Oriente, y sus relatos coincidían con la visión fabulosa y deslumbrante que de esas tierras se tenía, a través de los relatos antiguos; mientras los españoles que seguían la ruta abierta por Colón hacia el Poniente, sólo hablaban de esperanzas más o menos remotas y de noticias más o menos imprecisas y vagas, de imperios poderosos.

España había encontrado unas tierras nuevas que exploraba penosamente en busca de minas de donde salía el oro y la plata que ostentaban en sus adornos los indígenas de las islas y de tierra firme.

Portugal había encontrado en cambio, al final de su ruta hacia el Oriente, los anhelados tesoros de la India, con cuyo tráfico se enriquecieron los árabes que fomentaron el temor de los cristianos a los monstruos y a las tinieblas del mar, para alejarlos del lucrativo comercio.

Por eso, después del viaje de Vasco de Gama, el Rey de Portugal se apresuró a afianzar su dominio sobre las lejanas tierras del Oriente; organizó nuevas expediciones, y Don Alfonso D'Alburquerque, "O Leão-do-Mar", fundó el nuevo imperio portugués, al cabo de cinco años de luchas y dolores, entre Hormuz, Goa y Malaca.

En 1511, Portugal tenía asegurado el vasallaje de las dilatadas regiones que durante toda la Edad Media habían exaltado la imaginación de los cristianos: las bocas del Ganges, Madagascar, Sumatra, Java, Borneo, las Molucas...

España seguía, mientras tanto, las exploraciones de las tierras que Colón se empeñara vanamente en demostrar que eran las Indias. Pero cuando en 1513, Balboa descubrió el Pacífico, España procuró encontrar la comunicación entre los dos Océanos, que pudiera llevarla a disputar a Portugal la soberanía en los mares de Oriente donde las Molucas surgían como un nuevo Paraíso.

El hombre a quien España encomendó esta misión se llamaba Juan Díaz de Solís.

Los pilotos no tenían aún la experiencia ni la instrucción que era menester para regir y gobernar los navíos que iban a las "Yndias, yslas e tierra firme del mar oceano".

Una Real Cédula de Doña Juana, fechada en Burgos el 24 de julio de 1512, dice que porque los pilotos no saben "por donde han de tomar el quadrante y estrolabio y el altura, ni saber la quarta, della les han acaesçido o de cada dia acaesçen muchos yerros y defectos en las navegaciones", ocasionando con ello, no sólo "descerviçio" a la Corona, sino también causando "muchos daños a los tratantes".

La frecuencia y la importancia que adquirían las expediciones, reclamaban la dirección y comando de gente experta "e mejor fundada, decía la misma Real Cédula, e que sepan las cosas necesarias para las tales navegaciones" y que llevaran por delante, no los padrones y cartas que hasta entonces se hacían generalmente, donde se

habían marcado las derrotas y pintado y asentado las tierras arbitrariamente, sino un padrón "cierto é verdadero".

Por eso, para evitar los riesgos de las travesías, que a la inexperiencia de los pilotos, agregaban los errores de las derrotas y de las cartas levantadas por gente bisoña, se mandó publicar por voz de pregonero y ante escribano, en los mercados y en las plazas de Sevilla, la Real Cédula de doña Juana, que convocaba a todos los pilotos que supieran de "las navegaciones, y astrolabios e alturas e compases", para que reunidos en la Casa de la Contratación, en presencia de los Oficiales que allí estuvieren y bajo la dirección de Solís y de Vespuchi, -"tales personas y tan espertos y doctos para lo susodicho" dice la Real Cédula- platicaran y convinieren sobre las observaciones y los cálculos que permitirían levantar la verdadera carta de la navegación a las Indias orientales, que dibujada y pintada luego por Solís y Vespuchi, en pergamino, sería trasladada para uso de todos los pilotos.

Solís era un viejo marino. Había navegado por el Mar Caribe y por el Golfo de Honduras y había descubierto tierras en el Yucatán. Fue compañero de Pinzón, pero esta amistad acabó desastrosamente y como consecuencia de ciertos líos que entre ellos tuvieron, Solís fue a dar a la cárcel.

En 1512, ocupa el cargo de Piloto Mayor de Castilla en reemplazo de Américo Vespucio; sin embargo, el Rey de España, desconfiaba de él, quizás, dicen algunos historiadores, por su origen portugués aunque otros le hacen natural de Lebrija.

Cuando Portugal y España, se preparen para demarcar sus dominios, de acuerdo con el Tratado de Tordesillas, Solís, irá como experto por España, aunque el Rey Fernando, que nunca pecó de confiado, mandara en esa expedición, lo dice él mismo, "una persona de mucha confianza e recabdo, el cual ha de llevar secretamente poderes que exceden a los que el dicho Juan de Solís lleva".

Los Oficiales de la Casa de la Contratación de Sevilla le escriben al Rey diciéndole que tienen informes desfavo-

rables sobre la persona de Solís; y el Rey les contesta que se informen secretamente sobre los datos que le envían y que si lo encontraren culpable, que le prendan sin miramientos.

Con todo, este mismo hombre, experto, como pocos, en los mares, es el que firma por fin, con el Rey de España, una Capitulación para salir a "descubrir por las espaldas de Castilla del Oro", que era la región que bañaba por un lado el Caribe y por el otro el Pacífico, al que llamaron Mar del Sur cuando le descubrió Balboa.

Desde luego, para "descubrir por las espaldas de Castilla del Oro", Solís debía encontrar antes el paso que uniera los dos mares. Y con el fin de preparar su expedición se trasladó al caserío de Lepe, que con sus paredes enjalbegadas y sus ventanas de arcos mudéjares rodeados de azulejos, se agazapaba detrás de la arboleda, a la margen derecha del Piedraza.

El 8 de octubre de 1515, las tres pequeñas naves de la expedición de Solís, estaban prontas en el fondeadero de Bonanza a Sanlúcar de Barrameda, a la desembocadura del antiguo Betis.

En la mañana luminosa y radiante, se oirían graznar las gaviotas entre el cielo azul y el agua tranquila y mansa. El puerto olería a brea, a madera recién desbastada, a sebo y a cáñamo alquitranado; a marisco y a pescado rancio. Los pilotos discurrirían gravemente, frente a las naos anchas y gordas, con la mano izquierda donosamente apoyada en la cadera y en la mano derecha un pliego arrollado, quizás una carta de mar o un derrotero; mientras los contramaestres, rollizos y sudorosos, vociferaban zafadurías y blasfemias en la jerga pintoresca de la gente de mar, medio levantina y genovesa y arábiga, entre la turba de marineros de cabezas enmarañadas y grasientas y de barbas aborrascadas que dejaban asomar los dientes amarillos y rotos.

Y con Solís se embarcaron también otros hombres que unieron después sus nombres a la historia de ese río de la Plata, grande como un mar: Diego García de Moguer,

Francisco de Torres, Melchor Ramírez, Enrique Montes, Martín García y hasta un grumete a quien llamaban Francisco del Puerto.

Y empezaron la travesía; y llegaron los días, sin crepúsculos, del trópico; y las estrellas nuevas de otros cielos; y las algas flotando en el agua densa del mar; y los peces voladores; y los días galenos; y la atmósfera plúmbea y sofocante, refrescada apenas por algunos chaparrones; y los fuegos de San Telmo, que en las noches de tormenta encendían sus misteriosas antorchas en los palos del barco.

Las naves, con sus castillos de popa y proa, de escaso calado y menguados pañoles para tan dilatada travesía, iban reforzadas por gruesas bulárcamas y embadurnadas de alquitrán y sebo. Dos de las carabelas llevaban aparejos en cruz en el palo tranquete y vela latina en el palo de popa, como las que llevaba en ambos palos, la otra.

Solís y algunos de sus acompañantes conocían ya una parte de las costas del Brasil, pero el camino por el mar reservaba siempre sorpresas desagradables y era menester navegarle con cautela.

Todos los días, una vez por la mañana y otra por la tarde, después de las oraciones que rezaba la tripulación amparada al pie de una cruz, los tres barcos se ponían al habla. El que iba sotavento salía en busca del que estaba a barlovento; se saludaban a usanza de la gente de mar y a la tarde se acordaba lo que harían por la noche, en presencia del veedor y del escribano que tomaría nota de todo lo que se platicara y resolviera. Y al caer el sol, la nao de Solís encendía el farol, para que la pudieran seguir las otras en medio de las sombras.

Llegan, por fin, a la costa del Brasil. Pasan frente a las blancas arenas de las dunas cubiertas de jara y zarzas del Cabo San Roque; costean una tierra ardiente, sin puertos, donde la sonda da siempre en bancos de corales; avistan

las barrancas rojizas, festoneadas de palmeras, del Cabo San Agustín; dejan atrás el Cabo Santo Tomé y enfilan luego las proas hacia la maravillosa y exultante Bahía de Río de Janeiro, donde la tierra les brinda, generosa, sus frutos. Y después de cargar a bordo, maíz y batata, carne de venado y de la volatería india de gallinas y faisanes, siguen el rumbo hacia el Sur misterioso, tanteando los mares incógnitos, en un angustioso otear de horizontes, mientras la aguja oscila, inquietante, sobre la Virgen grabada en el centro de la rosa de bitácora.

En la Bahía de Santos al margen del río San Vicente, los expedicionarios se encuentran con un cristiano que ha sentado allí sus reales: un bachiller portugués, que vive como en un serrallo, con sus mujeres indias y sus hijos mestizos y que fue el primero en intentar un tráfico de esclavos, en esta costa del Atlántico.

Solís sigue adelante; y a los tres meses y medio se encuentra con un estuario inmenso y se mete adentro, siguiendo la margen izquierda y tomando posesión de la tierra en nombre del Rey de España. Y como el río es espacioso y ancho como un mar y el agua no es salobre, le llaman "Mar Dulce".

Avistan luego un cerro coronado de árboles retorcidos y torturados por los vientos del sur, que se levanta sobre una playa, dilatada, de arena y más allá, campiñas abiertas y unos arroyos apacibles, donde abunda la caza y la pesca.

Luego, más adentro del río, llegan a una isla, donde entierran el cadáver de Martín García, despensero de la expedición; y como Solís quisiera saber qué gente era aquélla que atisbaba entre los árboles y la maraña de la costa vecina, baja a tierra firme, donde los indios le asaltan y le matan a él y a los que les acompañaron en el desembarco. Pero de la matanza escapa el grumete Francisco del Puerto, que queda abandonado en tierra mientras el resto de la expedición emprendía el regreso.

Al arribar a España, los sobrevivientes de la expedición

que saliera a descubrir tierras a "espaldas de Castilla de Oro", sólo había descubierto un "Mar Dulce" al sur del Brasil; habían dejado en sus orillas a Solís devorado en un alucinante y bárbaro rito de antropofagia y los cadáveres de algunos compañeros traspasados por las flechas indígenas y llevaban como muestra de la tierra, unos cueros de lobos marinos, una india moza, que Torres, el Piloto, tomó como esclava, y unos quintales de palo brasil que cargaron en los dominios portugueses de la costa del Atlántico.

Magallanes

Entre tanto, los descubrimientos y las conquistas de los portugueses en el Oriente, deslumbraban al mundo entero.

Aquellas sí que eran las verdaderas tierras de las Indias que había visitado Marco Polo y que en los tiempos antiguos se habían mantenido rodeadas de una atmósfera de leyenda y de misterio entre relatos espeluznantes de mares tenebrosos y horizontes de fuego.

Pero las expediciones de Portugal habían disipado para siempre las tinieblas de los mares, y apagado el fuego de los horizontes.

En el Oriente, donde los hombres eran como los de España y Portugal, no había como decían relatos antiguos, hombres sin ojos, ni con cabeza de perro, que ladraran en vez de hablar. En cambio, todas las riquezas con que había soñado la codicia de Occidente, se encontraban allí, a merced de los portugueses, mientras los españoles desde las Indias de Colón, regresaban más pobres y lisiados que ricos y poderosos.

Si América hubiera estado partida en dos a la altura de Panamá, la historia del mundo hubiera quizás tomado otro rumbo. Los españoles habrían pasado de largo por ese portillo y todos los pueblos de la cristiandad se habrían lanzado, detrás de ellos, sobre los tesoros de Asia. Sin

embargo, América como una barrera infranqueable desde un polo hasta el otro, cerró el paso a la ambiciosa locura de los aventureros. América era el freno de los desvaríos de Europa.

Pero España, no podía quedarse tranquila. El único paso hacia el Oriente que se conocía era el descubierto por Vasco de Gama en el extremo sur de Africa; y esa ruta, bajo pena de excomunión, queda fuera de sus aspiraciones y dominios. Por eso, ante el fracaso de Solís, arma la flota de Magallanes y la larga en una nueva busca del paso a las famosas islas Molucas, que quedaban, "a espaldas de la tierra".

Cargada de malos agüeros se armaba esta expedición.

Los abuelos escuchaban temblando, en las horas de la noche, el aullar desesperado de los perros, como gemidos de agonía, y el medroso boznear de las lechuzas revoloteando sobre los escombros y las ruinas de los casales mientras una luna sangrienta, amenazante y torva, ponía en el cielo, con sus cuernos foscos, señales inquietantes de plagas y de duelos.

En las tabernas, los marineros borrachos, renegaban como condenados, porque al levantar el áncora de uno de los navíos de la expedición, se habían cortado las gúmenas y los cabos que la sostenían, y porque en otro barco, se habían quebrado las antenas, misteriosamente, antes de sufrir la fuerza de las velas desplegadas.

Mujeres apenadas, inmóviles frente a los barcos, afirmaban haber visto, cómo en las horas de calma, temblaban y se estremecían los mástiles de la flota, como si una tormenta invisible los castigara; mientras algunos tripulantes, curtidos en los mares, juraban que los trinquetes y las mesanas, se movían, en las maniobras, pesada y lentamente, advirtiendo a la gente de a bordo los duelos que les tenía reservada esa navegación.

Pero no eran sólo estas señales, donde el pueblo leía los malos agüeros, las que anunciaban el desastroso y trágico acabar de la empresa de Magallanes.

Contemplando el movimiento de las estrellas y de los

planetas y observando la crin tendida y flamígera de los cometas, los hombres más sabios y expertos en la ciencia de la astrología, anunciaban las mismas malaventuras y desastres.

Ruy Falerio, astrólogo famoso, que había demostrado con sus cálculos y su compás, que las Molucas caían dentro de los dominios de España, establecidos por la línea de Alejandro VI, se negaba a embarcarse en la expedición porque tenía bien averiguado, por fuerza de hados y de malas estrellas y por el ascender y declinar de las constelaciones, que este viaje le sería fatal.

Con todo, y a pesar de las citas de Platón y de los aforismos de Centiloquio de Tolomeo, que afirman que nada acontece en nuestras vidas sin que tenga su origen en causas y motores celestes, la expedición de Magallanes se hizo a la vela, entre el reír mocero, lleno de lozanía, de los grumetes y el ceño adusto de los viejos marinos.

Magallanes sabe bien lo que es el Oriente. No lo sabe por relatos, sino por sus trajines; que ha navegado en sus mares y ha peleado en sus tierras.

Magallanes era portugués y en los tiempos en que el Duque de Albuquerque había gobernado por el Rey de Portugal los dominios de la India, había pasado cinco años en ella, adquiriendo un directo conocimiento de las tierras del Oriente y adiestrándose en el manejo de las armas. Bien podía decir, entonces, con cierta jactancia lusitana, que los mares no tenían ya secretos para él.

Desde muy mozo, como buen portugués, se había preocupado por las cosas del mar. Era diestro, no sólo en el conocimiento de los mapas y en el manejo del astrolabio y de las tablas, sino también en el gobierno y comando de los buques. Dice Pigaffeta, que en las largas travesías, se condenaba a sí mismo a más privaciones y penurias que la tripulación. Sabía llevar con entereza y gran firmeza de carácter las adversidades mayores de su vida y jamás se le vio flaquear frente a las dificultades y obstáculos que

se oponían a la realización de sus planes. Era invencible y tenaz.

Cuando regresó a Lisboa después de estas andanzas, mantuvo una larga correspondencia epistolar con un pariente suyo, Francisco Serrano, a quien el Virrey de la India, el Duque de Alburquerque, le había encomendado cierta misión militar para afianzar el señorío portugués en el Oriente y que acabó proclamándose soberano de las islas Molucas.

Ciertas desavenencias con su rey, llevaron a Magallanes al servicio de España. Tenía cerca de ocincuenta años cuando salió con su expedición en busca del Estrecho, a pesar de las reclamaciones y protestas formuladas por el Rey de Portugal ante la Corte de Carlos V.

En el mes de agosto del año 1519, en la mañana de un día lunes, los doscientos treinta y siete hombres de la expedición estaban a bordo de las cinco naves y descendían por las aguas del Betis en dirección al puente de Guadalquivir, desplegada la vela del trinquete, después de anunciar la partida con una salva de artillería. Las naves anclaron luego en Sanlúcar y unos días después, llegaban desde Sevilla, embarcados en unas chalupas, Magallanes y sus capitanes.

Mientras se acaba el aprovisionamiento de las naves, los tripulantes bajan todas las mañanas a oír misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda y antes de partir, toda la gente de la expedición, por orden de Magallanes, aligera la carga de sus conciencias a los pies de los confesores.

Magallanes, con su cojera, que un lance de guerra en el Africa le había baldado para toda la vida, toma las últimas providencias, y el 20 de setiembre zarpan del puerto de Sanlúcar con rumbo a Tenerife.

A fines de diciembre, pasan frente al Río de la Plata, y Pigaffeta anota en su "diario": "Aquí es donde Juan de Solís, que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierra nuevas, fue comido por los caníbales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación".

Siguen con rumbo hacia el Sur, "costeando esta tierra hacia el polo Antártico"..., dice el mismo Pigaffeta, y avistan la costa inhospitalaria de la Patagonia.

Habían pasado tres años desde que la expedición de Magallanes zarpara de Sanlúcar de Barrameda, sin que tuvieran, de las tierras que daban al sur de Brasil, nada más que algunas vagas y remotas noticias; pero cierto día llega al mismo puerto, un barco que trae las velas desgarradas, la tablazón podrida y rota, los tripulantes exánimes y astrosos, y entre aquellos hombres, de cabezas intensas y cubiertos de harapos, con el andar claudicante y el cirio de los promesantes en la mano, Juan Sebastián Elcano, que les acaudilla para traer a España la gran noticia; la noticia que esperaban los Reyes para disputar, sin escrúpulos de conciencia, la hegemonía del Oriente a los reyes de Portugal: la expedición de Magallanes, muerto en desigual y fiero combate, antes de llegar a las islas Molucas, había encontrado la ansiada comunicación de los océanos, más al sur del Brasil y del río de Solís.

Las Molucas

Afirmaban algunos graves autores de la antigüedad, que los primeros habitantes de las Molucas, habían llegado atraídos por la suavidad del perfume que embalsamaba el aire de las islas. "Afirman otros, dice el Licenciado Bartolomé Leonardo de Argensola, que los Malucos, descienden de los laos, que atraídos de la suavidad de los olores que arrojan los aromas, se quedaron en "Maluco". Y agrega, que esos hombres cargaron sus naves de clavo, hasta entonces desconocido, y que con él traficaron por los mares de Arabia y el Golfo Pérsico, trajinando también con sedas y lozas, "obras de la fertilidad e ingenio de los chinos", dice, y que el clavo, por mano de los personas y de los árabes, pasó así a los griegos y romanos.

En los tiempos del descubrimiento de América, el

tráfico de las ricas mercaderías y de los codiciados productos de Oriente, lo hacían las caravanas de camellos que llegaban a los puertos del Egipto o del Golfo Pérsico, donde los comerciantes italianos los llevaban a bordo de sus barcos. Por eso, cuando en 1510, los portugueses doblaron con Vasco da Gama, el Cabo de Buena Esperanza, abriendo al comercio una nueva ruta, instalaron de inmediato una factoría en las islas Molucas, para monopolizar y controlar el tráfico de todos los mercados de la India.

En 1514, ya llegaban a Portugal noticias concretas sobre el Oriente, en las cartas que Ruy de Brito, Gobernador de Malaca, enviaba al Rey Don Manuel.

En Siño, tierra dilatada, donde señoreaba un rey cafre, había laca, benjuí, brasil, y gran copia y abundancia de arroz; en Andragujri, sometido al dominio de un rey moro, había grandes yacimientos y minas de oro, y crecía el lirio, cuyas raíces encerraban grandes virtudes medicinales y el "aloé de butica"; y en Pegú, tierra extraordinariamente rica, sometida a un rey cafre amigo de los lusitanos, se comerciaba con arroz, benjuí, y lacas. Había además innumerables reinos pequeños pero de una riqueza incalculable, que tenían también sus tratos con Malaca; mientras que de la China. la mayor tierra conocida, venía el almizcle, la porcelana, los brocados, la seda, y una gran variedad de frutas y de Bengala, las más deliciosas conservas en azúcar.

Por eso, bien pronto, se arma una nueva flota, cuando arriban a España los sobrevivientes de la armada de Magallanes, con la noticia de que han llegado ellos también a las Molucas, por el paso que comunica los dos océanos en el extremo meridional del continente que descubriera Colón. Fray García Jofré de Loaysa, Comendador del Orden de Rodas, abandona entonces el regalo y tranquilidad de su vida y prepara y organiza la expedición que llegará a las islas Molucas por el camino trazado por las naves de Magallanes.

Cuatrocientos cincuenta hombres se embarcan en el

puerto de la Coruña en el mes de junio del año 1525. Siete barcos, al mando de Loaysa, llevando como piloto al infatigable y recio Sebastián Elcano, ponen sus proas hacia el sur, por donde en vano había buscado el camino el malhadado Solís.

Loaysa tiene prisa por llegar al Oriente y pasa de largo por la boca del río que los españoles comenzaban a llamar de Solís, para alegar la prioridad de su descubrimiento; bordea las costas inhospitalarias de la patagonia, y se mete por el Estrecho, y en medio de zozobras y penurias, comienza su navegación por el Pacífico, en busca de las ansiadas islas de las especias. Pero las tormentas le desmantelan sus barcos, y el hambre y la peste le diezman sus hombres, y a pocos días de haber pasado el Estrecho, las naves vuelven a separarse y a perder, entre sí, todo contacto en aquel inconmensurable y trágico desierto de agua. La nave capitana, desbaratada la arboladura, se aniega por los rumbos abiertos, sin que den abasto las dos bombas que sin cesar, día y noche desagotan los pañoles. La ración se disminuye más aún, mientras el barco continúa, "corriendo algunas trinquetadas" en dirección hacia el noroeste. Tiene quebrados diez codos de quilla en el codaste; las tormentas le llevaron los bateles y las amarras y le arrasaron y deshicieron la obra muerta; mientras los tripulantes, para aligerarla cuando el mar se les metía en las bodegas, hacían "hechazón del artillería y de los que más a mano tenían", arrojándolo todo por la borda.

Sólo les quedan cuatro quintales de bizcocho hecho polvo y un poco de agua potable. Al salir del Estrecho Loaysa tiró su derrota adelante, vía de las Molucas y quiere cumplirla a costa de todos los sacrificios, a pesar del hambre y de la peste y del mar embravecido, que sólo en su nombre es pacífico.

Loaysa es un buen capitán, sabio y de experiencia, de gentil conversación y muy bien quisto, dice Oviedo. Comparte la miseria de su mesa con sus hombres; alienta a los que desfallecen; acude en todos los percances de

abordo; pero tanta desventura y tanta fatiga, le ponen atormentado y doliente, hasta que "de enojo de verse solo y habérsele perdido todas las naves, dice un sobreviviente, adoleció y murió". Era el 30 de julio de 1526.

De acuerdo con una instrucción secreta de Su Majestad que abren a la muerte de Loaysa, le sucede en el mando Juan Sebastián Elcano; pero el compañero de Magallanes, que entre tantas miserias y peligros, bajó y circundó por primera vez el mundo, cae extenuado de hambres y fatigas y muere también cuatro días después de haber sido reconocido por General. Sin embargo, los que quedan a bordo, trabajando sin cesar en la bomba, mantienen la nave a flote, cruzan hacia el norte la línea del Ecuador, enmiendan luego el rumbo y llegan a las islas de la especiería.

Pero sus penurias no tienen fin. Los portugueses que ya tienen establecidas sus factorías y fortalezas, les niegan el derecho que ellos invocan en favor de su Rey y Señor sobre el dominio de las Molucas, y comienza entre españoles y portugueses una guerra sin cuartel. La lucha es dramática y fiera; los portugueses, en mejores condiciones militares, acorralan y diezman a los españoles, pero cuando han perdido ya toda esperanza de triunfo y se resignan a morir como buenos vasallos, con las armas en la mano en defensa de los pretendidos derechos de su Rey, les llega un inesperado refuerzo desde los dominios que en América acababa de conquistar Hernán Cortés. Sin embargo, a pesar de esta ayuda, los lusitanos les aniquilan, y cuando sólo han quedado diez y siete españoles, que luchan todavía fieramente para afirmar con su sangre el derecho de España, sobre las codiciadas islas, se enteran de que Carlos V ha renunciado a sus pretensiones sobre las Molucas en favor del rey de Portugal Don Juan III, por 150.000 doblas.

Todos mohinos y maltrechos, cosidos de fieras cicatrices, emprenden el regreso en unas naves portuguesas, que hacen la vía del Cabo de Buena Esperanza. No llevan en sus pobres maletas, ni oro, ni marfil, ni seda, ni especias

de la India, sin embargo guardan celosamente los mapas y derroteros que pudieron levantar en aquellas regiones y la minuciosa "Relación" de todo lo acontecido, para ponerlos en las manos de su rey. Sin embargo al llegar la nave a Lisboa, los portugueses les despojan también de sus cartapacios y memoriales y les meten en prisión. Sólo algunos pueden huir y franquear la frontera de su patria.

Así llegaron a Valladolid, los últimos sobrevivientes de la expedición, que a doce años antes había zarpado de la Coruña al mando de Loaysa, para asegurar, por la vía del Estrecho que abriera Magallanes, el dominio de las Molucas a la Corona de España.

EL RIO DE LA PLATA

Los cautivos

Las guerras contra los moros, habían despertado en España, un sentimiento de exaltada piedad hacia los cristianos cautivos. Las leyes de la Iglesia y del reino mandaban rescatarles y con este fin se habían organizado órdenes religiosas y militares, que dejaban a sus miembros en rehenes para librar del cautiverio al infeliz que había caído en poder de los enemigos de su ley.

Los cautivos, eran, a veces, hidalgos que habían salido a domar la gente del Corán, expugnando las más fuertes plazas y las más altas torres, quebrantando villas y castillos, o cabalgando por las vegas de Granada, encontradizos a las algaras moriscas que al galope de sus caballos alazanes y tordillos, las espuelas de oro, las estriberas de plata, la adarga ante los pechos, campeaban soberbios, los azules pendones de lunas plateadas, entre el rojo del albornoz, el verde de los marlotes, el escarlata de las aljubas y la grana de los capillares.

Otras veces, eran romeros, que marchaban como aquellos Condes gafos, en dolorosa peregrinación al Santo Sepulcro, los que caían en manos de moros y acababan sus días, en gran dolor y quebranto, en la más desconsoladora "ausencia y soledad de amor". Porque los cautivos aparecieron siempre ante los ojos del pueblo, en un ambiente medio épico y sentimental, con reminiscencias de cantares y romances.

Las Leyes de Partidas, decían que los moros, sometían a duras prisiones, cargados de afrentas y de oprobios, a los cristianos que caían en sus manos. "Ca estos, dice, los matan después que los tienen presos, por desprecio que non han la su ley, o los tormentan de crueles penas, o se sirven dellos como de siervos, metiéndolos a tales servicios que querrían antes la muerte que la vida".

Pero no era sólo el dolor de los herrajes remachados en las mazmorras moriscas, ni las afrentas y oprobios de los oficios más bajos y serviles, lo que movía a compasión hacia el cautivo; ni lo que imponía, con grave cargo de conciencia, la obligación de rescatarle. Era el temor de que perdiera el alma renegando de la fe, guiado arteramente por el sutil discurso de ulemas y alfaquies, o por el pérfido encanto femenino que quebraba la voluntad y la fe de los más firmes cristianos, en las alcobas perfumadas, entre tapices de seda y oro, mientras los almuédanos, clamoreaban desde las zumaas y alminares llamando a la azalá de la tarde y las mozas, en el recato de sus velos obscuros, con el cántaro a la cintura, regresaban de la fuente de piedra en un paisaje de palmeras como en una estampa bíblica.

El cautivo es una institución en los pueblos cristianos. La Iglesia levanta al cielo sus oraciones pidiendo por ellos misericordia; unos frailes, salen con sus hábitos blancos, a redimirles entregándose ellos mismos en rehenes; los poetas del pueblo les cantan en sus romances; las leyes amparan sus bienes mientras yacen en cautiverio; y los reyes les mandan rescatar. Por eso, en el "Asiento" de la expedición de Caboto, se establece que el veinte por ciento de las ganancias, se destinará "a la redención de cautivos".

Y es, precisamente, ese temor por la apostasía y la pérdida de la fe a que se encuentran expuestos los que viven en cautiverio, el que inspira una de las cláusulas de las "Instrucciones" que se dan al mismo Caboto antes de zarpar.

Como según lo decía Don Antonio de Guevara, las mujeres que suelen ir embarcadas "son más amigas de caridad que de castidad", se le mandaba, que, si acaso, en alta mar, sorprendía alguna, metida a bordo furtivamente, que castigare con dureza a quien la hubiera llevado y que abandonara a la mujer en la primera tierra que encontrare "siempre que esté poblada de cristianos".

Los desterrados

Primero empiezan los reniegos y las blasfemias y luego de las miradas torvas y las jetas hoscas se pasa a las alharacas y a los motines.

Unas veces es por el agua que de podrida ya no puede tragarse; otras por el bizcocho, incomible; otra, es por la escasa ración de pescado medio rancio y de carne seca, que los tripulantes gruñen y alborotan en un conato de revuelta.

Otras veces se hacen banderías y partidos entre la gente de abordo y riñen entre ellos y se injurian hasta que les meten un par de grillos a los más ardidos.

Un día se trenzan en gresca infernal sobre si es superior el oficio de la guerra al oficio del mar; y hasta discuten y riñen sobre las tierras que van a descubrir y sobre lo que a cada uno tocará en el reparto del oro y la plata y las perlas y las piedras preciosas que cobrarán en las tierras vírgenes de América.

Pero lo más grave ocurre cuando la tripulación empieza a murmurar primero y luego a levantar la voz y a decir necedades sobre el rumbo que lleva la nave. Entonces ha llegado el momento de intervenir con energía y rapidez para ahogar motines y abortar sublevaciones.

Y así van pasando los días, hoscos, sombríos, llenos de recelos y de envidias; de delaciones y traiciones y deslealtades.

En la bahía de San Julián los hombres de Magallanes, hartos de inclemencias y de fatigas, de hambres y de fríos, están prontos para levantarse, tomar el comando de los barcos y enfilar las proas en el viaje de regreso. Pero con un golpe de audacia desbarata Magallanes el motín y hace su justicia. La justicia terrible de aquellos navegantes. Dos cadáveres decapitados y descuartizados quedan en el patíbulo y otros dos cabecillas, abandonados en la playa con un poco de comida y de vino, mientras las naves tienden sus velas y cargadas de temores y de odios toman

de nuevo el rumbo hacia el Sur, crujiendo las cuadernas y tremolando las jarcias en busca del paso que les llevará hasta las famosas islas del Oriente.

Cuando la desgraciada expedición de Loaysa pasó luego el Estrecho y en su desembocadura las naves se separaron con rumbos distintos, los tripulantes de uno de los barcos acabaron en un motín con la gente principal de abordo, destruyeron la nave y se refugiaron en una isla del Pacífico, donde, para inspirar compasión y eludir el castigo, se fingieron náufragos cuando les descubrió la nave que Hernán Cortés enviaba desde Méjico en auxilio del puñado de españoles que en el Oriente disputaban a los portugueses el señorío de las especierías. Pero como la treta se descubriera por una delación, los cabecillas del motín fueron ajusticiados y el resto de los tripulantes, quedó desterrado en las Islas Celebes.

Con todo, los Reyes de España, solían recordar con piedad no sólo a los cautivos sino también a los que la justicia de abordo abandonaba en el destierro.

A Caboto, el Rey le recomienda que averigüe qué fue de aquel Juan Serrano, Piloto de Magallanes, que había quedado desterrado en una isla, para que le rescatare si fuere posible: "tenneys mucho cuidado de saber del y si fuese vivo trabajareys de rescatalle por lo menos que pudieredes e traello eys con vos en la armada". Y cuando firma luego el "Asiento" con Diego García, que como Caboto debe pasar el Estrecho y llegar a las Especierías, aunque como Caboto también desvía su rumbo y acaba su expedición en el Río de Plata, se establece una cláusula encomendándole que busque y traiga a los que Magallanes, para asegurar su empresa, dejó desterrados en las trágicas soledades de la Patagonia frente al patíbulo donde se pudrían los cuerpos despedazados de sus compañeros de rebeldía: "por quanto en el armada en que fue Hernando de Magallanes a las espaldas de la tierra del Brasil, dicen estas instrucciones, dejaron a Juan de Cartagena e a un clérigo en su compañía, por todas vías, en cualquiera de aquellas partes que tocardeis trabajeis por os informar y

saber del, y si allardes rrastro trabajeis de los traer de qualquier manera que sea".

Los capitanes, para mantener el orden y la disciplina entre tanta gente allegadiza y altanera, abandonaban así, con harta frecuencia, en las playas y en las islas, a los que más temían, o a los que más revolvían la armada con discordias y motines. Por eso, en las "Instrucciones" a Caboto, el Rey le manda que cuando se viere precisado a "dexar algunos de los desterrados" que los abandone "prometiéndoles albricias e perdón de su delito" si al regreso de su expedición, les encuentra y han tomado noticias de lo que hay en la tierra y descubierto alguna cosa de beneficio para la armada: "Si descubrieren algo, dice, de aquel armazón reciba beneficio".

Caboto

Antes de que el Rey de España vendiera al de Portugal sus pretendidos derechos sobre las islas de las especias, zarpó la expedición de Caboto, siguiendo la ruta de Magallanes.

Era una expedición de paz, que sólo salía a descubrir tierras, contratar amigablemente con los naturales, y llegar hasta las islas Molucas, con la esperanza de encontrar allí a Loaysa con quien debería deliberar sobre si "para el bien de la negociación de la especiería o para otra cosa", decían las "Instrucciones", Caboto debería o no detenerse a socorrerle.

El Rey advierte a Caboto, que su comercio con los indígenas que encuentre en el camino, debe ser "de paz, por vía de contratación é buenas obras" y de que debe guardarse de hacer "fuerza, ni robo, no muerte, ni otro daño, ni agravio, ni desaguisado".

Con estas "Instrucciones" y con este rumbo, sale la expedición de Caboto, en abril de 1526, dejando en tierras de España, un semillero de intrigas y llevando a bordo un

infierno de rencillas, de envidias y rencores.

El Rey ha limitado a treinta el número de extranjeros que pueden ir en la armada, no siendo franceses y ha prohibido terminantemente que se embarquen mujeres, "por evitar los daños e inconvenientes que se syguen e cada día acaecen de yr mujeres en semejantes armadas".

Todo lo preveía el Rey en sus "Instrucciones". La carga de los navíos para evitar naufragios -que lleven "la manguera descubierta sobre el agua"- y la conciencia de los tripulantes que debían ir confesados y comulgados para estar prontos a morir como cristianos; las señales que se harían entre sí los barcos durante la travesía; el manejo de las velas en la noche y en días de tormentas y temporales; las arribadas forzosas " en caços de vendavales" antes de las Canarias; los cambios de derrotas y los mapas y "Relaciones" que se harían del viaje y de las tierras a descubrir. Y para cuando llegaren a regiones no descubiertas todavía, también las "Instrucciones" prescribían cómo debían hacerse las ceremonias de tomas de posesión y los rescates con los naturales; el trato que debía dárseles y cómo debían asentarse en la tierra las fortificaciones y establecerse servicio de espionaje y cuidar del racionamiento de los alimentos y del agua.

También se establecían las precauciones que debían observarse para evitar el incendio en los barcos, donde habría siempre una persona "para evitar el fuego y que no anden con candela syno al tiempo de la necesidad... y en sus linternas"; y se prescribía el trato que debía darse a los tripulantes, a quienes Caboto debía considerar "bien e amorosamente e sin rigor"; y por último, las instrucciones precisas para cuando llegaren a las codiciadas Molucas y para que cuidaran sobre todo de informarse y de hacer relación de la clase de comercio que podría iniciarse con las nuevas regiones.

Caboto avivó la codicia de sus armadores convenciéndoles de que se proponía iniciar el comercio de España con la "especiería" por la vía del Estrecho de Magallanes. La Edad Media había dejado a los hombres de Occidente, la obsesión del Oriente.

El indumento de los grandes señores medioevales, se decoraba con las pieles finísimas que llegaban desde el norte de Europa; mientras la lana de las ovejas de Inglaterra y el lino de la zona de Constanza, pasaban a manos de hilanderos y tejedores que fabricaban las telas con que se vestía el pueblo. Los paños se teñían de azul oscuro, con unas hierbas de Turingia y la rubia, daba el color escarlata a los paños de Suabia. Francia daba a sus telas diversos matices; en la zona del Alto Rhin, se tejían paños grisados; en el Bajo Rhin, se fabricaban los paños negros para los hábitos monacales; mientras en la región del Danubio se tejían las famosas telas crudas que podían resistir todas las intemperies y las inclemencias del tiempo. Los alsacianos fabricaban un exquisito vino para las iglesias y los conventos; mientras los señores se regalaban con vinos de Chipre o con el malvasia del Peloponeso. Entre tanto, las caravanas árabes traían desde Oriente las mercaderías y los productos que cargaban después los barcos de las pequeñas repúblicas de Italia, y que deslumbraban y deleitaban los sentidos y excitaban la gula de los hombres de Occidente.

Las sedas fulgurantes, recamadas de oro y plata, con estampadas figuras de monstruos y de plantas extrañas; los tapices para las grandes solemnidades de la Iglesia o de las cortes; las hierbas aromáticas que disputaban a los eclesiásticos, los caballeros y las damas de linaje; las turquesas, los lapislázulis, las cornalinas, las esmeraldas, los rubíes y las perlas, los zafiros y los diamantes que reclamaban los orfebres para adorno y regalo de príncipes y prelados; los perfumes, las drogas y los medicamentos; y por último el clavo y la nuez moscada, el jenjibre y la canela y la mostaza, con que se aderezaban no sólo las viandas sino también los vinos. Toda esa maravilla, llegaba

desde las remotas y legendarias tierras del Oriente.

Carlos V, se hacía aderezar especialmente un vino con hojas de sen fermentadas en el mosto; y guardaba como un tesoro inapreciable, ciertas piedras misteriosas traídas del Oriente, con extrañas virtudes medicinales. Piedras engastadas en oro para restañar la sangre de las heridas; sortijas y brazaletes de pedrería para evitar las dolencias de las tripas; y una piedra azul para aliviar los terribles dolores de la gota, aunque después ocurriera también a las inocentes recetas de su médico y a los preparados inocuos de su boticario.

Y eran esas piedras famosas, para orfebres y médicos de príncipes; esos perfumes para usos litúrgicos y cortesanos; esas telas de seda estampadas en oro y plata y esas famosas especias para aderezo de los copiosos yantares de señores y mercaderes ricos, lo que iban a buscar los barcos de la expedición de Caboto.

Magallanes había encontrado el camino que Elcano había anunciado a España con el puñado de sobrevivientes de la expedición que por primera vez diera la vuelta al mundo pasando por las famosas islas de las Especias; y Caboto llevaba su expedición con rumbo a esas tierras de la especiería y "las otras islas e tierras de Tarsis e Ofir y el Catayo Oriental e Cipango".

El fin de su viaje era el mismo del viaje de Colón.

El Maluco, las Molucas o la Especiería, eran las Molucas del Archipiélago de Malasia, al Sur de Filipinas, que los portugueses habían descubierto ya por la ruta de Vasco da Gama y donde sigilosamente cargaban la nuez moscada, el clavo y el jenjibre; el oro, el marfil, la plata, y la rica sedería del Oriente.

El Cipango, era el Japón, que Marco Polo describía como el país del oro, donde decían los relatos de los viajeros, que eran de oro hasta las tejas de las casas.

El Catay, era China donde se decía que reinaba aquel famoso Gran Can que buscaba Colón para convertirle a la fe y concertar luego una nueva Cruzada que conquistara el Santo Sepulcro.

Los países misteriosos de Tarsis y Ofir, eran en la geografía mística de la Edad Media las tierras de donde Salomón llevaba para su templo, las riquísimas maderas, el marfil, el oro, la mirra y los exquisitos perfumes.

Todas estas tierras que Colón afirmaba quedaban en los términos y aledaños de sus regiones del Caribe, eran las que ahora aviaban, en su exacta y precisa ubicación geográfica, la sórdida avaricia de los armadores.

Pernambuco

Los hombres de Caboto, van acercándose a las tierras de América. Están muertos de sed. La ración es poca y las "calmerias" del trópico apenas les permiten avanzar.

El agua del mar es espesa y densa. Parece que alentara pausadamente como el pecho de un gigante profundamente dormido.

Por las tardes, en el cielo se amontonan las nubes y se inflan como carrillos y cambian donosamente de colores. A veces se abren y se alejan y forman un paisaje extraño con caminitos azules y árboles rojizos y figuras de monstruos que galopan entre ruinas de ciudades, como en una visión apocalíptica. Pero son quizás, esos caminos azules, que se abren entre el paisaje de nubes iluminadas por el sol poniente, los que hacen pensar a los hombres de abordo, en las tierras lejanas que dejaron un día y que no saben si volverán a ver. Entonces, en una mano, apoyarían el mentón, el recio mentón fieramente barbado, y se quedarían así, con la vista perdida en los horizontes remotos, que con la policromía y la blandura de sus nubes, pondrían un poco de melancolía en aquellas almas recias y curtidas que van atravesando el mar de los trópicos.

Pero llegan por fin a la costa del Brasil, que les sale al encuentro en una visión deslumbrante de color y de vida. La naturaleza les recibe optimista y alegre, con las grandes masas de color, donde los verdes desparraman su

esperanza y los cadmios su optimismo de madurez y los violetas su vibración a la sombra de los árboles, mientras las playas luminosas festonean de oro el manto del mar.

Un batel, se desprende con un puñado de hombres que van en busca de algún río dulce o de alguna fuente clara, que les urge el deseo de beber agua fría, sabrosa y delgada. Pero apenas se han movido en dirección a tierra, cuando se acerca a la nao capitana una canoa india con un cristiano que les saluda y da la bienvenida muy pulida y comedidamente en portugués, y les dice su nombre: Jorge Gómez. Y con mucha cortesía, les entera además de que aquella es la factoría de Pernambuco donde él y el Factor, viven con otros compañeros lusitanos.

Los españoles desembarcan y pasan unos días entre aquella gente hospitalaria y gentil.

Es una tierra admirable. Los hombres viven allí libremente y con gran abundancia de alimentos. Hay frutas sabrosas y fuentes cristalinas. Fabrican harina con unas raíces excelentes que llaman mandioca; comen, asadas o cocidas en agua, otras raíces carnosas y agradablemente dulces que llaman batatas; saborean deliciosas calabazas y se alimentan de frixoles y de maíz tostado.

Los naturales, que en ritual ceremonia guerrera, suelen almorzarse los enemigos prisioneros, tienen trato y amiganza con los portugueses de la factoría.

Los indígenas son hombres de mediana estatura y bien proporcionados; corredores veloces y buenos nadadores; diestros en el uso del arco y de la flecha y esforzados y mañosos en la guerra. En sus fiestas se engalanan con plumas de colores, que la tierra es rica de la más lucida volatería; y duermen en hamacas de algodón, tejidas donosamente y suspendidas de los árboles.

En las horas de la noche, serenas y perfumadas por las rersinas del bosque, Caboto platicaría con los portugueses y discretamente se informaría de la tierra, mientras sus compañeros de aventura se adormecían arrullados por alguna canción india melancólica y dulce.

El Factor y Gómez, exaltaban la tierra.

No había por allí, señores como los mentados príncipes del Oriente que vivían en palacios de oro donde lucían con donoso empaque el atuendo de sus ricos mantos de seda estampada; ni había reyes, alhajados de perlas y pedrerías, que pasearan su hastío arrellenados en palanquines, entre jardines y fuentes cantarinas, junto a las estancias adornadas de ricos tapices y suntuosas porcelanas de la China; ni cruzaban por aquellas tierras caravanas de elefantes cargados de oro y marfil; ni zarpaban de aquel menguado puerto, barcos cargados de pimienta y de clavo y canela. Sin embargo, esta era la mejor tierra del mundo, con sus bosques impenetrables, su cielo azul y sus indios desnudos, que en las noches de luna danzaban, en los claros del bosque, con sus coronas de plumas.

Y los hombres de la Factoría, agregaban que más al sur, había un "río de la plata", el mismo por donde había navegado Solís, y donde ellos podrían enriquecerse sin trabajo, si tuvieran humor para andar tanto camino y abandonar aquella factoría que les habían encomendado para vigilar la explotación del palo brasil.

Con estas noticias, Caboto dio orden de zarpar y sus barcos tomaron de nuevo rumbo al sur.

Y lo mismo que en el puerto de Lisboa, los portugueses despedían a los que partían hacia el Oriente por la ruta de Vasco da Gama, deseándoles "boa ventura, muitos rubis e muitas esmeraldas", los portugueses de la factoría de Pernambuco, despedían a Caboto deseándole también zalemas y cortesías, "boa ventura e muita prata".

Santa Catalina

Pero Caboto era un viejo marino y como su padre, el veneciano Juan Caboto, fue también marino, desde muy niño se metió con las cosas del mar y antes de asomarle el bozo, le acompañaba en sus viajes y en la exploración al Labrador y la Florida, y cuando aún no había cumplido

veintidós años, dicen que ya iba en el comando de una nave.

Los recuerdos más remotos de su niñez le hablaban del mar y de países de leyendas; de islas perdidas en la inmensidad del océano donde se pescaban perlas famosas y donde se recogían esmeraldas y diamantes; de regiones inexploradas por los cristianos donde señoreaba otro linaje de señores poderosos y grandes, ataviados con mantos de seda y engalanados con oro y pedrería; y de tierras donde el marfil, la porcelana y las especias, codiciadas por mercaderes y príncipes de occidente, se conseguían sin penuria.

Tenía cuarenta años, cuando persiguiendo el sueño de su padre, buscaba en vano, bajo el frío del norte de América, un paso hacia el Oriente. Había navegado a lo largo de la costa septentrional del continente y había explorado las islas Bahamas, antes de entrar al servicio de España. Era un hombre sagaz y ducho, lleno de enredos y de misterios, que con su aire de viejo rabino, las espaldas brumadas y la larga barba blanca partida en dos, sabía inquirir de las gentes lo que convenía a sus planes sin descubrir jamás los suyos. Era cauteloso y prevenido y con la experiencia que había adquirido en sus viajes y exploraciones, no se dejaría llevar por las primeras noticias que adquirió en Pernambuco, sobre aquel famoso "río de la plata".

Al llegar al golfo de Santa Catalina, el mar se encabritó bajo el viento desbocado, que en un galope salvaje venía desde las llanuras que después, los criollos de estos pagos, llamaron la pampa.

Los marineros de Caboto habían visto, medrosos, cómo el sur se nublaba, entre relámpagos y tremolina y cómo el cielo se oscurecía de pronto como en plena noche entre el bramar del viento indio que hacía crujir la tablazón y vibrar las jarcias. En medio de la oscuridad y de la lluvia, que cae implacable y tenaz, inundando las naves, los

tripulantes, sin poder mantenerse en pie, pierden el manejo de las velas. Luis Ramírez, que viene abordo, y que deja en una carta el relato de la expedición, dice que en la apretura y angustia de ese trance, no sólo pasaron congojas los que nunca habían navegado, sino que hasta los marineros envejecidos en los mares, creyeron que la armada se iría a pique: "y aun los diestros marineros experimentados en las tales tormentas, dice, pensaron ser esta la postrera que les tormentara".

Pero después del espanto y aflicción de la noche, el mar se abonanzó en la mañana azul y limpia. "Que amaneció el día muy claro, dice el mismo Ramírez, con muy buen sol, como si no hubiere pasado nada". Los barcos, en cambio, desmantelados, deben repararse de inmediato y Caboto ordena tomar puerto.

Los tripulantes, según las naves se van acercando a la costa, divisan unas canoas que salen a su encuentro. Los indios, de pie en los troncos excavados que les sirven de embarcación, reman diestramente con unas largas varas, como palas de panaderos. Vienen hasta cuarenta en cada piragua y así que se han puesto al habla con los hombres de la expedición, quieren anunciarles, entre alaridos y ademanes, que en esas tierras también viven cristianos.

Los hombres de Caboto atisban desde la borda aquella vocinglera embajada india, cuando llega en otra canoa, uno de los anunciados cristianos, sobreviviente de la expedición de Loaysa, que con quince compañeros de una nave que naufragara al entrar al Estrecho, habían determinado, para no correr los riesgos de la expedición por el Pacífico, ni regresar vencidos y abajados a España, asentarse en aquella tierra, donde se habían encontrado con dos sobrevivientes de la expedición de Solís: Enrique Montes y Melchor Ramírez.

Poco días después, Enrique Montes, llega al puerto donde se reparaban las naves de Caboto, y en sus pláticas, pondera las riquezas de ese ya famoso río de la plata y se

ofrece, además, por el conocimiento que tiene de la tierra y de la lengua de los naturales, a guiarles hasta esas regiones donde podrán ver ellos mismos, por sus propios ojos, como se queda corto en sus relatos, pues podrán, dice, cargar sus barcos con toda la plata que quisieren.

Caboto, con cierto aire de incredulidad, sonríe y le muestra sus naves. Son tal vez demasiado grandes para llenarlas.

Con todo, Enrique Montes afirma con un aplomo desconcertante, que no sólo podrá cargarlas de oro y plata hasta ponerlas en riesgo de zozobra, sino que podrán cargar otras más grandes aún, y hasta flotas con mayor número de barcos, sin que por ello amenguen las riquezas de las tierras que bañan las aguas de ese río.

El lo sabe muy bien. No han pasado en vano los años que ha vivido desterrado en estas apartadas regiones. El ha andado leguas y leguas a través de montes y de llanuras sin fin; ha cruzado ríos caudalosos, los más caudalosos del mundo; ha aprendido las lenguas indias y sabe, por su trato y conversación con los naturales, de la riqueza que podrán llevar en sus barcos los hombres de Caboto, si acuerdan en que él les guíe y acompañe.

Entrarán por el río de Solís y pasarán luego a otro gran río que llaman Paraná que se vuelca en él, por veintidós grandes y caudalosas bocas; y siguiendo aguas arriba, darán con los yacimientos de oro y las minas de plata y de otros ricos metales, que ha visto, con sus propios ojos, traer desde esas tierras hasta donde merodean las tribus que con él conviven desde hace tantos años.

En estas razones estaban, cuando llega Melchor Ramírez que confirme la relación de su compañero, y agrega, además, noticias de cierta armada portuguesa que anduvo ya explorando esos ríos.

Pero Caboto, por asegurarse más de lo que tanto le dicen sobre esas minas famosas, les pide que le lleven una muestra de esos metales, para apreciar por sí mismo su valor. Sin embargo, los sobrevivientes de Solís, se excusan pesarosos. Todos los tesoros que ellos habían visto llegar

en cierta ocasión, desde aquellas tierras donde se decía que señoreaba un Rey Blanco, vestido y barbado como los españoles, se habían ido al fondo del mar al zozobrar el batel que los llevaba, con una "Relación" de la tierra, abordo de la nave que haría el viaje a Europa, y sólo les habían quedado unas cuantas de oro y plata, que por ser de las primeras que se habían recogido en el Río de la Plata, las guardaban, piadosamente, para enviarlas, en la primera oportunidad que se les presentara, como ex-votos a la Virgen de Guadalupe.

Caboto las tomó en sus manos, y dice Luis Ramírez en su carta, que vio que "las de oro eran muy finas de más de 20 quilates, según pareció".

Montes y su compañero insisten en guiar la expedición hacia el Río de la Plata donde ellos irían con sus mujeres indias y sus hijos mestizos. Pero el Capitán General contesta, que es otro su camino y muy distinta su misión.

Caboto decide continuar su camino; sin embargo debe construir antes un batel para la nave capitana y como consulta a los sobrevivientes de Solís sobre el lugar más apropiado para cortar la tablazón que necesita y estos le señalan una costa próxima, manda primero a las dos personas más capaces y expertas de su tripulación, para que sondeen las aguas y digan si los barcos pueden arribar sin peligro de averías.

Reconocen el canal y tiran la sonda y vuelven a asegurar a Caboto que sus barcos pasan por ahí holgadamente; pero la capitana da en un bajo y vara con gran riesgo de los que la tripulaban.

Vuelven, entonces, a desembarcar en tierras del Brasil y a construir casas para refugio de la gente de las naves mientras Caboto, que decide construir una goleta para marchar al reconocimiento del Río de la Plata, convoca a capitanes y oficiales para imponerles de su propósito.

El debe ir hasta las islas de las Especias. El sabe muy bien que el compromiso que tiene contraído con sus armadores le obliga a pasar de largo por ese río, del que han hablado tanto los náufragos de Solís y los portugueses

de Pernambuco, para llegar cuanto antes a las legendarias Islas de Tarsis y Ofir. Pero los relatos de esas riquezas que están casi al alcance de la mano, le quitan el sueño. Ha cavilado largas horas y se ha repetido las palabras que, desde que pisó las tierras del Brasil, ha oído, insinuantes, como un canto de sirena.

Un capitán le reprocha bravamente y le insta a que cumpla lo que tiene pactado con Su Majestad y lo que tiene prometido a los armadores de su expedición.

Entonces Caboto, que no aguanta tutores, le contesta altanero:

—"Siempre sois de voto contrario!" y luego agrega con jactancia y suficiencia:

—"Su Majestad e yo nos entendemos muy bien, e se en lo que tengo de servir!"

Y dicen también que dijo malas cosas de los armadores, que cuando pusieron sus dineros en la armada, murmuraban ya, cicateros y ruines, que los perderían.

El camino de la plata

Mientras dejaba abandonados en la tierra al capitán que se había opuesto al cambio de ruta y a un puñado de rebeldes, Caboto llevaba abordo a los baquianos que tenían exploradas estas regiones desde los tiempos de Solís y metía sus barcos por el río.

Caboto, taciturno, seco y duro en el trato con sus hombres, sabía aplicar con rigor las normas de la justicia a usanza de la gente de mar. Mandaba azotar sin piedad al maldiciente o al que hacía injuria al compañero; desorejaba a los ladrones; mandaba chapuzar, dos o tres veces seguidas en el mar o en el río, a los que clandestinamente sustraían el agua o el vino de los barriles de la tripulación y a los reincidentes, les mandaba pasar por debajo de la quilla, atados con un cabo que le tiraba de las manos y les levantaba, medio ahogados y desgarradas las

carnes en la tablazón y en los clavos del casco; a los que reñían con armas y herían a sus compañeros, se les clavaban las manos en los palos del barco, con la misma arma que habían usado en la pelea; mientras a los contumaces e incorregibles, se les reservaba la horca en el extremo de las vergas.

Desde la madrugada al atardecer, con su aire triste y austero, discurría, del castillo de avantee o la toldilla, inflamada de aventuras su vocación andariega y trashumante y trabajado el ánimo por los pujos de una desembozada ambición ganosa de riquezas.

Pero, mal le recibía el famoso río de la plata. Sus naves, escoradas bajo chubascos y turbonadas, garraban contra la costa o se varaban en los bancos, hasta que otro golpe de viento, les sacaba del aprieto, y les llevaba, dando tumbos, en medio de aquel mar de agua dulce. Luis Ramírez, escribe en su carta refiriéndose a los temporales que sufrieron al embocar el Río de la Plata que en todo el viaje no habían pasado tantos trabajos y peligros: "que en todo el viaje, no pasamos tantos trabajos y peligros como en cincuenta leguas que subimos por él".

El 6 de abril de 1527, toman puerto a la margen izquierda del río. La flaqueza y consunción de los tripulantes y el reparo de los barcos, les detienen un mes, libres de las noches hurañas y ventosas y del espanto de los temporales que levantan las olas del río y azotan los flancos de las naves; y en este espacio, aparece Francisco del Puerto, el grumete que escapó con vida de la matanza que acabó con Solís y que desde entonces, amigado con los indios, vive entre ellos en buena paz y compañía.

Caboto está, sin duda, intranquilo y desazonado. La tierra es yerma y chata. En vano se buscan por ahí montañas, o piedras preciosas o arenas auríferas. Es una llanura monótona y triste y el agua revuelta y turbia del río, sólo deja en la orilla un légamo espeso y gordo.

Pero Francisco del Puerto, también afirma, como los otros baquianos y como los portugueses del Brasil, que es este, en verdad, el río de la plata; y que navegándole,

aguas arriba, se llega a las tierras más famosas y ricas del mundo donde abundan los metales.

Caboto navegó entonces, a lo largo del Río de la Plata; remontó el Paraná, se detuvo en la costa quizá a la altura de lo que es hoy Baradero, en la Provincia de Buenos Aires, y siguió hasta el Carcarañá y el Coronda donde fundó el fuerte de Sancti Spíritus, en las tierras que hoy son de Santa Fe, el 9 de junio del año 1527.

Antes de fundar el fuerte, que según el relato de Luis Ramírez, era un "asiento y vna fortaleza arto fuerte para en la tierra", tomó contacto con los indios de la comarca, que de diferentes naciones y lenguas habían venido a ver en que paraba aquel trajinar de los españoles a la orilla del río.

Entre toda esa indiada, había, según el mismo Ramírez, "vna jente del campo que se dizen quirandies".

Eran veloces como los gamos o los avestruces que perseguían a pie con sus boleadoras; vivían de lo que cazaban; y como la tierra que solían cruzar en sus andanzas, era escasa de agua, bebían la sangre de los animales que sacrificaban para su sustento.

Caboto, indaga e interroga a los indios sobre la naturaleza y costumbres de la tierra, por ver si así, cuidando de no despertar sospechas, encuentra el camino que le lleve a la conquista del metal de que tanto hablaban los portugueses y los desterrados del Brasil.

Se celebrarían los "parlamentos" a orillas del Coronda o del Carcarañá a la vista de los muros del fuerte que les amparaba con sus "pedreros" listos para disparar desde la empalizada.

Caboto, con los pelos blancos de su barba desparramados sobre el pecho fornido y recio de viejo marino y con su boina negra, que despertaría la risueña curiosidad de los indios, estaría sentado en el suelo, junto a su "lengua", frente al cacique y a los principales caudillos de la tribu.

Para moverlos más a la amistad y a las confidencias, había puesto en sus manos, pedazos de vidrio o de trapos de color y había adornado sus cuellos salvajes con sartales

y abalorios.

Entonces el cacique, con palabras extrañas que sólo el "lenguarás" entendía a medias, hablaba, en lengua distinta del guaraní, de las cosas de la tierra y de las generaciones que la habitaban, entre las que se encontraban indios que en vez de piernas tenían patas de avestruz; y donde se encontraban otras cosas estupendas, que Luis Ramírez se niega a narrar, "por parezer cosa de fábula", hasta que él mismo puede verlas por sus ojos lo pueda contar "como cosa de vista y no de oydas".

Pero entre todo ese fárrago de incoherencias y de fábulas, hablan también de la gran noticia que quiere confirmar Caboto: de la Sierra de la Plata y del Rey Blanco que en ella señorea y cuyos dominios, dicen, que confinan con un mar.

Estas nuevas, también las confirman otros indios que viven junto a la fortaleza de Caboto, los Timbúes, que a pesar de su aspecto fiero, se muestran accesibles y confiados con los cristianos que han sentado sus reales en sus dominios.

Tienen las narices, las orejas y los labios fieramente horadados; y las mujeres se mutilan los dedos en señal de duelo a la muerte de sus parientes.

Algunas tribus siembran un poco de maní y calabazas y una especie de habas; otras, en cambio, sólo comen la carne que consiguen en sus cacerías o el pescado que logran en los ríos con sus flechas o con sus aparejos y redes de fibras vegetales.

Pero entre toda esa gente extraña que llega a admirar la fortaleza de Caboto, con su gran torre y sus soldados armados de arcabuces y picas, vienen también los guaraníes que hablan la misma lengua de los indios del Brasil y que andan desparramados por algunas islas del Paraná, como "corsarios", dice Luis Ramírez, porque son enemigos de todas las otras tribus y en sus andanzas guerreras han llegado a señorear la tierra que confina con la Sierra de la Plata y con los dominios del famoso Rey Blanco, de donde traen el oro y la plata. "Traen, dice Luis Ramírez,

mucho metal de oro y plata en muchas planchas y orejeras".

Caboto, movido por todos estos relatos, que coinciden con los de la costa del Brasil, remonta el Paraná y en las inmediaciones de Itatí, ve ratificadas sus esperanzas en la fabulosa riqueza de la tierra. Los indios que en aquellas regiones le proveen de alimento, adornan, también sus orejas y sus cuellos, con pedazos de plata; pero para no despertar las sospechas de los naturales, contiene la codicia de sus hombres, y manda al grumete de Solís que indague y sonsaque el rumbo del camino que le lleve a las minas, para llegar, holgada y tranquilamente, al fin y remate de tan singular aventura.

El viejo grumete, experto en la lengua y en el trato de los indios, trae noticias concretas. El oro y la plata, que Caboto ve en los adornos de esos indios, viene de otras tribus que tienen su asiento sesenta o setenta leguas, el Paraguay arriba, y que lo traen con sus mujeres y sus niños, de la famosa Sierra de la Plata. Pero cuando Caboto se dispone a remontar el Paraguay, llega la noticia de que han entrado por el Paraná otros barcos que siguen su mismo camino y que él supone portugueses. La expedición cambia su rumbo y vuelve, aguas abajo, en procura de las naves intrusas, que vienen comandadas no por capitanes del rey de Portugal, sino por Diego García, español, que como Caboto había zarpado de España, anunciando un viaje a las Molucas.

Los dos pilotos se ponen al habla, discuten sus derechos y alegan prerrogativas, hasta que regresan ambos a Sancti Spíritus para concertar en buena aparcería, la conquista de los tesoros que les desvelan, mientras en España, los armadores aguardan sus noticias desde el lejano Oriente.

Diego García, que había estado antes en el Río de la Plata con la expedición de Solís, en los días tediosos de navegación aguas abajo del Paraná, anchuroso y calmo, recordaría, quizás, ese desventurado viaje, para discutir a Caboto más adelante sus títulos y derechos a los tesoros que esperaban encontrar.

En la fortaleza del Carcarañá, frente a la anchura de

los horizontes, se examinan planes y toman pareceres, y vuelven luego, los dos pilotos, a remontar el Paraná en busca de las minas.

Caboto y García, en una contenida ansiedad, van atalayando el paisaje, mientras la brisa mañanera riza el agua turbia y densa del río decorado por un galón rutilante de sol. Entre los madrugones palpitantes de luz y los atardeceres ensombrecidos de presagios, van con el mirar suspenso y alejado, como perdido en las remotas y dilatadas regiones que adivina y descubre, detrás de los horizontes abiertos, su imaginera y terca voluntad.

Pero la expedición se interrumpe de pronto y se quiebran para siempre las esperanzas y los ensueños. Mientras los pilotos, con sus naves, subían el Paraná, los indios asaltan el Fuerte y diezman a sus hombres; y Caboto y García, vuelven las proas en un viaje de regreso, entre recriminaciones y disputas.

Con las manos vacías, llegan a España, cada uno por su lado. A Caboto, desbaratado y maltrecho, los armadores le reclaman sus caudales desvanecidos por aquel absurdo cambio de ruta; los letrados le acosan desde la maraña de los códigos; los tripulantes que le acompañaron y hasta sus allegados, se les vienen encima con reclamaciones y litigios; y así, viejo, con su aire de rabino -las espaldas brumadas y la larga barba partida en dos- se vuelve a Inglaterra.

Pero antes, le ha dejado a España, la herencia inquietante del Río de la Plata.

Caboto, desde el Río de la Plata, había marcado el rumbo hacia los dominios del Inca, antes de que encontrara su camino por el lado del Pacífico, Francisco Pizarro.

Los informes que Caboto daba en España y los que ampliaban los relatos de la carta de Luis Ramírez, eran ratificados por los de Diego García, el obstinado viajero del Río de la Plata.

Diego García conocía muy bien estas tierras. En la "Memoria" de su último viaje, da cuenta y razón de todas las tribus que encuentra a lo largo del Río de la Plata y

del Paraná hasta el Paraguay. Sabe de sus usos y costumbres; conoce los pescadores y los que siembran la tierra; los enemigos y los amigos de los cristianos; y en su trato y conversación con los naturales, ha averiguado, también, el rumbo del camino que lleva a la conquista de la plata: "Estas generaciones, dice, dan nuevas deste Paraguay que en el hay mucho oro y plata e grandes riquezas e piedras preciosas".

Los sobrevivientes de la expedición de Solís que llegaron a España, sólo habían podido cargar en las tierras de Indias, sesenta y seis cueros de lobos marinos y quinientos quince quintales de palo brasil y una esclava del piloto Torres que fue avaluada en veinte ducados, mientras todo el cargamento de cuero, que fue según Madero, el primer producto de exportación, se tasaba solamente en seis.

Caboto llevó una onza de plata y unas orejeras y lunas de metal, que no pesaban más de una libra; y Diego García sólo pudo exhibir como prueba de sus andanzas en el país de la plata, una pequeña muestra del metal que daba su nombre a estas tierras de desolación y de muerte.

Pero García, no sólo trae el relato escogido entre los indios y una pequeña muestra de plata como Caboto, sino que además agrega que un hombre de los suyos que quedó años antes en el Río de la Plata, náufrago de una carabela perdida, "fue por tierra deste río del Paraguay e truxo dos o tres arrobas de plata, dice, e la dio a los indios y cristianos questavan en aquella tierra".

Solís había descubierto el Río; Caboto y García le exploraron y llevaron a España el eco de su grandeza cuando todavía se soñaba con las Islas de las Especias que quedaban "a espaldas de la tierra"; pero fueron las expediciones portuguesas, como la de Martim Affonso de Sousa, que merodeó por el Río de la Plata y exploró el Delta del Paraná, las que decidieron a España a emprender seriamente su conquista amenazada por la Corona de Portugal.

Cuando en 1529, Carlos V, en virtud del tratado de Zaragoza, vende a Portugal las Molucas y se desvanece así

para España, el sueño de las Especierías, una columna de humo se levantaba entre las ruinas del Fuerte que construyó Caboto junto al Carcarañá.

España no volverá a pensar en las Especierías. Sin embargo, en esta tierra inhospitalaria y salvaje, entre las cenizas de ese Fuerte que levantó la burlada codicia de Caboto, se conservará una ilusión fecunda y una esperanza eterna: el Río de la Plata.

El Río de la Plata

En vano no habían cantado las veinte bocas del Paraná la canción india, engañosa y dulce, que escucharon los hombres de Caboto a lo largo del Brasil, ni el Río de la Plata había abierto su regazo al borde del Atlántico, cuando los hombres alucinados por las especies, pasaban de largo por la ruta de Magallanes hasta las "espaldas de la tierra".

Solís le había bautizado con su sangre cristiana y Caboto, en medio de sus descalabros y penurias, había levantado su famosa "torre", en Sancti Spíritus que fue el primer palenque de la conquista.

Luis Ramírez, el que narra en su larga epístola las andanzas de la expedición de Caboto, es el primero que describe el Río de la Plata.

"Este Río es muy cabdaloso tiene de boca XXV leguas largas", dice. Y luego describe las tormentas y los pamperos, y el riesgo de los bancos de arena en los canales del río; y entre penurias de hambres y desnudeces, da gracias a Dios que les ha permitido descubrir una tierra tan rica como esta, aunque pide que se le mande de España todo lo que no puede procurarse en estas soledades: queso, tocino, aceite, vino, y sobre todo ropas, que anda poco menos que desnudo y no faltará mucho para que sea semejante a los indios en el vestir, lo dice textualmente, porque entre los naufragios y las humedades de la tierra,

todo su indumento se le "a acabado de pudrir".

Pide y recomienda que todo eso se le mande con premura, lo más pronto que se le pudiere mandar y que sea bien dispuesto en cajas y en vasijas, que él después lo pagará todo como lo espera; aunque bien hubiera podido pagarlo cumplida y espléndidamente, dice, si el Capitán General les hubiera permitido salir en busca de tanta riqueza como se esconde en esta tierra. Y luego entre cumplidos y besamanos y memorias a sus deudos, capellanes y amigos, asegura que esta es región "muy sana y de mucho fruto".

Pero además, Luis Ramírez, comunica una nueva que en la época en que lo hace no despertaría mucho interés: han sembrado los primeros trigos de esta América y han sazonado en una magnífica cosecha, que no sólo crece como en las mejores tierras de pan llevar, sino que da dos veces al año; y esto lo cuenta porque parece, según sus palabras, "cosa misteriosa".

Después, Oviedo, el Primer Cronista de Indias, que tuvo trato y conversación con marineros y capitanes y cosmógrafos que habían visto y navegado el Río de la Plata, afirma que "la pintura e assiento deste río es una de las mas notables cosas del universo".

Oviedo escribe después de los desastres de Solís, de Caboto y de Mendoza, "que tan mal librados, dice, han sydo los unos como los otros en estos sus principios, mal principiados e peor efectuados".

Relata las miserias y las hambrunas de los exploradores, los fracasos de sus vanos sueños de plata, la barbarie de los indios y el encono de sus guerras.

Pero Oviedo, como los hombres de su tiempo, sin saber por qué, tiene puestas sus esperanzas en el río salvaje y terrible, que los llama con sus leyendas mientras esconde, no se sabe dónde, sus tesoros.

"Pero no se pierde la esperanza en lo de adelante, dice, porque está aquel río muy a propósito de las cosas o secretos de la Mar del Sur".

Y es que esto fue el Río de la Plata para los conquistadores y para España: "**una esperanza en lo de adelante**".

BUENOS AIRES

Los bastimentos

En los primeros días de la travesía, solían andar más o menos bien las cosas de abordo. Los tripulantes, logrando las bonanzas, desmañadamente, sin lejías ni coladas, lavaban, en el agua del mar, los trapos de narices, los sudaderos de cuello y las camisas y paños de tocar, que tendían luego al sol, de palo a palo. Sin embargo, a pesar de las prohibiciones de las Reales Ordenes y de las advertencias y admoniciones de los capitanes, a poco andar, los marineros, jugaban a popa sus escasos dineros y hasta las prendas y al fiado y crédito, cuando el dinero se acababa; que siempre iban abordo, entre tanta gente allegadiza, tripulantes que en sus correrías por todos los mares y puertos del mundo, se habían adiestrado entre alemanes y borgoñones, genoveses y gallegos moriscos, y toda la tarifa de tahurería, en el "triunfo" francés, en el "ganapierde" romano, en el "tres, dos y as" boloñés, y en el amaño de los dados plomados y de los naipes barajados con fullería.

Al subir abordo, era menester ir prevenido, no sólo contra los jugadores, sino también, contra los males del mar.

Los físicos y protomédicos, que se jactaban de haber desentrañado las causas de las dolencias que provoca la navegación, mandaban que antes de embarcarse, se limpiaran las tripas y el estómago, con miel rosada, o miel alejandrina, o cañafístula, o alguna "píldora bendita", porque los estómagos repletos de malos humores, no llevan bien las andanzas y los trajines marítimos. Pero en cuanto el mar se alteraba y se ponía grueso y el barco empezaba a dar tumbos y a crujir con todas sus tablas y a quejarse con todas sus cuerdas, a pesar de las mieles y de las píldoras, los tripulantes se tiraban al suelo, con grandes

lamentos y desmayos, haciendo arcadas y revesando el estómago, mientras los marinos viejos, entre bromas y veras, aseguraban a los mareados, que para evitar las desazones de la navegación, es necesario, antes de embarcarse, oler durante algunos días, un poco de agua de mar, cerrando los ojos, o estarse quedo durante la tormenta con un papel de azafrán sobre el corazón; aunque los capitanes juraban que el único remedio era andar con los estómagos vacíos.

Pero el consejo de los capitanes ya se cumpliría más adelante, y no por preceptos higiénicos, cuando los bastimentos empezaran a escasear y a podrirse en el bochorno de los trópicos.

Los calderos de habas y garbanzos condimentados con aceite o las minestras de arroz del mediodía, no alcanzaban para colmar las escudillas de palo de la tripulación; el bizcocho hecho polvo se aderezaba con un poco de aceite rancio, en una sopa que llamaban "mazamorra"; y mientras el pan se endurecía y olía a ratones y cucarachas, la humedad de los pañoles amohosaba la galleta y las menestras fermentaban en las barricas. Todo lo que se comía, tenía un gusto agrio y un hedor insoportable y fuerte.

La ración de agua escaseaba y lo poco que se bebía era tan malo, que sólo podía tragarse en el apremio de la sed desesperante de los trópicos. Era un agua turbia, revuelta, casi densa como un jarabe, llena de larvas como el agua de los pantanos y de las charcas.

Algunos tripulantes con la penuria de los alimentos y la escasez del agua, ulceradas las piernas y llagados los pies, se arrastraban, maldicientes, alucinados y delirantes, por los entrepuentes, con la lengua túmida en una babaza incontenible, mientras otros, mostraban las tonsuras de los eczemas, o los bordes escoriados de sus manos sarnosas.

Era esa la hora de las blasfemias y de las promesas. Renegaban de Diós y de la hora en que nacieron; o levantaban los ojos al cielo, y con sus llagas y dolores y mise-

rias, ofrecían romerías, penitencias, cilicios y ayunos, y hasta hacían promesa de vestir el hábito de alguna Orden de estricta observancia si escapaban con vida de esas apreturas.

Pero los barcos que enfilaban hacia el Río de la Plata, encontraban siempre refrigerio en la abastanza y fertilidad de las costas del Brasil.

En 1515, cuando Solís llega a la bahía de Santos, un bachiller portugués que había trocado el comercio de las letras por el tráfico de esclavos, abastecía los barcos de aventureros y piratas, que llegaban a sus dominios. En 1526, Caboto, que viene apremiado por el hambre, se provee en la factoría portuguesa de Pernambuco, de abundante maíz, de calabazas y frijoles, habas, gallinas y papagayos, "muy buenos y en mucha cantidad", dice Luis Ramírez; y en lo que es hoy Santa Catalina, Enrique Montes, el náufrago de la expedición de Solís, les reabastece de venados, gallinas, patos, maíz, cestas de batata y mandioca, ostras, perdices, y calabazas colmadas de miel; Diego García, poco después de Caboto, carga en Santos abundantes provisiones; y el bachiller portugués que vive allí como un sultán en su serrallo indio, le hace una carta de fletamento por ochocientos esclavos, que llevarán a España en la nao grande que, por su calado, quedará en la boca del Río de la Plata, mientras el resto de la expedición remonte el Paraná en busca de las famosas Sierras del "Rey Blanco". Por eso, cuando Caboto y Diego García, determinan regresar después del fracaso de sus exploraciones, resuelven ir antes al Brasil "a tomar vituallas", dicen, porque saben que allí podrán abastecer cumplidamente sus naves sin temor de las granjerías y fraudes con los que en España, los factores o asentistas de provisiones, agravaban el problema de los bastimentos de las naves.

La ruta del Estrecho

Mientras Caboto, seducido por los relatos que corrían en las costas del Brasil, torcía su derrota hacia el Río de la Plata, en el puerto de Sevilla se ponía gran diligencia en el avío de otra armada que zarparía con rumbo a las Molucas, al mando de un gentilhombre del hábito de Santiago, don Simón de Alcazaba, que por su destreza y pericia en las cosas de la mar, había hecho "Asiento" con el Emperador, confiado en triunfar donde otros sólo habían recibido reveses y quebrantos.

Entre tanto, la venta que Carlos V hiciera de sus derechos sobre las islas del Maluco, modificó el destino de la armada; y Alcazaba salió de Sevilla, con la misión de poblar doscientas leguas de las tierras que caían hacia el sur de los dominios de Almagro, en la costa del Pacífico.

Doscientos cincuenta hombres van abordo de dos naves, con el propósito de llegar al fin de su viaje, sin detenerse en vanas exploraciones de las tierras que encontraren al paso, sufriendo heroicamente la larga travesía en la que no se espera socorro ni refresco de nadie, mientras el temperamento de los trópicos, quebranta la salud en medio de las calmas que dilatan la navegación, pudren y acaban el agua, y corrompen el alimento, entre pestilencias y muertes, aunque, para evitar epidemias, se rieguen con vinagre y se sahumen los entrepuentes; que mal puede ir la tripulación vigorosa y sana si no se le da alimentos y bebidas abundantes y frescas.

La expedición de Alcazaba que iba en manos expertas y avezadas en largas travesías, a pesar del hambre y de la sed pasa sorda a los reclamos del Río de la Plata; bordea la costa patagónica, inhospitalaria y arisca; desafía las noches lógrebas del sur y las cerrazones y neblinas y las recias turbonadas que apenas daban espacio a aferrar los aparejos; y se mete con gran riesgo por la boca del Estrecho y le cruza entre la doble fila de gigantes de piedra ensabanados de nieve. Sale al Pacífico venciendo

la terquedad de los vientos del oeste que engrosan furiosamente el mar; gana la costa en busca de abrigo cuidando de salvar los escombros de piedra que arrastran los ríos en sus avenidas y que forman las traicioneras barras; salvan con destreza los bajos anunciados por los herbazales que asoman en medio del agua; y con la sonda en la mano, los tripulantes, famélicos y ateridos, van tocando los fondos cada vez más peligrosos con sus restingas y sus escollos bajo un cielo acelajado y hosco que de pronto larga una llovizna persistente y fría, o una nevada entre ráfagas de viento que azotan el mar al escapar, ululantes y fieras, entre las quebradas de las montañas.

Pero en medio de esos hielos y de esas tormentas, en un paisaje apocalíptico de montañas yermas, de cielo aborrascados y de mares embravecidos, estalla el motín que acaba y desbarata todas estas desventuradas aventuras. Los conquistadores corriendo como espectros, entre las montañas y entre las rocas, se persiguen y matan a traición mientras un puñado de hombres vaga alucinado de un lado a otro discutiendo con el Piloto y los Capitanes que se empeñan, tenaces, en reconocer los nuevos dominios tomando rumbos con la aguja, calculando alturas con el astrolabio, y trazando rutas fantásticas en la carta.

Mientras tanto, entre el hielo y la nieve, ateridos de frío, en sus harapos, comiendo sólo un pedazo de carne de lobo marino y bebiendo, a veces, un trago de vino agrio, Alcazaba acaudilla y junta a los hombres que le quedan y se hace jurar gobernador de aquellas trágicas soledades; pero bien pronto se arma un nuevo motín y le asesinan en las horas de la noche.

Los amotinados se apoderan de las naves; gritan, desaforados, que saldrán por todos los mares del mundo "a robar a toda ropa", pero como entre ellos mismos, se acosan y persiguen luego, los capitanes consiguen dominarles y quitarles el gobierno de las naves, ahorcando a unos en las gavias y abandonando a otros a la hora de zarpar.

Como de una pesadilla escapan de aquellas trágicas soledades; pasan de nuevo el Estrecho; remontan la costa

patagónica; pasan otra vez frente a la desembocadura del Río de la Plata y llegan al Brasil, donde los indios les diezman; y cuando el Capitán Moris, que les acaudilla, despliega nuevamente las velas con rumbo hacia el Caribe, donde le espera la cárcel, no se cuentan veinte hombres entre los sobrevivientes de la famosa expedición de Alcazaba.

Pero mientras los barcos de España, se desbaratan y acaban en el empeño de afianzar el tráfico y comercio por el Estrecho, los portugueses exploran furtivamente el Río de la Plata.

Mendoza

Mientras los restos de la expedición de Alcazaba navegaban rotos y deshechos por el Atlántico, como una visión de pesadilla, se preparaba en España, por fin, la conquista del Río de la Plata.

Ahora no vendría a explorarle un piloto con cuadrantes y astrolabios, para regresar, si es que regresaba, ponderando su "pintura" y repitiendo las cosas que de él se decían en las factorías portuguesas del Brasil. Ahora vendría un militar experto, con buenas tropas adiestradas en la guerra y con las mejores armas que se usaban en la época.

Todo estaba previsto y calculado para asegurar el éxito de la conquista; la artillería y los infantes y la gente de a caballo; y los capitanes y la gente principal de la armada, alardeaban de pasados lances de guerra y se engallaban divagando sobre sus linajes y sobre la pureza de su sangre.

Hasta el tiempo apropiado para zarpar de Sevilla se estudió con calma y se tuvo en cuenta la experiencia de los que habían hecho esa travesía otras veces y que por su conocimiento de las tierras que ahora iban a conquistar, aconsejaban que se hicieran zarpar los barcos de España,

cuando entrara el verano en el Río de la Plata.

Y don Pedro de Mendoza, Gentilhombre y Criado del Emperador con quien había firmado una Capitulación para "conquistar y poblar las tierras y provincias que hay en el río de Solís que llaman de la Plata", zarpó con su armada el 24 de agosto de 1535 del famoso puerto de Sanlúcar de Barrameda.

La expedición de don Pedro de Mendoza es la primera que se hace desde España con el fin concreto de conquistar el Río de la Plata. La "Capitulación" establece expresamente su destino, a pesar de las protestas y reclamaciones de Portugal.

Mil hombres se ha comprometido Mendoza a llevar a su costa de dos viajes. En el primero llevará quinientos, con el mantenimiento que se necesita para un año y además llevará cien caballos y yeguas, y dos años después embarcará el resto de su ejército con igual bastimento.

Pero en aquellos años Pizarro había conquistado el Perú y una muestra de los tesoros del Inca, exhibidos en la Casa de la Contratación, deslumbraba y despertaba la codicia de aventureros y soldados.

Desde las atarazanas de Sevilla hasta los más apartados rincones de España sólo se hablaba de los fantásticos yacimientos de oro y de las minas de plata de las Indias. Por eso cuando Mendoza alistó sus barcos y enganchó su gente, formó un lucido ejército de más de mil hombres con los que "entraría" por el Río de la Plata y "calaría" la tierra hasta la Mar del Sur, para señorear doscientas leguas de costa, desde los límites de la gobernación de Almagro hasta el Estrecho que descubriera Magallanes.

Era una verdadera expedición de conquista.

El Primer Adelantado venía con un salario de dos mil ducados de oro al año y otros dos mil más de ayuda de costas; para la "guarda y pacificación" de los naturales se le permitía levantar tres castillos de piedra y se le señalaba además, otro salario de diez mil maravedíes, más

cincuenta mil para ayuda de costas, anuales, por cada uno de los castillos que levantara; y cuando el Rey estuviera informado de la naturaleza de la tierra se le darían diez mil vasallos, con el título de Conde.

Pero la Capitulación, no sólo hablaba de los castillos que se levantarían en el Río de la Plata y de los condados que se crearían en las regiones que Mendoza salía a conquistar; también consideraba el destino que habría de dársele a los tesoros de oro y plata y piedras preciosas y personas, de los Príncipes y Señores de la tierra, prisioneros de guerra o muertos en batallas campales o "en vías de justicia".

Así subió abordo de la nao "Magdalena" , la capitana de la expedición, el Primer Adelantado del Río de la Plata.

La historia de la travesía fue, sin embargo, la misma historia de siempre: sed, hambre, motines, intrigas, deslealtades; alardes de arrojo y valentía de algunos hidalgos; infamias y desvergüenzas y codicias de otros; desbordadas ambiciones de riqueza y de mando en unos; desprendimientos y abnegaciones en otros.

Y siguieron por el mar, unos días, con riesgos de naufragios, entre tormentas y vendavales, y otros, monótonamente interminables, como si fueran a quedarse para siempre, flotando en el mar de aceite de las desesperantes calmerías del trópico.

Don Pedro de Mendoza, con sus bubas y diviesos, con su gesto huraño y arisco, venía doliente, encerrado en su cámara. Tenía el ceño duro, el rostro afilado, las mejillas sumidas y la piel exangüe y pálida. Y mientras renegaba de sus andanzas galantes que así le traían postrado, abordo se tejía el enredo de intrigas y villanías que remató en las playas del Brasil con la muerte de Osorio.

Y la escuadra llegó al Río de la Plata, en pleno verano, como lo quisieron al partir de España.

Con Don Pedro de Mendoza, se acabaron las exploraciones comandadas por marinos y cosmógrafos y tripuladas por gente bisoña en el arte de la guerra. Con el Primer Adelantado, venían al Río de la Plata, soldados aguerridos

y fogueados en los más lucidos ejércitos de Europa; y junto a los capitanes de España, que bravoneaban con sus mentados lances y que aguaitaban la hora de dar brillo a su nombre en hazañas descomunales y nunca vistas, venían también los cautos y astutos mercaderes alemanes.

Ya habían empezado a poner sus esperanzas en las Indias de occidente, los anseáticos de Novgorod, de Colonia, de Amberes, de fachas enérgicas, cuadradas y recias, de boca imperiosa y de mirar acerado; los viejos mercaderes con grotescas verrugas en los nasos carnosos, como los burgueses que pintaron Holbein y Durero, de piel arrugada y bermeja y labios resecos y sumidos en la boca sin dientes, abrumados bajo las amplias pellizas o finchados en sus trajes negros con mangas de brocado; y los cambistas que pesan en las balanzas, monedas deslumbrantes de oro, como en las tablas de los pintores alemanes del siglo XVI, con el pulcro ademán de sus dedos largos y finos, bajo la mirada apacible de la mujer, tocada de blanco, que levanta y sostiene suavemente en el aire la hoja de un grueso libro de asientos, entre los armarios y alacena de la tienda, atiborrados de infolios y mamotretos.

Los Welser, banqueros de fuertes recursos y animadores de grandes empresas, que habían contribuído a la conquista de Venezuela, y los Neithart, respetables vecinos de Nuremburg, habían hecho ya sus tratos para intentar un lucrativo comercio en el Río de la Plata que salía a conquistar Don Pedro de Mendoza y que ellos calculaban dominar con sus astucias de mercaderes y de banqueros. Y mientras Erasmo Schetz, trafica con sus barcos en la costa del Brasil bajo el control de Juan Von Hielst, su factor en Lisboa y de Pedro Rossel, flamenco, encargado de su factoría en el puerto brasileño de San Vicente, al zarpar la expedición de Mendoza, del puerto de Cádiz, se alista en su flota el navío de Sebastián Neithart y de Jacobo Welser, al mando del factor Enrique Painem, cargado de mercaderías y tripulado por alemanes.

Mendoza, viene con alguna gente conocedora ya del Río de la Plata. Por Real Cédula se le había autorizado a

enrolar a los que habían sido tripulantes de la expedición de Caboto y que quisieran regresar a estas tierras. Le acompañan el bachiller Gonzalo de Acosta; Melchor Ramírez, acompañante de Solís; Juan de Junco que viene como Regidor, y otros baquianos, que a pesar de pasados reveses tienen aún puestas sus esperanzas enn estas ariscas llanuras.

Un portugués, Alejo García, en una hazaña estupenda había cruzado los montes impenetrables y los ríos más grandes del mundo, hasta llegar antes que don Francisco Pizarro, a los dominios del famoso Rey Blanco; pero había muerto a mano de los indios, en su regreso, cargado de un deslumbrante botín, a la costa del Atlántico. Otro portugués, Pedro Lopez de Souza, que había reconocido el Río de la Plata, afirmaba que esta era la tierra más hermosa y apacible que se había imaginado ver: "a terra mais fermosa e sprasivel que eu jamais cuidei de ver"; y agregaba, recordando la amenidad y hermosura de las frondosas islas del Delta del Paraná, y los dilatados y trémulos pastizales de la pampa, que no habría un hombre que se hartara de admirar la hermosura de esos campos: "nam havia homen que se fartasse d' olhar os campos é a fermosura delles".

Pero lo que en verdad había inquietado al Rey de España, era la noticia que le llegara confidencialmente de su embajador en Lisboa, sobre cierta expedición que Portugal preparaba, al mando del portugués Acuña, que "con gente de a caballo", saldría del Brasil a la conquista de la Sierra de la Plata.

Y don Pedro de Mendoza, zarpó, entonces, para defender los derechos de su Rey y sujetarle esta tierra, no sólo con la máquina de su artillería, sino, también, "con gente de a caballo", sin sospechar, siquiera, que estos caballos de su expedición, más que para una conquista cruenta, venían para dejar la semilla de una nueva riqueza.

La fundación

Comenzaba el mes de febrero del año 1536, cuando don Pedro de Mendoza fundaba Buenos Aires a la margen derecha del Río de la Plata, donde para "guarda y pacificación" de la tierra levantaría tres castillos de piedra.

Con todo, ya le habían dicho los sobrevivientes de Caboto que con él venían, que en aquellas soledades no encontraría piedras para sus castillos.

Una llanura inmensa, baja y monótona, se estiraba desde la lejanía de los horizontes y se venía agazapada entre el pastizal y las cortaderas, hasta meter el hocico de "toscas" en el agua fresca del río. A veces parecía que en medio del sopor de las siestas, intentaba, perezosamente, un cambio de postura levantando el hombro de las barrancas, bayas de greda y arena. Pero se quedaba ahí no más. Siempre echada largo a largo. Siempre igual, desde cualquier punto que se la mirara.

Sin embargo aquella tierra desparramada y abierta, más parecía en acecho que dormida. Y cuando las nubes se amontonaban hacia el sur y después se venía bramando el viento hacia el norte, la tierra se ponía torva y salvaje, y no se sabía si las nubes se venían abajo o si era el mismo suelo, que, ululante y fiero, se agitaba y corcoveaba y bufaba como un potro.

En los primeros días, los conquistadores se refugiaban en los barcos, que pasaban la noche al ancla, lejos de los bancos de arena, en cualquier sitio en que el escandallo revelara fango, para evitar los riesgos de los varaderos; que no en vano al Río de la Plata, durante mucho tiempo, los navegantes le llamaron "el infierno de los marineros", por sus tormentas y por sus bancos.

Empezaron, luego, a edificar el "real". Una zanja, una empalizada y un muro de tierra que, como un presagio, se desmoronaba todos los días.

La población estaba en lo más alto de la costa. Era un

puñado de ranchos alrededor de la casa del Adelantado; los techos de paja, las paredes revocadas en barro, que se agrietaba al secarse, y la misma tierra del suelo, apretada y endurecida en el diario trajinar de las botas, era el lecho húmedo y frío donde dormían los soldados, entre cueros y pajas y alguna manta raída.

Don Pedro de Mendoza, más huraño y agrio por el gálico y los remordimientos y la miseria que ya iba ahogándole, mandó a su gente a que explorara y reconociera sus dominios. El primero en salir fue un portugués, baquiano viejo de estos pagos, que se llamaba Gonzalo de Acosta. Salió con veinte hombres a reconocer las islas del Delta y a buscar los alimentos que ya escaseaban en el "real". Iba braveando y diciendo mucho de las costumbres y usos de las tribus y de los caminos y atajos que se podían seguir para alcanzar sin riesgo lo que buscaban. Sin embargo, al cabo de poco, regresó hambriento y descabalado por los indios.

Las hambrunas

Caboto, había fundado Sancti Spíritus en un suelo abundante de alimentos, entre el Carcarañá y el Coronda, brazo caudaloso del Paraná.

Era una tierra rasa y casi sin árboles. En la llanura inmensa, el avestruz, sobre los zancos de sus patas recias, paseaba con necio empaque, en grupos de familia, el pescuezo estirado y largo como una serpiente, hasta que de pronto echaba a correr haciendo gambetas y agitando desesperadamente los alones que abrían en abanico de sus plumas largas y blandas, en un vano intento de vuelo.

Después, las llamas, aparecían en tropillas, el pescuezo erguido, las orejas alertas, el hocico en alto, la mirada curiosa y expectante; y los conquistadores discutían si aquellos animales extraños eran mulas con pescuezo de camello, aunque al verles de cerca, la lana fina y suave, otros afirmaban que eran sólo las ovejas gigantes de la

tierra.

Los ciervos bajaban a abrevarse a orillas del río, con sus cabezas arboladas, mientras los venados y las gamas corrían y brincaban en el campo abierto y los carpinchos zambullían entre los camalotes de las islas.

A la caída del sol y en las noches de luna, las vizcachas hacían sus ruidosas tertulias sentadas a la puerta de sus cuevas; y por el cielo del amanecer o de la sobretarde, cruzaban las bandadas de patos, en formaciones militares hacia los bañados próximos o hacia los "dormideros".

En el río había peces exquisitos. Los conquistadores les admiraron en las manos expertas de los indios. Unos parecían grandes fuentes de oro; otros alargados y finos parecían un puñal damasquinado; otros parecían troncos de árboles salpicados de manchas negras... Y todos tenían una carne deliciosa, que condimentaban, a falta de sal, con las cenizas de ciertas hierbas que usaban en la tierra.

Pero la caza y la pesca, era un problema que no sabían resolver los hombres que remontaban el río en busca de plata y oro.

Para sus cacerías, mal podrían usar el pesado armamento de guerra; y la pesca, sólo era posible si se sabía, como los indios, cuando debía pescarse en los bañados, o en medio del río, o en los remansos y cuando en las horas de la mañana, o de la tarde, o de la noche; y manejando con destreza, las redes tejidas con fibras vegetales, o los dardos que "fijaban" el pescado "a flor agua".

Por eso, cuando Caboto buscaba, afanoso, el camino de la plata, remontando el Paraná, se moría de hambre en medio río, e iba de isla en isla cazando alimañas y recogiendo hierbas, hasta que llegan, de ciertas tribus amigas, las canoas bien abastecidas, que, dice Luis Ramírez, "aunque vinieran cargadas de oro e piedras preciosas, no fueran tan bien recibidas".

La penuria del sustento en el Río de la Plata, fue la trágica obsesión de los conquistadores; por eso cuando Mendoza funda Buenos Aires, bien pronto le apremian las hambrunas y le obligan a mandar una nave hasta la costa

del Brasil en procura de alimentos.

En los primeros tiempos de Buenos Aires, cuando las tribus vecinas se rebelan y le niegan las provisiones de pesca y caza, salen los Capitanes en la desesperada búsqueda de otras "generaciones", que por las buenas o las malas les den de comer; pero los indios son ariscos y bravos y les obligan, como a aquel Juan Pavón, a volver al "real", con las manos y los estómagos vacíos, "batidos y maltrechos", mientras el hambre arreciaba, los tigres se metían por la empalizada y devoraban los soldados, que desfallecían de hambre, y los Capitanes, que procuraban evitarse fatigas y miserias a costa de sus hombres, les trataban con soberbia y renegaban de sus flaquezas. "Los Capitanes, que conforme nunca estaban", escribe Villalta, unos de los hombres de esta expedición; aunque, agrega: "los Capitanes i allegados a ellos, estos, nunca pasaron necesidad".

Y luego, en la estrechez de los asedios, vino el comer alimañas y ratones y el roer cueros, y el devorar las osamentas de las cabalgaduras; y hasta aquella espeluznante escena de los soldados que en la noche se arrastraron hambrientos hasta la horca, para arrebatar desesperadamente las piltrafas de los reos que la justicia había colgado con un lazo al cuello.

Mendoza pasaba los días encerrado en su casa. A veces tomaba entre sus manos afiebradas, un libro, de Erasmo o de Virgilio; otras disponía el aderezo y limpieza de sus armas o de sus joyas; y mientras por las ventanas abiertas se veía el cielo lleno de luz y el panorama dilatado del campo desde donde llegaba un aire fresco y sano, pensaba con melancolía en los soñados castillos de piedra que el Rey mandaba levantar en el Río de la Plata para llamarle Conde y entregarle diez mil vasallos, y sujetar la tierra a su dominio.

Los soldados gustaban reconocer los aledaños en arriesgadas excursiones. Llegaban hasta el monte próximo, un monte de algarrobos, ceibos, espinillos y talas, donde se guarecían los tigres y los pumas, ocultos por las enredaderas silvestres; solían meterse en la zona de los cardales, que quedaba más allá del monte y donde se levantaban, negros y duros y erizados de espinas unos cardos, como los de Castilla; recorrían los "bañados" cubiertos de cortaderas, espadañas y totoras, como el tocado indio de la tierra; pasaban hasta los trebolares que se desparramaban hacia el horizonte en un mar inconmensurable, verde y tranquilo, donde de trecho en trecho, el ombú se esponjaba debajo del sol; y regresaban luego, con las botas humedecidas en la tierra jugosa, olorosa a campo, con el perfume agreste de hojas y de yuyos, mientras se oía a lo lejos el lamento de las palomas del monte y el grito insolente y destemplado de las gallinetas en la orilla del río.

A esa hora el fogón crepitaba enn el cuerpo de guardia donde algunos soldados se preparaban para pasar la noche alertas y prevenir los ataques de la indiada. Se oiría tal vez algún cantar de la tierra remota, quizás un viejo romance de Castilla o unas coplas de Andalucía; y mientras salían las rondas, las escopetas al hombro y las tizonas apercibidas, se iban prendiendo en el cielo las primeras estrellas.

Pero los asedios y las hambres y las pestes y las reyertas entre los mismos conquistadores, sacudían, en estremecimiento de muerte la población que se consumía y acababa, mientras Ayolas, en unos barcos, remontaba el Paraná en busca de algún consuelo por orden de Mendoza.

Los dos caminos

En el mes de mayo había zarpado de Buenos Aires esa expedición de Ayolas con tres bergantines tripulados, cada uno por una veintena de hombres. Remontan el Paraná,

con rumbo al lugar donde Caboto había fundado el fuerte de Sancti Spíritus; y mientras van, aguas arriba, Mendoza, manda otra expedición hacia la desembocadura del río Luján, donde, en el día de Corpus, tienen un encuentro con los indios, que le matan, entre los mejores capitanes, a los hombres con quienes estaba unido por vínculos de sangre.

El Primer adelantado está ya en el colmo de la desesperación y quiere volverse a España.

¡Mal haya el Condado! ¡Mal hayan los diez mil vasallos prometidos! ¡Mal hayan las doscientas leguas de costa sobre la mar del Sur! ¡Mal hayan los castillos de piedra! ¡Mal haya este funesto Río de la Plata donde puso sus caudales y las últimas esperanzas de su vida!

Pero cuando ya se dispone a zarpar, con rumbo a España, después de sufrir el hambre y el asedio de los indios, se oyen unas salvas de artillería por el lado del río y regresa Ayolas.

En la tierra donde asentó Caboto su fortaleza, Ayolas dejó fundado un fuerte que ha llamado Corpus Christi. Y hacia allá, en una última esperanza, se va también Mendoza, por el camino del agua.

En el mes de setiembre, cerca de Corpus Christi, funda otro fuerte: Buena Esperanza.

Es un nombre simbólico.

Cuando todas sus ilusiones se desvanecían, en esas tierras que hoy son de Santa Fe, el Adelantado se había encontrado con un sobreviviente de Caboto, Gerónimo Romero, que quedara perdido entre las generaciones salvajes que merodeaban por el Paraná, y que llegaba a hablarle, de las riquezas del Río de la Plata. Y sobre los escombros de aquellas vidas torturadas por el hambre y por las pestes, su palabra hace nacer una nueva esperanza.

Pero este hombre extraño que viene del desierto, donde ha vivido varios años, mezclado entre los indios a quienes ha tomado sus hábitos de vida, marca un nuevo derrotero.

Hasta ahora los hombres de Mendoza sólo habían oído la voz del litoral que les invitaba a navegar sus ríos y seguir el camino del agua hasta los montes del Paraguay,

para entrar por ellos a la conquista del imperio indio de América.

Los portugueses del Brasil y los náufragos de las expediciones anteriores, sólo eran el eco del Paraná que llamaba con las veinte bocas del Delta, las corrientes de sangre que en riego fecundo despertarían una nueva vida en las vírgenes tierras guaraníes.

Pero ahora, Gerónimo Romero, les traía el eco de "tierra adentro".

No era el camino del agua el que debían seguir en su conquista. Por allí fracasaron Caboto y García. Las corrientes y los vientos eran contrarios; la costa era pantanosa a largos trechos; a veces el río se desparramaba en bañados interminables o se perdía entre un laberinto de islas; y más allá, los montes donde se guarecían las fieras, las peligrosas alimañas y las tribus que comían carne humana.

En cambio, hacia "tierra adentro", vivían indios vestidos que habían domesticado para el transporte de sus frutos, esas que los conquistadores llamaban "ovejas de la tierra", con las que llegaban hasta las naciones que eran las dueñas del oro y de la plata.

Los hombres de Mendoza discuten agriamente.

Unos quieren remontar el río y otros emprender el camino que Gerónimo Romero les marca hacia el poniente.

Mendoza ya está extenuado. Ya no tiene fuerzas para seguir entre esa gente levantisca, sufriendo inclemencias y hambres.

Pero antes de abandonarles, funda ese fuerte, que por una extraña sugestión, bautiza con el nombre de "Buena Esperanza", mientras deja que sus hombres se dispersen.

Unos quedan en las tierras que hoy son de Santa Fe, donde se levantaron "Sancti Spíritus", "Corpus Christi" y "Buena Esperanza"; otros bajan con el Adelantado hasta las tierras de Buenos Aires; otros remontan el río, siguiendo la proyectada conquista del litoral con Irala y Ayolas; y los otros, los que escucharon la voz de la "tierra adentro", emprenden el camino del Oeste en un viaje del que no se

supo nunca su fin.

Así los hombres de Mendoza, salieron de Buenos Aires para señalar en la encrucijada de Santa Fe, los dos caminos por donde luego se hizo la conquista definitiva de esta parte de América: el de "tierra adentro" por donde después de fundar a Córdoba vendrá Cabrera en busca de una brecha abierta por los ríos indios; y el camino del agua, por donde Garay bajará desde los montes del Paraguay, después que lo remontaron Caboto, García, Ayolas e Irala, en una vana y alucinante esperanza de conquistas de tesoros.

La derrota

Mendoza regresa a Buenos Aires. Se siente vencido y se dispone a volver a España.

En la playa, los carpinteros y calafates, preparan las naves que le acompañarán en su viaje de regreso.

El 10 de abril de 1537, ordena sacar una copia del proceso que acabó con la muerte de Osorio en las costas del Brasil y que a él le perseguirá hasta su última hora como una obsesión.

El 20 de abril dicta las instrucciones que deja a Ruiz Galán que quedará a cargo del gobierno de la ciudad y de la gente de Buena Esperanza y de Corpus Christi, hasta tanto regrese Juan Ayolas que anda por ahí perdido en los montes del Paraguay buscando el camino que le lleve a la Sierra de la Plata.

El 21 de abril, dispone por escrito, lo que debe hacer Ayolas si regresa, o Juan de Salazar si aquél no viene: "Lo que Juan de Ayolas mi lugar teniente A de hazer si plaze a dios y Acá viene o sy él no viniere el capitán salazar".

Y el 22 de abril de 1537, las naves cortaron amarras y tomaron el rumbo de España, llevando abordo al Primer Adelantado.

Don Pedro de Mendoza se iba meditabundo y taciturno

en el abandono definitivo de su conquista.

Dejaba en manos extrañas, la empresa difusa y larga, que él calculó hacedera en sus vanos proyectos militares.

Tremaba todo él, llagada la testa, con cuatro llagas; llagada una pierna, que le trababa el andar; llagada una mano, que no le dejaba escribir ni aún firmar. Así se veía abordo, acabado su cuerpo doliente y astillado su sueño de grandeza.

La tierra le parecía más áspera y agresiva que nunca; pero el río revuelto y turbio, le esperaba como un portillo abierto en una insistente invitación a la fuga.

Al alejarse de Buenos Aires, miraba su ciudad.

Los ranchos corcobados bajo sus ponchos de "quincho", se apretaban en hostil murmuración detrás del ruedo de tierra y de palos; se levantaban al cielo, amenazantes, los brazos carbonizados de los "horcones" que castigaron pasados incendios; mientras la que había sido su casa, más alta y soberbia que las otras, cerraba con pesadumbre los párpados de sus ventanas para no verle partir en derrota.

Don Pedro de Mendoza, tenía ahora la faz dura y curtida; el pescuezo flaco; las manos de fiebre, secas y afiladas; y se iba como torturado de remordimientos y de angustias.

El Río de la Plata le había vencido.

LA VERDADERA CONQUISTA DEL ADELANTADO

La bondad de la tierra

Los portugueses, golosos de misterio, se afanaban aún por las maravillas del mundo de que hablaban, en los tiempos antiguos, griegos y latinos y cuya existencia y realidad confirmaban relatos de viajeros y los mapas y portulanos de cosmógrafos y marinos que las señalaban con una precisión desconcertante. Islas inmensas, de oro, como aquella isla Aurea de Tolomeo, en la lejanía de los mares, bajo un cielo encandecido de luz; países donde anidaban pájaros de oro y de plata; y montañas resplandecientes de metales y piedras preciosas.

En los tiempos en que Cortés conquistaba el reino de México, Diego Pacheco al frente de dos barcos del gobernador portugués de Malaca, intenta la conquista de cierta isla de oro, que las últimas noticias de los navegantes y mercaderes del Oriente, ubicaban al sur de Sumatra, rodeada de arrecifes de coral, donde los habitantes, en una desnudez paradisíaca, vagaban, adornados de hojas y de flores, como dioses paganos, entre apacibles montes de palmera. En el mismo año en que Caboto llega al Río de la Plata, otro barco portugués dobla el Cabo de Buena Esperanza, arriba a Sumatra averiguando la ruta que le lleve hasta esa misteriosa isla, y unos años después, los traficantes que llegaban hasta Malaca en sus trajinerías, juraban que le habían visto naufragar en medio de un tifón con toda su carga de oro; y en 1543, cuando en España ya se había extendido el título de Segundo Adelantado del Río de la Plata, es Martín Affonso de Sousa quien manda una galera y dos fustas portuguesas en procura de la isla de oro que buscaba Pacheco.

Fueron, así, los portugueses, los últimos marinos que

navegaron los mares con la visión alucinante de las islas de oro, de los montes resplandecientes, y de los ríos de plata, como aquellos aventureros árabes de un "Relato" medioeval, que un buen día salieron de su pueblo y se embarcaron en busca de las maravillas del mundo hasta que se acabaran.

Con todo, cuando Colón escribe a los Reyes Católicos, dándoles cuenta de su descubrimiento, no habla de islas de oro ni de ríos de plata. Sólo ha visto tierras ubérrimas, árboles gigantes que pujan hacia el cielo; puertos abrigados, "sin comparación de otros que yo sepa" dice; y ríos, agrega, "buenos y grandes que es maravilla".

Es la tierra de América, la que encanta y atrae a los hombres, con la feracidad de su suelo, el brillo de su sol, la dulce apacibilidad de sus días bajo la fronda de sus árboles, en sus playas doradas, o en sus campos abiertos.

Pedro Mártir de Angleria en una de sus epístolas, después del Descubrimiento, pondera la bondad de la tierra nueva.

"Dicen que los árboles son muy frondosos y altísimos, escribe, que en los prados se cría la yerba tan espesa y alta, que ni a pie ni a caballo se puede abrir camino, y que nuestro ganado se hace allí más corpulento y se hace mucho más grande por los pastos más nutritivos. Las hortalizas y demás cosas sembradas que se llevaron allá, crecen con admirable brevedad de tiempo; las calabazas, melones, y demás cosas de estas, a los treinta y seis días de sembradas se comen; las lechugas, rábanos, borrajas y demás hortalizas de esa especie, a los quince días; al segundo año de puestas las vides, dicen que han comido dulces uvas, y afirman que las cañas de que se saca el azúcar, a los veinte días tienen un codo".

En aquella tierra nueva, de andar y ver, donde voluptuosamente se deleitaban en trajinar por donde jamás anduvieran cabalgaduras ni carretería; a través de los campos fuertes, con olor a pasto y rocío, la vida cobraba un nuevo sentido, que los conquistadores presentían desde la oquedad de su alma. Por eso frente al interrogante, inquietante e inmenso de la tierra, sabían dar la respuesta rotunda y

enérgica de su optimismo.

Cierta mañana, después de oír la misa rezada en un altar levantado a la orilla del mar, Colón se ha sentado en la playa. El regocijado gorjear de los pájaros, en la selva virgen, llega con el aire mañanero y oloroso, que cosquillea en las mejillas de los hombres barbados que le acompañan y les pone cierto leve lagrimeo en los ojos. Es una mañana esplendorosa y calma en que hasta el vahar de la tierra húmeda, es un hálito de esperanza, mientras los árboles levantan el verde de sus copas, en una insaciable apetencia de inmensidad y de cielo. Los indios, en paz con los que vienen a conquistarles, les traen todos los días el alimento; pero aquella mañana, como un símbolo, se adelanta hacia Colón, un cacique, octogenario y grave, todo desnudo como un dios antiguo, y le brinda un canastillo colmado de frutas olorosas.

Pero la gente que viene a la conquista, no cruza el mar, desafiando tormentas y naufragios, para extasiarse frente a los abiertos paisajes ni para solazarse con los frutos maduros, que les ofrece, generosa, la bondad de la tierra.

Son marineros viciosos y rudos, soldados desvergonzados y torpes, aventureros insolentes y desalmados, hidalgos de soñados linajes o de ejecutorias raídas de pobreza, gente desasosegada y andariega, contra cuyas pasiones y miserias, deben luchar con denuedo, algunos recios espíritus, que les acompañan en la descomunal aventura y que se empeñan en dar a la conquista, el carácter español y cristiano, para que después de afianzado, como lo dice Oviedo el Primer Cronista de Indias, puedan venir, honradamente, los mercaderes, a gozar con tranquilidad de sus sacrificios y desvelos.

"Por que los salvages de la tierra, escribe, y los ayres della y la espesura de los hervajes y arboledas de los campos, y el peligro de los rios e grandes lagartos e tigres, y el experimentar de las aguas e manjares, fuese a costa de nuestras vidas y en utilidad de los mercaderes e pobla-

dores, que con sus manos lavadas, agora gozan de muchos sudores e desvelos".

Los hombres que llegaban al Río de la Plata en las primeras expediciones, alucinados por los relatos que salían, sobre todo, de la costa del Brasil, esperaban recoger sin penuria los tesoros tan mentados.

Pero el Río de la Plata, les esperaba huraño y hosco, con el agua revuelta y turbia; con sus traidores bancos donde se hundían sin remedio las quillas de los barcos mientras aullaban los vientos del sur y rompían las arboladuras y desgarraban las velas.

La tierra era rasa, sin arboledas, y los indios bravos e indomables. Y cuando los conquistadores remontaban el Paraná en busca del camino que les llevara a la soñada Sierra de la Plata, los vientos del sur que tan fieramente les habían zarandeado al llegar, saltaban, arteros, hacia el norte, y les dilataban penosamente la navegación aguas arriba, soplando en la misma dirección de la corriente que se afanaban en subir.

Pero si las soñadas Sierras de la Plata, seguían ocultas más allá de los bosques, para los que las buscaban por estas latitudes, la tierra y el río, en cambio les iba ganando.

Alaban el pescado del Paraná, como al mejor pescado del mundo: "El pescado desta tierra, dice Luis Ramírez, es mucho y muy bueno y tan sano qual nunca los hombres vieron". Admiran la destreza de los indios pescadores: "Ques una cosa no creedera su arte de pescar", dice el mismo compañero de Caboto. Pondera la tierra, de saludable y buena: "Mientras en esta tierra habemos estado, agrega, no ha adolecido ninguno de nosotros". Y mientras vagan de isla en isla, -"este río hace en medio muchas islas, tantas que no se pueden contar" dice Ramírez- proclama la dulzura y la bondad del agua: "Muy buena agua, anota, dulce, la mejor y más sana que se puede pensar".

El Río de la Plata, no bañaba tierras de tesoros, como decían los portugueses, pero era una tierra sana y fértil: "Questa tierra adonde ahora estamos, afirma el mismo Ramírez, es muy sana y de mucho fruto". Y cuando Lope de Sousa, recorre el Delta del Paraná con sus portugueses y atisba la inmensidad de la pampa desde la orilla del río, dice también que es esta "a terra mais fermosa". Por eso, cuando Don Pedro de Mendoza sube con Ayolas hasta Corpus Christi, encuentra a los soldados del Fuerte, adaptados a los usos de la tierra: "Y visto que los cristianos, dice Schmidel, tomaban ya el modo y vivir de la tierra..."

Con todo, al primer fundador de Buenos Aires, no le fue dado ver hasta donde esta tierra, que había desbaratado sus ensueños de poderío y de grandeza, había en cambio, ganado para siempre a sus hombres.

Uno de los navíos que le acompañan en su regreso a España, perdido el rumbo en un temporal, va a dar a la Isla Española. Sus tripulantes están agotados de fatigas y en un esfuerzo desesperado achicando el agua que aniega los pañoles durante el viaje, dan al través a inmediaciones de una villa que se levantaba hacia el poniente de Santo Domingo.

Oviedo, como los Cronistas de Indias, hombre de pluma y de espada a la vez, que sabían combatir bravamente y sufrir las penurias y sudores de aquel vivir andariego y de aventura y narrar escrupulosa y donosamente los lances y peripecias en que anduvieron o que llegaron a sus oídos, se acercó para interrogarles.

Todos ellos habían sufrido las hambres y miserias de Buenos Aires y habían asistido al trágico desmoronamiento de las fantasías de Don Pedro de Mendoza en las orillas del Río de la Plata; con todo, ninguno decía mal de aquella tierra. "No obstante sus trabaxos, escribe Oviedo, loaban aquella tierra..."

Es que como aquel indio desnudo que brindaba a Colón, en las playas del Caribe, un cesto de frutas maduras, el Río de la Plata ganaba a los hombres con sus campos

abiertos como unas manos tendidas.

Pancaldo

Don Pedro de Mendoza ya había muerto en alta mar y habían arrojado su cuerpo por la borda del navío, el 23 de abril de 1537; y Ruiz Galán, gobernaba Buenos Aires, desde la partida del Adelantado.

Un día de abril, en el año 1538, los vecinos atisbaban desde la orilla del río el velamen de un barco que se acerca. Viene cautelosamente, maniobrando entre los bancos, con la sonda apercibida, cuidando que la quilla no se hunda en la arena. Con todo, al llegar al puerto, la nave se sacude y conmueve y la tablazón cruje como si fuera a abrirse por el medio. El barco ha encallado y abordo, un hombre viejo y curtido por el mar, blasfema y maldice, como energúmeno.

La nave se llama la "Santa María" y el marinero León Pancaldo.

Pancaldo tiene una larga historia adobada de aventuras y de misterios. Ha navegado por todos los mares; conoce las tierras más remotas y extrañas; ha tenido lances que le pusieron en trance de muerte; ha estado entre grillos y ha sido prófugo. Y hasta anduvo, sabe Dios en que apaños y manejos de contrabando.

Había pasado por el Río de la Plata y cruzado el estrecho con la expedición de Magallanes, pero como su barco "La Trinidad", se perdiera en el Pacífico, anduvo de un lado a otro entre pestes y hambres durante cuatro años hasta que con diez y siete tripulantes sobrevivientes fue apresado por los portugueses en las famosas islas de las Especias y confinado en Cohin, de donde, después de diez meses huyó a Mozambique para ser apresado de nuevo, hasta que en uno de los puertos de la India logra esconderse en la bodega de un barco que va a Portugal. Sufre estoicamente las penurias de la larga travesía y llega por fin a Lisboa.

Pero Pancaldo, que no vivirá nunca tranquilo, vuelve a ser encarcelado y vuelve a fugarse.

En 1531 hace un trato en París para dirigir una expedición de contrabando a Mozambique, pero desiste cuando el Rey de Portugal se insinúa con unos millones de ducados de oro, aunque después de recibir la dádiva real le escribe al Monarca excusándose de no poder entrar a su servicio porque ya está viejo, y tiene que sufrir todavía, dice textualmente, "la carga" de su mujer.

Con todo, no tarda, Pancaldo, en volver a las andadas y arma una expedición al Perú, que en esos años, descubierto por Pizarro, deslumbraba a la gente.

Sale de Italia con dos barcos. El se embarca en la "Santa María", que es la capitana y en la "Concepción", va un genovés, Pedro Vivaldo. Toman el rumbo del Estrecho, desde donde subirán hasta el Perú, llevando a bordo las mercaderías que le han confiado "Urban Centurión e Francisco Pozobonelo e compañía", para realizar ese tráfico.

Vivaldo, que estaba obligado a seguir la nave capitana, un buen día despliega todas sus velas y deja atrás a la "Santa María", que encalla al tomar puerto en Buenos Aires.

Pancaldo baja entonces a tierra acompañado de algunos italianos nobles que le siguen en la aventura y entre el asombro de los vecinos que sufrían hambre y desnudeces, declara con cierta soberbia que lleva mercaderías por más de diez mil ducados.

Desde las bodegas de la nave encallada, van saliendo hacia el depósito que se les ha señalado, paños, lienzos, terciopelos y brocados, gorros, zapatos, jubones, zamarras, unas libras de hilo y unas docenas de cinta; arcabuces, rodelas y cotas de malla; carne de membrillo, aceite, pimienta y canela; y para que no faltara nada, unas pipas de vino, de un vino que a los hombres de Buenos Aires sabe a gloria, que ya llevan varios meses de trasegar, de vez en cuando, un sorbo de algún vinillo agrio que guardaban como un tesoro.

Los vecinos se arremolinan y disputan entre ellos sobre quien tiene derecho a la mercadería de Pancaldo y sobre los precios y condiciones de la venta.

El capitán de la "Santa María" defiende heroicamente su cargamento; y él, que se ha visto en trances apurados en su vida, reniega y maldice de haber dado con su barco en semejante tierra, donde le acosan y hostigan para llevarle de entre las manos, a toda costa, la mercadería con la que pensó, al salir de Italia, que podría ganar los dineros que le permitieran pasar tranquilamente los últimos días de su vida y llevar sin sacrificios aquella "carga" que le quedaba de su mujer.

Pero tiene además Pancaldo que soportar el suplicio tremendo de los pleitos y de la gente de justicia.

El piloto que guió la nave a la entrada del puerto, le demanda su salario. Pancaldo protesta. ¡Qué ha de pagar él, si el piloto le ha encallado el barco que está ahí rompiéndose hundido en la arena!

Sin embargo, le condenan a pagarle ciento cincuenta ducados; y por añadidura, los Oficiales Reales también le hacen comparecer a la justicia, acusándole de haber introducido dos esclavos negros.

En estas disputas y chicanas judiciales estaba la gente de Buenos Aires, cuando aparecen unos hombres extraños. Vienen extenuados, harapientos y flacos y traen unos fardeles al hombro, que despiertan la curiosidad del vecindario. Esos hombres que han caminado a lo largo de la Patagonia sufriendo intemperies y hambres, son los tripulantes de la nave desertora de la expedición de Pancaldo, que mientras llevaba las velas desplegadas en la desleal huida de su capitana, fue sorprendida por una tormenta que la estrelló contra la costa a la altura de Río Gallegos, cuando ya creían cruzar impunemente el Estrecho.

Y así entra también Vivaldo a Buenos Aires.

Los dos mercaderes se increpan, discuten y vociferan y Pancaldo lleva ahora a Vivaldo ante la justicia.

Buenos Aires pasa unos días tremendos en medio de las

disputas de los mercaderes y de la grita de los vecinos que a toda costa pretenden adquirir la mercadería que tan milagrosamente les ha llegado. Entonces Ruiz Galán que sigue al frente del gobierno de la ciudad, interviene en la contienda e indica las personas a quienes Pancaldo y Vivaldo deben vender su carga; pero como el cisco y la grita arrecia en vez de amenguar, el Gobernador pierde los estribos e injuria a los mercaderes y les amenaza con hacerles trabajar y meterles en las rondas y velas como a los soldados.

Pancaldo, que tantos reveses supo llevar en su vida, ya está harto, de sinsabores.

Vencido y viejo consiente, por fin, en que se venda su mercadería. Pero los hidalgos, que no tienen plata, muy solemnemente, le prometen, ante escribano, que le pagarán sus compras, con lo primero que en oro, plata, o perlas, les pueda corresponder en la conquista del Río de la Plata.

Pancaldo ve que su carga pasa así a los descaudalados conquistadores que en cambio, van poniendo en sus propias manos, con gran solemnidad y empaque, esas escrituras donde consta, con firma de notarios, testigos y fiadores, que le pagarán "del primer repartimiento que en esta dicha provincia o costa se nos hiciere e cupiere de oro o plata".

¡Bonito Río de la Plata, pensaría Pancaldo, donde en vez de plata le pagan a uno con papeles!

Y maltrecho y doliente abandona su nave hundida en las arenas del Riachuelo para siempre.

La buena esperanza

Camino de lágrimas y desencantos era este del Río de la Plata hacia donde se encaminaba toda suerte de gente con la ilusión de regresar a España cargada de riquezas, conquistadas sin esfuerzo en deslumbrantes y fáciles botines. Pero, decía Oviedo, el Primer Cronista de Indias: "primero que le topen se cargan de lloro y de planto; y por uno que haya tornado a Castilla con dinero, han dexado

acá ciento el pellejo".

Los hombres de Mendoza, que llegaron maltrechos con las penurias y los odios enconados de la travesía, sintieron bien pronto el trágico sacudón con que la tierra les llamaba a la realidad.

Les negaba la piedra para que no pudieran levantar castillos; les negaba el alimento para que se lo procuraran con sus propias manos; les helaba la carne con los vientos del sur, para hacerles buscar refugio en ranchos miserables y sórdidos hacinados hidalgos de linaje y plebeyos sin lustre, capitanes soberbios y soldados sufridos; y cuando después de un recio combate con los indios, los conquistadores regresan a Buenos Aires, donde les aguarda el Primer Adelantado a quien el Rey, en su Capitulación, le prescribía como debía repartir los tesoros que, como despojos, dejaran los señores de la tierra, solo le anuncian, con gran alegría, que el único botín que han conquistado son unas redes indias con las que podrán amañarse para pescar ellos mismos que ya morían de hambre.

En medio de la desolación y penuria de Buenos Aires, las cuatro iglesias que se levantan a costa del Adelantado, se van con el río, en el remolino de sus aguas desbordadas o se desploman entre los tirantes carbonizados y las techumbres de paja cineradas por las flechas incendiarias de los indios; con todo, Ruiz Galán, mientras unos soldados blasfeman y otros piden a Dios misericordia en esos días alucinantes y trágicos, destruye una nave grande que todavía queda en el puerto para construir con sus tablas una iglesia y afirmar así en un esfuerzo supremo la fe cristiana de España, mientras un batel en demanda de socorro, baja por el Paraná desde Corpus Christi, donde los hombres también mueren de hambre frente a sus sembrados de maíz talados por la langosta.

Pero en medio de todos estos quebrantos y de todas estas miserias Buenos Aires se mantiene. Sus hombres no saben por qué tienen todavía esperanzas en la tierra.

Un día, se reúnen algunos vecinos con Francisco Ruiz Galán. Están presentes en el corro las personas de mayor importancia y han llamado además a un escribano, que acude solemnemente con todo su recado de escribir. Es el 29 de abril de 1539.

Deliberan sobre lo que tienen hartas veces deliberado. Se miran a la cara y entre las barbas enmarañadas y las greñas que asoman bajo la visera de los morriones, apenas si reconocen en ellos mismos a los apuestos capitanes y a los gallardos soldados que formaron en el alarde de don Pedro. Están sucios y harapientos. Y hasta sus armas se han ido acabando en las peleas con los indios o en las penosas travesías de los campos desiertos. Están casi todos a pie porque ahora los caballos también hacen falta. Unos se han muerto y otros, con los belfos en alto, se perdieron en un galope de libertad por los campos abiertos.

Todo necesitan aquellos hombres. Alimentos, armas, calzados, vestidos, brea y jarcias para sus barcos, y caballos para correr por esta tierra rasa que parece que nunca se acabara de andar.

Entonces el escribano va tomando nota de los pedidos: municiones, ballestas, hilo, ropa, y de la ropa que ahora piden hasta los hidalgos y los señores: "ropa parda de trabajo".

Y después que tienen bien concertado el pedido de lo más indispensable para la ciudad y que enviarán a buscar a España en una carabela, establecen los precios que pagarán por esas mercaderías.

Al que les vendiere todos esos géneros y esas armas que piden, y se las trajeren dentro de un año y medio, le pagarán por cada mil ducados de oro en mercaderías, que hacen trescientos setenta y cinco mil maravedíes, dos mil pesos de buen oro, de cuatrocientos cincuenta maravedíes cada uno.

Por cada veinte caballos nacidos de yeguas de Sevilla, pagarán, incluyendo los "adereços de cabalgar" cuarenta mil pesos de buen oro. Pero a los que se los trajeren después del plazo establecido, pagarán hasta el término

de tres años, por cada mil ducados de oro, no siendo telas de seda, mil pesos de oro; y por cada veinte caballos, dos mil pesos de oro, "sin pleito ni contienda alguna" agregan.

Con todo, a España sólo habían llegado hasta entonces desde estas tierras, los cueros de lobo marino que cargaron los sobrevivientes de Solís, unas planchas de plata que llevó Caboto y la pequeña muestra que exhibió Diego García.

Pero en el Río de la Plata, mientras el horizonte, en un ademán alucinado arrojaba a lo alto el disco del sol como una pieza de oro, sobre las mínimas y descabaladas huestes roídas de sordidez y miseria, se hacían los tratos y comercios, a pagar con el repartimiento de "las suertes e partes que a cada uno cupiere en esta conquista".

Es que eso fue lo que nunca faltó en el Río de la Plata: la buena esperanza, que como un símbolo les había dejado Mendoza en el nombre de un Fuerte levantado a la margen derecha del Paraná.

Buenos Aires

Y Buenos Aires siguió viviendo un tiempo más.

Pero más que buenos aires, soplan vientos de infierno en este malhadado Río de la Plata donde en cambio de la plata, que no se encuentra nunca por ningún lado, sólo hay descalabros y dolores.

Y mientras los hombres que quedaron en el pueblo que fundara don Pedro de Mendoza, se defienden heroicamente de los indios y de la tierra, Irala a la muerte de Ayolas, señorea el Paraguay desde la Asunción que fundara otro hombre de Mendoza, Juan de Salazar, el 15 de agosto de 1537.

Pero en ese año que llevan los conquistadores yendo y viniendo por el Río de la Plata, el Paraná y el Paraguay, acosados por los indios, apremiados por el hambre, hostigados por las fieras y abrumados por la tierra que cada

vez parece más grande y dilatada, van adquiriendo una nueva visión de los usos y de las jerarquías y de la vida misma.

Aquí no cabían jactancias de linajes y de títulos; que Irala iba imponiendo a todos su voluntad a fuerza de audacia y coraje y había venido sin nombre ni mando. Ni tampoco los alardes de los que profesaron la guerra en los ejércitos de Europa y sabían discurrir doctamente de acuerdo con los tratados sobre milicias; que los naturales de estas regiones bárbaras, y la tierra misma se encargaban de desbaratar cualquier organización y táctica militar a usos europeos.

En la travesía del mar, gustaban los militares de Mendoza platicar sobre temas de guerra en voz alta y con ademanes enérgicos y aspavientos para llamar la atención y provocar el entusiasmo del pasaje bisoño. Allí, en esos corrillos, los artilleros ponían por encima de todas el arma de artillería; y protestaban agriamente porque solían admitirse para ocupar sus plazas, a sastres, calceteros y zapateros. Porque, decían, si no hubiere para llenarlas hombres del oficio o aún marineros, sólo podrían admitirse herreros, carpinteros, cerrajeros y armeros que tenían "oficio de lima y compás" y que por eso de algo podrían servir en arma tan delicada y de tanta medida y precisión como lo era la artillería.

Además, afirmaban, el artillero no sólo debía entender de fundiciones y calibres, sino que debía ser hombre experto en el manipuleo y trato de la pólvora; y saber hacerla y enjugarla, sin sol y sin fuego, cuando se le mojare; y darle fuerza nuevamente cuando la perdiere. Que la pólvora, decían a gritos, es la cosa más fuerte que haya en el mundo. Y no faltaba quien recordando los tratados de artillería hiciera gala de su ciencia en materia de fuegos artificiales y de otros usos de la pólvora y dijera engolando la voz, como quien dice una cosa de mucha cuenta, que el azufre "le sirve de encender y el salitre de rempujar y el carbón de acompañar los dos materiales y levantar".

Pero ahora, en las llanuras del Río de la Plata, o en las islas del Paraná o en los montes del Paraguay, se aprendía también una nueva milicia.

Los cañones, falconetes, medios sacres y pedreros eran harta impedimenta para llevarla de un lado a otro, en travesías interminables, entre montes y pantanos.

El Río de la Plata les había hecho vivir así, una nueva vida a los que quisieron imponerle violentamente sus leyes desde Buenos Aires.

La ruina de Buenos Aires

La suerte de la primera Buenos Aires se jugó el día en que los hombres de Mendoza se desparramaron hacia los cuatro vientos desde la tierra de los indios Timbúes a inmediaciones del Carcarañá y del Coronda, donde Caboto había levantado el primer fuerte y Mendoza había fundado Buena Esperanza, precisamente cuando la esperanza le abandonaba para siempre.

Sólo quedaron en el Río de la Plata tres grupos de sobrevivientes de la desgraciada y descabalada expedición del Primer Adelantado: los que remontan el Paraná con Ayolas e Irala y señorean luego el Paraguay desde Asunción; los que se mantienen en Buenos Aires menguados y famélicos; y los que quedan en tierras de Timbúes defendidos en precarias fortalezas.

Los hombres de Buenos Aires, en medio de las penurias sostienen heroicamente la ciudad de Mendoza a la entrada del Río; los que se han fortificado en las llanuras que hoy son santafesinas, junto al Paraná, siembran y pescan para proveer a Buenos Aires y para abastecer a las naos que suban o bajen del Paraguay; mientras los de Asunción se empeñan en vencer los montes salvajes en un tenaz esfuerzo para abrir el camino que les lleve a la Sierra de la Plata.

Después de fundar Asunción en las márgenes del Paraguay, Salazar regresa a Buenos Aires y da cuenta a Ruiz

Galán de que ha dejado a Irala como gobernador porque ignora la suerte que ha corrido Ayolas que se internó un buen día por los bosques en procura del camino que le llevara a los dominios del Rey Blanco.

Ruiz Galán resuelve subir con Salazar en su busca para llevarle su auxilio y para certificarse también por sí mismo de las nuevas que habían llegado sobre el Paraguay.

Al llegar a Corpus Christi, se hace jurar por Teniente de Gobernador y Capitán General, y ordena que le acompañe toda la gente del Fuerte y que se agreguen a su flota los dos barcos que había en el puerto.

En Asunción, disputa con Irala porque éste se niega a prestarle acatamiento; y después de asaltar a los indios de las inmediaciones y de arrancarles violentamente la escasez de alimento que tenían, regresa a Buenos Aires.

Pero poco tiempo después, en octubre del año 1538, arriba a Buenos Aires Alonso Cabrera, Veedor de Su Majestad, "con una nao e cierta gente".

Ruiz Galán quiere hacer valer su investidura de gobernador pero tenazmente se niega a reconocerle el Veedor.

Este conflicto político pone una nueva nota de inquietud en la población, que los vecinos y pobladores tienen harta experiencia de lo que pueden esperar los que se levantan contra los que tienen en sus manos los resortes del gobierno.

Aunque alegaba Ruiz Galán que había sido nombrado gobernador por el Adelantado, el Veedor iba de una casa a otra mostrando ciertos papeles y escrituras misteriosas.

—¿Veis aquí? —les preguntaba mostrándoles el encabezamiento. Y sin permitirles leer el texto, les señalaba la firma.

—¿Habeís visto? —les volvía a interrogar.

—Pues debajo desta firma —agregaba— ¡está lo que en su tiempo vereís!

Y como por el encabezamiento y la firma se adivinaba que aquel papel traía una Real Cédula, dieron muchos en sospechar que las escrituras misteriosas del Veedor eran el acabar del mando de Ruiz Galán. Y así muchos abrazaron

su partido.
"E desta manera, dice Pero Hernández Secretario de Alvar Nuñez, todos le seguían creyendo que habría de ser gobernador".
Con todo, Ruiz Galán no se daba por destituído de su cargo y así, escribe el mismo Hernández, "ambos juzgaban e determinaban los pleitos cibiles e criminales", hasta que resolvieron remontar juntos el Paraná en busca de Salazar que estaba en Asunción.

El viaje de Ruiz Galán y del Veedor fue fatal para Buenos Aires.
En Asunción, los ánimos que ya andaban levantados por los celos que entre los conquistadores despertaban las hermosas indias guaraníes, se agravaban por las pasiones de la política y los rencores que encendían las ambiciones desembozadas de los conquistadores.
La llegada de Ruiz Galán con su nuevo pleito alborotó más el ambiente.
"Sobre esa razón, anota Pero Hernández, obo pasiones e escandalos entre ellos". Pero aunque al final reconocen como gobernador a Irala.
Desde ese momento la obsesión de Irala era destruir Buenos Aires para llevarse sus últimos pobladores y hacerles reforzar las huestes con las que piensa adueñarse de todo el Paraguay y hacer felizmente el camino que Ayolas había trazado a costa de su vida.
Para realizar su plan manda primero a Juan Ortega el 28 de julio de 1540 con dos bergantines "e cierta gente" para que se haga reconocer en su nombre como gobernador de Buenos Aires.
Ortega, que ya traería instrucciones precisas de Irala, proclama en Buenos Aires su propósito de despoblar la ciudad y de llevar a sus vecinos hasta Asunción, pero, dice una "Relación", "no se lo consintieron los pobladores".
El representante de Irala, al verse resistido por los vecinos de Buenos Aires, les maltrata y les persigue hasta

provocar la huida desesperada de algunos que se embarcan en pequeños botes desafiando los peligros del río.

En esta época Irala anuncia en Asunción que bajará a destruir Buenos Aires.

Los vecinos más reposados y sensatos de Asunción le requieren ante Escribano para que desista de su propósito porque le consideran disparatado y absurdo; pero Irala que no es hombre de pararse en requilorios, injuria a los que se oponen a sus designios, emprende su viaje aguas abajo y llega a Buenos Aires en el mes de marzo del año 1541, acompañado del Veedor Alonso Cabrera.

Los pobladores viejos arrugaban el ceño a espaldas de Irala.

Ellos recordaban muy bien los caballeros que habían rendido pleito homenaje al Adelantado en la Casa de la Contratación de Sevilla. Era una lucida hueste de capitanes honrados y de gente de linaje. Recordaban siempre a aquel inquieto y gentil Juan Osorio, maestre de campo de la infantería, que en las playas del Brasil acabara trágicamente, para remordimiento eterno de don Pedro; no olvidarían jamás la figura enigmática y siniestra de don Juan de Ayolas, el alguacil mayor, que arteramente se había adueñado del ánimo del Adelantado y a quien, cuando regresaba de su conquista a través de las selvas del Paraguay, los indios le hundieron en una ciénaga mientras sus manos se crispaban en los últimos pedazos de la plata de su botín. Pero aquel Irala, que ahora gobernaba los que fueron dominios de don Pedro de Mendoza, ¿de dónde había salido?

Los pobladores de Buenos Aires ya tenían mentas de él y de sus empresas desde que salió con Ayolas con rumbo al Paraguay; y sabían del genio y talante con que metía en vereda a sus soldados. Por eso sujetaban la lengua y se mordían los labios ante los desplantes de este "hombrecillo", como le había llamado despectivamente Ruiz Galán en Asunción.

Pero Irala, arrogante y enérgico, iba disponiendo los ánimos de los vecinos de Buenos Aires, para destruir la ciudad y hacerles seguir aguas arriba a las tierras donde les esperaban sus compañeros de andanzas y aventuras.

Delibera con la gente principal, con eclesiásticos y con los más viejos, y les va convenciendo, más que con razones con mostrarles su voluntad inquebrantable de que es necesario para el servicio de Su Majestad y para afianzamiento de la conquista, reunir a todos en Asunción y desmantelar el puerto de Santa María de los Buenos Aires.

—¿Para qué estáis aquí, les decía, amenazados de muerte por los indios sólo para anunciar a los que pudieren venir de España, dónde pueden hallar al gobernador y a la gente desta provincia?

Y después él y la gente que le acompañaba desde el Paraguay, iban por ahí, a la puerta de la iglesia o en la plaza o junto a la empalizada donde deambulaban las rondas y velas, contando maravillas del Paraguay.

—A treinta leguas a la redonda de Asunción, decían, viven los indios guaraníes con quienes estamos en paz.

Y agregaban que con el trabajo de los indios amigos no sólo habría mantenimiento y sostén para todos los que quedaban de la expedición de Mendoza, sino también hasta para más de tres mil hombres.

A los soldados que aún se sentían acuciados por el brillo de los lances de guerra, les hablaba de las grandes expediciones que habían de hacer entre los montes, aliados con los guaraníes, para combatir a "generaciones" feroces.

Los capitanes, curtidos por el sol y marcados de fieras cicatrices, discurrían entonces, en los corrillos, sobre la guerra india del Paraguay.

—Los indios, que son nuestros aliados, decían, aguardan sólo que les invitemos para salir a destruir las "naciones" enemigas de ellos y nuestras. Más de mil guaraníes nos acompañan en sus canoas; y cuando salimos por la tierra adentro, van todos los que queremos llevar. Así hemos dado cuenta de muchas tribus como la de los Agaces, a los que despojamos de gran cantidad de oro y plata. Y sólo

aguradamos que vais vosotros, agregaban, para ir hacia el ueste, a mover guerra a los "señores del metal"; que sin la máquina de la artillería y sin las municiones que de aquí llevaremos, no podremos marchar porque esas naciones son numerosas y bravas, y como a los guaraníes les hemos dicho que sólo hemos venido a esta tierra para ir contra sus enemigos de la Sierra de la Plata, ellos nos reclaman esta guerra y nosotros la vamos dilatando hasta que podaís ir en nuestra compañía.

A las mujeres de Buenos Aires también les prometían el descanso de sus trajines y de sus penurias, porque en Asunción no tendrían que trabajar como hasta ahora lo hacían en Buenos Aires en el lavado y en la cocina y hasta en las fajinas propias de los soldados cuando los indios apuraban sus cercos y sus asaltos, porque allá tenían setecientas indias para los trabajos domésticos y aun para la siembra y la cosecha de las chacras.

Y cuando algún mozo reacio y terco, no demostraba entusiasmo por seguir el camino de Asunción, la hermosura, la bondad y la dulzura de las indias del Paraguay le movía la voluntad y le encendía la sangre.

Con todo, algunos vecinos, a pesar de todas las promesas de una vida mejor, preferían quedarse en Buenos Aires.

Cuando Ruiz Galán estuvo de gobernador, acabó de fortificar la plaza. Ya había soldados que salían a los campos a buscar perdices; otros habían aprendido a tirar las redes indias para pescar en los ríos próximos; y hasta habían empezado a cultivar rábanos y lechugas en sus huertas.

Y eran estos los vecinos que iban a ver a Irala para que les dejara en el puerto, entre tanto los otros le seguían aguas arriba hasta el Paraguay.

El gobernador les recibía, empacado y grave y les prometía dejar una pequeña guarnición en Buenos Aires, sólo para aquietar un tanto el ánimo de los descontentadizos.

Pero entre tanto el tiempo propicio para remontar el Paraná se acercaba y los días iban pasando en divagaciones

y en vanos proyectos.

El 10 de abril, el Veedor Alonso Cabrera, llama al escribano Valdez y en presencia de testigos requiere a Irala para que levante el pueblo y le lleve a reforzar la gente de Asunción.

—Apenas han quedado poco más de trescientos cincuenta cristianos en el Río de la Plata y los enemigos parece que se multiplicaran, dice el Veedor. Hasta los mismos guaraníes, agrega, se vendrán en contra nuestra si nos ven así divididos y desarmados.

Y como alguien le advierte que el gobernador había prometido a cierta gente dejarla en Buenos Aires, para resguardar el puerto y dar noticias a los que pudieren venir de España, el Veedor insiste:

—Que el señor gobernador no deja la gente que tiene señalada ni otra ninguna, dice; pero si con todo, quisiere hacerlo y fuere su voluntad mantener la ciudad que fundara el Adelantado, que no deje menos de ochenta hombres, porque serían muertos por los indios, que aunque no pudieran salvar las empalizadas del fuerte, destruirían las sementeras y les harían morir de hambre. Y con esos hombres que quedaren, agregaba, debe hacerse un alarde, no sólo para ver las armas que tienen, sino también la ropa.

Porque los que allí se queden, en contra de la opinión del Veedor, deben tener vestidos para los dos o tres años, que pueden pasar sin recibir socorro; aunque, bien saben todos "que la mayor parte de la gente está desnuda y no tiene con que cubrir sus carnes".

Pero los vecinos se querellaban y clamaban por lo bajo y hasta algunos indios amigos les pedían que no abandonaran el pueblo, que ellos ya tenían noticias por las tribus del Brasil, que en cuatro navíos venían por el mar muchos cristianos, con rumbo a Buenos Aires.

Seis días después del requerimiento del Veedor, toda la gente de Buenos Aires, remolinea inquieta en la plaza.

Algunos están alegres y dicharacheros. Otros apenas disimulan cierta pesadumbre y acritud.

Sopla un viento del sur saturado del olor fresco de los pastos que todavía no han quemado las heladas. Son los buenos aires que arrean unos rebaños de nubes por ese cielo azul y diáfano de la pampa.

En los esquineros de la empalizada, dejaron los "horneros" sus nidos de barro, como cabezas atisbantes; el muro de tierra se ha echado encima su manta de enredaderas silvestres, salpicadas de flores; y más allá, el "campo", tranquilo y quieto, invitando a hundir los pies en la tierra jugosa por donde un día se escaparon, al galope tendido, los caballos del Adelantado.

Pero el "Muy Magnífico Señor Domingo Martínez de Irala Teniente de Gobernador" llega taimado y hosco. Vienen con él, eclesiásticos, capitanes y los vecinos más espectables.

El puñado de vecinos se arremolina con sus cabezas desgreñadas en un impaciente curioseo. El escribano, despliega sus papeles y con voz engolada da lectura a la orden del señor gobernador, que la imparte después de haber consultado y platicado, dice, con las personas más principales y más ancianas.

La orden es terminante. Todo el mundo debe alistarse para partir el próximo 10 de abril.

Y el escribano, gravemente, después de dar lectura a sus papeles, los pone ante los ojos de los que todavía quieren cerciorarse por sí mismos de que la vida de Buenos Aires ha terminado.

Irala dispone luego que se dejan señales e instrucciones para los que puedan llegar, si acaso llegan, a prestarles ayuda.

Todo lo prevé porque conoce bien el camino que abre el Paraná.

Desde mediados de marzo hasta mediados de mayo, es la mejor época para remontarle, les dice en sus instruccio-

nes, y deben, por eso, procurar llegar al puerto del Asunción a mediados de julio, porque en estos meses del año, les advierte, "les servirá mas la vela que en otro tiempo según lo que habemos visto".

Les señala la ruta con precisión.

Primero procurarán llegar hasta los Timbúes; luego pasarán a la laguna de los Coronda; más al norte, encontrarán a los Quiloazas, y desde ahí cruzarán hacia la banda que da al "lado de España" y seguirán aguas arriba hasta Asunción.

Les advierte que deben cuidarse de no guarecerse en las barrancas, porque pueden ser sorprendidos por los indios como ha ocurrido en otras ocasiones. Si vienen pocos en la armada, agrega, es más conveniente que no se pierdan buscando comida, sino que en los sitios de la costa que él les señala, hagan su asiento y siembren y esperen la cosecha "para tener abundancia de las cosas necesarias" y que allí pueden esperar hasta abril del año 1543 en que mandará un barco que piensa construir con las maderas de la tierra, "por que para este fin, dice, se lleva toda la gente Arriba".

Por último, en dos líneas deja, él también, que la destruye, el elogio de Buenos Aires.

"Este puerto es el mejor que hay en este río para naos y gente".

La verdadera conquista del Adelantado

Irala aguardó hasta fines de junio la llegada de esas naves que se habían visto por la costa del Brasil, y que después se supo que eran las del Segundo Adelantado que venía de España; pero como tardaron en llegar y a Irala le urgía el viaje, ordenó la partida.

El día establecido por el gobernador la gente fue subien-

do a los barcos que les aguardaban a orillas del Río de la Plata.

Se quemó la nave que estaba varada y que servía de fortaleza para defenderse de los asedios indios; se quemaron las casas y se quemaron las iglesias.

La ciudad de pesadilla, donde se desmoronó para siempre la grandeza del Primer Adelantado; la ciudad del hambre y de la muerte; la ciudad en donde hasta las mujeres peleaban y disparaban los cañones contra los indios embravecidos, mientras los hombres desfallecían acabados de miserias y penurias, se desvanecía en una columna de humo, que subía, alucinante y trágica.

Unos horcones carbonizados, un montón de ceniza, un foso abierto donde cantaban las ranas y los grillos en las soledades del Río de la Plata, fue lo único que quedó de Buenos Aires.

Los últimos en abandonarla habían empezado a quererla.

Ya conocían las mañas de su río, las tretas de la tierra, y el enojo de sus cielos.

Ya tenían bien estudiados los vientos.

Con días altos y claros y horizontes espesos esperaban siempre el viento del noreste en los meses de verano.

Sabían que para la luna nueva y los plenilunios, soplaban del sureste unas brisas frescas mojadas en lluvias.

No se aventuraban en la boca del río cuando en el invierno soplaba el suroeste; y se cuidaban de las neblinas de julio a setiembre, que aumentaban los peligros de la navegación.

Sabían que después de los norte, el viento que luego llamaron pampero, se venía encima con chubascos y tronadas barriendo y lavando el cielo hasta dejarle limpio y claro, aireado luego por un vientecito frescachón y ligero; y sabían que al amainar ese viento terrible, se veían volar por los aires unas telarañas que se pegaban a veces en la copa de los árboles o en las jarcias de los barcos; y sabían adivinar también el tiempo que haría

cuando, por las noches, relampagueaba el sur mientras el viento se venía rolando desde el norte; o cuando el aire se ponía denso y caliente y las aguas del río se inquietaban.

Sabían temer a los temporales del sureste, con cerrazón y agua, que ponía en peligro al que se aventuraba a andar abordo; y sabían esperar la "virazón", en los días de verano, de horizontes cerrados de neblina hasta bien entrada la mañana, cuando el viento norte del amanecer, al mediodía estaba en el este y se venía rolando después de la media noche en busca otra vez del norte.

Los hombres de Mendoza abandonaban Buenos Aires donde el fracaso del Primer Adelantado no les había dado tiempo y espacio para levantar los castillos de piedra que decía el Emperador.

Con todo, cuando los criollos que con don Juan de Garay bajaron desde Asunción en 1580 para conquistar al indomable Río de la Plata, levantaron los cimientos de una nueva ciudad, encontraron en las soledades del río huraño y salvaje, al borde de la pampa, el nombre que había dejado don Pedro de Mendoza.

Cruzó los mares para traer ese nombre que no se perdió jamás: BUENOS AIRES.

Y esa fue en aquella tierra yerma y chata la verdadera conquista del Primer Adelantado.

FUENTES

DIONISIO ALSEDO y HERRERA; "Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América Española, desde el siglo XVI al XVIII, deducidas de las obras de D... Publícalas"; D. JUSTO ZARAGOZA; Madrid, 1883.

GREGORIO DE ACOSTA; "Relación vreue en el rrio de la plata fecha por... para su magestad e para su Real Consejo de yndias; en Copias de Documentos del Archivo de Indias"; Tomo XXII, documento número 792, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

FRANCISCO ALBO; "Diario o derrotero del viaje de Magallanes desde el Cabo de San Agustín en el Brasil, hasta el regreso a España de la nao Victoria, escrito por..."; en "Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV", de MARTIN FERNANDEZ DE NAVARETE.

RAFAEL ALTAMIRA, "España y la civilización española en el siglo XVI"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE. Volumen II, Buenos Aires, 1937.

Alguns Documentos do Archivo Nacional de Torre do Tombo acerca das Navegaçoes e Conquestas Portuguezas publicados por ordem do governo de sua Majestade Fidelissima ao celebrar-se a conmemoraçao cuadricentenaria do Descobrimiento da América; Lisboa, MDCCCXCII.

JUAN ALVAREZ, "Ensayo sobre la Historia de Santa Fe"; Buenos Aires, 1910.

PEDRO DE ANGELIS; "Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia del Río de la Plata"; Buenos Aires, 1910.

PEDRO MARTIR DE ANGLERIA; "Trozos tocantes a Colón y América, entresacados de cartas suyas escritas desde el día 14 de mayo de 1493 hasta el 13 de junio de 1525, y las Décadas Oceánicas"; en "Fuentes Históricas sobre Colón y América", de JOAQUIN TORRES ASENSIO; Madrid, 1892.

BARTOLOME LEONARDO DE ARGENSOLA; capellán de la Magestad de la Emperatriz y Rector de Villahermosa. "Conquista de las Islas Malucas, al Rey Felipe III"; por el... en Madrid, por Alonso Martín, año MDCIX.

GERVASIO DE ARTIÑANO y DE GALDACOMO; "Historia del Comercio con las Indias"; Barcelona, 1917.

F. AUSART, "Précis de la geographie historique du moyen age", París, 1834.

LUIS DE BACKES; "L'Extreme Orient au Moyen-age d'apres les manuscrits d'un flamand de Belgique moine de Saint-Bertin a Saint-Omer et d'un Prince d'Armenie moine de Premontré a Poitiers"; París, 1877.

JOSE LUIS BAPTISTA; "Historia das Entradas: determinaçao dos áreas que exploram"; en "Revista do Instituto Historico e Geográphico Brasileiro"; Río de Janeiro, 1915.

CH. BASBERET y ALFRED MAGIN; "Précis de la geographie historique universelle"; París, 1841.

JERONIMO BECKER; "Los estudiso geográficos en España", Madrid, 1917.

RICARDO BERTRAN y ROZPIDE; "Viajes y descubrimientos efectuados en la Edad Media en su relación con los progresos de la Geografía y de la Historia"; Madrid, 1876.

CLOVIS BEVILAQUA; "As Capitanias Hereditarias Perante o Tratado de Tordesillas"; en "Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro"; Río de Janeiro, 1915.

PEDRO CALMON, "Síntesis de la Historia del Brasil hasta 1808"; en "Historia de la Nación Argentina", dirigida por RICARDO LEVENE. Volumen III; Buenos Aires, 1937.

GIUSEPPE CANALE; "Indicazione de opere e documenti supra i viaggi, le navegazioni, le scoperta et le carte mautiche il commercio, le colonie, degl'italiani"; Lucca, 1861.

GREGORIO CARO; "Ynformación hecha en las islas Azores por el capitán... contra Sebastián Caboto"; en Copias de Documentos del Archivo de Indias; Tomo XX; Documento número 677, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

MANUEL M. CERVERA; "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe"; Santa Fe, 1908.

P. PEDRO FRANCISCO JAVIER DE CHARLEVOIX; "Historia del Paraguay escrita en francés por el... de la Compañía de Jesús, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P.Pablo Hernández, de la misma Compañía"; Madrid, 1916.

M. EDUARD CHARTON; "Voyageurs anciens et modernes"; París, 1863.

"De la Relación que dio Juan de Areizaga de la navegación de la Armada de Loaysa"; en "Colección de Documentos inéditos para la Historia de Chile...", de J.T. MEDINA.

MANUEL JUAN DIANA; "Capitanes ilustres y revista de libros militares"; Madrid, 1851.
"Documentos inéditos" relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de ultramar"; Madrid, 1895.
MAX FLEIUSS; "El Brasil y su descubrimiento"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE, Volumen II; Buenos Aires, 1937.
CESAREO FERNANDEZ DURO; "Disquisiciones náuticas"; Madrid, 1876.
— — "La vida en las carabelas de Colón"; en "El Centenario"; Madrid, MDCCCXCII.
MARTIN FERNANDEZ DE NAVARRETE; "Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XIV, ordenada e ilustrada por don..."; Madrid, 1825.
— — "Biblioteca Marítima española"; Madrid, 1825.
— — "Noticia cronológica de algunos viajes y descubrimientos marítimos hechos por los españoles"; Madrid, 1828.
— — "Disertación sobre la historia de la náutica"; Madrid, 1846.
EL CAPITAN GONZALO FERNANDEZ DE OVIEDO y VALDES; "Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano"; Madrid, 1851.
ENRIQUE DE GANDIA; "Viajes marítimos anteriores a Colón"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE. Volumen II; Buenos Aires, 1937.
— — "Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y del Estrecho de Magallanes"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II; Buenos Aires, 1937.
— — "Primera fundación de Buenos Aires"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen III; Buenos Aires, 1937.
— — "Historia de la conquista del Río de la Plata y del Paraguay"; 1535-1546; Buenos Aires, 1932.
— — Historia del Gran Chaco; Madrid, 1929.
DIEGO GARCIA; La "Memoria" de... (1526-1527), publicada por Guillermo Furlong Cardiff S.J.; en "Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología"; Montevideo, 1933; Tomo VII.
— — Carta de... "Memoria de la Navegación que hice este viaje en la parte del Mar oceano dende que salí de Ciudad de la Coruna, que allí me fue entregada la armada por los Oficiales de S.M. que fue en el año de 1526". Publicada por F.A. DE VARNHAGEN, en "Revista do Instituto Histórico e Geográphico"; Tomo XV (2° da terceira Serie). Rio de Janeiro, 1852.
— — Memoria de..., publicada por EDUARDO MADERO en "Historia del Puerto de Buenos Aires"; Buenos Aires, 1902.
JOSE GARCIA RAMOS; "Primeras nociones sobre las Islas Cana-

rias"; Cádiz, 1876.
P. GUEVARA; "Historias del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán"; por el... de la Compañía de Jesús. Buenos Aires, 1836.
ISABEL DE GUEVARA; "Carta de Doña..."; en ULRICH SCHMIDEL, "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)"; trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice D.
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA; "La cultura española desde Alfonso el Sabio hasta los Reyes Católicos"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
PEDRO HERNANDEZ; Secretario del Adelantado Alvar Núñez Cabeza de Vaca. "Memorias de..."; en ULRICH SCHMIDEL, Viaje al Río de la Plata (1534-1554), trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice B.
DOMINGO DE IRALA; "Carta de..."; en ULRICH SCHMIDEL, Viaje al Río de la Plata (1534-1554), trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice E. y F.
SEGUNDO DE ISPIZUA; "Historia de la Geografía y de la Cosmografía en las edades antigua y media, con relación a los grandes descubrimientos marítimos realizados en el siglo XV y XVI por españoles y portugueses"; Madrid, 1922.
SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO; "El nombre Río de la Plata y los comedores de carne humana, a la luz de los documentos recolectados por M.E. Trelles"; en Boletín del Instituto Geográfico Argentino; Tomo XVIII. Buenos Aires, 1897.
ANDRES LAMAS; "Juan Díaz de Solís, descubridor del Río de la Plata"; en Revista del Río de la Plata". Tomo I. Buenos Aires, 1871.
PEDRO LOPES DE SOUSA; "Diario de Navegaçao de...(1530 a 1532) Comentado por Eugenio de Castro, Prefacio de Capistrano de Abreu. Río de Janeiro, 1927.
— — Naveguaçam que fëz Pero Lopes de Souza no descobrimiento da costa do Brasil militando na capitania de Martim A° de Souza seu irmao, na era da encarnaçam de 1530; en Revista Trimestral do Instituto Histórico Geográphico e Ethnográfico do Brasil. Tomo XXIV. Río de Janeiro, 1861.
P. PEDRO LOZANO; "Historia de la Consquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, escrita por el..."; Ilustrada con noticias del autor y con notas y suplementos por Andrés Lamas. Buenos Aires, 1873.
EDUARDO MADERO; "Historia del Puerto de Buenos Aires". Buenos Aires, 1902.
BASILIO DE MAGALHAES; "Expansao geographica do Brasil até fins do Seculo XVII"; en Revista do Instituto Histórico e Geográphico Brasileiro. Río de la Janeiro, 1915.
J.T. MEDINA; "Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata. Estudio histórico". Santiago de Chile, 1908.

——"El descubrimiento del Océano Pacífico". Santiago de Chile, MCMXIV.
——"Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile desde el Viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipo". 1518-1818. Santiago de Chile, 1910.
GONZALO DE MENDOZA; "Información de los méritos y servicios del Capitán..."; en ULRICH SCHMIDEL, Viaje al Río de la Plata (1534-1554), trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903. Apéndice C.
RAMON MENENDEZ PIDAL; "La cultura y las instituciones de la Edad Media española particularmente Castilla y León, desde el siglo XI, inclusive, hasta Fernando III el Santo"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
DIEGO LUIS MOLINARI; "La empresa colombina y el descubrimiento"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos, Aires, 1937.
JOSE A. ORIA; "Las letras y las artes en los siglos XV y XVI"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
ANTONIO PIGAFETTA; "Primer viaje en torno del Globo". Madrid, 1922.
LUIS RAMIREZ; "Carta de..."; en Historia del Puerto de Buenos Aires, por EDUARDO MADERO. Apéndice N° 8.
HECTOR R. RATTO; "Las ciencias geográficas y las exploraciones marítimas"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
"Relación" del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años de 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y MSS. y noticia de los habitantes, suelo, clima y producciones del Estrecho. Madrid, MDCCLXXXVIII.
JOSE TORRE REVELLO; "El Capitán Miguel de Rifos, compañero de Sebastián Caboto". Buenos Aires, 1937.
JULIO REY PASTOR; "Ciencia y técnica en la época del descubrimiento de América"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
CLEMENTE RICCI; "Estado económico, social y político de Europa en los siglos XV y XVI"; en Historia de la Nación Argentina, dirigida por RICARDO LEVENE; Volumen II. Buenos Aires, 1937.
SOPHUS RUGE; "Historia de la época de los descubrimientos geográficos"; en Historia Universal, de GUILLERMO ONCKEN. Barcelona, 1919.
RUIDIAZ DE GUZMAN; "Argentina - Historia del Descubrimiento y población del Río de la Plata escrito por... el año 1612". Buenos Aires, 1882.

ALº DE SANTA CRUZ; "Islario General de todas las islas del mundo dirigido a la S.C.R.M. del rey don Phelipe nuestro señor por... su cosmógrapho mayor"; en "Boletín de la Real Sociedad Geográfica. Tomo LX. Madrid, 1918.
ULRICO SCHMIDL; "Derrotero y viaje a España y las Indias". Traducido y comentado por Edmundo Wernicke. Santa Fe, 1938.
ULRICH SCHMIDEL; "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)". Notas bibliográficas y biográficas por Bartolomé Mitre. Prólogo, traducción y anotaciones por Samuel A. Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903.
MAX GEORGE SCHMIDT; "Historia del Comercio Mundial". Barcelona-Buenos Aires, 1927.
P. NICOLAS DEL TECHO; "Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús". Madrid, 1897.
MANUEL RICARDO TRELLES; "Diego García, primer descubridor del Río de la Plata". Buenos Aires, 1879.
MOSEN DIEGO DE VALERA; "Crónica de los Reyes Católicos". Madrid, 1927.
F.A. DE VARNHAGEN; "Historia Geral do Brasil". Madrid, 1854-57.
FRANCISCO DE VILLALTA; "Carta de..."; en ULRICH SCHMIDEL, "Viaje al Río de la Plata (1534-1554)", trad. de Lafone Quevedo. Buenos Aires, 1903, Apéndice A.
"Ynformación hecha por la Contratación, luego que llegó la Armada de Sebastián Caboto, acerca de todo lo ocurrido en el viaje. Sevilla, 28 de julio 1530"; en Copias de Documentos del Archivo de Indias. Tomo XX, documento número 679, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.
"Ynformación sumaria para hacer constar ante el Rey las causas o motivos porque se perdió la fortaleza de Sancti Spíritus que el general Caboto levantó en el puerto de San Salvador (Río de la Plata)"; en Copias de Documentos del Archivo de Indias. Tomo XX. Documento número 690, de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

LA CONQUISTA CRIOLLA

1938

EL HEROISMO ESPAÑOL

Estamos en plena Edad Media. Nuestros pasos claudicantes de fatiga en este desandar de siglos y de leguas, nos han traído, desde las orillas del Río de la Plata hasta estos pueblos de España que son para nosotros la fuente viva de donde manó la sangre que nos trajo el acueducto de la conquista: Astorga, León, Zamora, Salamanca, San Esteban de Gormáz, Bilvestre, Lara, Bivar, Burgos, Cardeña, Jérica, Murviedro...

En alguno de estos pueblos de España, en los reinos de Castilla o de León, divisamos unos hombres que han echado sobre altos pupitres el interrogante de sus cuerpos encorvados y que van trazando -la pluma de ave en los dedos apeñuscados- en caligrafía apretada y fuerte, unos renglones que alcanzamos a leer empinándonos, indiscretos, detrás de sus hombros.

"Agora veo et entiendo -ha escrito uno- que las palabras antiguas son verdaderas; que nunca se puede homne guardar de traidores nin de mestureros..."

Otro ha escrito:

"tiempo es ya que sepan de mí las mis compañas
e yo sepa el mundo e las cosas estrañas"

Y luego un tercero:

"Los moros, tanto que dexaron los infantes en el campo, vinieron a ellos tan espesos como las gotas de la lluvia".

Y un último copista:

"Fizieron sos casamientos don Elvira y doña Sol
Los primeros foeron grandes, más aquestos son mijores".

Y nuestra erudición, vergonzante y trasnochada, va reconociendo el relato de las hazañas de Bernardo del Carpio, y el Poema de Fernán González, y las andanzas y desventuras de los Siete Infantes de Lara y la Gesta del Cid.

Los hombres que escriben estas empresas, están sentados en el amplio aposento de una casona solariega o en la sala desmantelada y fría de un monasterio, donde unos menestrales moriscos fueron interpretando en tímpanos y capiteles, bajo la dirección de abades y de monjes, las fórmulas de la Clave de San Melitón, para hablar a los hombres, de las verdades eternas, en el lenguaje de los símbolos.

Los hombres que escriben estas empresas del Cid y de los Siete Infantes de Lara y de Fernán González y de Bernardo del Carpio, son hidalgos envejecidos en los lances de guerra o monjes que entre el canto de las Horas y las piadosas meditaciones, saben blandir una espada o acariciar, con delectación morosa, alguna recia armadura de soldado. Porque en aquellos tiempos los soldados eran medio monjes y los monjes medio soldados, como aquel obispo Don Jerónimo que combate junto al Cid y que deja su caballo para entrar a la iglesia, vestido el sobrepelliz, levantada en alto la cruz procesional:

"y dexaba el cavallo para la capiella adeliñaba;

. . . .

sobre pelliças vestidas e con cruces de plata,

. . . .

Estos copistas que recogieron las gestas de los héroes, ordenaban la Biblia del heroísmo español y recogían el Evangelio de Nuestro Señor Ruíz Díaz el Cid Campeador de Vivar, que luego explanarían y glosarían los juglares por las plazas y las ruas de España, afervorando el culto del "Héroe", entre la muchedumbre de hidalgos y soldados y mozas y muchachos que le oían.

Pero los héroes de España, tienen los ojos puestos y colgados de altos pensamientos y los pies clavados y firmes en la tierra.

"Rey, dice Bernardo del Carpio, más gano yo en las guerras que en las pazes, ca el caballero pobre mejor vive con guerras que non con pazes".

Por eso el cronista no olvida decirnos que cuando el

héroe, desterrado, tuvo batallas con los moros y los venció, "ganó dellos grandes riquezas además".

Fernán González llega hasta una ermita hostigando un jabalí y el ermitaño le predice los triunfos de sus empresas futuras:

"Farás grandes batallas en la gente descreída,
muchas serán las gentes que quitarás la vida,
cobrarás de la tierra una buena partida".

Y cuando el Cid reúne en Consejo a sus caudillos, es Minaya Alvar Fáñez quien sentencia:

"Si con moros non lidiaramos non nos darán del pan".

Y en esas lidias de moros se enriquece el Campeador y medran los suyos:

"...tornos el de Bivar
juntó con sus mesnadas, compeços de alegrar
de la ganancia que han fecho maravillosa e grand;
tan ricos son los sos que non saben que se an".

¡Tan ricos están los suyos, con los despojos de guerra, que no saben ni cuanto tienen!

La raíz mística del heroísmo español

Sin embargo, el Héroe en la Edad Media y sobre todo en España, tuvo una raíz profundamente mística.

Cruza por el dramático paisaje de Castilla echando algaras y corriendo la tierra; quebrando los cercos a golpes de lanza; quebrantando arzones y "falssando" escudos y yelmos al golpe seco de la espada. Los mesnaderos y trugimanes van y vienen entre las huestes de cristianos y moros. Se oye el planto de las reinas "despojadas a tuerto". Entre las peñas que se levantan suplicantes al cielo como muñones de lisiados, se oye el clamoreo y el gritar estruendoso de los señores desavenidos que lidian

entre ellos como si fueran moros; mientras los caudillos, esforzando a grandes voces a sus huestes, dicen "aquellas palabras tan brauas et tan fuertes" que recuerdan las Crónicas y los Cantares de Gesta.

Pero un día, llega hasta la Iglesia un rey poderoso y grande de Castilla, Fernando I el Magno, "seyendo el ya de muchos días". Le siguen hombres armados reciamente y cubiertos todavía por el polvo de los caminos. Tienen las carnes amoratadas por los golpes de los encuentros y están, quizás, carleantes de fatiga. Entre los "omnes buenos" con quienes en los momentos apretados toma consejo, el rey se arrodilla -"los ynoios fitos"- y oye la misa:

"Cantaronle la missa muy altramiente et fizo el su confessión".

El rey tiene las manos exangües, el semblante marfíleo, la barba nevada y larga. Algunas mujeres y algunos hombres del burgo -desgreñados y con las bocas abiertas y desdentadas de gárgolas- se han acercado al grupo del rey y de sus héroes, en un procesional y sordo rastreo de los pies; y cuando bajo las bóvedas se ha apagado el instar plañidero de la salmódia entre el plenilunio de las tonsuras que van cubriendo las cogullas, el rey con los ojos luminosos y húmedos, se ha levantado ante la mirada expectante de los fieles:

—"Señor Jesu Christo, exclama, tuyo es el poder de todo, tu erers el rey de todos los reynos, e de todos los reyes e de todas las gentes, e son todos a tu mandamiento!"

Luego, en una escena bíblica, se quita sus paramentos reales y la corona. Se viste un cilicio y se cubre de ceniza la cabeza:

"Desnudóse de los paños nobles con oro que tenie vestidos, et tiró la corona que tenía en la cabeza... et tomó paños de cilicio a carona del cuerpo, e fizo su oración... confessando quantos yerros havia fecho contra Dios".

Así se presenta el rey a los ojos de su pueblo venciendo

en su última y más recia victoria, que es la de sus propias pasiones y la de su orgullo, y mostrándonos la raíz mística que es la verdadera raíz del heroísmo de la España medioeval.

En los capiteles y en los tímpanos y en los dados de los ábacos donde los escultores de la Edad Media dejaron en símbolos de piedra los capítulos en que el pueblo iletrado repasaba con los ojos atónicos la enseñanza de los monjes, la figura del Héroe les mostraba como las pasiones se vencen en la lucha espiritual para alcanzar el perfeccionamiento moral del hombre en esta vida.

La ornamentación de la Edad Media, toma los guerreros armados con todas sus armas y los afronta a sagitarios y dragones como el símbolo viviente del alma que vestida con la armadura del Cristo vence al demonio en esa lucha contínua que es la vida del hombre sobre la tierra.

Es que el cristianismo no sólo asegura la inmortalidad del alma, sino que afirma y exalta el concepto de la personalidad al enseñar que el hombre se salva o se condena en cuerpo y alma, por un acto voluntario y libre. La Iglesia enseña el camino del "Soberano Bien" que los hombres seguirán libremente en una "lucha contínua" con las pasiones y los sórdidos apetitos de la carne.

El hombre de la Edad Media, bajo la influencia agustiniana, adquiere el concepto claro de su "individualidad". El sabe que al final de sus días gozará de la "Beatitud Eterna" en la contemplación frente a frente de Dios. Los mismos cristianos le enseñaron que su alma no será absorvida por su Creador, como lo pretende el misticismo plotiniano, fundiéndose en una sola naturaleza; sino como más tarde afirman los escolásticos, "como la especie inteligible se une a la inteligencia que conoce".

El hombre participa así activamente en la realización de los designios de Dios. Se siente a sí mismo y sabe que marcha por los inescrutables senderos de la providencia, no como las carretas pesadas y crujientes arrastradas por la fuerza fatal y extraña de los bueyes, sino como un ser libre en un interminable combate con el mal. El hombre

de la Edad Media, no es la pieza de una máquina, sino el soldado que combate con todas sus armas, por un acto de su voluntad, en la realización de un ideal de mejoramiento humano.

Sabe también que la "Fuerza" es una de las virtudes cardinales y que es la que da a su espíritu una firmeza inquebrantable frente a todos los peligros, incluso frente al peligro de perder la propia vida que es el mayor de todos. Y sabe, además, que se lo han explicado los monjes desde los monasterios amurallados con almenas y rodrigones, que la virtud, por su esencia misma se encamina siempre hacia el bien y que para alcanzarlo, el hombre fuerte se enfrenta y desafía a la muerte hasta en el acto de fuerza por excelencia que es el martirio.

El ideal cristiano de la Edad Media es el Héroe armado con todas las armas para vencer no sólo las pasiones con las armas espirituales, sino también para vencer con las armas del guerrero, a los enemigos que se oponen en esta vida a la realización de los designios de Dios.

El hombre se convierte así en un ministro de la Providencia, y cuando alcanza la "Santidad" es porque ha poseído todas las virtudes en "grado heróico".

La Edad Media, desconoce la "producción en serie" y no concibe al individuo absorbido y sacrificado por la sociedad, ni a la sociedad sacrificada por el individuo, porque Dios ha creado al hombre como una individualidad distinta, indestructible, racional y libre. Y lo mismo que Dios es una Persona en acción, el hombre obra también libremente en una exaltación de la personalidad. El misticismo cristiano es una fuente inagotable de actividad individual.

La idea de Cristiandad

La Edad Media, persigue un ideal claro y definido: extender la Cristiandad.

Sus héroes, rien y se regocijan como niños con el despojo

de la morisma que cargan después de los encuentros y reparten con sus inquietas mesnadas: "más ganan en las guerras que en las pazes". Pero no pelean sólo por el botín, que se les da por añadidura.

Otean al enemigo desde los grises alcores de Castilla; cabalgan incansables por las calvas y desoladas serranías; trepan por pedregales ariscos y se amurallan detrás de las cárdenas roquedas prestos para caer sobre los moros que avasallan la tierra y derribar a golpes de lanza al dominio de la media luna.

El rey don Alfonso, hostigado por su hermano don Sancho II de Castilla, se refugia en Toledo; y como el rey moro "se pagaba de él", le hospeda regiamente y para que no le ofendan los suyos, le manda hacer palacios cerca del muro y le da un huerto "porque saliese a folgar".

Don Alfonso ha encontrado entre moros la paz y tranquilidad que le niegan sus hermanos.

Por las mañanas, cabalga libremente a lo largo de los caminos blancos que viborean entre plateadas colinas. Tiene una caza abundante de osos y de puercos; la sombra de árboles añosos y corpulentos; la dulce holganza de los valles verdes y risueños; el rumor de los chopos junto al río y el pasear deleitoso en "la huerta real, por folgar en ella y tomar plazer".

Sin embargo a don Alfonso le inquieta y le tortura el ver a Toledo en poder de los moros. Bien podría quedar allí por todos los días de su vida, en esa quietud apacible que le brinda su huesped; pero a él le remuerden esos días de bonanza que pasa entre los enemigos de su Ley, y hace voto al "sennor Jesu Christo, Dios Viuo", de "conquerir esta tierra y esta ciudad para sacrificar en ella el tu cuerpo sancto, a honra de la Christiandad".

España es la palestra de la Edad Media donde luchan a brazo partido dos tendencias ideológicas: de un lado los árabes invasores y del otro los cristianos que recuperan palmo a palmo la tierra perdida.

Y es así como en esa lucha apocalíptica, se salvan y se afianzan a costa de España, todos los pueblos de Europa.

Más que el aspecto económico resalta en este duelo el aspecto espiritual. Son dos visiones distintas del mundo y del hombre las que se ponen frente a frente apoyadas en las enseñanzas del Evangelio y en los versículos del Corán: frente al pensamiento árabe la civilización cristiana.

Ibn Sina, el Avicena nuestro, ha aprendido en sus andanzas por tierras orientales, que todos los seres no son más que la degradación de un ser único, primitivo y misterioso. Y aún antes de él, la filosofía de su pueblo, apoyada luego en la influencia de Plotino, concibe también al mundo como una emanación de la divinidad. Los hombres, para Avicena, luchan lejos de Dios que ignora los duelos y lazerías de esta vida, absorto en su propia grandeza. El amor sube de la tierra hacia el cielo como el humo de las cabañas, pero no baja nunca, como la lluvia, desde el cielo.

Sin embargo, el Dios del Corán como el del Pentateuco, en todo momento vigila y obra sobre los hombres. Pero la filosofía de Avicena tiene un punto común con la del Corán: la inteligencia humana, sostiene, no es nada más que el reflejo de la inteligencia divina. El alma del hombre, agrega, es pasiva; sólo "obra fatalmente bajo la influencia de Dios, y el día en que se libra de la cárcel del cuerpo, se une con el Creador y pierde la conciencia de su individualidad, según lo afirma Averroes.

En cambio, los cristianos que luchan a través de los siglos para extender los dominios de su Fe en tierras de España, encuentran a la sombra de las abadías y de los monasterios, la fuente inagotable que alimenta y colma el cauce de su vigorosa y recia personalidad.

España descubre así el secreto de su destino: ensanchar la Cristiandad. Y por eso combaten hasta los Obispos, junto a sus héroes, como el del Poema del Cid, que

"cuando es farto de lidiar con amas las sus manos,
no tiene en cuenta los moros que ha matado".

En la batalla de las Navas de Tolosa es también un Obispo, Don Rodrigo Jiménez de Roda, el que lleva a la victoria a las huestes que luchan contra los moros.

Mientras los cristianos de España trepan por la Sierra Morena para enfrentar al ejército poderoso de los musulmanes, el Papa Inocencio III, descalzo por las calles de Roma y con la cruz entre sus manos temblorosas, reza rogativas y oficia pontificales pidiendo a Dios misericordia ante la amenaza de los moros que esperan afianzarse en España para levantar la media luna en el templo de San Pedro que convertirán en el establo de sus caballos.

Pero los cristianos han quedado ya abrumados en las Navas de Tolosa por el poderío musulman.

—"Arzobispo amigo; —dice lleno de angustia el rey de Castilla— yo é vos aquí muramos".

—"Non quiera Dios que aquí murades— contesta Don Rodrigo— antes aquí avedes de triunfar".

Y cruza, aguerrido, por las huestes cristianas con la cruz en alto. Y las lleva a la victoria.

Varios siglos después, en tiempos de Carlos V, el Cardenal Jiménez de Cisneros, combate también junto a los soldados de España, como el Obispo don Jerónimo y como el Arzobispo don Rodrigo.

El es el alma de la expedición a Orán. Cruza el mar, desembarca en Africa; cabalga, incansable, al frente de las tropas del Emperador; las acaudilla con la cruz en alto; las bendice, y ya frente a los moros "mandó que mouiesen las batallas y comensasen a andar".

Orán es "tan fuerte como toledo e segovia", dice un testigo de la batalla, y "el conde navarro confiesa que nunca vió otra mas fuerte; las escalas para la tomar e entrar fueron las picas y cuando uno non bastava los otros compañeros a mano lo alcansauan y para pasar de un terrado a otro, o de una torre a otra, o al muro hatrauesauan las picas por escaleras".

Sin embargo, "el primero que entró en la ciudad y la primera vandera fué del cardenal nuestro señor". Y termina el cronista: "mejor es callar, que dezir pocas cosas, ben-

dito sea el señor dios nuestro que enseñó las manos de nuestro prelado, para la guerra y sus dedos a la batalla".

El problema espiritual de la conquista

Así fue la España monacal y guerrera que emprendió la conquista de América en una descomunal y desconcertante empresa mística para dilatar los dominios de la Cristiandad.

Pablo Toscanelli, el físico florentino, escribió a Colón antes del descubrimiento de América, dándole noticias de aquellos fabulosos reinos del Oriente donde reinaba el "Gran Can", en ciudades de veinticinco leguas de ámbito con grandes puentes de mármol, sobre los ríos más caudalosos del mundo.

De esos reinos salían embajadores desde hacía doscientos años, con el fin de llegar hasta el Jefe Supremo de la Cristiandad para testimoniarle el afecto de aquellos pueblos legendarios; pero las penurias del viaje solo fueron vencidas, según Toscanelli, por los embajadores que él vio llegar a Roma en tiempos del Papa Eugenio IV, y de los que, personalmente, había recogido las noticias que confirmaban las descripciones de Marco Polo.

"Causará grande alegría al Rey y a los Príncipes que reinan en estas tierras lejanas, escribía Toscanelli a Colón, abrirles el camino para comunicar con los cristianos a fin de hacerse instruir en la religión católica y en todas las ciencias que tenemos".

Y cuando Colón emprende el camino de Occidente para llegar al Oriente donde señoreaba el "Gran Can", iba convencido de que las Profecías de Isaías se cumplirían en su viaje porque el Evangelio iba ahora, antes de la consumación de los siglos, a predicarse sobre todo el haz de la tierra; y tal vez vería en su mismo nombre, como algunos lo quieren, un símbolo de la hazaña mística que realizaba:

"Christophorus Columbi", la paloma que lleva a Cristo.

"Así, escribe desde abordo al llegar a las islas Canarias en su primer viaje de regreso, que pues nuestro Redentor dió victoria a Nuestros Ilustrísimos Rey é Reina é a sus Reinos famosos de tan alta cosa, adonde toda la cristiandad debe tomar alegría y facer grandes fiestas y dar gracias solemnes a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes por el tanto ensalzamiento que habrán, tornándose tantos pueblos a nuestra Santa Fe".

Unos años después Fernando el Católico, manda a Pedrarias al frente de una expedición de dos mil hombres que zarpa de San Lucar de Barrameda con rumbo a la Tierra Firme "el martes santo que se contaron once días de abril de mil e quinientos e catorce".

El rey ha dado sus instrucciones claras y precisas:

Que trate de la conversión de los indios y de darles un tratamiento paternal;

Que no permita que en aquellas tierras desembarquen abogados ni procuradores, pues, lo dice sabiamente, "como maestros de litigios y contiendas, inventan mas de las que suele aver sin ellos";

Que antes de declarar la guerra a los indios, se les haga un requerimiento que se le entrega bien explícito y claro,

Y que en los asuntos de importancia se tome el consejo y parecer de obispos y oficiales.

El requerimiento se hace solemnemente, según la voluntad del rey.

El gobernador ordena al Primer Cronista de Indias, que trascriba en un pliego el requerimiento real y que luego, en voz alta, se lea a los indios.

Los salvajes, escuchan sin comprender aquella lengua extraña en la que los conquistadores que vienen en nombre del rey don Fernando "domador de las gentes bárbaras", proclaman el origen común de todos los hombres de la tierra.

"Que Dios nuestro señor, uno é trino, dice, crió el cielo é la tierra é un hombre é una mujer, de quien "vosotros é nosotros" é todos los hombres del mundo fueron é son

descendientes é procreados, é todos los que después de nos han de venir".

España plantea así la conquista de América, como un problema espiritual. Cruzará los mares y correrá a lo largo de un continente, obsesionada por la salvación de las almas. Sus reyes quieren dilatar los dominios de la Cristiandad, sobre todas las cosas. Más que los tesoros de América, les preocupa el alma de los indígenas, a quienes deben convertir al cristianismo a las buenas o a las malas. Pero la tierra es muy grande, los caminos del mar son dilatados, y los hombres de toda laya y catadura moral, caen sobre las Indias de Occidente como sobre un botín de guerra.

La España mística ve en la conquista un problema espiritual, pero una serie de factores imprevistos, le van planteando, en una forma angustiosa y apremiante, problemas económicos y sociales que no puede resolver de inmediato. Y hasta sus mismos hombres, al pisar la tierra negra y jugosa de América, parece que desarrugaran un poco el seño y se olvidaran de la misión que deben cumplir en este mundo.

Los días son lentos y las noches altas y el aire espeso y perfumado de flores y resinas.

Los hombres de la conquista recuerdan el paisaje ascético de Castilla, esquivo y rojizo y las horas del mar, vagarosas y tremantes de angustia. Se sientan bajo los árboles y palpan la tierra madura y crasa y se quedan allí, como si se les hubiera roto el timón, escuchando sin saberlo el canto agreste de los grillos y con la mirada adormecida en las lejanías violetas.

Y vuelven a emprender la marcha y cruzan ríos y escalan peñascos y se meten por los montes y van sintiendo así, en sus horas ardientes de exaltación bajo el lucir puro de las nuevas estrellas, el abrazo destrozón de la tierra y la mentida dulzura de la selva grávida de cantos y gorgeos.

Un día llegan a un abandonado pueblo de indios. Están allí el general y sus capitanes, el contador, el factor, el

alcalde mayor, el licenciado Espinosa, y el teniente Juan Ayora.

Oviedo, el Primer Cronista de Indias, tan pulcro y comedido en sus palabras, recuerda con una sonrisa picarezca la escena en que se lee a los indios en un idioma extraño para ellos, el requerimiento del rey Fernando.

—"Señor, le dice al general, paresceme que estos indios no quieren escuchar la teología de este requerimiento, ni vos tenés quien se la dé a entender".

Y luego agrega con cierta sorna apenas disimulada:

—"Mande vuestra merced guardalle, hasta que tengamos algún indio destos en una jaula, para que despacio lo aprenda é el señor Obispo se lo de a entender".

"E dile el "requerimiento", escribe en sus memorias, y el lo tomó con mucha risa del é de todos los que me oyeron".

Un día Oviedo platica sobre cosas tocantes a la conquista con el doctor Palacios Rubios -"que estaba reputado por gran varón, y por tal tenía lugar en el Consejo Real de Castilla"- y le pregunta si la conciencia de los cristianos puede tranquilizarse con solo la lectura del "requerimiento" famoso.

El doctor le contesta afirmativamente, "más paresceme, anota Oviedo, que se reía muchas veces cuando yo le contaba lo desta jornada y otras que algunos capitanes después habían hecho; y mucho mas me pudiera yo reir dél y de sus letras, agrega, si pensaba que lo que dice aquel requerimiento lo avian de entender los indios sin discurso de años y tiempo".

Aquellos hombres ahora están alegres, con una alegría porque sí. Sienten un extraño hervor en los lomos y la carne les apremia y les urgen. No están ya para declamar requerimientos y glosarlos en largas y penosas jornadas catequísticas. Mascullan apremiadamente las solemenes y piadosas declamaciones de su rey y se echan, desenvainadas las espadas, sobre las tribus y les arrebatan las mujeres.

Hacen con el "requerimiento" una finta hacia el cielo, pero caen vencidos por la tierra.

Sin embargo, las Leyes de Indias, las Reales Ordenes y las Instrucciones impartidas por los reyes y por su Consejo, dan el tono de la conquista, que a pesar de todo, para España, seguirá siendo la empresa de América por mucho tiempo, un problema espiritual y místico.

SOLDADOS PARA TIERRA DE INDIAS

La tierra

Fue como si España hubiera presentido la descomunal aventura, que andando los siglos, acabó más allá de los mares. Sus héroes la fortalecieron en la lucha; sus místicos le pusieron una extraña lumbre delante de los ojos; y sus reyes, esperaron la epifanía de un mundo donde dilatar los dominios del Cristo, que aún apremiados por la tenaza abierta de la media luna, ya les resultaba estrecha la tierra.

El valor de España, tiene a veces, un sentido telúrico. Parece que es la misma tierra, arisca y dura, la que pare y amamanta a sus héroes.

En los tiempos de don Pedro el Cruel, se levanta contra su rey un rico hombre y se niega a acogerle en su villa. La hueste real le asedia y el jefe de los sitiadores al pié de la muralla y el señor sitiado desde el adarve, se saludan cortésmente y se tratan de compadres y platican unos instantes antes de iniciar la lucha.

La fortaleza cae y el rebelde comparece prisionero ante el rey; y el valido real, mohino y pesaroso por la suerte que correrá el hidalgo le interpela:

—"Que porfía tomastes tan si pró, siendo tan bien andante en este reino!"

Y el hidalgo, empacado y grave, le contesta:

—"Don Juan Alonso, esto es Castilla que hace los hombres y los gasta!"

Esta compenetración con la tierra, la sienten y la afirman hasta sus grandes místicos, como Santa Teresa de Jesús, la "fémina inquieta y andariega" que no solo soñaba de niña con vestir las ropas de su hermano para escaparse al Africa a convertir a los moros y derramar su sangre por la Fe, sino que escribe después desde Toledo diciendo que no dejaba de ser santo Jacob "por entender de sus ganados,

ni Abraham ni San Joaquín, que como queremos huir del trabajo todo nos cansa"; y como el inquietante y gigantesco Ignacio de Loyola que mal soldadas sus piernas por los físicos bisoños después de su última acción guerrera, se hace quebrar de nuevo los huesos para soldarlos en su punto, con el alma abrasada en llama viva acuciada por una inextinguible ansia de purificación y depuramiento, para echarse a correr, después, sin descanso, por toda la tierra.

Es que España, guerrera y mística a la vez, quiso siempre dilatar sus confines.

"Por tres cosas, decían en la Edad Media las "doctrinas de Príncipes", se onrran los Reyes; ó por poner fermosas leyes, o por conquerir buenas conquistas ó por poblar las tierras yermas".

Y los reyes, que salieron un día en busca del Gran Can, tropezaron con un mundo nuevo que les dio "buenas conquistas", pero que también les llevó a poblar las tierras yermas", de este engañoso y desolado Río de la Plata, donde, andando los tiempos, se oiría el eco de España, agotada y exangüe, en el canto criollo de Martín Fierro, lleno de mocedades, frente a la pampa inmensa:

"Para mí la tierra es chica,
Y pudiera ser mayor".

La alegría de España

Las "tierras yermas" no se pueblan solo con el valor de los héroes, ni con las andanzas y visiones de los místicos, ni con "las fermosas leyes" que pone el rey. Se necesita además, eso que ahora decimos "la masa", que fue de donde salieron los hombres que señorearon y poblaron estos "pagos".

Pero España, no fue un pueblo enlutado y alucinante, descarnado y famélico, que en las ciudades silenciosas y

desiertas asistía ensimismado al desfile obsesionante, por callejas tortuosas y sombrías, de los penitentes envueltos en el humo de lo autos de fe.

Desde el siglo de Gonzalo de Berceo hasta el de Góngora que cae después del descubrimiento de América, encontramos inagotable la fuente cristalina y fresca de lo que podemos llamar la alegría de los Clásicos, que es la alegría de España.

El viejo monje de la Rioja, sentado en su portal, nos va narrando historias milagreras y vidas de santos, y descubriendo a la vez la alegría ingenua de los pueblos y la emoción purísima frente a los paisajes que nos describe y donde quisiéramos vivir todos los años de nuestra vida.

"Onme que y morasse nunca ueiría pesar".

Y Góngora nos sabe evocar la apacible vida urbana de los días de su niñez cuando en la plazuela del pueblo, en la tardecita, juega al toro, mientras la hermana Marica juega a las muñecas,

"con las dos hermanas —Juana y Magdalena,
y las dos primillas, —Marica y la Tuerta"

hasta que la madre les traiga las castañetas y bailen en el portal y canten romances y coplas populares al son del adufe.

De Toledo salieron los mejores cómicos de la época de Felipe II que recorrieron todo el reino haciendo escenas alegres y galantes; y mientras los letrados se congregaban en las academias literarias, el pueblo se aglomeraba en el Teatro y reía las desvergüenzas y desenfados de la farsa.

Agustín de Rojas, que había sido soldado de Felipe II describe en su "Viaje Entretenido", la vida de los cómicos de su tiempo. Nos dice como iban aquellos tipos trashumantes de lugar en lugar y de pueblo en pueblo, recitando sus loas y haciendo sus comedias y entremeses, pasos y farsas, mientras el cura de la aldea recogía en su sombrero, unos cuartos que con un pedazo de pan y una escudilla de caldo les ayudaban a seguir adelante.

Otras veces era la "farándula" o la "compañía", que llegaba a los pueblos de mayor importancia. Los cómicos, venían en mulas o en literas, con sus capas terciadas, torciéndose los mostachos y gesticulando bajo los chambergos emplumados entre el regocijo del público que hormigueaba en las calles olvidando a los embaucadores y charlatanes que de ordinario le distraían con sus artificios y sus juegos de mano.

Es que el espíritu religioso de España, no le convirtió en un pueblo de místicos lúgubres y ensimismados. Su catolicismo tenía también una base política: aspiraba a la gloria eterna afianzando su dominio en la tierra.

Y así peleó denodadamente en Italia, en Francia, en Portugal, en Flandes y en América; detuvo la invasión de los moros y de los turcos; y así las guerras arruinaron su hacienda y le echaron encima el odio del mundo entero, y le hicieron abandonar, en manos que no habían sido hechas para el manejo de la espada, las grangerías del comercio y de la industria.

De esa gente que se regodeaba con la farándula que llegaba al pueblo en sus carretones pintarrajados y crujientes, salieron los soldados que se vinieron a la conquista del río de la Plata.

Solo los que sentaban plaza muy mancebos, no podían bravear hablando de sus lances de guerras; aunque no faltaría el muchacho, que para echarlas de hombre, narrara como propias las aventuras que oyó contar junto a la fogata de algún cuerpo de guardia, a cierto soldado potroso, llagado del mal francés en sus bellacas mocedades, tachado el cuerpo a punta de espadas y sembrado el pestorejo de burujones y cicatrices de antiguas gomas mal curadas.

El mundo parecía que estaba de fiesta, que hasta los pobres que pedían limosna, cantaban coplas y romances y decían donaries a las mozas. La gente andariega iba de un pueblo a otro, vendimiando las viñas que encontraban sin cuidador para hacer su postre después de comer, a la

sombra de los árboles, las gallinas que cazaban de paso, al descuido de sus dueños; mientras los tunantes que espulgaban mutuamente el pelamen de sus cabezas en las plazas de las villas aseguraban desenfadadamente, que no había cosa en el mundo tan sabrosa, como el comer de limosna.

Los barberos razuraban carrillos y tundían pelambres y luego desparramaban las noticias más extrañas y fantásticas que recogían en sus tiendas, mientras recorrían y visitaban los enfermos, aplicando emplastos y vegigatorios, haciendo sangrías y recetando triacas y cantáridas, unciones y sudores.

En las tabernas, junto a los pellejos henchidos de vino, se jugaba a los naipes quien pagaría el escote, entre tragos de malvasia y blasfemias terribles.

Las dueñas, según las recetas de moras y judías, se lavaban la cara en cuajares; usaban el limón y el agráz destilado para quitar los paños y el oleo de pepitas de calabaza y agua de flor de habas a la veneciana; y sabían teñirse las mejillas con arrebol, y se ponían aún en las manos expertas de las viejas que hacían soliman y blanduras y afeites; que quitaban las cejas; que extirpaban el vello con "vidrio sotil e muy delgado"; que también solían afeitar novias sigilosamente y que con la misma destreza con que hacían mudas de azúcar cande, preparaban un remedio eficaz para curar el mal de madre.

Milicias y Soldados

Mientras tanto, en las villas, unas veces tocaban cajas para ir en corso contra el inglés pagando una dobla por soldado; o levantaban un tercio para mandarlo a Lombardía;o se aparejaba una expedición a Nápoles bien armada de artillería.

Por los mares de Alger merodeaban unos turcos corsarios concertados con cristianos traidores; otras fustas de turquía cautivaban cristianos en Calabria y los vendían en

los Gelvez después de asolar los mares. "Aquello de nápoles y secilia, escribe el Cardenal Cisneros, está en mucho peligro", por que, agregaba, "había ciertos condes e personas principales que no son servidores del rey"; y el "rey de portugal, avisaba también Cisneros, trahe secretos y tratos y ynteligencias con francia".

El abastecimiento de las tropas y de las flotas era un problema que casi siempre remataba en líos descomunales.

Los almojarifes, llevaban cuenta y relación de todo el bastimento de las ciudades, sin que se les perdiera un grano de trigo, ni un pedazo de vizcocho o un trago de vino, y escribían a los pueblos para que mandaran vender sus "mantenimientos" cuando se preparaba una flota o se alistaban soldados.

Pero cuando, en largas procesiones, bajaban de los pueblos los vecinos a mercar sus productos y había que pagar el avituallamiento de las galeras y el sustento de los soldados, era entonces cuando se armaba un cisco de todos los diablos.

Los jefes exigían que se les diera a ellos el dinero para comprar a su arbitrio las provisiones, pero luego desbarataban los fondos y sus hombres andaban perdidos y muertos de hambre. El mismo Cisneros que vigilaba y organizaba con un talento extraordinario la expedición a Orán, escribe: "aquel Villalobos, como anda en estos ardides y tratos, nunca hasta agora ha querido dar la certidumbre destos bastimentos y mostrar lo que tiene dellos proveydo, ni decir lo que falta por proveer". Y cuando no se les entregaba a ellos el dinero para comprar las provisiones, no pagaban la gente y hacían amotinar la tropa; y luego, por añadidura, se armaban contiendas sobre si se debía pagar primero a la infantería o la caballería. Pero en lo que todos acordaban, era en un refrán que corría como sentencia por cuarteles y flotas: "para henchir los oficiales la bolsa, es necesario que los soldados aflojen la barriga".

Y así andaba por España mucha gente que venía de Italia para alistarse en la infantería; "los hombres de arma de los acostamientos", que eran los soldados a costa o sueldo,

de ordinario extremeños o castellanos de Castilla la Vieja, de los antiguos comuneros, que estaban obligados a formar en la infantería al llamado del rey; "los hombres de armas de las guardas", que eran la guardia real; los tercios de labradores de los arzobispados; y hasta los "almogabares", guerrilleros endurecidos en las fatigas de la guerra que custodiaron las fronteras de los moros, que dormían a campo, que vestían ruínmente y llevaban armas toscas y que en sus costumbres duras y feroces se habían hecho un ánimo despiadado y terrible.

Pero todo este ir y venir de gente de todo linaje y condición; este discutir y vociferar y aún estas guerras sangrientas y estos "alborotos y ayuntamientos de gente", que en los tiempos de la conquista del Río de la Plata se observan en España, parecen los pasos y escenas de un gran espectáculo teatral.

En los mares de Cerdeña se avistan ciertas fustas que salieron de Génova armadas por franceses y genoveses que pululaban por tierras y fronteras de Barcelona donde "so color de sus mercaderías entran y salen cada día en Francia y van y vienen sus correos".

Los aragoneses no reconocen a Carlos V como Emperador mientras viva su madre doña Juana la loca; en Cataluña y Valencia no obedecen a nadie; en Marsella se aparejan gentes y navíos en guerra; los genoveses hacen lo mismo y se jactan de que irán sobre Palermo en inteligencia con unos condes y caballeros principales de Sicilia.

Mientras tanto, en los puertos de España tremolan los empavesados de las gavias, los gallardetes de lienzo, las banderas cuadradas, y los gallardetes de cola de gallo. Juega en salvas la artillería de las naves, con los sacres, falconetes y trabucos por las bandas y por la parte del fogón y por la escala de popa. Por la tarde se oye la música de los menestriles que tocan sobre los batallares de la proa y de los clarines que contestan del lado del esquife. Suenan luego los atambores y los pífanos, las trompetas bastardas y los bajones de abordo. Cuando una persona principal sube a los barcos donde van los forzados,

se oye un silbato y luego la chusma encadenada prorrumpe en un vocerío ululante que es su salva de gritos; y por la noche, en el silencio del puerto, se prenden las farolas de popa con que los barcos se guiarán en alta mar y se darán las órdenes en su melancólico parpadeo de estrellas.

Soldados para tierra de Indias

En medio de esta extraña inquietud de los pueblos, donde aumentaban aquellos "ciertos alborotos y ayuntamientos de gentes" que notaba el Cardenal Cisneros, se alistaban los soldados que iban a la conquista de las Indias.

En todas las ciudades, villas y lugares, había ciertas tropas de infantería y caballería organizadas por una ordenanza llamada de la "milicia", desde los tiempos del rey Fernando, que causaban tanta inquietud y desasosiego en las poblaciones con sus desmanes y fantasías, que el Obispo Sandoval clamaba sin cesar por que se pusiera coto al desborde de aquella "gente bagabunda".

Pero la infantería española había tenido sus buenos tiempos cuando la conquista de Nápoles por el Gran Capitán; y cuando en Pavía la mandaba el Marqués de Pescara; y en Milán don Antonio de Leiva y en Toscana el Marqués de Mariñán.

Tenían, sin duda, aquellos hombres las tres cosas que hacían admirable a un capitán según los graves tratados sobre milicia: eran de prudente consejo; los primeros en saltar los muros; y eran además el sustento y valentía de las batallas. Eran además expertos en guiar la marcha de un ejército y en alojarlo y en sitiar una plaza fuerte. Les era también familiar el trato con los graves autores que escribían infolios dialogados sobre el arte de la guerra y de los preceptos para bien pelear; y por eso sabían desde como debe cruzarse un río ya sea "si es furioso o muy extendido, o si va por tierra llana o si el sitio es precipitoso", hasta cuidar del bastimento de trigo y de las demás

provisiones, que "la hambre, como decían soldados de experiencia, pelea por dentro y muchas veces por fuera sin herir", que el capitán que descuida estos menesteres se vence a sí mismo.

Entonces los soldados salían a los prados y a las plazas a tirar la barra y saltar y luchar y correr y jugar picas, montantes, puñales, espadas, lanzas y rodelas para crecer en destreza y agilidad. Pero ahora era más la holganza de los cuarteles y el vivir encelados y en desafíos por las mancebas que las leyes les permitían llevar; y el jugar a los dados y a las cartas que les llevaban a cohechar y entramparse.

Los capitanes, fanfarrones y mentirosos, llegaban por vía de ruegos y de favores y hasta por influencia de mujeres que "en casos de guerra no han de tener entrada ni voto".

Había aventureros que asistían con gran ostentación a las acciones de guerra y que se retiraban cuando lo querían, porque no se sujetaban a órdenes ni compromisos ni disciplinas; y a ellos se refiere una "Relación de algunas cosas cumplideras al servicio de S.M. acerca de la gente de guerra", de mediados del siglo XVI, cuando dice, "que no se permita que haya en el ejército gente sin sueldo y que no tenga bandera y capitán conocido, atento que estos que así andan, que se llaman aventureros, no pueden vivir sin hurtar y destruir el país por donde anda el ejército y que solamente se permita esto en jornadas contra infieles y que haya un capitán o capitanes con banderas que se conozcan los aventureros y no anden sin orden como bárbaros".

Los suizos, que entonces llamaban esguízaros, iban de un ejército a otro por sueldo, llevando en sus banderas la estampa de un gato, porque, decían, no sufre la estrechez de una jaula, simbolizando así su amor a la libertad.

Y así andaban esos soldados por los caminos, rijosos, y dados al trato de mujeres públicas, haciendo fuerza hasta en dueñas honestas y en doncellas; revolviendo la tierra con sus discordias y levantando a su paso maldiciones y

clamores; mientras los capitanes, vistiendo costoso y lucido, con grandes mostachos, con grandes copetes levantados y deformes, haciendo ademanes con el gesto y con el cuerpo y pisando fuerte, iban diciendo en todos los idiomas, fanfarronadas en voz alta y engolada.

Pero era conveniente que el rey alistara en sus ejércitos, según la opinión de los autores, a hombres de todos los pueblos y lenguas "porque no ocurra lo que en Granada, dice Cristóbal de Rojas, que tenían en el ejército 30.000 hombres y de allí a cuatro días tenían 10.000 y fue tanto el desorden, agrega, que no bastó ahorcar muchos soldados, ni herrarlos en la cara con escritos que decían por cobardes, para que desampararan a su rey".

España hizo un esfuerzo terrible por meter en orden y disciplina a esa gente de sus ejércitos. Pero desde los tiempos de Don Pedro el Cruel, los mercaderes habían empezado a pagar las huestes de los príncipes; las comunas formaban el núcleo de los ejércitos reales; se había establecido una suerte de servicio militar obligatorio para los vasallos a quienes el rey llamaba y acaudillaba en casos necesarios; y la tierra se iba conmoviendo con otros usos nuevos que aumentaban la inquietud de los pueblos.

En el siglo XV aparece cierto amaricamiento en las clases elevadas.

Juan Rodríguez del Padrón habla de los "que sus faziendas, por traher ropas brocadas é de sotil orfebrería, vendieron simplemente"; de los que "de cuerpos non largos" para engañar y disimular su pequeñez, llevan "altos patines en tiempos non pluviosos"; de los que "aviendo las piernas sotiles" llevan "dobles calzas" o las abultan "con grueso paño aforradas"; de los que para agigantarse encarecen "todo el algodón é lana del mundo" y de los que "de negro se fazen tennir siendo llenos de años al tiempo que más debían de gravedad que de liviandad ya demostrar los actos".

En esta época algunos príncipes y señores y hasta algunos reyes como Enrique IV, se rodean de judíos y moros y visten sus trajes afeminados; Don Juan II, manda embaja-

dores que hablan de rodilla a un humilde humanista de Florencia; y algunos señoríos se mansillan con toda suerte de liviandades y de impudicias ante el relajamiento del antiguo fervor religioso. Aparecen entonces los mañosos jurisconsultos y legistas, precursores de políticos y diplomáticos agudos y sutiles, que venían del pueblo en un origen humilde y deslucido; mientras las gloriosas órdenes de Calatrava y de Alcántara, decaían en el desquicio de su hacienda y en el descalabro de su gobierno, que, lo dice el Cardenal Cisneros, los Comendadores, elegidos contra todos los cánones, defraudaban al rey en más de 12.000 doblas que debían pagar anualmente por las lanzas de guerra.

Pero en el fondo de esta desorbitada muchedumbre, procaz y viciosa, se conservaba el fuego inextinguible del antiguo pueblo español: "Y fallarás, dice Pedro Guillen de Segovia, que el dicho capitán Gómez Manrique, trabajó tanto, que durante este sitio nunca comió nin ceno desarmado nin se desnudó", mientras Enrique IV se amaricaba en el trato de los moros.

Y cuando se movilizaron soldados para las Indias, aunque los técnicos de la milicia sostenían como Collado en tiempo de Felipe II, que "el hombre casado personalmente se halla en la jornada pero el ánimo y corazón se queda en casa con la familia"; en las Capitulaciones que firmaban los Adelantados del Río de la Plata, se les exigía que llevaran un buen número de hombres casados, a pesar de los reparos que siempre se oponían alegando los peligros de la conquista.

"Que la obligación de llevar cien casados en este primer viaje, dice Sanabria, según estoy informado de personas de yndias, no sería ni es cosa que conviene a la buena expedición de el descubrimiento y pacificación, atento a que la gente que yo tengo de llevar estará muy mas desembarasada para el servicio de vuestra magestad y entender en lo que fuere mandado cerca del dicho descubrimiento e muy ganosa de yr e pasar adelante hasta donde conviniere llegar no llevando mugeres".

Pero las Capitulaciones eran terminantes y precisas sobre este punto. No solo se le obligaba a llevar cien casados, con sus mujeres e hijos, si no que además se le obligaba a llevar a su propia familia: "y con ellos llevareis a vuestra muger e hijos".

Por Real Cédula fechada en Monzón el 23 de Julio de 1547, se le autoriza a llevar sólo ochenta hombres casados, pero además veinte doncellas "para casarlas con los españoles que iban y con los que habían quedado en el Río de la Plata".

España no quiere echarse sobre las tierras de América para desolarlas y apoderarse de sus tesoros. Quiso en cambio que América fuera la España ultramarina. Su voluntad fue esa. Lo dicen sus leyes, sus Capitulaciones, sus Reales Ordenes y sus decretos. Lo dicen las instrucciones dadas a sus funcionarios. Y lo dice sobre todo ese afán de que los soldados de América vinieran con sus familias, para que junto al hogar, al amor de la madre y de los hijos, se frenaran los instintos y se mantuvieran también en contacto espiritual con la patria lejana.

Sin embargo, sólo hemos visto un solo aspecto de la conquista: la matanza de indios y la explotación de las minas. Pero a pesar de todas las dificultades que la naturaleza y los hombres mismos opusieron a sus designios, España dio a sus pueblos de América un carácter español. Y la salvación de esta tierra, está en sentirse cada vez más unida a la cultura y a la vida española. La historia del Río de la Plata, no comienza en don Pedro de Mendoza; se remonta hasta la cueva de Covadonga.

Los compañeros de aquel legendario D. Pelayo, son los antepasados directos de este puñado de hombres, pegajosos de sudor y gibosos de fatiga, que salvando los trágicos escombros de sus vidas en un vuelo sabático de ambición y de gloria, van abriendo las primeras rutas del Río de la Plata y jalonándolas con las piltrafas sangrientas de su heroísmo.

EL FRACASO DEL HEROE

El héroe en tierras de Indias

En un lugar de Extremadura vivía un crisitano viejo, que tenía más de pobre que de hidalgo. Era, escribe Fray Bartolomé de Las Casas, "un escudero que yo conocí, harto pobre y humilde, aunque cristiano viejo, y dicen que hidalgo", y afirman además ciertos cronistas, que le llegó un niño el mismo día en que moría Lutero.

Pasaba este hidalgo su vida oscuramente en el silencio de su lugar. Cuando la tarde declinaba, se metía por las callejas del pueblo y daba luego en la plaza donde unas abuelas sentadas en un banco de piedra, con las manos sarmentosas y trémulas cruzadas sobre el regazo, tenían la vista clavada en la punta de los recios zapatones, que asomaban discretamente bajo las amplias faldas. El hidalgo se sentaba en otro banco próximo, golpeando suavemente las piedras del suelo con la contera de su bordón y se quedaría, tal vez, con la mirada perdida más allá del gallo herrumbrado del campanario chato y cuadrado -donde anidaba un casal de cigüeñas- y que se recortaba bajo el cielo luminoso de la tarde. Las campanas de la iglesia, tocarían después el Angelus; el hidalgo se pondría de pie, destocado; musitaría la salutación angélica; luego tornaría a su casa, pasando por un puente de piedra y se echaría a andar por una carretera flanqueada de álamos que se perdían en la falda azulada de la montaña. A esa hora se encontraría con un rebaño de ovejas -diez o veinte- seguidas por un pastor y por un perro. El pastor llevaría un cayado y mientras tañía una esquila, el pastor cantaría una canción monótona y triste, tal vez la misma canción que los pastores del lugar cantaban desde hacía doscientos años cuando al caer la tarde llevaban sus rebaños a través de los mismos caminos, a encerrarlos en los mismos corrales de piedra.

A veces, al hidalgo le precedía el niño ese que dicen que nació el día de la muerte de Lutero. Era un rapaz esmirriado y canijo. Pero como a los catorce años echó buenas carnes y recobró su salud, y dio pruebas además de ingenio, su padre le puso en camino de Salamanca para que estudiara leyes. Pero más tardó el hidalgo en decidirse a tomar esta resolución, que el muchacho en despegarse de los estudios y en volver a su aldea, con su genio inquieto y dado a toda suerte de novedades y locuras, hasta que un buen día tomó rumbo de las Indias descubiertas hacía pocos años por Colón.

En la Isla de Santo Domingo, corre en busca del gobernador. El secretario lo recibe y le atiende y le asegura que podrá conseguir que se le otorgue un solar. Pero el muchacho da un respingo y ahuecando la voz exclama:

—"¡Es que yo vengo a adquirir oro y no a labrar la tierra como un rústico!"

El muchacho ese, que había nacido en el hogar de un pobre escudero, perdido en un lugar de Extremadura, se llamaba Hernán Cortés.

Y Cortés llegó a ser el héroe de México. El héroe clásico con su corcel encabritado, con el airón tremolante de su casco, con su coraza y con su espada desenvainada, en actitud fiera, cruzando el campo cubierto de cadáveres empapados en sangre. Porque Cortés peleó como el héroe antiguo de los Cantares de Gesta y de las Crónicas; como el héroe que luego anda en la boca del pueblo al son de los romances, venciendo enemigos indomables y desbaratando ejércitos.

Cortés tampoco acometía sus empresas por el amor del oro, sino para utilizarlo luego en nuevas empresas descomunales y nunca vistas.

Después de la conquista de México, lleva a su costa, una expediciónal Golfo de California; procura en otras andanzas descubrir la comunicación del Atlántico con el Pacífico; y aun sueña, después, con saltar hasta el Asia y

conquistar, para su rey, todas las islas de las Especias.

"Yo me ofrezco, le escribe a Carlos V, a descubrir por aquí toda la Especería y otras islas si hubiera cerca de Molucas o Malaca y China y aun dar tal orden, que V.M. no aiga la Especería por vía de rescate, como la ha el Rey de Portugal, sino que la tenga por cosa propia y los naturales de aquellas islas le reconozcan y sirvan como a un Rey señor natural, porque yo me ofrezco con el dicho aditamento de enviar a ellas tal armada o ir yo con mi persona por manos que las sojuzgue o pueble".

Cortés sintió todos los halagos que la vida suele dar a los hombres que triunfan, sin pensar que después acabaría sus días en una vejez sombría y menesterosa. Pero entre tanto, sus soldados le admiraban y querían, las mujeres le brindaban el engaño de sus melindres y el pueblo le aclamaba a su paso, cuando después de la conquista regresó a España para besar las manos del Emperador.

"Vino de las Indias después de la conquista de México, dice un cronista, con tanto acompañamiento y majestad, que más bien parecía de príncipe o señor poderosísimo que de capitán y vasallo de algún rey o emperador".

España revivía en Cortés toda su historia. Cortés fue sin duda el primer héroe de España en América. Colón no había tenido para el pueblo el elemento épico indispensable de sus héroes. En él parecía que se hubiera repetido la historia de Saul que salió en busca de unas pollinas y que volvió con la corona de un reino. Había salido en busca del Gran Can y había vuelto con un mundo que encontró en el camino. Colón regresó con su gorro de terciopelo y su hopalanda de mangas anchas. Cortés en cambio cruzó a caballo los caminos de España, tocado con su casco refulgente y deslumbrante en su armadura de guerra.

Y después fue lo de Pizarro en Perú y luego lo de Almagro en el reino de Chile. Y ambos conquistadores fueron, como el de México, de origen humilde. Y éstos, Pizarro y Almagro, fueron expósitos según quieren los

historiadores; y dice Gomara además, en su "Historia de las Indias", que Pizarro "nació en Truxillo y echáronle a la puerta de una iglesia y mamó una puerca cuatro días, no se hallando quien le quiera dar leche".

Pizarro y Almagro acaban la conquista de sus reinos con gente levantada en América misma, aventureros acostumbrados al clima y al suelo indígena y al trato casi siempre cruento de los nativos. Y ellos mismos se habían hecho soldados en las Indias, donde habían llegado humildemente, sin títulos ni nombre, agazapados entre el pasaje heterogéneo que venía abordo de las flotas.

Y así fue como no sólo la conquista de México tuvo su héroe en Cortés, sino también la conquista del Perú en el vencedor de los Incas y la conquista de Chile en el que dominó a los indomables araucanos.

Pero cuando le tocó el turno al Río de la Plata, entonces se armó don Pedro de Mendoza. Echó adelante sus títulos y señoríos; se acorazó con los infolios que trataban del arte de la guerra; y con la experiencia que había adquirido en los campos de batalla y en el asedio y cerco de ciudades, cruzó el mar en la expedición más lucida que salió de España para América.

Nadie hubiera pensado al ver a Cortés, o a Pizarro, o a Almagro, cuando se embarcaban para las Indias entre el montón de gente que seguía el mismo derrotero, que en alguno de ellos hubiera un héroe en potencia. En cambio, cualquiera hubiera señalado al héroe de América al ver zarpar a don Pedro de Mendoza.

Cortés y Pizarro y Almagro, sabían poco de milicias. Eran además tan mozos, que parecía que los autores que escribían sobre ejércitos y guerras y organización y comando de tropas, por ellos hubieran advertido que los capitanes debían buscarse entre gente de más edad porque "sus soldados viendo pocas barbas, en lugar de obedecer no se vuelvan en reir y burlar".

Don Pedro de Mendoza era hombre maduro y aguerrido y de un genio que hacía temblar a sus soldados y además sabía ordenar un escuadrón y un ejército; trabar escara-

muzas y librar batallas campales; entrar "a escala vista" en una tierra y arremeter con una batería. Era también docto en las tres ciencias que los autores recomendaban a los capitanes: la Aritmética, "fundamento y norma de todas las artes liberales" que utilizaría en los cálculos de aprovisionamiento; la Geometría, que le ayudaría en el levantamiento de fortalezas; y la Perspectiva, para medir desde lejos las distancias y las "altezas" y profundidades; la "ancheza" de los terraplenes, y la "groseza" de las murallas.

Bien que sabría disponer sus fuerzas para someter a aquel famoso Río de la Plata, de acuerdo con todas las leyes de la estrategia y de la táctica militar.

Adelante saldría una escolta de caballos ligeros de reconocimiento, para allanar el camino. Después irían los zapadores, que entonces se llamaban "gastadores", con hachas para cortar los árboles, "hocinos" para despedazar la leña; picos de hierro, mazas, cuñas y palancas para romper e igualar las peñas; y palas, espuertas y azadones para hacer terraplenes y endurecer los caminos. Luego irían los carros de aparejos para mover la artillería -cañones y culebrinas- precedidas de las piezas menores -falconetes y medios sacres- y por último los carros de municiones y armería, bagaje y maestranza.

Y como era experto en el arte de la guerra como el mejor capitán de su tiempo, no había olvidado procurarse un buen "Tambor Mayor", que tanto sirve en un ejército para dar las órdenes y tocar los bandos y "echarlos claro y bien entendidos", y tocar a recoger y a marchar y tocar llamada a los demás tambores y tocar a "desafío de batalla" con todas las órdenes que se dan según convenga: "arma furiosa", "batalla soberbia" y "retirada suave para se rehacer".

Pero todo eso quedó en vanos aprontes y fantasías. El Río de la Plata iba a ser el fracaso del Héroe.

Capitulaciones y contratos

La expedición del Primer Adelantado del Río de la Plata se organizó en España, y fue ese, precisamente, su pecado original.

La conquista de México, del Perú y de Chile, se había hecho con hombres que conocían la tierra. Fueron ejércitos organizados en América misma, por capitanes adiestrados ya en la guerra con los indios. En cambio, la conquista del Río de la Plata, se planeaba desde España y se trataba de realizar con hombres que traían una idea fabulosa de la tierra que iban a dominar. Y por añadidura, la larga travesía por los caminos del mar al fuego lento de los días del trópico, en el hacinamiento de los barcos "donde toda incomodidad tenía su asiento", avivaba las pasiones y los odios de los conquistadores.

Ahora, frente a los puertos donde los barcos entran y salen tranquilamente, con sus tripulantes silenciosos y huraños que asoman a veces su cara tiznada por un ojo de buey, nos cuesta imaginar la vida de los puertos y las atarazanas donde se armaban y fletaban y abastecían las flotas que zarpaban para el Río de la Plata.

Un entrevero demoníaco de corsarios y pillos, aventureros y soldados, hidalgos y mercaderes, entre hombres acaudalados que ponían sus afanes en el logro de nuevas riquezas armando barcos para mandarlos a las Indias; y capitanes, ricos en fantasías y en coraje, que marchaban al frente de las expediciones costeadas por banqueros semistas y holandeses. Y mientras España, por boca de su Rey y de su Consejo y de sus Prelados, proclamaba al mundo entero la realización de una empresa mística, que salvando el alma de los infieles dilataría los dominios de la cristiandad, aquellos hombres encargados de cumplirla, vociferaban y maldecían, y ajustaban sus cuentas y discutían, hasta con sus tizonas, las cláusulas de los contratos, que los armadores cumplían en España antes de cortar amarras y que los soldados, bajo el empeño de su palabra,

cumplirían luego más allá de los mares.

Todo era discutir y calcular y alegar derechos y deslindar privilegios antes de lanzarse la flota mar adentro.

Primero el Rey y el Jefe de la expedición discutían las cláusulas de la Capitulación. Después el Jefe de la expedición hacía sus acuerdos con los banqueros y con los armadores y luego los capitanes ajustaban con sus soldados. Los pilotos y contramaestres ventilaban sus tratos y cicaterías con los tripulantes; y hasta el muchacho que pasó sus días durmiendo en los pajares y engullendo la sopa y rebañando los platos de los conventos, tenía también algún negozuelo que ya procuraría dejarle hecho y acabado así que pisara aquellas tierras fabulosas. Que en aquella expedición del Primer Adelantado del Río de la Plata, venían muchos enmarañados en sus cuentas, perdidos en el laberinto de sus fantasías y ofuscados por las quimeras de sus ambiciones, como aquel don Pedro de Mendoza, Criado del Emperador y Gentilhombre de su Casa, que se ofreció para "conquistar y poblar las tierras y provincias que hay en el río de Solís que llaman de la plata donde estuvo sebastian caboto". Aquellas comarcas de donde no volvió Solís y de donde regresó Gaboto envuelto en esos líos judiciales que empezaban en los puertos, que crecían en la estrechez y hacinamiento de los barcos, que se complicaban en las malandanzas de Tierra Firme y que estallaban por fin en las Audiencias y Tribunales en manos de abogados, procuradores y magistrados que con su continente adusto y su andar mesurado, querían disimular su prevaricato crónico adobado con citas de Bartolo y Baldo.

Sin embargo, con aquel hervidero de pasiones y egoísmos; con aquella vida incongrua y desbarajustada; con aquella mezcla de orgullo contumaz y de abnegación; con aquellos hombres que parecían evadidos de la realidad, lacerados de misticismo o roídos de herejía, España, con la contumacia y reciedumbre de su genio, fraguaba los pueblos del porvenir y les ponía su sello indeleble.

La tragedia de Osorio

El primer eslabón de la cadena de sinsabores y lazerías que arrastró como una maldición la empresa de don Pedro de Mendoza, fue Osorio.

Como era costumbre, antes de zarpar la flota, los tripulantes rindieron pleito homenaje al Jefe de la expedición, Allí estaban, el primero, Juan Osorio, maestre de campo, y Alonso Cabrera, alférez general de infantería; Juan de Leiva, alférez de la gente de a caballo; Galaz de Medrano, sargento mayor de los infantes; Juan de Ayolas, alguacil mayor; Gonzalo de Quadros, capitán de la mar...

Osorio era joven y valiente y tenía un carácter desembozado y abierto. Hablaba cuerda y razonadamente y tenía gracia y donaire en el decir. Pero como le placía el trato de sus soldados, les consolaba en sus desventuras y protestaba sin ambages por el mal que se les hacia. Los hombres exaltaban su valor y narraban sus lances de armas en Italia y en Hungría, mientras que las mujeres que venían abordo, alababan su planta y su genio, inclinado a oir palabras alegres y decires rimados y a recrearse en los bailes y en los cantos de la gente moza, que en las horas de la travesía cantaban y tañían para su solaz.

El fue encargado por don Pedro de Mendoza para reclutar los soldados de la expedición y cuando en la travesía, dice Oviedo, el Primer Cronista de Indias, "don Pedro estaba malquisto de su gente por recio de su condición y desabrido y escaso, tanto estaba el Osorio bienquisto de todos por su conversación e liberalidad. E a él le yban a quexar de don Pedro, e a decir sus fatigas, los que se sentían agraviados, y el ayudábales é aun dábales de lo que tenía".

Pero los días del mar eran largos, las ambiciones inmensas y los barcos estrechos. Y este Osorio, admirado y seguido por todos los hombres de la expedición, despertó en algunos capitanes un odio terrible.

Don Pedro de Mendoza que "era muy seco e non sabia

tratar gente en paz nin en guerra" según el mismo Oviedo, venía postrado en su cama. Cuando dictó su sentencia inicua contra Osorio, dice que lleva dieciocho meses postrado en el lecho sin ver a sus soldados. Sin embargo, Ayolas llegaba hasta su cama, insinuante, perverso, halagüeño y mañoso. Y día tras día, entre zalamerías y lisonjas, vituperaba y baldonaba a Osorio según iba tejiendo su siniestra madeja en el espíritu enfermo de Mendoza.

Mientras tanto las penurias de abordo aumentaban y Ayolas ganaba en el ánimo del Adelantado el terreno que perdía Osorio.

La expedición había llegado a Cabo Verde, cuando unos soldados se le acercan reclamándole por los malos tratos que reciben y por la mala comida que se les sirve. Entonces Osorio les da ánimos para que esperen con paciencia el día en que llegarán a tierra, porque entonces don Pedro ya no les tratará mal porque quedará libre de la influencia de Ayolas y de sus secuaces, tal vez unos judíos conversos como surge de las mismas palabras de Osorio.

—¡Allá hijos! les contestó según el testimonio de uno de los que declaran en el sumario. Trabajad ahora lo mejor que pudieres, que desque seamos allá a la tierra donde vamos, series mejor proveidos. Y don Pedro lo hará mejor con vosotros, "por que estos confesos que tiene don Pedro por consejeres, lo hacen así y allá ellos no mandarán nada"...

Una vez, el capitán Salas de Medrano, lo declara también en el proceso, salía de la cámara de don Pedro y se encuentra con Osorio.

—¿No sabeis?, le dice éste indignado. Hanme avisado que mire lo que como. Pero no creo en Dios y dos calenturas me den si no amotino toda la nao y los mato a todos!

Y señalando la cámara donde yacía don Pedro, dicen que agrega:

—¡Este de mal de ojo me mira!

Y luego continúa:

—Pero saltaremos en tierra y juntarnos hemos don Carlos y vos y yo y no han de haber guarda sino yo tengo

de tener veinte arcabuceros de los diabólicos que en haciendoles yo del ojo, me tengan entendido y derriben al que yo les hiciere del ojo; por que ¡pese a Dios! miserables y bellacos y judíos nos mandan aquí. Pero saltaremos en tierra y ¡no creo en Dios! si no para en otra cosa.

Un día, el 25 de Octubre de 1535, Juan de Ayolas se presenta a la cámara del Adelantado. Viene más inquietante y misterioso que nunca. El gesto fruncido y el color mudado. Habla a solas con don Pedro un largo rato mientras atisba con el rabillo del ojo el efecto que van haciendo sus palabras.

De pronto don Pedro le interrumpe. Su voz es doliente y desdeñosa. Tiene la barba revuelta y el mirar siniestro y duro:

—Es verdad eso que me decís!

—Es verdad, afirma Ayolas sin titubeos, como vuestra merced se puede informar del dicho contador si quisiere decir la verdad, por que es muy amigo del Maestre de Campo.

—Pues así lo afirmais, contestó Mendoza, dadmelo por escrito y firmado de vuestra mano!

Y luego agregó:

—A quien tiene por amigos en esta nao y con quienes comunica sus secretos si sabeis?

—Algunos días, contestó Ayolas, le veía estar con el capitán Medrano en secreto.

Ayolas hace un silencio estudiado y perverso y luego concluye:

—En cuanto a amigos... Todos los de la nao son sus amigos!

La suerte de Osorio está echada. Se inicia el Sumario, con la denuncia de Ayolas que le acusa de traición, pero su sentencia ya está dicha. El acusado ignora en absoluto el proceso que se le sigue, pues no se le llama para interrogarle y permitirle su descargo y su defensa. Solo declaran los testigos que sabrán guardar con más rigor el secreto de ese infernal simulacro judicial que se teje contra un hombre. Y don Pedro de Mendoza, influenciado

por Ayolas y sus secuaces, le condena a muerte: "sea muerto a puñaladas o estocadas o en otra cualquiera manera que lo pudiere ser, las cuales les sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes".

En seguida el Adelantado se dirige a Ayolas, que está presente mientras se dicta la sentencia, y le dice:

—Ordeno la ejecución de esta sentencia, "a vos Juan de Ayolas mí alguacil mayor y a vos Pedro Luxan y Juan de Salazar de Espinosa y Galaz de Medrano mís capitanes".

Cuatro días después, mientras la flota estaba anclada en Rio de Janeiro, don Pedro de Mendoza se paseaba en la playa y Osorio retirado y oculto a los ojos de todos, pescaba tranquilamente a la orilla del mar. El Adelantado pregunta a su gente si le han visto y Osorio aparece en ese instante "comiendo una costra de bizcocho", dice el sumario.

—Hele! Allí viene Juan Osorio, le dice un soldado.

Osorio se acerca al Adelantado, se quita cortesmente la gorra y le pregunta:

—Como está Su Señoría?

En esto llega Ayolas y le acompañan Medrano, Salazar, Ternero, Guzmán y Pacheco. Se echan sobre Osorio y le prenden y le llevan a la tienda de don Pedro. Al ver semejante atropello, como el Factor Guevara, "asió ade los capitanes" para librar a Osorio, don Pedro le increpó:

—"Señor don Carlos, quitaos acá que yo lo mando"!

Y cuando Osorio pregunta porque le prenden y le dicen por traidor, contesta:

—Nunca Dios lo quiera, porque nunca yo lo fuí al Emperador y nunca lo seré a don Pedro de Mendoza!

Pero Ayolas le tenía indefenso en sus manos después de su larga y paciente obra de intrigante y zafio. Los soldados aturdidos y desconcertados, oían desde la playa las voces de Osorio pidiendo en vano confesor para morir cristianamente, y la voz de Ayolas, implacable y fiero, acompañando a los golpes de su puñal aleve:

—No traidor! Que no hay confesión!

Luego, los que fueron a la vez sus denunciantes y testi-

gos; los que intervinieron en todo el trámite del sumario solapada y arteramente, que fueron los mismos ejecutores de la sentencia, sacan de la tienda de Mendoza al cadáver de Osorio, le extienden junto al mar y le ponen sobre el pecho un cartel de ignominia que dice: "Por traidor y amotinador".

En la inmensa vastedad del mar de las Indias unos barcos cabeceaban sobre las olas encrespadas, el viento ululante sacudía sus jarcias y unos hombres, sombríos y siniestros, iban subiendo abordo, con el andar leve como si temieran despertar al que dormía para siempre en el colchón dorado de la playa.

Y después fue lo del Río de la Plata: el hambre, la peste, la guerra y la muerte. Los caballos del Apocalípsis estremeciendo la pampa con su galope de pesadilla.

Entre los muros de adobe de la menguada fortaleza hervían los odios y las intrigas y el Adelantado, que veía toda su ciencia de soldado desmoronarse como la defensa de tierra y ramas de Buenos Aires, maldecía la hora en que dictó contra Osorio, contra el hombre de toda su confianza, una sentencia de muerte.

—Traidores!, les increpaba en público. Que me matastéis al Maestre de Campo. ¡Qué por eso está el armada perdida!

Y como Ayolas se atreviera a replicarle una vez:

—Señor ¡Juan Osorio no era más que un hombre!

Don Pedro de Mendoza, sañudo, volvió a repetirle:

—Traidor. ¡Que tu me lo matastes y agora no tengo hombre que valga nada!

Pero es que la tierra era arisca y brava además y se defendía como una fiera.

Y un día el "Héroe", el que se vino desde España preparado y listo para ser el héroe de la conquista del Río de la Plata, volvió a su barco, cortó amarras y doliente y vencido emprendió el viaje de regreso.

El Río de la Plata había sido el fracaso del "Héroe".

AGUAS ARRIBA

El regreso de Mendoza

Pero antes de emprender el regreso, Mendoza hace un último esfuerzo y navega aguas arriba el Río de la Plata y remonta el Paraná hasta donde Ayolas había levantado Corpus Christi. Y luego, más abajo funda Buena Esperanza.

Pero en esa tierra que hoy es de Santa Fe, los conquistadores también se mueren de hambre y los indios vuelven a acosarles. Sin embargo en medio de la miseria y la sordidez de los ranchos cinchados por el pegual de la empalizada, les llegó un día, como el canto engañoso de las sirenas, la "gran noticia" de las riquezas fabulosas que se esconden más allá de los montes.

Los hombres habían empezado otra vez a sentir hambre. Tenían la piel de cera, amarillenta y pálida: las encías sangrantes; las bocas ulceradas; los ganglios hinchados y duros; los párpados legañosos; los oídos zumbantes; el mirar nublado y vago.

Algunos deambulaban con la marcha hesitante de las piernas que amenaza la rigidez paralítica. Otros se ovillaban en los rincones hundiendo los dedos esqueléticos en los estómagos acalambrados. Se oía en el silencio angustioso de las noches, el ulular de los famélicos delirantes y febriles; mientras, rígidos, con la espalda pegada en el suelo, los ojos desorbitados y el pecho sumido e inmóvil, los agonizantes esperaban la muerte bajo el ojo pasmado de los lechuzones y el graznar agorero de los cuervos.

Y un día llegó desde el desierto un hombre blanco. Venía desgreñado y sucio y harapiento. Y él fue el que dijo a los que morían de hambre, como había riquezas en la tierra. Y les dijo que él era cristiano y que se llamaba Jerónimo Romero y que era de la gente de Caboto y les dio además, dice Villalta, "mui larga i copiosa relación así de vistas como de oidas de Indios de la riqueza" de tierra adentro.

Y los hombres de Mendoza que oyeron al hombre de Caboto, olvidaron el hambre. Y cuando llegó don Pedro y volvió Ayolas ya habían empezado a reñir por sus codicias puestas en los despojos que aún no habían ganado, y ya tenían también sus discusiones agrias y sus parcialidades sobre el camino que debían seguir, así hambrientos y enfermos, en busca de esas minas de que les hablaba el hombre de la armada de don Sebastián un día en que rumiaban raíces y mascaban lonjas de cuero para engañar los estómagos vacíos.

Don Pedro miró sus hombres. Tenía la mirada torva y el ceño duro, la boca contraída en un gesto de desprecio bajo la maraña de sus barbas.

Aquellos soldados hediondos de sudor y de mugre, héticos y desmayados de hambre, amenguados y consumidos de desvelos, no eran ni la sombra de los que con él salieron de los puertos de España. No era él Capitán de un ejército descabalado ni aquella tierra ajada y desnuda era para su vida hazañosa de soldado famoso.

Y don Pedro les dio la espalda y se desentendió de ellos dejándoles en manos de Ayolas. Pero antes de despegar para siempre del Río de la Plata, deja sus instrucciones por escrito y ante la visión de los días que el espera pasar en España con su cuerpo llagado, sus caudales desvanecidos y sus ambiciones desmoronadas, le pide a Ayolas que le mande algo, si encuentra, acaso, las mentadas riquezas: "que ya saveis, le dice, que no tengo que comer en españ". Y más adelante insiste: "y si dios os diere Alguna joya o alguna piedra no dexeis de enbiarmela por que tenga Algun Remedio de mis trabajos y de mis llagas"; y hasta le encomienda la venta de sus derechos de Adelantado: "hazedlo syno vieredes que Ay otra cosa que sea más en mi provecho no dezzandome morir de hambre..."

Aguas arriba

Pero mientras Don Pedro de Mendoza hace su camino por el mar, que le cortará la muerte, navegan aguas arriba por el Paraná y el Paraguay, Ayolas e Irala al frente de unos hombres atrapados en el delirio de sus ambiciones.

Esta es la última parte de la conquista aguas arriba en la que fracasaron todos los que la intentaron viniendo por el mar.

Aguas arriba, se fundaron Sancti Spíritu, la primera Buenos Aires, Corpus Christi, Buena Esperanza, que acabaron luego en medio de duelos y quebrantos.

Solís y Caboto y luego Mendoza, intentaron la conquista del Río de la Plata aguas arriba.

Pero la tierra dejaba caer, en el Paraná y en el Uruguay, sus brazos inquietos y nervudos y en los arroyos del Delta crispaba y retorcía los dedos de sus manos indias, amenazantes y alertas. Y allí quedó Solís. Los dos grandes ríos, como los fornidos brazos de la tierra, le impidieron el paso.

Caboto pudo ir más adentro, y en el lado de lo que es hoy Santa Fe levantó un fuerte: Sancti Spíritu. Sin embargo, el primer fuerte de España en este lado de América, nació bajo un signo funesto. Y el dolor y la muerte dejó al cabo de pocos años unas taperas sobre la tierra que fue el quebranto de unos sueños de grandezas.

Y cuando vino Mendoza, levantó Buenos Aires. Pero sobre la nueva ciudad más que aires buenos soplaron malos vientos. Que empezó en seguida la guerra, el hambre y la peste; y en el alma de sus pobladores, removidas de miserias, creció la maciega del odio y la crueldad.

Los hombres de Buenos Aires salieron hambrientos a buscar que comer, trazando los primeros caminos del Río de la Plata, que fueron, no los caminos de la codicia, si no los caminos del hambre. Y levantaron entonces otro fuerte del lado de lo que es hoy Santa Fe -Corpus Christi- para que les proveyera de alimentos aquella tierra, que sería como la tierra prometida para los que en el real de

Mendoza desfallecían de hambre y veían llegar a los navíos, que habían remontado el Paraná, cargados de alimentos.

Luego, esos mismos hombres fundan, también sobre la tierra que después sería santafecina, un nuevo fuerte: Buena Esperanza.

Pero esa Buenos Aires de Mendoza, tuvo como Corpus Christi y Buena Esperanza un acabar inmediato. Al cabo de pocos años, los que quisieron conquistar el Río de la Plata, aguas arriba, solo habían dejado como recuerdo de su paso por esta tierra indómita y arisca, las taperas de Buenos Aires y Sancti Spíritu, las ruinas de Corpus Christi y la desolación de lo que llevaba en su nombre el secreto del tesón y del valor de los conquistadores: Buena Esperanza.

Pero la amarga melancolía de los primeros pobladores del Río de la Plata no les hizo retroceder ante los dolores y sinsabores que les deparaba la vida. La conquista los despeñaba de la realidad y los tiraba en un abismo de pesadilla. Y así con el espíritu señero y enrevesado, vivieron aquellos años, perdidos del mundo, entre la realidad trágica y el sueño alucinante, volando a veces a horcajadas de la fantasía para no contemplar el desbarajuste de sus vidas y sacar de los entresijos de el alma los puntales que impidieron el desmoronamiento definitivo de su existencia.

Los reveses no les enangostaron jamás el corazón a aquellos hombres desconcertantes. No conquistaron el Río de la Plata, pero se refugiaron en Asunción. No le dieron la espalda como el Adelantado. Se metieron adentro y anidaron en los montes del Paraguay.

En Asunción vieron desvanecer sus mocedades; vieron que sus pelos habían parado en blancos y que sus figuras, de gran hueso y corpulentas, se amustiaban como sus ensueños. Pero en cambio, allí, se miraron en sus críos, en los criollos que después, con don Juan de Garay, se vinieron aguas abajo y conquistaron el Río de la Plata, sin vanas ilusiones y sin alardes de grandeza, a pura fortaleza de machos, solo, como decía Garay, por "abrir puertas a la

tierra".

Donde fracasan don Pedro de Mendoza y sus soldados, triunfan y se asientan don Juan de Garay y sus criollos.

En la conquista aguas arriba, la tierra va haciendo pasar a los hombres por el tamiz de el hambre y de la peste y de la guerra. Los zarandea en Buenos Aires y en los fuertes que se levantaron a orillas del Paraná desde Caboto, para recoger y abrigar a los sobrevivientes como en un almácigo, a orillas del Paraguay: en Asunción.

En la conquista aguas abajo, llegaron al Río de la Plata y le sofrenaron para siempre desde la Buenos Aires de Garay, porque antes sujetaron al Paraná indómito, desde el palenque de Santa Fe, los hombres que ya le conocían sus mañas porque sus vidas habían corrido paralelas desde que nacieron.

Ayolas e Irala

Dos hombres puntean esta marcha, aguas arriba, de los sobrevivientes de Mendoza: Ayolas e Irala.

Ayolas figuraba entre los caballeros que rendían pleito homenaje a don Pedro de Mendoza en la Casa de Contratación el 27 de Julio de 1535, con el cargo de Alguacil Mayor.

Antes de embarcarse es el único que deja en España un apoderado para que intervenga en todos los asuntos que se relacionen con sus futuras conquistas y sus posibles cobros y administraciones de bienes.

Ayolas es la encarnación de la codicia. Su espíritu no encuentra vallas que no salve en la carrera desbocada de sus ambiciones. El sabe bien, que desde el primer día lo descubre su instinto, que Osorio será el obstáculo más serio de sus afanes y no para ni descansa hasta que no ve su carroña despedazada por las aves de rapiña en la bahía del Brasil haciéndose así dueño absoluto del alma enferma y atravesada de don Pedro, para convertirse luego en el

señor de la expedición.

En cambio Irala formó anónimamente en la armada. Su nombre empieza a sonar en las márgenes del Río de la Plata.

Era joven y audaz y un poco alocado. No sabía de cálculos fríos ni le desvelaba el acrecentamiento de su hacienda. Había nacido en Giupúzcua, donde heredó de su padre un buen mayorazgo y al poco tiempo mil ducados de una hermana que le había heredado. Sin embargo fue menester nombrar un curador a la herencia porque Irala, poco después de los diez y siete años ya andaba corriendo mundo, sabe Dios por qué caminos; y cuando Mendoza levantó su gente para la famosa conquista, sentó plaza como uno de los tantos mozos que se embarcaban sin gloria y sin nombre y sin el cargo más humilde que permitiera señalarle del montón que "va en el armada".

Por eso un día en Asunción, Ruíz Galán le increpa públicamente:

—Miren que hombrecillo se quiere poner conmigo sabiendo como vino a esta tierra!

Y dicen los cronistas que Irala guardó silencio. Pero unos años después, ese "hombrecillo" que había venido de España perdido en la turba de aventureros, era el amo del Paraguay y cerraba los caminos que le comunicaban con el mundo para afianzar y prolongar indefinidamente su poderío.

A orillas del Paraguay, Irala y Ayolas se separan. El destino les ha señalado dos caminos distintos.

Ayolas se mete entre los montes impenetrables, alucinado con los relatos del hombre de Caboto y de los indios del Paraguay y de aquel esclavo de Alejo García que encuentra entre los indios payaguaes. Entonces nombra a Irala gobernador por el tiempo que dure su ausencia con la consigna de esperarle en la Candelaria que habían fundado en tierras paraguayas.

Ayolas es tenaz e invencible. Se propone alcanzar las riquezas que vislumbra a través de los relatos imprecisos y vagos de la tierra y emprende la marcha en una expedi-

ción de leyenda.

Arranca de Candelaria y arremete contra el monte impenetrable que mete miedo hasta a los mismos indios, y menudeando azotes y pretinazos a los remisos y descontentos y matando sin miramientos a los más rebeldes o a los que intentan desertarle, lleva adelante su empresa, que Ayolas no concede plazos ni dilaciones para sus afanes.

Y así cruzan el monte lleno de rumores y de misterios. Descansan bajo los árboles que bullen de pájaros en las madrugadas o junto a la maleza espesa o a los pajonales donde canta un mundo de grillos y de tucuras y donde se oye el trémulo silbido de las víboras. Tienen las carnes lazeradas de sabandijas y de mosquitos y de espinas; y sienten la angustia de la sed y del calor mientras el viento norte, inexorable, sopla días enteros sus bocanadas de hornalla o en los tiempos de calma y de bochorno en que la tierra exhala un vaho cálido y pegajoso.

Así llegaron al linde de los Charcas. Y fue entonces, al ver Ayolas como la plata le bullía en las manos y le deslumbraba los ojos, cuando emprendió el regreso en busca del camino que le llevaría a Candelaria, donde según lo habían convenido, le esperaría Irala.

Antes de separarse, Ayolas encomienda a Irala la guarda de una india que le había dado por esposa un cacique principal en señal de amistad y de alianza.

Pero Irala es mal depositario. Sus años mozos le retozan en el cuerpo y mientras Ayolas delira con las riquezas que alcanzará en su atrevida y descabellada expedición a través de los montes, Irala se regocija con las indias.

En el viaje a los Timbúes se habían encontrado con que "los hombres son altos y bien formados, dice Schmidel, pero las mujeres, por el contrario, viejas y mozas son horribles porque se arañan la parte inferior de la cara que siempre está ensangrentada".

En cambio las mujeres del Paraguay son de formas juveniles y turgentes y frescas y los ojos sombreados por

largas pestañas tienen un mirar dulce y tranquilo.

La concupiscencia de Irala le lleva a la infidelidad y toma como suya a la india de Ayolas; y los naturales se le sublevan y levantan por sus desmanes y su impudicia. Entonces Irala y los suyos bajan unas leguas más al sur de la Candelaria y allí entre los indios Carios, se recogen y aposentan, sobrados de alimentos porque era tierra abundante y fertil; mientras por sus apetitos alterados dejaban sobresaltada la zona de la Candelaria donde debían esperar en quietud la llegada de Ayolas.

Irala va y viene por el río como el Sultán de un serrallo. Se olvida de Ayolas entre las caricias de las indias, medio asustadas y tímidas. No piensa sino en reforcilarse yendo de una tribu a otra. Por eso dice Francisco Ribera en una carta que escribe desde el Paraguay en 1545, que Irala era "hombre mui aficionado a la conversación de las yndias carioes desta tierra a cuya cabsa se apartara del dicho puerto de la candelaria a buscar la dicha conversación".

Pero un día Ayolas, con un puñado de sobrevivientes llega, cargado de plata, al lugar donde debía esperarle Irala.

El puerto está despoblado. En vano Ayolas atisba a lo largo del río y aguaita la llegada de Irala.

Pero en eso, los indios se le acercan en trato pacífico y amigable. "Se comenzaron a tratar con ellos familiarmente" dice Alvar Núñez en sus "Comentarios", hasta que consiguen enderezarle hacia un camino que le llevará, según dicen, a sus toldos donde podrán vivir en quietud y regalo con gran copia y abundancia de alimentos hasta que regrese la gente de Irala.

Pero en la mitad de la jornada se encuentran con unos pantanos, amenazantes y torvos. Los indios les guían maliciosamente y Ayolas y los suyos, cargados de plata, caen en la trampa.

El barro es espeso y denso y se les pega en las piernas flacas y doloridas de cansancio. Quieren moverse para

librarse de la ciénaga pero ya están atrapados para siempre. Vociferan y blasfeman y se rebullen en el "bofadal" pestilente que poco a poco les va tragando. Entonces los indios les ultiman a palos; y mientras el pantano les oprime en un abrazo trágico y les traga la tierra, los dedos de Ayolas se crispan en el último lingote de plata que apreta frenético contra el pecho jadeante; y su sangre le tiñe las manos como unos años ante se las tiñera la sangre inocente de Osorio.

La expedición de Ayolas dejó la tierra sembrada de relatos fabulosos sobre los tesoros que se escondían detrás de los montes.

Fue la levadura de la conquista.

Los paseos galantes de Irala sembraron la tierra de mestizos y criollos que hicieron, más tarde, la conquista definitiva del Río de la Plata.

Este fue el saldo de la fracasada expedición de Mendoza.

Cuando el Primer Adelantado abandonaba para siempre las playas de Buenos Aires y las gaviotas agitaban el blanco pañuelo de sus alas en una melancolía despedida de la tierra, quedaba Ayolas para enviar a España alguna cosa con que pudiera comer el soberbio Criado del Emperador o para vender a cualquier precio los derechos que le daban aquel inútil y pomposo título de Adelantado.

Mendoza tuvo alguna esperanza de ver a Ayolas llevando adelante la conquista. Pero estas tierras de Indias brindaban siempre una sorpresa a los que llegaban a pisarla armados de preeminencias y señoríos. Y en el Río de la Plata, fue Irala, el que venía entre "la gente que va en el armada", sin nombres y sin títulos, el que se convirtió más tarde en el dueño de la tierra.

Anduvo y desanduvo el Río de la Plata y el Paraná y el Paraguay y se metió después en los montes cuando los años le aquietaron la carne y le despertaron la codicia. Pero si volviera ahora el mismo Irala y recorriera otra vez el camino que anduvo, no podría reconocerle, que desapa-

recieron los montes impenetrables y los campos salvajes. Pero si volvieran los que bajaron desde el Perú y Chile rumbeando hacia el Río de la Plata, encontrarían tal vez los mismos pasos y los mismos senderos entre las mismas piedras de las sierras.

Es que el hombre de la montaña está sujeto al paisaje y el hombre de la llanura es dueño de él y le transforma. Y así, estos hombres del Río de la Plata que fueron y vinieron aguas arriba y aguas abajo, transformaban la tierra mientras iban devanando los caminos en la rueca de sus fantasías y cavilaciones bajo el ojo zarco del cielo criollo.

LOS CAMINOS CERRADOS

El Paraíso de Mahoma

Sin duda fue el famoso Arcediano Barco de Centenera el que escribía al Rey tal vez en 1578; "La Asunción en el paraguay ciubdad antigua y muy poblada trescientas leguas del mar por el río y poco más de doscientas por tierra es la más regalada tierra de comida, carnes, cazas pescados y frutas y cosas de azucar y miel que se puede pensar llamada de el Vulgo parayso de mahoma..."

Pero este "Paraíso de Mahoma" más era por el solaz que brindada a los españoles con sus mujeres indias que por la abundancia y copia de alimentos; aunque es verdad que los sobrevivientes de Mendoza nunca estuvieron, como en tierras del Paraguay, más lozanos y regalados de comida.

Irala y los suyos viven abrasados en los amores de las indias y como en la soledad de aquellos montes sus pasiones corcobean y se alzan sin freno, van multiplicando criollos y mestizos en medio de toda suerte y linaje de abyecciones y de infamias.

Un día se escapa de aquel infierno, un pobre fraile y después de una odisea a través de los mares, llega a la Corte, pidiendo limosnas en los pueblos cuando no le alcanza para un mendrugo de pan el menguado estipendio de sus misas.

Se ha roto las piernas en la travesía y está enfermo de hambre y de intemperies. Entonces escribe un memorial anónimo relatando los desmanes y tropelías y desvergüenzas de los que se habían refugiado en aquel "Paraíso de Mahoma"; y mientras preparaba su alegato, comía por caridad: "loado sea Xristo, escribe, el vicario a mandado al cura de san gines que me de cada día una pitanza y desa me sustento como vuestra señoría podrá seer ynformado".

Y este fraile viejo, lisiado y achacoso, que rehusa los beneficios que le ofrecen en Asunción para comprar su

silencio, reclama, apremiante, que se haga justicia en los naturales vejados y torturados por los conquistadores.

Es que Irala para sostenerse en el gobierno, permite a sus soldados toda clase de escarnios y delitos.

Gregorio de Acosta, vecino de Asunción, escribe al Rey en su Consejo de Indias: "domingo de yrala por sustentarse en el mando que no pidiesen socorro despana dio mucha larga a los soldados que tomaron las mugeres y las hijas de los yndios y los robaron".

En el Archivo de Indias se conservan unas "Notas con diversas noticias sobre personas y cosas del Río de la Plata Escrito en el sobrescrito de una carta dirigida a Madrid a Juan Lópes de Velasco, cronista y cosmógrafo del Rey", en donde se dice de este Gregorio de Acosta que es "hombre vivo y muy gran poeta y ha hecho ciertas obras que trae pedro muriel".

Pero no son solo los indios los que sufren las injurias de los que se han adueñado del mando, "que como vinieron a esta provincia por soldados, dice en una carta Hernando de Montalvo en 1579, ales cabido su suerte por sus inteligencias llegar a tener el mando en ellas".

Los mismos españoles que no forman en la comandita de la gente del gobierno sufren y se quejan de estos desvaríos satánicos, "que nunca españoles se an visto enn indias tan descontentos, dice el mismo Montalvo, y aun los mancevos hijos de la tierra ansi mesmo se van y como no viene gente despaña ai gran falta della en toda la tierra".

No hay justicia, ni respeto, ni honra en este "Paraíso de Mahoma", y así se van criando los hijos.

"Vanse cadal día mas desvergonzando, dice Montalvo hablando de criollos y mestizos, y sin ningún respeto a las justicias acen muchos delictos y no ai castigo".

Los conquistadores que mangonean en el gobierno a la sombra de Irala solo piensan en aumentar sus harenes; y en la sordidez nauseabunda de sus ranchos, tiran los dados para jugar sus mujeres a la luz de los candiles humeantes que sostienen las mismas indias en una desnudez impúdica.

La gesta nueva

Poca gente llega al Paraguay después del fracaso de Mendoza y los Adelantados que le siguieron y que heredaron, como una maldición gitana, el acabar desgraciado de sus empresas, llegan con sus armadas destrozadas y con los más de sus hombres lazerados de odios o tarados de infamias y villanías.

Sobre la expedición de Ortíz de Zárate escribe Hernando de Montalvo en Asunción el 29 de Marzo de 1573: "la gente ansi hombres como mozos de poca hedad para conquistadores y pobladores destas provincias que se podían embarcar en españa serían hasta trescientos poco más o menos a mi parescer y la maior parte desta gente fué lascoria del andalucia por lo mal que an aprovado".

En el Archívo de Indias se conserva la "Lista y alarde de la gente de guerra y pobladores que lléuan a el Adelantado joan ortiz de zarate al Río de la Plata hecha por ortega de melgosa ante escriuano desde 20 de henero hasta siete de marso".

Son en total doscientas sesenta y siete personas. Doscientas treinta y ocho varones y veinte y nueve mujeres.

Entre ellos vienen un canónigo de la iglesia de Asunción y dos clérigos, que forman el aporte eclesiástico con diez franciscanos que no figuran en el alarde aunque a ellos se refiere Montalvo en su carta del año 1573.

El general, el almirante y tres capitanes, representan lo más granado de la milicia, que viene en la compañía de dos "tambores".

Un licenciado es el letrado de la expedición; y un cirujano, se enrola también como aquellos "maestros de llagas" que marchaban en las antiguas huestes de Castilla.

Dos plateros, un sastre, tres zapateros, un cantarero, y solo dos labradores, son los únicos hombres que vienen con oficio conocido.

Uno de los capitanes se trae a su mujer, dos hijas y una

hermana y el licenciado a dos hijos suyos. La mujer de un calafate se embarca acompañada de sus hijos: dos varones y dos mujers. Uno de los tripulantes, carga con su mujer, su madre, una hermana y una hija. Otro trae a su mujer y dos hijos; un varón y una hembra. Uno se enrola con su mujer y tres hijos y otras tantas hijas. Otro con su mujer y tres hijos. Dos más con sus mujeres y una hija cada uno; y tres casados, con sus mujeres respectivas. Sin embargo, ciento noventa y cuatro personas, es decir, casi el setenta y tres por ciento, no dicen "si son solteros o casados", ocultando sin duda sus fracasos domésticos.

Pero las comprobaciones más interesantes son éstas:

Sobre doscientos treinta y ocho hombres, solo nueve tienen oficio manual. Es decir, que no alcanzan al cuatro por ciento los hombres de trabajo.

Y sobre un total de doscientos sesenta y siete personas que figuran en el alarde, solo vienen dos labradores. En esta expedición, no alcanzan al uno por ciento los hombres que saben trabajar la tierra.

Así salían las expediciones de conquista al Río de la Plata y así iban los conquistadores indisciplinados y revueltos, listos para desertar en cualquier parte, en las islas Canarias o en las costas del Brasil, confundidos en la fuga, capitanes y soldados, misioneros y mujers.

En una de esas armadas, al llegar a Río de Janeiro, a la "baia formosa", dice un documento de la época, se pierde un barco. Con veinticuatro soldados, el capitán, el piloto y cinco marineros, desaparece durante la noche, en medio de un recio temporal.

Al principio se supuso que los había tragado el mar, pero luego convinieron todos los que continuaron la ruta, que "por yr muy faltos de mantenimiento como lo avían publicado el capitán y los demás que se derrotarían algunas de las poblaciones del brasil como después pareció ser assy".

Y en España mismo, antes de zarpar, muchos se negaban a embarcarse al ver las perspectivas que les ofrecía el

genio de capitanes y soldados y el murmurar y el renegar de tripulantes y aventureros. Por eso en medio de esos alegatos y rencillas del día de la partida, el Adelantado don Juan Ortiz de Zárate, vocifera y previene amenazante a los que discuten en sus barbas:

—Ya no habrá más capitanes que yo ni más bandera que la mía!

Y como si quisiera demostrar la firmeza de su voluntad y la energía de su carácter, arranca con sus manos la bandera del capitán Tellez que sostenía el Alférez Alonso Cabello y grita como un desaforado, que los capitanes se acabaron por que sólo serán caudillos!

Después, en alta mar, mientras se pasea en su barco, sañudo y hosco, repite en voz alta a cada instante:

—En España fuí una oveja, en el camino soy un lobazo y en mi gobernación seré un león carnicero!

Y cuando termina la travesía y están en el Real una noche de viento y la fogata del cuerpo de guardia incendia la casa del Adelantado, "la gente, dice un memorial de la época, creía que por lo mal quisto el incendio había sido intencional".

—Voto a Dios!, blasfemaba el Adelantado en medio de las llamas; que me meteré en aquel bergantín para no morir a manos de los indios como morireis todos vosotros, que al final yo seré quien cante el gloria!

Y los abandonó entre una indiada embravecida. Y cuando después de muchos meses mandó buscar los sobrevivientes desde Asunción, se morían de hambre devorando raíces.

Sin embargo en un memorial de aquellos años se lee que el Adelantado don Juan Ortiz de Zárate "era más amigo de hablar que deligente en obrar".

Las puertas cerradas

El primer cuidado que tuvieron los que se amañaron para apoderarse del gobierno fue cerrar las puertas que pudieran

facilitar alguna comunicación con España.

Un día llegan hasta Asunción, por el camino del Brasil, unas provisiones del Rey Felipe II poniendo remedio a los males de la tierra. Es esta una brecha abierta a través de los montes fragosos, que si se sigue trillando, puede llegar a ser una vía de acceso al "Paraíso de Mahoma". Entonces Irala envía a Nufrio de Chaves con un ejército de españoles y de indios, para invadir los dominios de los indios tupis, vasallos del Rey de Portugal, que quedaban en el camino que habían hecho las provisiones inquietantes del Rey Felipe II. Pero como estos indios, vivían en paz y armonía con los españoles del Paraguay, reciben amigablemente a Nufrio de Chaves y a sus hombres y les alojan en sus toldos por la noche. Entonces cuando sus huéspedes duermen confiados en la amistad de los hombres que llegaban de Asunción, el enviado de Irala y sus soldados caen sobre los tupis y les asesinan por sorpresa. Esta matanza fue planeada con el fin de impedir que las tribus mansas del camino al Brasil siguieran permitiendo el paso por sus dominios a los españoles. Así dice un documento de la época: "para cerrar la puerta, que no pudiesen pasar más provisiones ni Recaudos mandados de su magestad".

Con razón se lee en una advertencia sobre las personas que viven en Asunción y de quienes hay que guardarse:

"Parece que cualquiera que fuere de parte de su magestad será obedescido no entrando amenazando por que los reos son muchos y si se cerrase el camino no dexarían entrar a nadie".

Con el mismo rigor con que se vigilaba la entrada se cuidaba también la salida de Asunción. Irala tenía tan bien organizado su servicio de espionaje y de contralor, que se enteraba hasta de las cartas que se trataban de enviar clandestinamente a España; y hasta con la complicidad de altos funcionarios del Real Consejo, sabía de las cartas que habían podido burlar su vigilancia y que así llegaban a la Metrópoli, "echando la culpa a ochoa de luiando que a la sazón era secretario de ese Real consejo, dice un documento contemporáneo, como eran mui íntimos amigos

y de una tierra".

Sobre la censura epistolar impuesta por Irala en sus dominios habla Hernando de Montalvo en una carta del 15 de Noviembre de 1579:

"y anme dicho después que a esta ciudad yo llegué personas de crédito que cartas que algunas personas particulares desta ciudad escrivían a vuestra magestad que el tiempo que mandaba en esta tierra el dicho domingo martínez de Yrala dando por ellas aviso a vuestra magestad que se las enviaban originales y a esta causa no osaban escrivir".

Los vecinos se veían humillados por los hombres del gobierno amparados en el aislamiento. Asunción era un mundo aparte. No estaba sujeta a ninguna Audiencia y la más cercana era la de Chuquisaca; por eso dice Hernando de Montalvo, que los habitantes de Asunción se ven indefensos en manos de amos, que "como an visto y ven el rremedio lejos zerrando los caminos y impidiendo que no salga nadie de la tierra acen y an echo todo lo que an querido muy a su voluntad y an siempre padecido y padecen molestias y sujeción más quesclavos asta tanto que por vuestra rreal magestad sea servido el rremedio tan necesario a estas provincias"...

Y así se van sucediendo gobernadores y tenientes, entre golpes de audacias y revueltas, sin que el pueblo tenga jamás un alivio a sus penurias.

Cuando muere repentinamente Gonzalo de Mendoza a quien Irala había dejado en cierta ocasión por su teniente de gobernador, los vecinos creen ver en esa muerte un castigo de Dios: "lo qual todo pareció justicia del cielo", escriben comentando este imprevisto acabar.

Eligen luego por Gobernador a Francisco Vergara, "de la misma suerte y condición de los pasados", dice en su "Relación" Gregorio de Acosta, en una elección indigna; por eso, dice el mismo cronista, que llegó al poder por "sobornos y promesas que hazía de manera que tampoco entró por la puerta de dios peor gobernador de justicia que los otros".

Este Francisco Vergara gobierna a su antojo y paladar durante nueve años sin comunicarse con España hasta que los mismos vecinos, no pudiéndole soportar por más tiempo le acosan y amenazan; y él para librar su vida dispara hacia el Perú.

Felipe de Cáceres, teniente de gobernador del Adelantado Ortiz de Zárate, quiere apoyar la acción de su gobierno en los hijos de la tierra que eran los más, por eso, dice el mismo Gregorio de Acosta, que les consintió "hazer muchos desaguisados e desberguenzas" con las mujeres.

Diego de Mendieta también gobierna Asunción a pesar de no tener más de diez y ocho años; que su tío Ortíz de Zárate le nombró a instancia de los que creían gobernarle por su corta edad, "lo que, dice un cronista, allaron muy al contrario después que se vio en el mando". Y su vida de deshonestidades y desmanes fue de tal naturaleza, que toda la tierra alterada, convenía en que "aunquel tío fué malo fué peor el sobrino".

Los documentos que reflejan la vida desorbitada de Asunción hacen la misma acusación a los hombres que se sucedían en su gobierno casi con las mismas palabras: "no an querido abrir puerta si no estarse aquí encerrados y gozar de lo mejor, ellos y sus amigos". Y algunos agregan: "esta ciudad de la sinción está tan atrasmano que si los que mandan no quyeren nadye es parte para salir de aquy ni enbiar cartas que nunca gente en el mundo a estado tan oprimida y en cautiverio y sujeción de los que an mandado y mandan la tierra".

Cerrando los caminos, Asunción podía conservar su nombre de "Paraíso de Mahoma" o de "Babilonia", como la llama en su "Relación" Gregorio de Acosta:

"Esta es la berdadera babilonia pues no ay justicia de Rey".

Potosí

Pero aunque los caminos estaban cerrados, los hombres de Asunción, que sabían de las famosas minas de plata que se explotaban en los dominios que fueron de los Incas, solían planear sus expediciones con rumbo al Perú y algunos escapaban clandestinamente hacia Potosí. Hasta aquellos infelices que abandonó Ortiz de Zárate durante nueve meses y medio, cuando llegan a Asunción y ven que allí no acaban sus penas ni que el Adelantado acude a socorrerles con algún remedio, se escapan en buen número hacia el Perú acompañados por criollos y mestizos. Por eso en 1573, en el mismo año en que otros criollos de Asunción capitaneados por Garay, fundan Santa Fe, Hernando de Montalvo insiste en el pedido clamoroso de tantos españoles que no se resignan a ver el desgarramiento y abyección de la vida en estos pagos: "antes ay cadal día menos gente por que los viejos conquistadores ay pocos de ellos los hijos también y otros se van al pirú por la via de lo de Tucumán... descontentos de escesivos trabajos y desnudez y anbres que an pasado y pasan... y con tan poco esperanza del que govierna de les hacer merced en cosa ninguna".

Sin embargo, la vida en Potosí, va como en Asunción, dando tumbos en los carcavuezales y pantanos de la inmoralidad más desembozada y abyecta.

Cada día llegaba una turba de aventureros atraídos por la fama de sus minas y como no encontraban ocupación inmediata ni la que cuadraba a [illegible] fantasías, atropellaban con toda suerte de desmanes y delitos, que las autoridades, venales y corrompidas, miraban impasibles.

El Oidor Matienzo, que llega a Potosí en 1577 enviado por el Virrey del Perú a residenciar el licenciado Gómez Hernández, corregidor de la Audiencia, a los alcaldes ordinarios y a los demás oficiales reales, dice:

"Como son muchos los españoles que acuden a esta Villa por la gran fama y rriqueza que en ella ay se a llegado

mucha gente ociosa los quales antes que yo aquí llegase an andado con mucha livertad y muerto acuchilladas a muchos españoles sin auer avido el castigo necesario..."

Potosí era una aldea miserable donde no vivían más de trescientos hombres hasta que se facilitó la extracción de la plata por el azogue; y cuando la visita Matienzo, dos mil españoles hormigueaban entre más de veinte mil indios y otras tantas indias y un mundo de muchachos, hacinados en rancherías nauseabundas, que el Oidor distribuyó en barrios y separó con calles y proveyó de parroquias y misioneros.

Matienzo era un hombre entrado en años y achacoso, sin embargo, en cumplimiento de su deber, llega hasta Potosí, donde no se hablaba de deberes ni de justicia, y desde allá escribe:

"Aunque el temple de este pueblo es malo y dañoso a la salud a hombres de mi hedad la pospuse luego dexando mi casa y mi sosiego por hacer lo que más conbenia a vuestra magestad y bien de esta tierra".

En medio de aquella vida desorbitada, los oficiales reales eran tan culpables en no guardar las leyes y comisiones y ordenanzas, "que era causa, dice el Oidor, para se perder del todo esta tierra si no se rremediara".

Ha sido en vano que el Virrey del Perú visitara las minas y se preocupara por la vida y la seguridad de los indios y por meter en vereda a los conquistadores. Todo acaba y remata en discusiones públicas entre los que gobiernan, y en las dificultades que oponen las Audiencias, movidas por pretensiones y envidias y fines inconfesables de sus miembros.

Hay un párrafo en una carta que escribe Gonzalo de Abreu, gobernador del Tucumán, desde San Clemente, el año 1577, que concentra el dolor de los pocos hombres que vinieron de España en una cruzada civilizadora y de fervor cristiano:

"Muchas veces se ofrece ocasión, dice Abreu, de desmayar y apetecer el quieto Rincón Antiguo por que la tierra es pobre los cassos que proveer en ella muchos... los

hombres ya viejos y cansados, los indios ladinos y dificultosos de allanar y gente ninguna que ayude..."

Y así, entre Matienzo que abandona su casa y su sosiego en bien de esta tierra y Abreu que desmaya y apetece el quieto rincón antiguo, se nos muestra la figura torturada de la España medioeval, que sin medir sus fuerzas intenta cimentar y extender la Cristiandad en la más descomunal y nunca vista hazaña emprendida por los hombres.

AGUAS ABAJO

El postigo abierto

Cuando los barcos de España emprendieron el regreso después de los primeros descubrimientos, llevaban a bordo unos indios azorados y temblorosos entre pájaros y cacatuas de plumas abigarradas y piedras de colores deslumbrantes, para dar fe y testimonio a las gentes incrédulas de la existencia de un mundo virgen y desconocido de los cristianos. Pero cuando esas flotas en vez de llevar el cargamento indígena de hombres y animales, que después de llenar la curiosidad pueril de los Grandes de la Corte solo servía para mostrarle en los tinglados de las ferias, y empezaron a estibar a bordo los lingotes de las minas del Perú, aparecieron los piratas asolando los mares de las Indias como antes lo hicieron en los mares del Norte y en los de Venecia y Génova abordando los barcos fletados por los hilanderos de Bruselas, de Gantes o de Malinas, por los buhoneros de Dinamarca o por las lonjas de mercaderes de Venecia y Génova y Barcelona que medraban con los productos de Grecia o de Malta o de Alejandría o de Chio.

Las mercaderías y la plata del Perú iban por mar hasta Panamá; atravesaban el Istmo y de allí emprendían el viaje hasta España encareciendo los fletes con trasbordos y almacenajes. Más convenía en cambio el transporte directo por el Estrecho de Magallanes que simplificaba y abarataba el tráfico aunque lo alargara en días de navegación. Sin embargo, el mal éxito y los desastres sufridos por los que intentaban cruzarle, le iban haciendo borrar poco a poco de la memoria de comerciantes y marinos.

La inexactitud de las observaciones y la dificultad de acertar la embocadura en el laberinto de los canales, malograron tantas expediciones organizadas desde el Perú y Chile y acabadas antes de llegar al Estrecho o perdidas

sin que jamás se tuviera noticias de ellas, que por mucho tiempo cesaron los intentos de nuevas explorarciones y hasta cobró crédito el decir de los que afirmaban, que por una catástrofe geológica, el paso se había cerrado para siempre.

Sin embargo, en los tiempos en que gobernaba el Perú el Virrey don Francisco de Toledo, aparece un barco pirata en las costas del Pacífico, asolando puertos y abordando barcos, al mando del famoso filibustero Francisco Drake o el "Dragón" como le llamaron los españoles de América. Y fue tal el terror que dejaron estas piraterías, que la gente, convencida como estaba del cierre del Estrecho, solo explica la presencia de este huesped siniestro en el mar del Sur, como un castigo del cielo por la muerte injusta que unos años antes había sufrido Tupac-Amarú, el último representante directo de los Incas.

El Cardenal Cisneros había advertido en tiempo de Carlos V "que no puede ser ningún poderoso por la tierra syno lo es por la mar"; pero en 1557 es Inglaterra la que empieza a organizar su potencia marítima, aprovechando el desconcierto en que se encuentran las otras naciones.

Juan Hawkis, que había nacido en Plymouth en 1520, se enriquece en piraterías y en tráficos negreros y la Reina Isabel le nombra su Tesorero de Marina y Vocal del Consejo del Almirantazgo; pero a pesar de sus títulos, continúa sus piraterías en las costas españolas de América, con el consentimiento y regocijo de Inglaterra.

Después de sus correrías por los mares de Indias, pone asedio a Cádiz en 1587; hace frente a "La Invencible" de Felipe II en 1588; dirige una expedición política a Portugal en 1594 y vuelve a comandar nuevos piratas en las colonias de España hasta que muere en el mar, frente a Puerto Rico, a la vista del botín que acariciaba su codicia, en 1596.

Pero antes de morir, había formado sus discípulos y les había enseñado el camino de las Indias y "la derrota" de

los buques de España.

El "Dragón", que algunos quieren que naciera a bordo de un barco pirata y otros en el condado de Duo de Inglaterra, tiene noticias de que Hawkis armaba una escuadra pirata para hostilizar las costas occidentales de América, y se dirige en su busca hacia Plymouth donde recibe el comando de uno de los barcos: "El Dragón".

Con Hawkis piratea en 1568 por Nueva España y luego con barcos propios hace sus correrías y depredaciones abordando los buques españoles que encuentra por el Atlántico y aun entrando a saco en los puertos indefensos. Saquea en Nombre de Dios y con el producto de sus pillajes en las Antillas, vuelve poderoso y rico a Inglaterra donde la Reina Isabel pone bajo sus órdenes una flota de cinco navíos para entrar al Océano Pacífico y explorar las tierras y los puertos de España, aunque la flota se organiza y apresta misteriosamente afirmándose que zarpará con rumbo a Alejandría, al mando de el Dragón, a quien ahora, le llaman el Caballero Drake.

Esta es la flota que sale de Plymouth en 1577, toca en el Brasil en 1578 y que a mediados del mismo año, navega en aguas del Río de la Plata, donde Buenos Aires ya había sido desmantelada por Irala mucho tiempo antes.

Los piratas, siguen viaje hacia el Sur. En la bahía de San Julián encuentran todavía los patíbulos que levantara Magallanes para afianzar su autoridad, y en ellos mismos el "Dragón" cuelga del pescuezo a Thomas Doughtis que intenta amotinarse. Pasa el Estrecho cuya ruta habían perdido los españoles; se apodera de los barcos que encuentra con oro y plata en Chile, en el Callao y en el Cabo de San Francisco y en Costa Rica; y a la altura del Cabo Mendocino hacia los 45° de latitud bautiza la tierra con el nombre de Nueva Albión, como en Nueva Méjico había bautizado también tierras ya descubiertas y conquistadas por los españoles. Pasa después a las Molucas y vuelve a Inglaterra por el Cabo de Buena Esperanza.

Fue entonces, cuando el Virrey del Perú don Francisco de Toledo arma once navíos y al frente de don Pedro

Sarmiento de Gamboa les da la consigna de esperar al "Dragón" a la entrada del Estrecho. Pero Gamboa, que ignora la ruta que sigue el pirata con rumbo a Inglaterra, se cansa de esperarle y con sus barcos se dirige a España a dar cuenta del peligro que corren las colonias y su comercio ante las incursiones de los piratas ingleses.

El viaje de Gamboa a la Corte deja indefenso otra vez el paso del Estrecho y nuevas expediciones de piratería se aprestan entre los filibusteros ingleses. Ojemkam se arma en corso en Jamaica, pero después de algunas piraterías muere ejecutado en Panamá. Tomás Cavendish, arma cinco buques con el fin de pasar el Estrecho, pero un día de tormenta, muere en el naufragio de su flota frente a la costa del Brasil. Ricardo Haekins, o "Aquines", como le llaman los españoles, hijo o sobrino del que había sido el maestro del "Dragón", inicia también sus piraterías en América pero es apresado en Guayaquil, y enviado a Lima desde donde lo remiten engrillado a España; y en 1595, la Reina Isabel vuelve a confiar a Drake el mando de veintiocho navíos para hostilizar con ellos las costas occidentales de América.

Es el Arcediano Barco de Centenera el que llama al Río de la Plata el "postigo abierto" del Perú y el que en una carta fechada en 1578, habla de las incursiones de los primeros piratas ingleses que navegan frente a las costas donde Mendoza había levantado el Real de Buenos Aires.

"Quel Río de la Plata, escribe el Arcediano, es un postigo abierto para el pirú y tiene el enemigo de Dios y de Vuestra Magestad ya sabida la entrada".

Por este "postigo abierto", dice, entró "el tyrano Francisco Draque" y donde "hizo aguaje después Eduardo Fontano y entró por el cincuenta y dos leguas fasta la ysla de Martín García" y por donde "después un sobrino de Francisco en el tiempo quel dió en Carthagena... llegó a buenos ayres ciudad primera como entramos en el Río de la Plata cuarenta leguas después de la mar".

La entrada de los piratas ingleses por "el postigo abierto" del Río de la Plata hace sonar la campana de alarma

del Arcediano. Urge y apremia la repoblación de Buenos Aires, para afianzar el dominio de España en este lado de América.

La ruta de España

La codicia de los hombres les llevó al Perú, y les encerró entre montañas y puso entre ellos y el mundo un continente inmenso arropado en el manto verde los montes. Del otro lado de la cordillera quedaban las minas que enloquecían a los conquistadores. De este lado, las selvas impenetrables, los ríos caudalosos y las llanuras desiertas. Pero el tráfico podía hacerse más fácilmente, trazando los caminos que unieran el Perú con el Río de la Plata.

"A de advertir Vuestra Magestad, escribía en 1578 Barco de Centenera, que la comodidad de la tierra a de forzar a que por el Río de la Plata vayan a Castilla los que viven en estos Reynos desde el Cuzco arriba hazia Potosí". Y luego agregaba: "es tan fácil el viaje a Castilla desdel Río de la Plata que la facilidad a de obligar andando el tiempo a lo que fuere acertado en breve hazerse".

El viaje desde España al Río de la Plata, debía emprenderse desde mediados de Agosto hasta fines de Setiembre. Los barcos tocarían en las Islas de Cabo Verde y seguirían la derrota del Río de la Plata sin "acer escala asta en el rrío de buenos ayres".

El viaje de regreso debía hacerse desde principio de marzo hasta principios de abril tocando "las Yslas de la tercera" y desde allí a España.

Según Hernando de Montalvo, esta es navegación de dos meses y medio, quien dice y lo sostiene amparado en el testimonio de los pilotos; que además es "muy segura navegación y yendo y viniendo en estos tiempos gozarán todas dos armadas de dos veranos".

El transporte de las mercaderías por la ruta del Río de la Plata, se simplificaba y abarataba con relación al que

se hacía siguiendo el del Istmo.

Desde Sevilla o Cádiz, los mismos barcos, sin necesidad de trasbordos y almacenajes traerían directamente la carga hasta Buenos Aires, si se la volvía a poblar donde la había levantado don Pedro de Mendoza.

Hernando de Montalvo que escribe sobre esta materia seis años después de la fundación de Santa Fe y un año antes de la repoblación de Buenos Aires, dice que las mercaderías que llegaran a Buenos Aires, se transportarían luego hasta Santa Fe distante "ochenta y seis leguas" y desde allí a Asunción en un recorrido de "ciento treinta leguas".

Desde Buenos Aires a "la nueva córdoba ques de la gobernación del tucumán ay ochenta y cuatro leguas", según el mismo cronista, y las mercaderías podían llevarse "asta las cordilleras del pirú en carretas o en arrias".

También desde Santiago del Estero, haciendo un camino de doscientas leguas, se podía llegar a Chuquisaca y Potosí, desde donde después de doscientas veinte leguas mas se llegaba al Cuzco, para pasar después a Lima en un recorrido de ochenta leguas.

Este Hernando de Montalvo, que es uno de los hombres que mejor conocieron en su época al Río de la Plata, sabe que debe descubrirse otro camino desde la "nueva cordova a un pueblo de la governación de chile que se dice quyo, que en treze días vinieron del asta cordoba"; y afirma además con la autoridad que le dan sus trajines en estas tierras, que "ansimismo a otros pueblos del pirú se puede yr con facilidad".

Esta ruta a España por el Río de la Plata, excusará según Montalvo, la mortandad de gente que causa el clima insalubre de Nombre de Dios; economizará el flete evitando, dice, "levar las mercaderías, las diez y ocho leguas que ay del nombre de dios a panamá de tan mal camino y peligro por el río chagre de corsarios"; y aumentará los beneficios de la corona por que, asegura Montalvo, "tendrá vuestra magestad mas aprovechamientos en los almojarifazgos por tener muy menos costa las mercaderías viniendo

por esta carrera".

Pero para hacer esta ruta de España es necesario que el Río de la Plata, se conquiste definitivamente. Que deje de ser el "postigo abierto", por donde pueden colarse los piratas y por donde los Oficiales Reales de Asunción permiten tantos contrabandos y defraudaciones. Es necesario encontrar un puñado de hombres, en aquel mundo de codicias y rapacerías, que se resigne a llevar la deslucida y sorda de los pastores; que en el Río de la Plata, dice Montalvo, "ay muy gran aparejo de dehesas fertiles y abundosas de todo".

Los de tierra adentro

Los hombres de Asunción aislados del mundo en su "Paraíso de Mahoma", saben un día una noticia inquietante: los hombres del Perú han llegado hasta la costa del Paraná, que hoy es tierra santafesina y que entonces conocen con el nombre de fortaleza de Caboto.

Los hombres del Perú tratan de acortar y facilitar su comunicación con España, para abaratar los fletes y encontrar el camino que les asegure una mayor ganancia en sus empresas. Los hombres de Asunción tratan de aislarse, para asegurar el retozo libre de sus pasiones y de sus impudicias. Por eso la presencia de los hombres del Perú en las orillas del Paraná inquieta a la gente de Irala y sale un puñado de hombres encabezados por Cáceres a ver como anda ese negocio.

Es este el primer contacto que toman con el litoral los hombres de tierra adentro, diez años después de la fundación de Buenos Aires por don Pedro de Mendoza.

Pero los que han llegado a la fortaleza de Caboto, al mando de Francisco de Mendoza, quieren seguir ahora hacia Asunción y como los pantanos les impiden el camino se ven obligados a volver al Perú.

En una "Relación" que el Oidor Matienzo escribe siete

años antes de que se fundara Santa Fe, dice que "es buena e gentil navegación" la que se hace desde España hasta el sitio en que se levantó la primera Buenos Aires.

Sin embargo ese camino había quedado olvidado. Los Adelantados que sucedieron a Mendoza desembarcaron en el Brasil y cruzaron a pie los montes impenetrables y salvajes que les separaba de Asunción, antes de hacer el camino del siniestro Río de la Plata. Por eso Matienzo aconseja que se pueble "el cabo de sant francisco que es también buena tierra y críanse en abundancia caña de azucar" y que las mercaderías que se trajeren, que se desembarquen en la isla de San Gabriel o en Buenos Aires, para que por medio de bergantines de poco calado se les traiga aguas arriba, hasta el lugar que ocupaba la antigua fortaleza de Caboto, es decir, hasta las que hoy son tierras santafesinas.

Esta tierra es la clave de la comunicación más rápida y económica de los Reinos del Perú y de Chile, con España.

"De la fortaleza de gaboto, contínua Matienzo, podían venir carretas hasta esteco que es en el tucumán a do a de estar un pueblo de españoles y de allí a esta cibdat ay cient leguas y aun menos y podrían venir en arrias de mulas o caballos o carneros de la tierra como vienen de arequipa aquí."

Y luego, desarrollando aun más su vasto plan colonizador, dice:

"...y podrán también yr desteco a xuxui... y de allí al puerto de catacama que es en la mar del sur... y desde aquel puerto se podría proveer chili... y de allí se podría vaxar la mar abaxo siguiendo la costa y proveer arequipa en seys días y a lima en ocho días y a truxillo en otros ocho y a quyto en veynte o treinta días... todo por mar podrían proveer el pueblo nuevo de la paz y el cuzco de arequipa que está a sesenta y a ochenta leguas della; o si quisieren se podrían proveer de potosí a do embian sus carneros con coca y se suelen volver vazios por no tener que volver de retorno..."

Todo el proyecto sabiamente esbozado por el Oidor

Matienzo, tiene un objeto directo: llegar desde el Perú y Chile hasta la costa que más tarde sería santafesina y que entonces -desierta y sin dueño- se le reconocía por la fortaleza de Caboto. Planea para lograr su fin la fundación de nuevas ciudades que sirvan de escala: en Córdoba, -los Comechingones que decían entonces- en Calchaquí, en Salta y en Jujuy. Sin embargo cree que por estas últimas provincias podría encontrarse un camino más corto que lleve a la "fortaleza de gaboto".

"Por que de Salta, dice Matienzo, sale un río vermejo, al cual creo según dizen los que le an visto, se puede navegar con vergantines y sale al Río de la Plata, más arriba de la fortaleza de gavoto, o por ventura sale a la laguna de los Quiloazas que esta catorce leguas de la fortaleza de gavoto y sy este se descubriese seria mas excelente la navegación y más cercana a esta tierra questá salta desta cibdat".

Además proyecta otro camino por Santiago hasta la actual costa santafesina:

"Y si la tierra se pacificase, agrega Matienzo, como creo que se pacificará muy en breve, se podría buscar otro camino por tierra para la fortaleza de gavoto en que se ahorrasen cincuenta legüas dexando de entrar en algunos de estos pueblos y yendo derecho a la fortaleza".

Para esta conquista del Río de la Plata, Matienzo sugiere al Rey la idea de enviar un capitán con quinientos hombres que pueblen a Buenos Aires nuevamente y que de allí envíen a cien o ciento cincuenta hombres para que vuelvan a levantar el fuerte de Gavoto. "Y este pueblo, agrega el Oidor, avia de ser de tucuman y su govierno y todo sujeto a esta audiencia" de la Plata.

Matienzo quiere así dominar al Río de la Plata, con quinientos hombres que vuelvan a hacer el camino de don Pedro de Mendoza y someterlo políticamente al Alto Perú.

"Podrá vuestra magestad, le dice al Rey, siendo servido, enviar para este efecto de españa, quinientos hombres como tengo dicho y aunque fuesen doblados, no faltarían en que emplealllos en que todos ganasen de comer y fuesen

Ricos".

Y en seguida, en un párrafo inapreciable dice que "los mas avian de ser cibdadanos, mercaderes y labradores, pocos cavalleros por que estos ordinariamente no se quieren aplicar a tratos ni a las labranzas syno andarse holgando y jugando y paseando y haziendo otras cosas de poco provecho y en mucho daño y ynquietud de los que estan sosegados y pacificos y piensan que es poco todo el pirú para cualquiera dellos y aunque todavía son menester algunos asy para la guerra como para sustentar la tierra que poblasen, an de ser pocos y muy conocidos".

Tres años antes de la nueva fundación de Buenos Aires por Garay, Gonzalo de Abreu, Gobernador del Tucumán escribe al Virrey del Perú exponiendo largo y menudo su plan de colonización del Río de la Plata, porque, él lo dice, su empresa es "abrir este camino hasta la mar del norte".

Para realizar cumplidamente estos proyectos es necesario fundar un pueblo en la costa de lo que hoy es tierra santafesina:

"El caso de mas sustancia, dice Abreu, para la perpetuidad de este camino así para los que aquí le anduvieren como para los que despaña binieren es que aya un pueblo en el puerto de gaboto donde los unos y los otros bayan a parar y sea Refugio de todos estos Reynos y governaciones de que ya tanta parte es andado y llano".

Es la idea que obsesiona al gobernador de Tucumán. "Yo procuraré dar orden como se aga", dice enérgico y rotundo. Pero Abreu, quiere someter el Río de la Plata con la gente de "tierra adentro".

"Y deste nuevo pueblo en el puerto de gavoto, agrega, quiero avisar a vuestra señoría que demas de combenir el poblarse para el sustento de todo esto, conbiene sea poblado por esta tierra y de la jurisdicción della". Y concreta en seguida la razón que le asiste para proponer esta medida de gobierno:

"Entiendo, dice, es más conbeniente este a cargo desta tierra que lo a de auiar y puede cada ora socorrer, que no al del que no puede tanto y esta mas lejos".

Pero la conquista definitiva del Río de la Plata no se hizo como quería Abreu ni como aconsejaba Matienzo siguiendo el camino de Mendoza, aguas arriba. Ni vinieron para sujetar la tierra esos caballeros que creían que era poco todo el Perú para cada uno de ellos.

En este lado de América no había piedras para fábricas suntuosas que afirmaran señoríos; ni se levantarían casonas ni castillos; ni las ciudades cerrarían el horizonte con pesadas sillerías.

Aquí los hombres vivirían siempre frente a una llanura sin fin; y a los trabacuentas y trampistas que llegaran, les resultaría embarazoso y absurdo, en las soledades del desierto y en la sordidez de los caseríos, el rebozo de su picardía.

Aguas abajo

Cuando Alvar Núñez llegó como Adelantado al Río de la Plata, y se encontró en Asunción con que ya no existía Buenos Aires, intentó en vano su nueva fundación. Los que tentaron la empresa se vieron obligados a abandonarla.

En uno de los artículos de la Capitulación de Sanabria se establecía expresamente la obligación de fundar un pueblo en el abandonado Río de la Plata, pero mal pudo, ni siquiera intentarlo, aquella expedición que desde España vino azotada por calamidades y desgracias.

Y en Asunción misma a pesar de la oposición tenaz de los que querían asegurar su predominio en el aislamiento, había vecinos que clamaban desesperadamente por que se restablecieran las comunicaciones por el Río de la Plata, que era esta la única esperanza de redención en aquél, que para algunos desaforados era el "Paraíso de Mahoma" y que para otros era un verdadero infierno.

La fundación de Santa Fe por los criollos de Garay, no

fue un acto de conquista militar. Fue en cambio una empresa de liberación civil.

En 1579 escribe Hernando de Montalvo desde Asunción: "Los que an mandado en estas provincias an cerrado los caminos que ni por la via del brasil ni del pirú asta que sancta fe se pobló que avrá siete años no podía dar aviso nadie a vuestra magestad de muchas cosas que en esta tierra se an ofrecido".

Este mismo Montalvo, atribuye al Adelantado Ortiz de Zárate la idea de despoblar la ciudad fundada en esos años por Garay, para mantener el aislamiento y la impunidad de los que gobernaban en Asunción.

Sin embargo los criollos que se vinieron aguas abajo con Garay, habían abierto para siempre los caminos.

Sobraban, tal vez, los dedos de la mano para contar los españoles que acompañaron a Garay en la fundación de Santa Fe y en la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires. Que con sus criollos de Asunción, sujetó para siempre el Río de la Plata.

Es necesario insistir: la conquista del Río de la Plata se afianzó desde Santa Fe.

En esta conquista criolla, aguas abajo, Santa Fe fue el fortín de Buenos Aires. Los santafesinos con su coraje, hicieron realizable el sueño de los hombres, que encerrados en el interior del continente, esperaban que sobre el Río de la Plata se abrieran "las puertas de la tierra" que decía Garay.

Y como estos santafesinos tenían el alma andariega, no se sintieron jamás agobiados por el desierto y sin los ensueños de grandezas que alucinaron a los que intentaron la conquista aguas arriba, construyeron los arbotantes de los caminos para impedir el desmoronamiento de los pueblos.

Los caminos que hizo la conquista aguas arriba, fueron los caminos del hambre.

Los caminos que abrió la conquista aguas abajo, fueron

los caminos de la solidaridad humana.

Los hombres de la conquista aguas arriba trazaron los caminos para buscar la comida, casi siempre disputándosela a los indios en peleas como las fieras.

Los hombres de la conquista aguas abajo, trazaron sus caminos para buscar los otros pueblos perdidos en la inmensidad del desierto, en una empresa estupenda de fraternidad social.

En el chirriar monótono y lento de las carreras santafesinas, la tierra escuchó un canto de esperanza y redención, frente a los tranquilos horizontes de un suelo sin arrugas.

Los criollos de Asunción que vinieron con Garay, estribaron primero en Santa Fe y luego se acodillaron en Buenos Aires.

Así se domó al Río de la Plata, al "reservado" de la conquista.

LA CONQUISTA CRIOLLA

Los hombres del Río de la Plata

Cuando Garay salió con sus criollos y mestizos para fundar Santa Fe, algunos vecinos de Asunción, mientras se perdían las velas en la lejanía del horizonte, comentaban excépticos la aventura del vascuence.

No era esta la primera vez que se hablaba de ir a poblar el Río de la Plata, y los conquistadores estaban ya habituados a ver como esos intentos acababan en desmedro de los pocos recursos bélicos con que contaban sus guarniciones para defenderse de los indios.

No todos los que antes habían salido de Asunción anunciando cruzadas de conquistas lo hacían, como lo afirmaban, en servicio del Común y del Rey. Sólo buscaban un pretexto para abandonar Asunción y meterse en la tierra y señorearla a su antojo, o para buscar por rumbos inciertos, en un golpe de audacia, las riquezas con que habían delirado durante tantos años de vanos sufrimientos. Por eso, los que medraban al amparo del aislamiento en que seguían todavía los hombres del Paraguay, habían aprovechado la incredulidad de los vecinos para dificultar el nuevo intento de los que tenían la esperanza de conquistar en el Río de la Plata, una salida que les pusiera a la vista del mundo civilizado.

Y Garay fundó primero a Santa Fe en 1573; y en 1580, también con criollos y mestizos de Asunción, fundó de nuevo a Buenos Aires.

Con ramas y con paja, como los nidos de los pájaros, fabricaban humildemente sus casas. No sintieron la impresión de lo perdurable como el hombre que levanta con piedra la vivienda que se perpetuará más allá de sus días como el eslabón que le unirá a las generaciones por venir.

La vivienda que levantaban los conquistadores del Río de la Plata amasando la tierra y desbastando los troncos de los árboles, era ante sus mismos ojos una obra deleznable y caduca. Por eso el criollo de este lado de América vivió siempre "al día". Sabía que su rancho era como un nido que con la misma facilidad con que le tejían sus manos, el tiempo se encargaría de deshacerle.

Hasta el paisaje, junto a los grandes ríos, era para él el reflejo de su vida, tornadiza y perecedera; sin montañas ni piedras desafiantes del tiempo que dieran la impresión de lo estático y lo eterno.

Aquí la tierra no se aupaba en el esfuerzo supremo de las sierras para escudriñar más allá de los horizontes; si no que se acostaba, indiferente y tediosa, en la holganza de la pampa para que la vida pasara sobre ella como las nubes y como el viento. Y el hombre, que no pudo hundirse como las sabandijas en las madrigueras de las minas para desentrañar la riqueza, vivió a campo abierto respirando el aire libre y diáfano y mirando de frente la luz del sol.

El Río de la Plata, también por una fuerza telúrica, plasmó y modeló a los hombres a su imagen y semejanza.

El esfuerzo de España

España quiso que la conquista de América fuera, sobre todo, la conquista espiritual de los indios.

Las leyes de Indias dicen que el fin primordial de la conquista es mandar "maestros y predicadores" a los naturales.

Carlos V, desde Granada el 17 de Noviembre de 1526, recomienda y suplica a los conquistadores "que en llegando a aquellas provincias procurasen luego dar a entender por medio de los intérpretes a los indios moradores, como los enviaron a enseñarles buenas costumbres y a apartarlos de vicio"; y Felipe II, en el Bosque de Segovia, el 13 de julio de 1573, el mismo año en que los criollos de Garay

fundan a Santa Fe, insiste en que "se vayan siempre pacificando y doctrinando las naturales sin que por ninguna vía ni ocasión puedan recibir daño pues todo lo que deseamos es su bien y conversión".

Sin embargo, los conquistadores en medio de sus delirios y folías no estaban para pragmáticas y sutilezas. Y los misioneros encontraron más estorbos y contratiempos en los encargados de cumplir y observar las leyes que entre los indios que evangelizaban.

La vida enconada y violenta de los que sentían el aguijón de la codicia; las pasiones volcánicas que reventaban en torno de las indias; el delirio de los que llegaban como una piltrafa humana perdidos entre el montón sin nombre de las armadas y que se encontraban de repente con mando y señorío; y hasta las menudas rencillas y los enconos de los vecinos, que se agrandaban en las soledades de América, se opusieron como una barrera a los planes de acción espiritual y mística de España.

En 1582, lo dice Garay en una carta que escribe al Rey desde Santa Fe, no había sacerdotes en Buenos Aires. En Santa Fe había dos, y uno de ochenta años, vivía solo en el convento de San Francisco. En Asunción había cuatro clérigos tan viejos y achacosos, que según el mismo Garay, el "mas Rezio dellos amas de seis meses que no se levanta de una cama".

Sin embargo en 1594, Hernandarias de Saavedra, -el primer criollo gobernador en el Río de la Plata- que "no es cargoso a los vecinos, ni a los indios penoso, ni hombe de regalo ni de cohecho"; que procura la armonía entre los conquistadores, funda escuelas, visita las tolderías indígenas y que se desvela por el mejoramiento moral y físico de los nativos; en presencia de todo su pueblo, acompañado de sus hijas, lleva tierra y ayuda a levantar la iglesia de la Compañía de Jesús, gloriándose más en estos menesteres que en las honras y preeminencias que le depara el gobierno.

La figura criolla de Hernandarias que en las tierras remotas y apartadas del Río de la Plata, se inclina humildemente a amasar el barro para la Iglesia de los Jesuítas,

parece la encarnación del espíritu ascético de aquellos reyes de Castilla que en la Edad Media, después de sus victorias, hacían rodar la corona por las losas del templo para vestir un cilicio con la cabeza cubierta de ceniza.

La conquista criolla

Al frente del más lucido ejército que se embarcó para las Indias, don Pedro de Mendoza salió de España para conquistar el Río de la Plata con un nombramiento de Gobernador y Capitán General que extendía su dominio hasta por las doscientas leguas de costa que daban sobre "la mar del sur" y con un salario de dos mil ducados de oro al año y otros dos mil más de ayuda de costas que empezaba a ganar "desde el día, decía el nombramiento, que os azieredes a la bela".

Garay, a su salida de Asunción, sólo podía ostentar un mandamiento del Gobernador Martín Suárez de Toledo, donde se ordenaba a los Oficiales Reales, que le dieran la única arma que formaría su artillería: un "verso" de bronce.

"Den y entreguen, dice el mandamiento, a juan de garay, capitán de la dicha gente que va a sentar el dicho puerto y pueblo, un verso de bronce y unos fuelles de fragua con las cámaras y aparejos que conviene para su defensa y amparo".

El Puerto de San Lucar de Barrameda se estremece en el aleteo de tantos gallardetes como se agitan entre las jarcias de la lucida flota que lleva al ejército de Mendoza.

Entre las piraguas indias del Paraguay, pasa el humilde bergantín de Garay con sus seis canoas "endidas a manera de barcas" y "algunas canoas sencillas".

A bordo de la flota del Primer Adelantado, lucen las damas y caballeros su atuendo de gala.

En el barco de Garay, van unos criollos mal empilchados y raídos entre algunas corazas y algún casco abollado.

Los hombres de Mendoza hablan de Salamanca, de París, de Roma, de Sevilla, de Venecia y Valencia; mientras que los de Garay recuerdan sus correrías en los montes y bañados paraguayos y sus escaramuzas con los indios.

Los que ven partir a Mendoza, fantasean y divagan sobre la fortuna que espera más allá de los mares, a esos hombres audaces y valientes; mientras en un rancho de Asunción, el Factor Dorante escribe al Rey después de la partida de Garay, que espera que aquella aventura salga bien, lo dice textualmente, para "redención destos mas que cabtivos que en esta ynfelice República estamos..."

Es que Mendoza sale a conquistar un reino y Garay sale a redimir un pueblo.

Los hombres que volvían a señorear el Río de la Plata con Garay, no se pagaban de los oropeles que deslumbraron a los que llegaron primero en tren de desafío y conquista. Tenían el habla dulce y canora de los criollos de Asunción y al escapar de la vida enconada y violenta de los conquistadores aislados en la naturaleza fragosa y bárbara de los montes paraguayos, descubrieron el nuevo contenido que ahora animaba la existencia frente a la despejada y abierta serenidad de la tierra, propicia para el vagar del hombre, y a la alegre, y perfumada exhuberancia de las islas aprisionadas por el dulce cíngulo de los arroyos.

En la tierra había olor a verano. Los pájaros cortaban el azul del cielo, un azul transparente de caramelo, con las tijeras de sus alas. El río chapoteaba en la orilla; y entre los pajonales y los aromitos, se veía flamear el pendón de Garay, agujereado por las flechas de los indios y por las espinas y ramas de los árboles.

A la sombra de un algarrobo, se apeñuscan unos hombres junto al Escribano que con el recado de escribir sobre las rodillas, va, en caligrafía penosa, traduciendo el dictado de Garay.

—Otro si nombro y señalo por jurisdicción de esta ciudad...!

El fundador se yergue, como si quisiera abarcar con sus ojos todo el ámbito de los dominios de la nueva población y luego contínua:

—Hacia la parte de Tucumán cincuenta leguas a la tierra adentro desde las Barrancas de este Río.

El Escribano termina el dictado y Garay prosigue encarándose con el "leste":

—Y de la otra parte del Paraná otras cincuenta.

Era el 15 de noviembre de 1573. Y mientras los nuevos pobladores establecían sus rondas y levantaban sus "mangrullos" para prevenir las posibles sorpresas de los indios, la tropilla de la noche, iba cruzando el cielo torturada por espuelas de estrellas.

Y los santafesinos señorearon toda la tierra que Garay les señaló hacia los cuatro vientos y resguardaron durante muchos años la ciudad de Buenos Aires de los ataques indios.

Sin embargo los hombres que habían quedado en Santa Fe, vivían penando por la escasez y pobreza de sus armas.

En un alarde que se hizo en la primera Santa Fe, se alistan sólo cincuenta y cinco hombres. Uno de los vecinos se presenta con su escopeta, pero no tiene pólvora; solo el treinta y ocho por ciento de los enrolados, tiene arma de fuego; apenas cuentan poco más de quince libras de pólvora y no alcanza a ciento cincuenta el total de las balas.

Pero así, casi sin armas, cumplieron la consigna de Garay y no solo allanaron los caminos hacia la tierra adentro, sino que también cruzaron el río para sujetar las dos orillas del Paraná.

Santa Fe señala La Bajada como asiento de la encomienda del Maestre de Campo don Francisco Arias de Saavedra y es este el comienzo de la actual ciudad de Paraná. Hernandarias lleva sus exploraciones hacia San Pablo del Brasil y funda y puebla su estancia en donde hoy se encuentra el pueblo entrerriano de Hernandarias. Y en

estas salidas de los santafesinos hacia el Este, van dejando en los nombres de los ríos, de los montes y de los pueblos, el recuerdo de su acción civilizadora: el río Feliciano, los arroyos de Alcaraz y de Hernandarias, el monte y la laguna de Montiel...

Las vaquerías de la costa entrerriana fueron durante mucho tiempo el único recurso de los santafesinos y cuando Belgrano pide ayuda a Santa Fe para su expedición libertadora al Paraguay, salen tropas de carretas y hacienda de las estancias que sobre la banda de Entre Ríos tenía pobladas el gobernador santafesino Francisco Antonio Candioti.

Pero sobre la margen derecha del Paraná -la zona privilegiada donde se desarrollan los principales acontecimientos de nuestra historia, desde la fundación del primer Fuerte hasta la organización del país el 53- la conquista criolla aguas abajo hace un camino jalonado por dos grandes ciudades: Santa Fe y Rosario.

Santa Fe - Rosario

Santa Fe se fundó de acuerdo con un plan estratégico y económico.

Fue desde sus primeros días, un fortín y una posta. Fue la clave de la conquista del Río de la Plata y el descanso abrigado en el camino a Buenos Aires y al Perú desde Asunción.

Los santafesinos fueron soldados y trajinantes a la vez. Desde su ciudad salieron a combatir con los indios y aun con los portugueses del Brasil para afianzar la conquista española del Río de la Plata, pero "como mal puede llevarse el gobierno de las armas sin el buen gobierno de las tripas", se ocuparon también en otros menesteres más lucrativos y aprovechando la arribada a su puerto de los productos del Paraguay, medraron trajinando con ellos y

llevándolos a los cuatro vientos en sus tropas de carretas a través del desierto.

Los santafesinos no fueron comerciantes. Mal podían avenirse aquellos descendientes de los inquietos y turbulentos "mancebos de la tierra" que acompañaron en sus empresas a don Juan de Garay, con la vida sedentaria del pulpero y del tendero. En cambio, el trajín de las mercaderías desde su puerto hasta "tierra adentro" o hasta Buenos Aires, tenía el inquietante atractivo de una expedición y de una aventura.

El desierto, los indios, los animales salvajes, ponían a prueba su valor y su pericia. Las picadas, les dejaban el tatuaje bárbaro de sus espinas, y sobre la piel aburelada por el sol, la noche, maternal, les espolvoreaba el talco de sus estrellas.

Fueron hombres de intemperie que pasaron su vida desafiando el filo de los horizontes.

En los primeros años de Santa Fe, había carpinteros, talabarteros, herreros y sastres para cumplir con las necesidades más apremiantes de sus vecinos. En las actas del Cabildo encontramos las obras que hacían estos oficiales. Las zamarras, los jubones, las calzas y las saboyanas de los sastres, renovaban el atuendo de los santafesinos. Las espuelas de pico de gorrión, las llaves de arcabuces, los frenos con su tornillo y alacranes y las azuelas de los maestros herreros, permitían a estos primeros pobladores cuidar de sus armas y arreos y disponer de una herramienta para pulir y desbastar las maderas. los talabarteros les proveían de celadas con bávera estopada y de "cueros de armas" para su oficio de soldados y de botas y borceguíes y de "zapatos doblados"; y los carpinteros no sólo hacían puertas y ventanas, arcas, mesas, bancos y "camas de pilares", sino que también hacían yugos y arados con su

timón de laurel para sembrar trigo y algodón y maíz y frijoles.

Pero al aumentar las mercaderías del Paraguay en el puerto de Santa Fe, nació y se desarrolló una nueva industria: la construcción de carretas.

En 1779 había en Santa Fe y en el pago de Coronda alrededor de mil carretas "viandantes en el trajín del comercio", dice un alegato de los santafesinos, y el mismo documento dice que los correntinos, las fabricaban también y que luego las vendían en Santa Fe a cincuenta y a sesenta pesos cada una, y que traían además "copiosos números de boyadas" para vender a tres o a cuatro pesos cada buey.

Pero la situación geográfica de Buenos Aires, le permitió prescindir de Santa Fe en su comercio con Asunción. Entonces, el comercio del interior que no encontraba ya en el puerto de Santa Fe las mercaderías del Paraguay que necesitaba, acortó el camino en una tangente al oeste de la ciudad de Garay.

Mientras tanto en el Pago de los Arroyos, se iba formando un rancherío y después de la organización del país, Santa Fe, dentro del territorio de su misma provincia, tuvo que afrontar el mismo problema que afrontó durante la conquista con el engrandecimiento de Buenos Aires.

El Pago de los Arroyos se convirtió en el Rosario y se entabló una lucha desigual entre los dos pueblos. Santa Fe con su tradición política como capital del territorio de la provincia y Rosario como nuevo centro industrial y agrícola. Santa Fe, la ciudad de abolengo. Rosario, la ciudad de trabajo.

Rosario absorvió el tráfico como antes lo había hecho Buenos Aires, frente a Santa Fe.

Sin embargo, Rosario no se fundó de acuerdo con ningún plan estratégico ni económico.

Rosario no fue una "fundación", sino una "formación". Casi una formación geológica, como la de esas islas que suelen formarse en el Paraná, sobre los bancos de arena que un día aparecen en el agua como una tropilla de bayos que cruzara el río.

En las inmediaciones del Pago de los Arroyos -seis arroyos entre el Carcarañá y el Arroyo del Medio- eligió Caboto el sitio para fundar la primera población de cristianosSancti Spíritu- nueve años antes de que llegara al Río de la Plata la expedición de don Pedro de Mendoza; pero cuando los que desplobaron Buenos Aires pasaron "de arribada" hacia Asunción, solo se conservaba el recuerdo perdido entre la maleza y los cardales de lo que fueron Sancti Spíritu y Corpus Christi y Buena Esperanza. La tierra arisca se había encabritado como un bagual y había largado de su lomo en su corcobo trágico, al conquistador que le llegaba de Europa.

Dos siglos transcurrieron desde los tiempos de Caboto hasta que volvieron a poblarse estos pagos, fértiles y de clima agradable, sin que de ellos se hable si no para ponderar las haciendas cimarrones que corrían y se multiplicaban libremente en la comarca. Hasta que un día, por el año 1725 más o menos, fue llegando desde el lado de Santa Fe una indiada mansa y sometida, guiada por un viejo poblador de este Río de la Plata que se asentó entre ellos con su familia y que levantaron unos ranchos y una capilla de barro y paja. Y así, poco a poco, la Capilla del Rosario se fue convirtiendo y transformando en la ciudad que es la segunda de la República.

"Este lugar de "Nuestra Señora del Rosario de los Arroyos", que por ser ya un pueblo bastante crecido se avergüenza de que le llame Capilla...", escribe en 1801 Pedro Tuella desde el mismo Rosario.

Setenta años después de que se levantaron los primeros ranchos criollos en las regiones donde se habían desplomado los "fuertes" levantados por los conquistadores, las estan-

cias -lo dice el mismo Tuella-, se habían extendido en veinte leguas cuadradas; el núcleo principal de la población estaba formado por ochenta casas y ranchos; había un colegio de los misioneros; la población distribuída en las cuarenta leguas cuadradas llegaba a 5879 habitantes; y de las ochenta y cuatro estancias se sacaban anualmente como "diezmos" ochocientas mulas y más de tres mil cabezas de ganado vacuno; "sin hacer cuenta, dice Tuella, del ganado lanar, que es mucho el que hay en toda la jurisdicción; pero apenas tiene estimación, agrega, porque como a la lana no hemos sabido darle hasta ahora todo el valor de que es susceptible, no se puede contar el ganado lanar por riqueza".

Sin embargo Santa Fe más o menos en la misma época, después de luchar bravamente contra los indios durante doscientos años, ve venir su ruina irremediable. Sus caminos están desiertos y su pueblo, olvidado, dejó de ser la "posta" pero sigue siendo estoicamente el "fortín".

Larramendi, descendiente de conquistadores y vecino y procurador de Santa Fe, en 1795 nos da una visión de lo que era entonces la ciudad de Garay.

Se dirige al "Ilustre Cabildo Justicia y Regimiento", seis años antes de que Tuella nos dejara su "Relación Histórica del Pueblo y jurisdicción de Rosario de los Arroyos en el Gobierno de Santa Fe y Provincia de Buenos Aires".

A través de Larramendi vemos un pueblo en "agonía", que tanto quiere decir como en el trance de la angustia y congoja de la lucha.

A través de Tuella, vemos en cambio la "epifanía" de un pueblo que vale como su aparecer y manifestar, como su lucir y brillar.

Larramendi dice: "se ha introducido la desolación de los campos, la escasez de las cosechas, el abandono de las chacras y quintas que en otros tiempos se hallaban bien cultivadas y que en el día se miran enteramente arruinadas y abandonadas y esto en el solo recinto de la ciudad".

Tuella dice: "En las veinte leguas cuadradas que hasta el presente están pobladas de estancias en esta jurisdic-

ción..."

Larramendi se inquieta ante el destierro y el éxodo de sus vecinos: "desde la abolición del "puerto preciso" se han emigrado de ella para la Capital y para las demás Provincias y Ciudades vecinas más de sesenta familias y se hallan al presente otras tantas con el mismo proyecto..."

Tuella. optimista proyecta molinos ¡en 1801! para la molienda de los trigos rosarinos "que estando la tierra bien cultivada, dice, ha habido ejemplares que dan cincuenta por uno..."

Pero Santa Fe y Rosario, no tienen un origen distinto. Santa Fe, fue "fundada" y poblada por los criollos de Asunción y Rosario se "formó" luego con los indios mansos y con los criollos que bajaron de los pagos de Santa Fe.

En los tiempos en que se lamenta Larramendi desde Santa Fe y en los tiempos en que Tuella proclama y exalta el vigor de un nuevo pueblo desde el Pago de los Arroyos, es la misma clase de pobladores la que habita en Rosario y en Santa Fe: españoles y criollos, unos pocos indios mansos y algunos pardos y morenos. Todavía no ha llegado sangre de otros pueblos como después del 53.

Es que Santa Fe vivió de su puerto y del tráfico de los productos que hasta él llegaban.

Santa Fe vivió en las carretas y de las carretas y trilló con ellas todos los caminos del Río de la Plata. Por eso cuando el comercio del litoral siguió naturalmente su curso, salvando las barreras de Reales Cédulas que hacían de Santa Fe el "puerto preciso", comenzó el desmoronamiento de la ciudad que Garay fundó sobre un brazo del Paraná para asegurar la conquista del Río de la Plata. Y mientras Santa Fe, desconcertada por la pérdida de su tráfico "venía a menos", Rosario por ser pueblo bastante crecido, dice Tuella, se avergüenza de que se le llame Capilla...

Pero ahora Santa Fe tiene poblados todos sus campos. Los colonos rayaron con sus alambrados las páginas del desierto para escribir el himno nuevo del trabajo con los acordes de las espigas de trigo.

Santa Fe tiene ahora productos que salen de su propia tierra.

Ya no es la "posta" de los caminos viejos. Ya no vive del "tráfico" de las mercaderías de otros pagos.

Ya no es la vieja ciudad de tránsito. Ahora es la "nueva ciudad que transita".

Asi fue la conquista criolla aguas abajo. Sin "Héroe" porque la empezaron los criollos de Asunción y la siguieron tesoneramente y sin desmayos, los criollos de Santa Fe con sus carretas que comenzaron a andar cuando las últimas estrellas de la madrugada caían pestañando de sueño en el rescoldo, junto a la caldera del mate y que seguían su marcha hasta que el lucero vespertino empezaba a picanear el anca rosilla de la tarde y el fogón fumaba su primera pipa enn la dulce placidez del ocaso.

FUENTES

ALDAO CARLOS A.; "Errores de la Constitución Nacional"; Buenos Aires; 1928.

ALSEDO Y HERRERA DIONISIO; "Piraterías y agresiones de los Ingleses y pueblos de Europa en la América Española desde el siglo XVI al XVIII. Publícalas don Justo de Zaragoza. Imprenta de Manuel G. Hernández, Libertad 16. Duplicado; 1883.

ALVAREZ JUAN; "Ensayo sobre la Historia de Santa Fe"; Edic. 1910; Buenos Aires.

ALZOG JUAN; "Historia Universal de la Iglesia"; 4 Tomos; Librería Religiosa; Barcelona; 1855.

AMADOR MARIANO; "Filosofía Arábigo-española"; en la "Revista de España"; Madrid, 1882; Imprenta de "El Correo"; Tomo 86.

ARCHIVO GENERAL DE INDIAS; "Colección de copias y documentos del..." - Biblioteca Nacional de Buenos Aires.

ARCHIVO GENERAL DE LA NACION; "Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires".

CAPPA RICARDO P.; "Estudios críticos acerca de la dominación española en América"; 9 Tomos; Madrid, 1893.

CARRASCO EUDORO Y GABRIEL; "Anales de la ciudad de Rosario de Santa Fe"; Edic. 1897; Buenos Aires.

CARRASCO GABRIEL; "Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe; Edic. 1888; Buenos Aires.

CARRASCO GABRIEL; "Descripción Geográfica y Estadística de la Provincia de Santa Fe"; Edic. 1908; Santa Fe; 2 Tomos.

CERVERA MANUEL; "Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe"; Edic. 1908; Santa Fe, 2 Tomos.

CERVERA MANUEL; "Actas del Cabildo Colonial"; años 1575 a 1595; "Varios otros documentos históricos"; Edic. 1924; Santa Fe.

CERVERA MANUEL; "Ubicación de la Ciudad de Santa Fe fundada por Garay"; Edic. Santa Fe.
CHARLEVOIX FRANCISCO JAVIER DE P.; "Historia del Paraguay": 10 Tomos; Edic. Madrid, 1910.
COLON CRISTOBAL; "Primera epístola de Colón. Notas de don Genaro H. de Volafán"; Valencia; Imprenta de don José Mateu Garín, 1858.
COLON CRISTOBAL; "Diario de a bordo". Descripción del primer viaje realizado por Cristóbal Colón. Escrito por él mismo. Copia exacta del que existe copiado en los Archivos españoles. Da principio el 3 de Agosto de 1492 y termina el 4 de Enero de 1493. Buenos Aires; Imprenta La Nazioni Italiana; Reconquista 932; 1892.
DE IRIONDO URBANO; "Apuntes para la Historia de Santa Fe"; Edic. 1876; Santa Fe.
DE LA FUENTE VICENTE; "Historia Eclesiástica de España": 4 Tomos; Librería Religiosa; Barcelona, 1855.
DE LOS RIOS JOSE AMADOR; "Estudio sobre la educación de las clases privilegiadas en España durante la Edad Media"; En la "Revista de España"; Madrid, 1869; Tipografía de Gregorio Estrada; Tomo 11.
DE PINEDO RAMIRO, DOM.; "El simbolismo en la escultura medioeval española"; Espasa Calpe; Bilbao; Madrid; Barcelona; 1930.
DIANA MANUEL JUAN; "Capitanes Ilustres y Revista de libros militares"; Madrid, 1851; Imprenta de J. Antonio Ortigosa.
FERNANDEZ DE NAVARRETE MARTIN; "Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV"; Coordinada e ilustrada por don... de Orden de S.M., Madrid; En la imprenta Real; Año de 1825.
FERRER DEL RIO ANTONIO; "Examen histórico-crítico del reinado de don Pedro de Castilla"; Madrid C Monier, 1851.
GANDIA ENRIQUE DE; "Historia de la Conquista del Río de la Plata y del Paraguay 1535-1556"; Librería de A. García Santos; Buenos Aires, 1932.
GARAY BLAS; "Colección de documentos relativos a la Historia de América y particularmente de la Historia del Paraguay"; Asunción; Talleres Nacionales de H. Krauss, 1899.
GARCIA J.A.; "La Ciudad Indiana"; Edic. 1900, Buenos Aires.
GAYANCOS PASCUAL Y DE LA FUENTE VICENTE; "Cartas del Cardenal don Fray Francisco Jiménes de Cisneros"; Madrid, 1867; Imprenta del Colegio de Sordomudos y ciegos.
LEYES DE INDIAS; "Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias"; Mandadas imprimir y publicar por la Magestad Católica del Rey de don Carlos II Nuestro Señor; 4 tomos; Boix; Editor, Impresor y Librero; Calle de Carretas número 8, 1841.
GILSON ETIENN; "L'Esprit de la Philosophie Medioevale"; París; Librairie Philosophique; J. Vrin, 1932.

LA BIBLIOTECA; Revista mensual dirigida por Groussac.
LANDRY BERNARD; "L' Idée de Chrétienté chez les escolastiques du XIII siecle"; Librairie Felix Alcan; París, 1929.
LASSAGA RAMON J.; "Tradiciones y Recuerdos históricos"; Edic. 1895, Buenos Aires.
MENENDEZ Y PELAYO MARCELINO; "Antología de poetas líricos castellanos"; 13 tomos; Madrid, Librería de Perlado Paez y Cia. 1907.
MENENDEZ Y PELAYO MARCELINO; "Historia de las ideas estéticas en España", 9 tomos, Madrid, Imprenta de la viuda e hijos de M. Tello, 1909.
MENENDEZ Y PIDAL JIMENA; "Poema del Cid y otras Gestas Heroicas"; Madrid, 1923; Instituto-Escuela; Junta para ampliación de estudios.
MENENDEZ Y PIDAL RAMON; "Poemas del Mio Cid"; Madrid, Espasa-Calpe S.A.
MENENDEZ Y PIDAL RAMON; "Poesía juglaresca y juglares"; Madrid, 1824; Tipografía de la "Rev. de Archivos".
MITRE BARTOLOME; "Historia de San Martín"; 3 tomos; Buenos Aires, 1887.
MITRE BARTOLOME; "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina"; 3 tomos; Buenos Aires, 1887.
OVIEDO FERNANDEZ DE; "Historia General y Natural de Indias"; 4 tomos; Madrid, 1851.
PEREZ DE URBEL JUSTO; "El claustro de Silos"; Burgos, Imprenta Aldecoa, 1930.
PEREZ DE URBEL JUSTO; "Semblanzas benedictinas"; Madrid; Editorial Voluntad, 1928.
PRESCOTT W. M.; "Historia de la Conquista de México"; 2 Tomos; Braine le-Comte; Imprenta de Viuda Carlos Lelong.
"Relación del último viaje al Estrecho de Magallanes de la Fragata de S.M. Santa María de la Cabeza en los años 1785 y 1786. Extracto de todos los anteriores desde su descubrimiento, impresos y M.S.S. y Noticias de los habitantes, suelo, clima y producciones del estrecho. Trabajado de Orden del Rey. Madrid MDCCLXXXVIII. Por la Viuda de Ibarra, Hijo y Compañía.
SCHACK CONDE DE; "Historia de la Literatura y del Arte Dramático en España"; 5 tomos; Madrid; Imprenta y fundición de M.Tello, 1885.
SCHMIDEL ULRICH; "Viaje al Río de la Plata"; Edic., 1903; Buenos Aires.
TORRE REVELLO JOSE; "El Capitán Miguel de Rifos, compañero de Sebastián Caboto"; Buenos Aires, 1937.
VALERA MOSEM DIEGO DE; "Crónicas de los Reyes Católicos"; Madrid, 1927.
WORRINGER GUILLERMO; "La esencia del estilo gótico"; Revista de Occidente; Madrid, 1925.
ZAPATA FLORIANO; "La ciudad de Santa Fe. Sinopsis para la Obra del Censo Nacional"; Edic. 1899; Santa Fe.

LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA

1970

Las Islas

O río da prata - Las islas de la Edad Media - Los relatos de los mercaderes y misioneros medievales - Las maravillas del mundo - Las islas del Río de la Plata.

El 21 de mayo de 1534, el Emperador Carlos V celebraba la Capitulación por la cual, a un criado y gentilhombre de su casa, don Pedro de Mendoza, le encomendaba la conquista y población de 'las tierras y provinçias que hay en el Río de Solís que llaman de la Plata donde estuvo Sebastián Caboto y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar a la Mar del Sur'.

El Río de la Plata era todavía una tierra incógnita. Desde España solo habían llegado Diego García y Sebastián Caboto, después de Solís muerto a mano de los indios a sus puertas para dejarle su nombre en un cruento y efímero bautismo. Las noticias más frecuentes y siempre inquietantes, venían por el lado de Portugal, codicioso de extender sus dominios hacia esas tierras que habían adquirido la atracción irresistible de la leyenda y el misterio: 'o río da prata'.

En las factorías del Brasil se hablaba de la existencia del país de oro y de la plata, más allá de los montes impenetrables y los ríos caudalosos y de 'generaciones disformes de nuestra naturaleza', donde señoreaba un rey blanco, fastuoso y magnífico como esos príncipes legendarios de que hablaban los antiguos relatos de misioneros, mercaderes y aventureros árabes y cristianos que antes del viaje de Colón se habían arriesgado por los largos caminos del Oriente rumbo a Trapobana y a las tierras donde el ave Fénix renacía en las llamas de una hoguera de cinamomo que aparejaba en los altares de la ciudad del Sol.

"La Topografía Cristiana" que en el siglo VI escribiera un mercader de Alejandría que movido por la codicia de

su comercio navegara por los mares de la India, trajinara por Etiopía bajo un sol ardiente e implacable y arribara hasta la isla de Ceylán, la antigua Trapobana; y los relatos que en el siglo XII reuniera un árabe andariego bajo el título de "El deseoso de peregrinar la tierra"; como las páginas de Solinos, las de Juan de Mandevil, cuyo libro relata las deslumbrantes maravillas del mundo que obsesionaran a Colón durante sus viajes con sus descripciones de los mares remotos donde nacían las perlas o las tierras de las esmeraldas, de los perfumes y la nuez mocada y la pimienta; la remotísima tierra de Seryca, de donde venían la seda y los más ricos tapices; países gobernados por reyes poderosos como aquel que conquistara una ciudad ceñida por un río caudaloso haciendo beber de su agua hasta agotarla a su caballería y la tropa de dos mil elefantes de su ejército; y las islas legendarias, llenas de encanto y de misterio donde vivían príncipes y señores magníficos, que deslumbraron a toda la Edad Media, parecería estar presente todavía en la Capitulación que Carlos V extiende en favor de don Pedro de Mendoza, al hablar de la conquista de las islas y del rescate de sus príncipes y señores caídos en la guerra.

Así manda el Emperador a su Adelantado, trabajar en descubrir todas las islas dentro de la jurisdicción de la provincia que le concede en el Río de la Plata, dándole licencia y facultad para conquistarlas y poblarlas y aun cobrar y repartir los tesoros de oro y plata y piedras preciosas y las perlas que lograra por vía de rescate o de otra cualquier manera de los príncipes y señores de ellas(1). Y en las "Instrucciones" que posteriormente impartiera a Rodrigo de Villalobos y al Contador Juan de Cáceres y luego a Gonzalo de Alvarado, el mismo Emperador les recomienda mucho cuidado y vigilancia sobre lo que se hace en esta provincia y en sus islas y en lo que atañe y concierne al rescate de sus príncipes y señores(2).

Con todo, ya habían llegado a España, noticias sobre las islas de la provincia del Río de la Plata cuya conquista, población y sometimiento de sus señores se había enco-

mendado a don Pedro de Mendoza. Pedro Martir de Anglería, escribe que de aquel río donde Juan Díaz de Solís encontrara la muerte, "se cuentan maravillas", y Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, el Primer Cronista de Indias, afirma "que su pintura y asiento es una de las cosas más notables del mundo". Pero tanto Oviedo como Pedro Martir escriben de oídas. Quienes vieron y reconocieron sus islas, Diego García, Caboto; el Cosmógrafo de Indias, Alonso de Santa Cruz; Luis Ramírez, y aquel marino portugués que había explorado las islas del Delta en su fugaz y clandestina expedición, convenían en exaltar y ponderar la hermosura de uno de los lugares más buenos y apacibles del mundo que nadie quisiera abandonar jamás, aunque solo habían visto allí, en esas innumerables islas pobladas de árboles frondosos, tigres y papagayos, y pájaros de las más variadas especies, y los señores de ellas, desnudos como Adán, y sus guerreros fieramente pintados y tatuados y tocados, en vez del yelmo, con cabezas de tigres.

La partición del mundo

Tordesillas: las capitulaciones - Trámites diplomáticos - Instalación de los portugueses en el Brasil.

Sin embargo los portugueses seguían con los ojos puestos en el Río de la Plata. El 17 de junio de 1494, en Tordesillas, donde se había establecido la Corte, se confirmaban las Capitulaciones celebradas entre los Reyes Católicos y el Rey de Portugal. Fue un acto solemne. Por Castilla concurrían el Mayordomo Mayor y el Contador Mayor de Sus Altezas, don Enrique Enríquez y don Gutierre de Cárdenas Comendador Mayor de León y el Dr. Rodrigo Maldonado integrantes, todos, del Consejo Real, con poder suficiente otorgado por los Reyes Católicos el 5 de ese

mismo mes.

Por el Rey de Portugal comparecían Ruy de Sousa, señor de Sagres, acompañado de su hijo Don Juan de Sousa, Almotacen Mayor de Su Alteza, y el Licenciado Arias de Almada, Corregidor "de los fechos civiles en nuestra corte", decía el Rey en el Poder que les otorgaba el 8 de marzo de ese año, acompañados por Esteban Vaaz como Secretario. Las Capitulaciones se referían a "la partición del océano" por medio de la línea divisoria que se trazaría de norte a sur desde las islas de Cabo Verde y a cuyo fin enviarían entre los dos reinos, tres o cuatro carabelas con "marineros, astrólogos y pilotos" que se juntarían dentro de diez meses en la Gran Canaria, para ir todos juntos a las Islas, los portugueses en naves castellanas y los castellanos en naves portuguesas. Posteriormente por Real Cédula de Madrid a 7 de mayo de 1495, se amplió el plazo estipulado de los diez meses a fin de que, previamente, pilotos y asrtrólogos de las dos partes acordaran la forma y manera de trazar la línea de partición, que a la postre no se trazó nunca(3).

Pero en medio de los trámites diplomáticos y de las dilaciones y prórrogas consiguientes, los portugueses ya se habían instalado en la costa del Brasil. Durante el reinado de Don Manuel I, "o venturoso", que abarcó el largo período de veintiseis años, desde 1495 a 1521, una expedición había recorrido aproximadamente dos mil quinientas millas en la costa del Atlántico dando nombre a los lugares que exploraron desde el Río Grande por el norte hasta Bahía. Posteriormente el Rey arrendó esas tierras por un trienio y al vencimiento de este contrato envió una flota de seis embarcaciones que después de arribar a la isla Fernando de Noronha volvió a recorrer el litoral atlántico(4).

Las aplicaciones industriales del palo brasil, del que en 1503 se embarcaron por primera vez veinte quintales, le convirtieron en el principal cargamento de los barcos que llegaban hasta las primeras factorías, instaladas en construcciones precarias, que comerciaban además con el

producto de la caza, y especialmente con papagayos que se vendían a muy buenos precios en los puertos de Europa.

El Río de la Plata

Solís - Cristóbal Jaques - Brasil extiende su dominios.

En 1504, al año siguiente de descubrir Balboa la "Mar del Sur" desde lo alto de las montañas de Panamá, Juan Díez de Solís se comprometía con el Rey de España a encontrar un paso que comunicara los dos océanos y le llevara "a espaldas de la tierra". Mientras tanto los portugueses, silenciosamente, seguían sus exploraciones por la costa del Brasil, con rumbo hacia el sur, lo que según algunos historiadores portugueses y brasileños les permitió llegar al Río de la Plata antes que los españoles(5).

Don Juan III que había ascendido al trono de Portugal en 1521, envió cuatro años después la expedición de Cristóbal Jaques, uno de los marinos más expertos de su época, que había formado como capitán en otra expedición que en 1503 mandó el Rey Don Manuel(6).

Portugal continuaba así sigilosamente extendiendo sus dominios, guardando la misma reserva y cautela que le había permitido mantener en secreto los métodos de navegación que llevaron sus barcos por mares hasta entonces desconocidos, desde los tiempos en que cosmógrafos y pilotos platicaban, entre astrolabios y cartas de marear, con el Príncipe Enrique el Navegante, en la soledad ascetica y casi monacal del lejano castillo de Sagres.

"No hay mejor prueba", dice Jaime Cortesao, "del metódico secreto con que en Portugal se escondió la ciencia náutica durante el último cuarto del siglo XV, que la ignorancia de Colón sobre los nuevos métodos de navegar"(7).

En 1518, el Emperador Carlos V recibía una carta desde la Española, fechada en Santo Domingo el 22 de enero,

sobre las expediciones que extendían los dominios de Portugal más allá de la famosa línea divisoria. El autor de esta larga carta era el Licenciado Alonso Zuazo, que según lo dice el mismo documento, había estudiado leyes y cánones durante veinte años en la Universidad de Salamanca además de dedicarse durante este tiempo a estudiar para comprender lo que llamaba "la composición e imagen del mundo como está formado, a que llaman cosmografía, e las provincias, gentes e costumbres que hay grandísima diversidad e admiración, que llaman Geografía". Junto con la carta, le enviaba al Emperador, halcones, neblies y papagayos y unos pavos de la tierra "que tienen la voz como ladridos de perro que le han herido en la cabeza". Y después de referirse a la línea divisoria con que el Papa Alejandro "dividió el mundo como una naranja" y que ya tenía trazas de no hacerse nunca, le advertía que los portugueses estaban ocupando la tierra del Brasil, con lo cual, dice "hallo ser V.M. muy agraviado"(8).

Magallanes

Intrigas diplomáticas

En esa misma fecha, Magallanes, piloto portugués al servicio de España, preparaba su famosa expedición en Sevilla adonde llegó a verle un caballero portugués enviado por su Rey, a instarle a que volviera a su patria. En estas circunstancias se produjo el conocido incidente provocado por las insignias y banderas que levantara en sus barcos, lo que hizo creer "por maldad", dice Magallanes, que levantaba banderas portuguesas en vez de las de Castilla, por lo cual escribe al Rey desde Sevilla el 24 de octubre, pidiéndole protección y expresándole a la vez que los agravios que había recibido por este motivo, fueron dirigidos no a él personalmente sino como "a Capitán de

V.A.", dice, que con Ruy Falero "dejan su reino y naturaleza por le venir a servir en cosas tan señaldas", como lo cumplirán sin escuchar "las promesas" que de Portugal le habían ofrecido en nombre de su Rey(9).

En unos autos seguidos por el Fiscal del Consejo de Indias contra el Factor de la Casa de Contratación de Sevilla Juan de Aranda por una escritura que Ruy Falero y Magallanes le habían otorgado en Valladolid el 3 de febrero de 1518, reconociéndole la octava parte del provecho que tuvieran en la expedición, Magallanes declara que salió de Portugal, "despedido del Rei" y que llegó a Sevilla el 20 de octubre de 1517, "con ánimo de hacer saber a S.M. un negocio que mucho importava a su corona"(10).

Entre tanto, desde Zaragoza, Alvaro da Costa escribía al Rey de Portugal comunicándole que había hecho presente al Rey de España, con motivo de la expedición que organizaba Magallanes, cuan feo era "receber hum Rei os vasalos de outro Rei seu amigo, a sua vontade; que era cousa que entre cavalleiros se nam acostumava". Además le recordó que a su criterio, no era el momento más indicado para disgustar al Rey de Portugal sobre todo en cosa de tan poca importancia y tan incierta, teniendo en cuenta especialmente que por los vínculos matrimoniales, se iba a estrechar aun más la amistad entre las dos coronas. El Emperador, que pareció asombrado de lo que oía, con muy buenas palabras le aseguró que no abrigaba el propósito de disgustar al Rey de Portugal y recomendó al embajador que entrevistara al Cardenal Cisneros "que a mellor cousa q quaha" y le pusiera en antecedente de todo lo relacionado con este asunto. Pero al final los miembros del Consejo opinaron que mal podía agraviarse el Rey de Portugal, pues no solo la proyectada expedición se haría dentro de la jurisdicción del Rey de España, aunque con vasallos portugueses, "hombres de poca sustancia", sino que debía considerar por su parte, que él mismo se servía de vasallos españoles en sus expediciones, alegando distintos pretextos. Entre tanto, el embajador portugués acon-

sejaba a su rey que rescatara a Magallanes para agraviar a los españoles: "Mi parecer es que V.A. recoja a Magallanes que sería gran bofetada para estos"(11).

Lope de Sousa

Martín Affonso y Pero Lope de Sousa - Reacción de España -Contestación de Portugal.

En 1530, desde Lisboa zarpó con rumbo al Brasil la expedición de Martín Affonso de Sousa acompañado de su hermano Pero Lope de Sousa como cronista. Llegados al Brasil, Pero Lope se adelantó en una expedición clandestina hacia el Río de la Plata. Subió por el Paraná, recorrió el actual litoral santafesino en su parte más meridional y reunió en su "Diario" alguna descripción de esta tierra que por su clima, sus aguas, su fauna y su flora, dejaba "pasmados" a los hombres que le acompañaban, aun a los que habían estado ya en las fabulosas regiones del Oriente(12).

La expedición de Lope de Sousa provocó la reacción de España, y resolvió formular una reclamación por medio del Embajador D. Lope Hurtado de Mendoza, en nombre de la Emperatriz, de acuerdo con los siguientes puntos:

a) El indiscutible derecho de España sobre el Río de la Plata, descubierto por Juan Díaz de Solís, Capitan del Rey Católico, hacia donde, como cosa poseída por Castilla, habían ido Diego García y Sebastián Caboto, con sus armadas respectivas.
b) La circunstancia de que Diego García y Sebastián Caboto, con toda su gente, estuvieron en el Río de la Plata durante tres años, y navegaron los ríos de la Plata, Paraná y Paraguay y recorrieron la tierra, poseyéndola por S.M. y además "hicieron una fortaleza y se vinieron por falta de gente y vituallas, con

intento de que S.M. enviara nueva armada".

c) Y por último que S.M. sabía que Martín Affonso de Sousa, con cierta armada iba a la costa del Brasil para entrar al Río de la Plata, poseído pacíficamente durante tantos años por España.

En virtud de estos hechos, se requeriría al Rey de Portugal que no enviara armada alguna a dichos ríos ni a sus tierras y que si algunos súbditos portugueses hubieran entrada a ella, "se salgan i dejen para S.M. lo q. allí hubieren auido por rescate o en otro forma".

El Rey de Portugal contestó por medio de una carta afirmando que cuando envió la expedición de Sousa al Brasil, fue con instrucciones expresas de no tocar tierras del Emperador, "su amado hermano", dice, como podría confirmarlo el embajador español a quien había mostrado esas instrucciones(13).

La contestación epistolar del Rey de Portugal se produjo a raíz de que el requerimiento no se hizo finalmente, pues la Emperatriz había logrado que el Consejo en vez de hacer un requerimiento formal por vía diplomática, resolviera que el embajador D. Lope Hurtado de Mendoza, lo hiciera personalmente y en términos más suaves y comedidos. En una carta fechada en Medina del Campo el 18 de noviembre de 1531, Vasconcelos, el embajador portugués, se manifiesta muy contento de la Emperatriz, "que sin duda, como buena paisana", dice, "le hacía favor; y mostró desagrado de los Consejo de Yndias y Estado"(14).

La Primera Capitulación

Carácter jurídico de las capitulaciones - Capitulación de don Pedro de Mendoza - Intento de trasplantar al Río de la Plata un régimen institucional, económico y social de la Edad Media - La capitulación y el mandamiento.

En medio de este teje maneje y de esta trapacería diplomática, España nombra primer Adelantado del Río de la Plata a Don Pedro de Mendoza quien, en mérito de las capitulaciones respectivas, se compromete a "calzar la tierra" y fundar en ella tres castillos de piedra con lo cual el Rey le otorgaría el título de Conde del Río de la Plata.

Las capitulaciones, un contrato celebrado entre el Rey y quien tomaba a su cargo la conquista y población de un territorio, "por la función política, económica y social que llenaron", según un tratadista español al referirse a las capitulaciones de nuevo descubrimiento y población, dice que son "ejemplos vivos de contratos que rebasaron la esfera estricta del derecho privado sin que puedan ser encuadradas dentro de las figuras jurídicas contractuales reconocidas por las fuentes legales del derecho"(15).

El primer instrumento jurídico que aparece en España antes del descubrimiento de América se refiere a la conquista y colonización de las Canarias(16).

Según la capitulación respectiva, se autorizaba a Don Pedro de Mendoza:

a) Conquistar y poblar las tierras y provincias que hay en el Río de Solís que llaman de la plata donde estuvo Sebastián Caboto y por allí calar y pasar la tierra hasta llegar a la mar del Sur.
b) Llevar a su costa y misión mil hombres con el mantenimiento necesario para un año; cien caballos y yeguas, y las armas y artillería necesaria; y
c) Descubrir todas las islas que hubiere dentro de su jurisdicción, desde el Río de la Plata a la Mar del Sur en una extensión de doscientas leguas de largo, "desde donde se acaba" la gobernación encomendada al Mariscal don Diego de Almagro hacia el estrecho de Magallanes.

Los gastos que se ocasionaren con motivo de esta expedición serían por cuenta exclusiva del Adelantado, "sin que en ningún tiempo", agrega el Emperador, "seamos obligados a vos pagar ni satisfacer los gastos que en ello hicie-

redes".

En cambio:

a) Por honrar a su persona le promete hacerlo gobernador y capitán General del Río de la Plata por todos los años de su vida con un salario de dos mil ducados de oro por año más otro tanto de "ayuda de costa", que se le pagarían de las "rentas y provechos" de la misma gobernación.
b) Se le otorgaría el título de Adelantado y Alguacil Mayor a perpetuidad.
c) Se le daría el título de Conde después de que levantara tres fortalezas de piedra, con un salario de cien mil maravedís más otro cincuenta mil de "ayuda de costas" anualmente por cada fortaleza que construyera a su costa, "sin que nos", dice la capitulación, "ni los reyes que después de nos vinieren seamos obligados a vos pagar lo que así gastarades en las dichas fortalezas".
d) En caso de muerte, y solo después de haber permanecido durante tres años en el Río de la Plata, podrán terminar la conquista y población de esas tierras, su heredero o la persona que él designara a este fin con las mismas prerrogativas acordadas en esta capitulación.
e) Se le exime del almofarifazgo de todo lo que llevare para provisión y alhajamiento de su casa, durante su vida; pero esta concesión quedaría nula si vendiere o rescatare por ello.
f) Se le autoriza a introducir hasta doscientos esclavos, hombres y mujeres por mitad, libres de todo derecho; que si fueren vendidos o pasados a otras provincias y gobernaciones, se tendrían por perdidos y aplicado su valor a la Cámara Real y al fisco.
g) En cuanto al establecimiento de su feudo, se le permite hacerle merced de la tierra y de diez mil vasallos, cuando el Emperador tuviere noticias más concretas sobre la región que se va a conquistar,

siempre que no se la sitúe en puerto de mar o cabeza de provincia.

Con respecto a los hombres que se enrolan en la armada, se les exime del almofarifazgo durante seis años; se le acuerda cierta participación en los rescates y en el oro y plata que se extraiga de las minas; y se autoriza al Adelantado, a otorgarles solares para que edifiquen sus casas, más "las tierras y cavallerías y aguas convenientes a su personas".

Al título de Adelantado -los "maiorini" de la Alta Edad Media- se le agregaría a don Pedro de Mendoza, el de Conde, título que en el siglo XI aparece como superior al de Adelantado con funciones de caudillo del ejército y de juez(17), además de las funciones de alcaide o "dux" de los tres alcázares o fortalezas de piedra que se obligaba a levantar en el Río de la Plata.

Los Condes, en cuanto ejercían el gobierno de un territorio, aparecen en España según Henrique Florez, desde la reconquista en las tierras recuperadas de los moros, "porque en quanto adquirían los Reyes Christianos", dice, "necesitaban poner Gefes que gobernasen y defendiesen las plazas capitales, y estos eran los Condes"(18).

El primer Adelantado se constituiría así en un señor feudal, con vasallos y alcázares, y ejerciendo simultáneamente funciones militares y judiciales. Sus naturales vasallos quedaban pues sujetos a sus pendones y a defenderle en las guerras de conquista o defensa que emprendiera. En virtud de la primera capitulación sobre la conquista del Río de la Plata, el Emperador se propone trasplantar un régimen institucional, económico y social de la Edad Media.

El Adelantado por su parte, a fin de extender la conquista en el territorio que caía dentro de su jurisdicción, encomendaba a terceros, la conquista y población de ciertas regiones por medio de un "mandamiento", que como su nombre lo indica, no era un convenio o contrato como la "capitulación", sino una orden o mandato para realizar como "apoderado" del Adelantado o Gobernador

y siempre en nombre del Rey, una parte de las conquistas establecidas en la "capitulación".

La expedición de don Pedro

El pleito homenaje al Primer Adelantado - Fracaso de la expedición - La desventura de don Pedro de Mendoza.

El 27 de julio de 1535, mientras la expedición del Primer Adelantado, prevenida ya para cortar amarras en aguas del Guadalquivir, realizaba sus últimos aprontes, don Pedro de Mendoza recibía el pleito homenaje de los que ocupaban los principales cargos en la armada en presencia de los oficiales de la Casa de Contratación de las Indias. Se habían enrolado para esta conquista, muchos caballeros y gente principal, personas aptas para ocupar cargos de mucha responsabilidad tanto en la guerra como en el gobierno de las tierras e islas que van a conquistar. Estaban allí con sus banderas y grímpolas, Pero Hernández de Ludueña, madrileño, que revista como Maestre de Capitán de la gente de a caballo; Juan Osorio, andaluz, Maestre de Campo de la infantería; Alonso de Cabrera, su Alférez General; Juan de Leiva, malagueño, alférez de la gente de a caballo; Galaz de Medrano, Capitán de la guardia; Gaspar López, vecino de Alba de Tormes, Sargento Mayor y Gonzalo de Cuadros, sevillano, Capitán de la mar. Todos ellos, como caballeros hijosdalgos, a modo y fuero de España, y uno por uno, prometieron usar bien y fielmente de sus oficios y cargos y obedecer al Adelantado como su Capitán y Gobernador en nombre de Su Majestad, "sin cautela ni alboroto ni zizaña ni otra cosa fea ni mal hecha contra él en su ausencia ni en su presencia" y prometieron además, hacer "todo aquello que caballeros e hijosdalgos debieren hacer"; y luego Don Pedro les recibió juramento en la forma debida y de acuerdo a derecho, "sobre la señal

de la Santa Cruz en la cual corporalmente tocaron sus manos derechas", mientras cada uno de ellos ponía su mano entre las manos del Adelantado, por tres veces seguidas "a fuero y costumbre de España" como lo haceny deben hacer "los caballeros hombres hijosdalgos"(19).

Catorce naves formaban la armada con dos mil seiscientos cincuenta tudescos, según Schmidl. Fue sin duda la expedición más importante que emprendió la ruta de las Indias de Occidente, no solo por su número sino también por la calidad de la gente que ocupaba los puestos de mayor responsabilidad. Sin embargo, una serie de circunstancias adversas bien conocidas -las enfermedades, las intrigas, el hambre, la permanente hostilidad de las tribus indígenas y los achaques y dolencias del Adelantado- provocaron el desastre y abandono de la empresa. Después de la fundación de Buenos Aires en 1536, a la margen derecha del Río de la Plata, Don Pedro de Mendoza, decepcionado y doliente emprende el regreso a España dejando un puñado de sus hombres encomendados a Juan de Ayolas, su lugarteniente en estas latitudes.

El 21 de abril de 1537 dejó en Buenos Aires, entre los papelesde su escritorio que se inventariaron a su partida, un memorial que contenía las instrucciones que debía cumplir Ayolas o en ausencia de éste, el capitán Salazar, y que incluye un angustioso y desgarrador pedido: enviarle con el Capitán Francisco Ruiz que queda en el Río de la Plata para llevar nuevas a España de lo que aquí se hiciere, "alguna perla o joya sy ovieredes avido para mi que saveis que no tengo que comer"(20).

Por el correo de Lisboa había llegado a los Oficiales Reales de la Casa de la Contratación de Sevilla, la noticia que a su vez comunican a la Emperatriz el 13 de agosto de 1537, sobre la "desuentura que a Don Pedro de mendoça y a toda su gente en aquella conquista le a subçedido(21).

Mientras tanto, se había levantado y despoblado Buenos Aires y fundado en Paraguay, por los mismos hombres que sobrevivían en el Río de la Plata de la expedición de Don Pedro de Mendoza, la ciudad de Asunción.

Las hambrunas

El hambre según Luis Ramírez El pescado del Paraná - El hambre en la primera Buenos Aires.

Una de las notas más dramáticas del descubrimiento y conquista del Río de la Plata, fue el hambre.

Los primeros en sufrirla en toda su intensidad fueron los hombres de la expedición que un día del mes de abril de 1526, zarpara de la barra de San Lucar de Barrameda con el propósito de iniciar el comercio con el Oriente legendario, en el que habían puesto sus miras la codicia de banqueros y mercaderes, por la vía que en los confines de las Indias de Occidente, había descubierto el portugués Hernando de Magallanes al servicio de España.

Iba Sebastián Caboto como capitán de la armada, a establecer una ruta comercial con las Especierías y a descubrir las bíblicas islas de Tarsis y de Ofir. Sin embargo, a pesar de las advertencias y amonestaciones que hicieran a Caboto capitanes y oficiales reales, la expedición torció el rumbo y después de tocar la cota del Brasil se internó en el río descubierto por Solís, que comenzaba a llamarse Río de la Plata.

Fue en este río remontado entre pamperos y gurupadas, donde comenzaron las angustias y tribulaciones provocadas por la falta de alimentos. Luis Ramírez, uno de los tripulantes de la expedición, dice que pasaron "infinitos trabajos de hambre". Agotadas las provisiones reabastecidas en las factorías portuguesas del Brasil, el desconocimiento de la tierra y la falta de experiencia en los medios más aptos para lograrlas por si mismos, les puso en el trance de buscarlas entre los indios por el trueque amistoso o la violencia. Así fue como en aquella tierra despoblada y rasa del río de Solís, comieron las "hierbas del

campo" y luego, a lo largo del Paraná, bajaron a las islas despavoridos como lobos hambrientos, en busca hasta de culebras y víboras que devoraban con tanto gusto que se les ocurría pensar que ni en la mesa del Rey se comiera con tanto regalo.

"Con esta tan fiera pasión", dice el mismo Luis Ramírez, llegamos hasta el Paraguay sin encontrar a lo largo del río, indios que les socorrieran y avanzando a veces solo media legua durante días enteros por falta de viento que ayudara a remontar la corriente.

Pocos años después de Caboto, en 1531, entra al Río de la Plata el portugués Pero Lope de Souza. Viene desde la capitanía de su hermano Martín Alonso de Souza en el Brasil, y por las bocas del Paraná, llega hasta el estero de los Querandí. Su Diario de Navegación exalta las bondades y la hermosura de la tierra. "A terra", dice, "he mais fermosa e aprasivel que eu ja mais cuidei de ver: nam havia homen que se fartasse d' olhar os campos e a fermosura dellos". Y cuando llega al estero de los Querandí y contempla la llanura inmensa cubierta de un pasto verde hasta la altura de un hombre, por donde corren venados y avestruces y se alzan con su vuelo pesado las perdices, afirma que es la tierra más hermosa del mundo: "he a mais fermosa terra e mais aprasivel que pode ser"; y tanto, que aunque venían con él hombres que habían estado hasta en la India, contemplando la hermosura de esta tierra, con sus islas arboladas, la pureza de su aire y la bondad de su agua, no hubieran querido abandonarla jamás. "Eu trazía conmigo", escribe, "alemaes e italianos e homes que foram a India, e franzeses, todos eram espantados da fermosura desta terra, e andavamos todos pasmados que nos nam lembrava tornar".

Sin embargo, aunque ellos también agotaron sus bastimentos, se dieron trazas para lograrlos, "com e mantimento que na terra havia" y sobre todo con el pescado, "o mais fermoso e saboroso que nunca vi", afirma Lope de Souza.

Parecería que la expedición portuguesa no hubiera "recibido mucha fatiga en buscar comida" como dice Luis

Ramírez, pues se regalaron con huevos de avestruz y comieron pescado hasta saciarse. Pero es precisamente el arte de pescar de los indios lo que más llama la atención a los hombres de Caboto. Estos, también, como los portugueses, alaban y ponderan la hermosura de la tierra y la bondad del aire y del agua y la abundancia y la excelencia del pescado que logran los indios por tal procedimiento, dice Luis Ramírez, "que es cosa no creedera", pues cuando el río crece y el pescado se mete en los bañados, donde la vegetación higrófila impide el manejo de la red, emplean sus flechas: "matanlo a la flecha", agrega, "y esto en arta cantidad".

"El pescado desta tierra", continúa Ramírez, es "mucho y muy bueno, es tal y tan sano que nunca los hombres vieron; que venían todos o los mas, enfermos y hinchados de diversas maneras de enfermedades, con tener dieta con pescado y agua hasta artar, en menos de dos meses que alla llegamos estabamos todos tan buenos y tan frescos como cuando salimos de España y mientras en esta tierra habemos estado no ha adolecido ninguno de nosotros".

Fue, con todo, el cambio fundamental en la dieta acostumbrada lo que más sintieron los exploradores y primeros conquistadores del Río de la Plata. Les falta harina para hacer el pan; el vino usado hasta como remedio; los garbanzos, el queso y la carne de cerdo. Luis Ramírez pide a España que se le mande harina, queso, tocino y vino y todo bien acondicionado en muy buenas cajas y en buenas vasijas; pero su necesidad es tanta, agrega, que no sabe como decirla y ponderarla.

Pero fueron sin duda, los hombres que trajo a estas tierras don Pedro de Mendoza los que más sintieron los dolores y la verdadera tragedia del hambre cuando los indios cercaron y atacaron e incendiaron los primeros ranchos de paja levantados alrededor de la casa del Adelantado, mal defendidos por un muro de tierra que se desmoronaba cada día.

Aquello fue como el hambre de Jerusalén, dicen las crónicas; doña Isabel de Guevara, una de las pocas mujeres

que vinieron con el Adelantado, lo narra en su famosa carta; y Villalta y Schmidl, el cronista de la expedición, coinciden con ella.

"La gente", dice Schmidl, "no tenía que comer y se moría de hambre y padecía gran escasez".

En los primeros días los Querandí les llevan pescado y carne: "nos han traído", dice, "su escasez en pescado y carne", y como un día faltaran en esta espontánea proveeduría, don Pedro de Mendoza envió al Alcalde Pavón y dos perros a sus toldos, y como se portaran soberbios y altaneros en su reclamo, "fueron bien apaleados el alcalde y los dos perros" y luego les dejaron volver al real donde metieron tanto alboroto por la afrenta recibida que el Adelantado envió a su hermano Diego a castigarla; y cuando los indios huyeron y abandonaron en sus toldos gran cantidad de pescado y charque con las redes de pescar, que usaron los españoles, dice Schimdl, "a fin de mantener la gente" pues ya no se daba más de seis medias onzas de harina diarias, y pescado solo cada tres días. Dos meses duró la pesca en el lugar que abandonaron los Querandí, pero mientras tanto el que quería agregar pescado a su dieta, debía, en su busca, hacer cuatro leguas de camino.

Fue entonces cuando recurrieron a la carne de caballo, a las víboras y los ratones y a cualquier sabandija que encontraran, y aun algunos, en una horrenda y alucinante antropofagia, a la carne humana a expensas de aquellos tres españoles colgados de la horca por robar un caballo y comerlo a escondidas. Pero Schmidl agrega, como si esto no bastara, que fue tal la pena y el desastre del hambre, que se comieron el cuero de los zapatos.

Quizás no hubo en aquella trágica y famélica Buenos Aires, quien pudiera devorar su propio calzado, aunque el cronista bávaro pudo haber sorprendido a algún soldado asando sus botas, que el cuero asado y majado hasta convertirlo en polvo se extendía sobre las magulladuras, ampollas y vejigones producidos por el calzado en las largas caminatas.

El doctor Laguna, famoso médico del Papa Julio III, en

su traducción anotada del "Pedacio Dioscorides Anazarbeo acerca de la Materia Médica Medicinal y los Venenos Mortíferos", que en 1555 se edita en Amberes en casa de Juan Lacio, prescribe las suelas de los zapatos viejos quemadas y molidas para aliviar y curar quemaduras, escozores, irritaciones y otras molestias dolorosas causadas por el calzado en los pies.

Y lo que para el soldado español que asaba su calzado, iba a ser un alivio para sus pies estragados convertido en apósito, para Schmidl fue un desesperado recurso para matar el hambre.

Pero los hombres que soportaron las hambrunas de Buenos Aires, que abandonados por el Adelantado fundaron Asunción en el Paraguay, bien pronto organizaron su dieta con los productos de la tierra.

Así descubrieron que la batata sabía a manzanas y la mandioca a castañas; sustituyen la harina de trigo con la del maíz; se dieron trazas para proveerse por si mismos de la rica fauna ictícola del Paraná y del Paraguay y se regalaron con asados de pecarí o de carpincho; con las perdices y las charatas que llaman pavas del monte, y aun, dice el mismo Schmidl, después del hambre de Buenos Aires, hallaron "gallinas y ganzos en divina abundancia".

Las hambrunas habían quedado atrás como una pesadilla.

Los Portugueses

Aspiraciones de Portugal sobre el Río de la Plata - Las capitanías de la costa del Brasil - Los avances de Portugal -El problema de la demarcación - Requerimiento de España -Correspondencia diplomática - Actuación de la Emperatriz - Otras expediciones portuguesas: Lourero, Melo.

Pero Portugal no abandonó sus aspiraciones sobre el Río de la Plata. Mientras Don Pedro de Mendoza, a pesar de

sus dolencias, daba las últimas instrucciones para alistar su armada, el embajador del Emperador Carlos V en Lisboa, escribía a S.M. el 11 de julio de 1535, informándole de ciertas expediciones que se armaban en Portugal aparentemente con el propósito de ir a poblar en el Río de la Plata.

Refiriéndose a las Capitanías de la costa del Brasil, advertía que hacia allá había ido "mucha gente que llevaron m[ucho]s aparejos para sustentarse". Y luego agregaba: "Agora el Tesor[er]o Hernando Alvares i Juan de Barrios i según dicen, el Conde de Costanera hacen una armada dicen q[ue] a su costa en Lisboa en que irá por Capitán un Acuña con 80-100 de cav[all]os i 300 p[eone]s según dicen. Créese hacerse con ayuda del rei i q[ue] va al río de la plata. Hablé sobre ello al Rei", continuaba, "i res[pondió] q[ue] no iva con 400 leg[ua]s al Río de la Plata sino a uno de aq[uello]s rep[artimien]tos que havía hecho en el Brasil. Que no havía de consentir cosa en perjuicio del Em[perad]or. Pero añadió se maravillaua q[ue] en Sevilla se hiciese armada para el Río de la plata q[ue] era de su demarcación i se havía 1ro. descubierto por un Portugués. Dige q[ue] le havían informado mal, q[ue] aquello era sin disputa de V.M.".

"A mi me da q[ue]" agrega al Emperador, "el q[ue] los q[ue] fueron al Brasil no llevan sino gente para poblar i otras cosas para vivir pacíf[icamen]te y estas llevan gente de guerra i oigo a alg[uno]s q[ue] ivan con pensamiento de ir descubriendo por t[ier]ra hasta dar por la otra p[ar]te en la del Perú. Yo creo a S.A. pero lo seguro es q[ue] el armada q[ue] está en Sevilla para el Río de la Plata parte qu[an]to antes. Esta de aquí dicen podrá partir dentro de 2 m[ese]s".(22)

Ya en 1518, el Licenciado Alonso Zuazo, había escrito al Emperador desde la isla de Santo Domingo, advirtiéndole sobre los avances de Portugal más allá de la famosa línea divisoria que no se había trazado y no se trazaría jamás.

"Sábese la conces[io]n", decía, "del Papa Alex[andr]o: la

división del mundo como una naranja entre el R. de Portugal i los aguelos de V.M. por ciertas lín[e]as imag[inaria]s q[ue] no se han tirado por q[ue] aunq[ue] embiaron ciertos pilotos para hacer esta demarcac[i]on e asentar estas líneas e puntos donde avían destar, como esta sea div[isi]on de long[itude]s en q[ue] los Pilotos ning[un]a cosa saben ni alcanzan, no pudieron hacer cosa cierta i ansí se bolv[ier]on sin hacer ning[un]a cosa".

El Licenciado Zuazo, aunque su "principal facultad" eran las leyes que había estudiado en la Universidad de Salamanca y en el Colegio de Valladolid que fundara el Cardenal don Pedro Gonzalo de Mendoza, simultáneamente se había dedicado a estudiar la "Comp[osici]ón e imagen del m[un]do como está formado a q[ue] llaman Cosmografía, e las prov[incia]s, gentes e cort[e]s q[ue] hai de gr[andísi]ma diversid[a]d e admi[raci]on q[ue] llaman Geogr[afía]".

Refiriéndose al problema de la demarcación, le advertía al Emperador que de acuerdo a sus cálculos y mediciones, verificados por un piloto que mandó a su costa al Cabo de San Agustín, los portugueses habían sobrepasado con exceso el límite que les señalara el Papa Alejandro.

"Echando yo las líneas", dice, "hallo ser V.M. mui agraviado en las tierras firmes del Brasil del cabo de S. Agustín q[ua]ndo más pueden tocar al R. de Portugal 30 leguas, e posee más de 200, de do le vienen al año más de 2.000 ducados en brasil i esclavos. Yo para asegurarme envié a mi costa a d[ic]ho Cabo: halla estar errada su situación en las cartas más de 130 leguas más de lo q[ue] deve a levante".(23)

Mientras a partir de la muerte de Solís hasta la llegada en 1526 de Caboto no se había visto en el Río de la Plata un solo barco de España, los portugueses, desde sus factorías instaladas en la costa del Brasil, llegaban tierra adentro hasta el río Paraguay, aunque la hostilidad de los indios les había impedido instalarse en ellas. El Dr. don

Cosme Bueno, Catedrático de Prima de Matemática y Cosmógrafo de los reinos de España, en una descripción del Obispado de Buenos Aires que escribe en Lima en 1776, dice que los portugueses que habían entrado desde la costa del Atlántico "hasta el río Paraguay", no dejaron ninguna población, "porque los indios defendieron sus tierras matando ya de traición ya a fuerza abierta a los más de ellos"(24).

Estas contínuas invasiones portuguesas, y en especial la de Lope de Sousa, hacia la jurisdicción de la Provincia del Río de la Plata, movilizó los resortes diplomáticos de las dos coronas.

El 27 de mayo de 1531, el Emperador envió desde Evora al Consejo de Indias el texto del requerimiento al Rey de Portugal afirmando los derechos de España al río que descubriera Juan Díaz de Solís hacia donde había ido, como a posesión española, Diego García con gente armada con el mismo destino que llevara anteriormente, en 1526, Sebastián Caboto. Estas dos expediciones, decía el requerimiento, habían permanecido allí durante tres años contínuos "i más en los Ríos de la Plata, de Paraguay y Paraná i las t[ie]rras adentro poseyéndolo todo por S.M. i izieron una fort[ale]za i se vinieron por falta de gente i vituallas con intento que S.M. enviara nueva armada".

Por estos fundamentos se requería al rey lusitano que "no enbie a d[ic]hos rios ni sus t[ie]rras, i mande a todos sus subditos no entren en d[ic]has t[ie]rras y Rios i si huvieren entrado se salgan i dejen para S.M. lo q[ue] allí huvieren hauido por rescate o en otra forma"(25).

El embajador portugués en España, don Alvaro Mendes de Vasconcelos, que para el mejor cumplimiento de su misión contaba con la simpatía de la Emperatriz, hermana del Rey de Portugal, celebra con ésta frecuentes entrevistas que no tarda en comunicarlas a su rey.

Desde Medina del Campo le escribe el 24 de octubre de 1531, sobre las reacciones provocadas por la expedición de Lope de Sousa, y las incidencias relacionadas con el requerimiento cuyo texto se había sometido a la conside-

ración del Consejo de Indias. Después de aprobado por el Consejo, Vasconcelos propuso a la Emperatriz que se estudiara imparcialmente el problema relacionado con la conquista del Río de la Plata de acuerdo a las capitulaciones celebradas por el Rey Don Juan de Portugal y los Reyes Católicos, abuelos del Emperador.

En esa misma carta daba cuenta sobre esos que corrían en la corte española sobre los tesoros que Lope de Sousa había enviado a Lisboa. "Aquí se ha dicho", escribe Vasconcelos, "que Martín Alfonso [de Sousa] envió ya del río oro i plata y desbarató allá en una isla un navío de castellanos" y que con motivo de verificar la certeza de estas noticias, España había enviado a Portugal una misión con el aparente propósito de enterarse del estado de salud del rey y del infante don Luis.

El embajador portugués, hombre activo y hábil, no se daba reposo ni dejaba de aprovechar cualquier circunstancia para deslizar una frase intencionada en sus pláticas con la Emperatriz, que parecería actuar como "b[uen]a paisana", según una de esas cartas al rey. Como en cierta ocasión no había tenido oportunidad de enterarse de la s informaciones que enviara sobre estos asuntos desde Lisboa el embajador español Lope Hurtado de Mendoza, prometió enterarse de ello más adelante: "La resp[ues]ta q[ue] dio Lope Hurtado de Mendoza", escribe, "aun no la se i haré por saberlo"(26).

A propósito de la aprobación prestada por el Consejo de Indias al requerimiento propuesto por Carlos V, Vasconcelos asegura a su Rey que la Emperatriz no solo le manifestó su desagrado y molestia con respecto a la actitud del Consejo, sino que prometió enterarlo del texto del requerimiento antes que se enviara a Portugal.

La actuación del embajador portugués fue sin duda eficaz. Por la misma Emperatriz, "su buena paisana", logró y no tardó en comunicarlo a su rey, que en vez de enviar el requerimiento, se daría instrucciones al embajador español en Lisboa para que formulara una reclamación en los términos más suaves posibles sobre la justicia que

asistía al Emperador sobre sus dominios en el Río de la Plata. Por su parte, Vasconcelos, aseguró a la Emperatriz, que el Rey de Portugal había ordenado a Lope de Sousa que mantuviera amistad con los españoles y que se abstuviera de discutir con ellos el problema de la posesión del Río de la Plata(27).

D. Luis Sarmiento de Mendoza, embajador de España en Portugal, el 5 de febrero de 1554 da una voz de alerta: al mando de Antonio Lourero salía otra expedición con rumbo al Brasil "con muchos casados para problar i otra gente para descubrir"; y teme, "agrega, sea en nuestros límites".

Desde Valladolid el 9 de marzo, el Príncipe da instrucciones para que prevenga al Rey de Portugal sobre estos temores. Pero la armada al mando de Lourero ya había zarpado, mientras don Luis de Melo preparaba otra expedición formada por 300 hombres, de los cuales 50 ó 60 eran de a caballo, aunque tanto el rey como la reina aseguraban al embajador español que no entrarían dentro de la demarcación correspondiente a España, pues los portugueses cumplirían con lo que no cumplían los españoles que habían poblado en la mitad de la tierra correspondiente a Portugal, con lo cual aludían a la fundación de Asunción.

A esta alusión contestó el Rey de España por intermedio de su embajador, que Asunción se había poblado por capitanes españoles hacía más de cuarenta años y que españoles eran los que anteriormente descubrieron el Río de la Plata, donde hubo varios gobernadores españoles y hacia donde se habían enviado navíos para proveerlos además de la armada que en Sevilla se aprontaba para socorrer a más de 600 vecinos españoles que vivían en Asunción.

El 26 de junio del mismo año, don Luis Sarmiento de Mendoza informa nuevamente que la expedición de Melo ya había salido, y aunque había visto por sus propios ojos

las instrucciones impartidas por el Rey de Portugal a esa expedición, por las cuales le prohibía entrar a los dominios españoles, mucho se temía de que eso no ocurriera porque el rey portugués insistía en que "el p[uebl]o de Asunción i todo el rio de la plata entrava en sus límites".

Otras expediciones españolas

Martín de Orué y el Río de la Plata - Urgencia de conquistar el Río de la Plata por parte de España - Pilotos y cosmógrafos portugueses - Alvar Nuñez Cabeza de Vaca - Don Juan de Sanabria - La expedición de mujeres.

Mientras los portugueses afianzaban su dominio sobre el Brasil y no perdían ocasión para sostener sus derechos a la conquista del Río de la Plata, Martín de Orué clamaba insistentemente para que se enviaran expediciones con el fin de asegurar para España la posesión de las tierras donde había fracasado el intento de don Pedro de Mendoza. A sus instancias varias veces hubo carabelas o naos que en el puerto de Sevilla "se aviaron y se desaviaron", hasta que en 1555 se armaron una nao y varios bergantines con cantidad de gente y suficientes armas aun para venderlas en aquellas regiones en nombre del Rey. El mismo Martín Orué iría como capitán y trataría de lograr que luego de cinco o seis meses de su partida fueran con el mismo destino dos carabelas con mercaderías y alguna gente experta en oficios e industrias, especialmente maestros de ingenios de azúcar y que a su regreso a España llevaran semillas y plantas indígenas y dieran a la vez "razón del estado en que se hallaba la tierra"(28).

Urgía sin duda que España afianzara su conquista del Río de la Plata permanentemente amenazado por las ambiciones de Portugal. Al margen de un manuscrito que contiene una "Relación" del viaje que hizo desde el Río de

la Plata don Francisco de Vergara, se encuentra la anotación siguiente: "descubrirla y tomar posesión de ella antes que los portugueses lo hagan que ya lo comienzan a pintar en sus cartas y demarcaçión y según refiere Pero díaz en fernambuco se hazía [una expedición] para este descubrimiento y el padre m[art]yn goncalez afirma q[ue] le hablaron de ello en portugal y en la [isla] tercera"(29).

Si Portugal sostenía su prioridad en el descubrimiento del Río de la Plata, España, que lo negaba desde luego, afirmaba por su parte que antes que los portugueses llegaran a la costa del Brasil, los españoles la habían descubierto con Vicente Yañez Pinzón, que al fondear en el Cabo de San Agustín, que llamó Cabo de la Consolación, levantó allí las armas de Castilla para entrar luego, el 1° de enero de 1501 al Río de Janeiro. Por otra parte se alegaba recordando la expedición de Alejo García que a través del Brasil había llegado hasta las sierras del Perú, y por último el viaje de Juan Díaz de Solís que en 1515 al entrar al Río de la Plata había ratificado la toma de posesión de estas tierras en nombre de la Corona de Castilla.

Pero todas estas discusiones que a veces trascendían en las actuaciones diplomáticas, se trataban de resolver más práctica y directamente, con sucesivas expediciones que alternativamente mandaban España y Portugal, tratando de enrolar en ellas a gente experta, sin tener miramientos a su patria de origen si lograban quebrara la lealtad a su rey con dádivas o promesas de honores.

Juan Bautista Gesio, filósofo, matemático y cosmógrafo italiano al servicio de Felipe II, que vivió en Sevilla y realizó varios viajes a las Indias Occidentales, que en 1579 había presentado al Rey un proyecto de fortificación del Estrecho de Magallanes, en ese mismo año dirigió una carta a Felipe II en favor de un cosmógrafo portugués, Luis Jorge, con quien tuvo alguna relación en ocasión del viaje que había hecho a Lisboa en compañía del embajador español don Juan de Borja. En esas circunstancias el cosmógrafo lusitano le había descubierto muchos secretos, facilitando papeles importantes y mapas y "roteros anti-

guos que hazen mucho a este negocio" de la famosa demarcación. La amistad que fue naciendo entre el cosmógrafo portugués y el italiano, hizo que aquel no solo le informara diariamente y "daua auiso de lo que pretendían hazer los Portugheses en Indias" en perjuicio de España, sino también "de la falsificación que se hazia en Lisboa de los rotteros y relaciones nuebas que venían".

Don Juan de Borja que había comprobado asimismo que este cosmógrafo portugués era "hábil en la geografía y en hazzer mapas y pintar prouincias", por la utilidad que podía prestar a Felipe II le escribió al Presidente don Juan Ovando recomendándole que lo ganara para la causa de España y lograra atraerlo hacia la Corte.

Don Sebastián, el Rey de Portugal, que supo de estos amaños y cabildeos diplomáticos, mandó prender a su cosmógrafo que ya iba en viaje con rumbo a Castilla y desde el puerto de Olivenza con "grillos le hiceron volver a Lisboa donde le tuvieron preso dos años con intención de justiciarle". Por último, como le dejaron en libertad "con gran cautel ay amenazas", y como estuviera dispuesto a entrar al servicio de España, en un viaje que Gesio hizo a Lisboa le llevó a Madrid, en donde dice en una carta, "téngole en mi casa y dole de comer"(30).

Los mismos procedimientos usaba la corona de Portugal. Un eclesiástico, el P. Martín González que había vivido mucho tiempo en el Río de la Plata, donde le respetaban los mestizos y los indios del Paraguay, "a causa de ser muy conocido dellos y ser lengua de la que ellos hablan", pedía pasar al servicio de Portugal si no se le favorecía y ayudaba en España. Por lo tanto convenía "tenerlo en seruy[ci]o de su m[a]g[esta]d y fauorecerle por q[ue] el da a entender y otros lo dizen que si quisiese pasarse a portugal para hallarse en el descubrimiento de las prouincias del dorado por el brasil le estymarían en mucho"(31).

En 1540 embarca en Cádiz el segundo Adelantado Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Al llegar a la costa del Brasil se entera de la destrucción de Buenos Aires y de la fundación de Asunción y emprende la travesía por tierra. Asume el

gobierno en el Paraguay y un motín le destituye y le vuelve preso a España.

El tercer Adelantado don Juan de Sanabria muere en 1547 antes de que pudiera zarpar con su armada, en el mismo año en que firma la Capitulación, pero su mujer doña Mencia Calderón se pone al frente de ella. La siguen cincuenta mujeres entre solteras y casadas acompañadas por el Capitán Juan de Zalazar, que había fundado el fuerte en el Paraguay donde luego Irala fundara Asunción y que volviera a España con motivo de la prisión de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca de donde regresa con el cargo de Tesorero y Regidor. Al llegar a la costa del Brasil escribe una larga carta al Príncipe narrándole las desventuras pasadas en la travesía. En la capitanía portuguesa donde le capitán Antonio de Olivera había sido puesto por Martín Affonso de Sousa, como se enterara de que desde allí "se trataban por tierra con Asunción", decidió hacer ese mismo camino para llegar a su destino. En estas circunstancias llegó Tomé de Sousa, gobernador de la costa del Brasil, con cinco naos de armada e informado de los trabajos en que se encontraba esta extraordinaria expedición de mujeres, "doliéndole mucho mandó aposentar i honrar estas señoras y proveyó como nadie pasase necesidad hasta tener respuesta de su Rei, pero entretanto cerró el camino y puso graves penas que no saliésemos", dice doña Mencia. Con este pretexto, el gobernador las tenía presas con el fin de evitar que llegaran al Río de la Plata en el cual tenía puestas todas sus miras; pero el Capitán Zalazar se apresuró a pedir auxilio a España: "Suplico", decía en una carta al Príncipe, "se provea remedio i no quedemos aquí do lo más son malhechores desterrados de Portugal" (32).

Portugal en 1584 ya había enviado a la isla de Santa Catalina, donde hacía mucho tiempo que no llegaban españoles, a un emisario para que apercibiera a los indios advirtiéndoles que llegarían barcos españoles y que deberían resguardarse porque les harían mucho daño y les llevarían todos sus "bastimentos"; aunque habían sido los

portugueses quienes habían despoblado la isla y diez leguas a la redonda, llevando esclavos para los ingenios de azúcar que había establecido en el litoral de Brasil(33).

Entre tanto el gobernador Tomé de Sousa, el 1° de enero de ese mismo año había escrito al Rey de Portugal comunicándole la llegada de esta expedición, que en viaje al Río de la Plata se había perdido "donde llaman el río de los Patos" salvándose solo sesenta personas, "casi la mitad mugeres" y entre ellas "la muger del gobernador que había muerto y sus hijas y parientes y nueve o diez hidalgos"; y le daba noticias además sobre Asunción situada "por el Río de la Plata arriba trescientas leguas de la banda del norte población grande de Castellanos de la gente que trajo don Pedro de Mendoza", decía y agregaba reafirmando los pretendidos derechos de Portugal sobre el Paraguay: "aquí pensamos todos que está en la demarcación de V.A."(34).

Pero esta extraordinaria expedición de mujeres españolas que por último llegó a Asunción a través del Brasil, vino al final, a conquistar a los conquistadores, y a formar con ellos en el Paraguay, hogares constituídos como los de España, de donde nacieron hombres ilustres como el Obispo Trejo y Sanabria, fundador de la Universidad de Córdoba del Tucumán y Hernandarias de Saavedra, magnífico gobernador criollo del Río de la Plata.

Jaime Resquín: la Provincia de Sancti Spíritus

La capitulación de Jaime Resquín - Resquín y su proyecto de fundación de una ciudad en la zona de Sancti Spíritus - Desastre de su expedición - La provincia de Sancti Spíritus.

Jaime Resquín, vecino de Valencia, hijo de un mercader de holgado patrimonio, volvió desde Asunción agraviado por el reparto de tierras que hizo Irala, y pidió al rey, en

mérito de sus servicios en la conquista del Río de la Plata, la gobernación de San Francisco, en Mbiaça, Sancti Spíritus y San Gabriel, dando a la vez una minuciosa relación de lo que importaría afianzar la conquista en esa gobernación, pues no solo se trataría fácilmente con el Perú, sino que se impediría que los portugueses se apoderaran de la tierra "como convenía a S.M. i acrecentamiento de su real corona", decía. Y como de esta tierra el rey tenía pocas noticias "por la poca contratación della i como la tierra estaba tan infame" el rey capituló con él y le hizo Gobernador y Capitán General. De acuerdo con esa Capitulación, Resquín se comprometía a levantar en su gobernación cuatro pueblos en el término de cuatro años, con cien vecinos por lo menos cada uno de ellos. Se obligaba a construir dos fortalezas, una en San Francisco y otra en San Gabriel; a traer lo necesario para establecer tres ingenios de azúcar y a traer doce frailes franciscanos y diez clérigos.

Según la Capitulación firmada en Valladolid el 30 de diciembre de 1557, fundaría la primera población en la costa del Brasil, "dentro de nuestra demarcación, en la parte que dizen de Sant Francisco", el segundo a 30 leguas hacia el Río de la Plata, "donde Dizen Viazá que por otro nombre se llama puerto de los patos"; el tercero "entrando en el río de la plata"... "donde dizen San Gabriel" y el último, en tierras de la actual provincia de Santa Fe, en el sitio en que fundara su fuerte Caboto, donde "Dizen Santi Spíritus".

El Rey, por su parte, le impone la obligación de construir un fuerte para seguridad de los pobladores: "Ytem elegido el sitio donde se ha de poblar el d[ic]ho pueblo ordenareys que luego se haga una casa grande y fuerte donde se puedan recojer los pobladores y tener sus bastimentos y ganados. Si los naturales los quisieren ofender y que esto hecho edifiquen luego sus casas de modo que tengan alguna manera de fuerça"(35).

Con estos proyectos partió Resquín de España en 1559. Pero la organización de la expedición que había pasado por

contrariedades y dificultades de todo género, tuvo un final desgraciado: en vez de arribar al Río de la Plata llegó a Santo Domingo, toda maltrecha y con la tripulación agraviada y revuelta, y mientras a Resquín se le veía en la isla andar solo "como el mas vago hombre del armada que era lástima havelle conocido tan señor y bello, tan avatido"(36).

Después de volver a España desde Santo Domingo, Resquín tuvo ánimo todavía para interceder por sus viejos compañeros de Asunción y presentar además al Consejo de Indias, memoriales pidiendo apoyo y auxilio para el Río de la Plata patrocinando vivamente el proyecto de Ortíz de Zárate que en esa ocasión gestionaba en la Corte su título de Adelantado del Río de la Plata.

En un "discurso" que dirigió al Rey "sobre la población y fortificación del Río de la Plata y el Puerto de San Francisco en el Brasil", en 1553, indicaba, como uno de los lugares más a propósito para fundar una ciudad la desembocadura del Carcarañá en el Paraná, antiguo asiento del fuerte de Sancti Spíritus, fundado por Caboto, dando las razones siguientes:

"En el Río de la Plata ya consta a vuestra majestad por el asiento y Capitulación que vuestra Majestad mandó tomar conmigo el año de 1552, año que se habían de poblar dos Pueblos, el uno en Sant Gabriel que es dentro del río de la Plata, sesenta leguas el río adentro a donde llegan las naves... y sesenta leguas el rrio arriba deste Puerto, a la parte de Chile, en el mismo río Grande, en donde entra el río Carcarañá, que viene de hacia Tucumán, está el asiento de Caboto, adonde se ha de poblar en el mismo asiento el pueblo de Santo Espíritus, si vuestra Majestad será servida teniendo verdadera relación como ello es, si podrá tener por este pueblo el Comercio camino para Tucumán que está deste asiento ciento cincuenta leguas por aquí y por tierra, y de Tucumán a las charcas hay menos de cien leguas y del dicho pueblo de Tucumán a Chile, otras tantas poco más o menos, y con este comercio se poblaría la tierra de muchos pueblos de españoles y se

acabaría de descubrir toda la Provincia del estrecho de Magallanes, de donde se seguiría muy gran servicio a Dios Nuestro Señor y a Vuestra Majestad y este puerto no es menos travajoso de poblar y conservar que Sant Gabriel, aunque para adelante el mejor camino y mas descansado y mas sano de toda la tierra ha de ser estos puertos y si Vuestra Majestad será servida mandar al gobernador hallanar a Tucumán es mas fácil de hacer que el río de la Plata y por este asiento sin costa de la hacienda de Vuestra Majestad y sin inquietar las Provincias de las Charcas de haber de juntar gente y de Tucumán se podrán traher mas fácilmente ganados para los que poblaran en Sancti Spíritus hasta la ciudad de Asunción hasta que haya más gente. Al presente no hay para que edificar otro pueblo salvo de dicha ciudad"(37).

Provincia de Sancti Spíritus, es el nombre que se daba a la margen derecha del Paraná desde el actual Río de la Plata río arriba hacia Asunción. El Tesorero Hernando de Montalvo dice que está "la provincia santispíritus en sesenta leguas del puerto de buenos ayres"; y en un documento posterior nos dice que media ciento cincuenta y cuatro leguas de largo desde la ciudad de Santa Fe hasta el mar: "Aquy en esta provincia de santispíritus y puerto de buenos ayres que es y se entiende desde la ciudad de Sta fe hasta la mar qe son como ciento cincuenta y cuatro legs de largo"(38).

La malograda expedición de Jaime Resquín, según Eduardo Konetzke, respondía "a la necesidad de detener a los portugueses en su marcha hacia el sur del Brasil".

Pero la conquista definitiva del Río de la Plata se hizo desde el corazón de América: Asunción del Paraguay, fundándose primero la ciudad de Santa Fe a la margen derecha del Paraná en la provincia de Sancti Spíritus, por Juan de Garay, en nombre del nuevo Adelantado Juan Ortíz de Zárate en cuya Capitulación se le mandaba poblar "dos pueblos de españoles allende de los questan aora poblados Los quales haréis entre el distrito de la ciudad de la plata y el de la ciudad de Asunción donde mas

convenga y con la poblaçión de españoles que convenga según la disposiçión y aprovechamiento de la tierra para sus aprovechamientos y entretenimientos y para la necesidad de su comercio y contratación de una tierra a otra y para su defensa y otro pueblo en la entrada del río en el puerto que llaman de San Miguel o buenos ayres"(39).

La última capitulación

Los Adelantados del Río de la Plata - La capitulación con Ortíz de Zárate - Santa Fe y las puertas de la tierra.

Los Adelantados del Río de la Plata parecían perseguidos por un hado aciago y fatal.

El primero, don Pedro de Mendoza, muere en el mar, pobre y enfermo, después de abandonar la conquista en medio del hambre, la desesperación y la peste.

El segundo, Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, termina a poco andar, con un par de grillos devuelto a España por los hombres de Asunción. El tercero, don Juan de Sanabria, muere antes de emprender el viaje al Río de la Plata. El cuarto, Jaime Resquín, se pierde en el mar y recala con su expedición sublevada en la isla de Santo Domingo sin haber pisado la ansiada tierra que venía a conquistar. Con estos antecedentes de mal augurio, hubo otro aspirante al título de Adelantado del Río de la Plata, Juan Ortíz de Zárate, con quien el Rey firma la última capitulación relacionada con la conquista del Río de la Plata el 10 de julio de 1569.

Ortíz de Zárate no es un criado y gentilhombre de la Casa Real como don Pedro de Mendoza. Es un "vezino de la ciudad de la Plata de las Charcas que es en el Reyno del Perú", dice la capitulación, que ofrece llevar a la gobernación que se le adjudicara, "quinientos hombres españoles de todo jénero de oficios y labradores que cultiven y

labren la tierra y los otros trescientos hombres que sean para la guerra y conquista de la tierra". Los casados llevarían sus mujeres e hijos y los solteros serían "útiles para la conquista y población y sustentación y defensa de la dicha tierra".

Ortíz de Zárate, hombre rico, tiene algunas minas en el Perú y además gran cantidad de ganado en la Provincia de las Charcas y el Valle de Tarija, de donde se compromete a llevar al Río de la Plata "cuatro mil vacas de Castilla y cuatro mil ovejas de Castilla y hasta quinientas cabras y más trescientas yeguas y caballos para la conquista y población y defensa de la tierra" y arriarlos desde "la ciudad de la Plata hasta la ciudad de Asunción" y gastar además de su propio peculio hasta la suma de "veinte mil ducados de oro", con el fin de sostener aquellas "provincias y tierra".

En remuneración de sus servicios se le otorgaban las mercedes siguientes:

a) El título de Gobernador y Capitán General y Adelantado del Río de la Plata en todo lo descubierto y que se descubra en adelante, dentro de la demarcación establecida por Carlos V en favor de don Pedro de Mendoza, con el mismo salario y quitación durante toda su vida y la del hijo varón que nombrare o de quien dispusiere que le suceda.

b) Facultad para repartir encomiendas para sí o por medio de sus lugartenientes, por dos vidas, en los pueblos ya fundados, y por tres en los que se fundaren.

c) Concederle el título de Alguacil Mayor en toda la Gobernación que heredará su sucesor, con la facultad expresa de nombrar alguaciles mayores en los pueblos fundados y a fundar y de removerles y nombrarles reemplazantes.

d) Facultarle para construir y sustentar a su costa, tres fortalezas de piedra con ciento cincuenta mil maravedís de salario de quitación por año, de los frutos

de la tierra.

e) Señalarse a sí mismo un repartimiento de indios, repartir tierras y estancias para sí y sus hijos legítimos y naturales, marcar y quintar los metales de oro y plata; dictar las ordenanzas que estimare convenientes para el buen gobierno de la tierra dentro de las normas establecidas y nombrar oficiales, corregidores y alcaldes mayores.

f) Eximir de alcabalas y almofarifazgo por veinte y diez años respectivamente; y

g) Someter a los rebeldes españoles o indios, con gente y mano armada.

En virtud de esta capitulación se le ordena fundar tres pueblos de españoles entre las ciudades de Asunción y La Plata, "y otro pueblo en la entrada del río en el puerto que llaman de San Gabriel o Buenos Aires". Asimismo se le conceden "veinte mil vasallos indios sacados de la dicha tierra", con la jurisdicción que oportunamente se le señalaré "con el título de Marqués de la dicha tierra o de algún lugar o pueblo della"(40).

El título de Marqués, con que pensaba decorar su apellido, era una dignidad "muy señalada y de gran preeminencia", dice Jerónimo de Zurita, que se daba a los presidentes y gobernadores de las provincias, pero no era un título perpetuo, "antes era oficio y cargo de gouernaçiones que muy a menudo se mandaua y tomó el nombre de lo que oy llaman en Italia Marca"(41).

En esta última capitulación no se habla de conquistar islas ni de cobrar en oro, plata, perlas y piedras preciosas el rescate de los señores de ellas y de las otras comarcas a conquistar; pero sí de fundar pueblos, de traer ganado, y de lograr que vengan hombres "de todo género de oficios y labradores que cultiven y labren la tierra".

La conquista criolla

Pero Ortíz de Zárate no se libró del hado fatal que parecía perseguir a los Adelantados del Río de la Plata. Al llegar a las puertas de lo que serían sus dominios, lo asedian los indios charruas y está a punto de perecer de hambre cuando viene en su auxilio y le salva un vasco, Juan de Garay, que estaba fundando una ciudad, Santa Fe, a la margen derecha del Paraná con un puñado de criollos que le seguían desde Asunción, para "abrir puertas a la tierra". Con él sube hasta el Paraguay, donde muere al poco tiempo. Pero el mismo Garay baja nuevamente por el Paraná con otro puñado de "mancebos de la tierra" y funda Buenos Aires, asegurando así para España, la conquista definitiva -una conquista criolla- de los vastos y codiciados dominios del Río de la Plata(42).

CITAS BIBLIOGRAFICAS

(1) Cfr. **Capitulación...**; en "Documentos Históricos y Geográficos relativos a la Conquista y Colonización Rioplatense. Tomo Segundo. Expedición de don Pedro de Mendoza. Establecimiento y despoblación de Buenos Aires. 1530-1572. Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires. 1536-1936". Buenos Aires. Talleres S.A. Jacobo Peuser Ltda. 1941.

(2) Cfr. **Instrucciones...**; en ob. cit. pgs. 83, 89 y 125.

(3) La Capitulación celebrada entre el Rey de Portugal y los Reyes Católicos contenía las cláusulas siguientes:
a) A 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde, se trazará una línea de N. a S., y todo lo que estuviere al E. de esa línea desde el N. al S. correspondería a Portugal y a España lo que estuviese al O.
b) A fin de demarcar esa línea, enviarían respectivamente, una o dos carabelas con "marineros, Astrólogos y Pilotos" que se reunirían en la Gran Canaria dentro de los diez meses siguientes, para marchar juntos a las islas de Cabo Verde; pero los españoles navegarían en las naves portuguesas y los portugueses en las españolas. Medidas las 370 leguas "se hará señal que convenga por grados de Sol o Norte, por singladuras de leguas, o si se hallase tierra poniendo una torre u otras señales a lo largo de dicha meridiana", y desde luego levantándose las actas correspondientes ante los escribanos y los testigos de rigor. Las naves castellanas podrían navegar libremente por los mares al E. de la línea pero sin desviarse, salvo en casos de tormenta, de sus ordinarias derrotas. Si hasta el 20 de junio de 1494, año en que se firma la capitulación, las naves de Castilla hallaren tierra firme o islas dentro de las 370 leguas, si están a 250 leguas de Cabo Verde pertenecerán a Portugal y a España si estuviesen dentro de las 120 leguas restantes. Una cédula de los Reyes Católicos firmada en Madrid el 7 de Mayo de 1495, amplía el término de diez meses establecidos para la reunión de los peritos en la Gran Canaria (Colección Muñoz, Indias. 1492-1516. T.75. Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Sig. 9.26.3/4837).

(4) **Basilio de Magalhanes:** "Expansao Geographica do Brasil até fins do seculo XVII"; en "Revista do Instituto Geographico Brasileiro". Tomo especial consagrado a o Primeiro Congreso do Historia Nacional (7-16 de setiembre de 1914). Parte Segunda. Río de Janeiro 1915. p.30.

(5) **Glovis Bevilaqua:** "As capitanias hereditarias parente o tratado de Tordesillas"; en "Revista do Instituto Histórico Geographico Brasileiro". T. cit. p.15.

(6) **José Luis Baptista:** "Historia das entradas y determinaçao das areas que exploraron". Ibídem. p.179.

(7) **Jaime Cortesao:** "Los portugueses"; en "Historia de América" dirigida por Antonio Ballesteros Beretta. Salvat. S.A. Barcelona. Buenos Aires. 1947. T.III.

(8) "Sobre la conces^{on} del Papa Alex^{o} la división del mundo como una naranja entre el R. de Port^{o} i los aguelos de V.M. por ciertas lin^{as} imag^{s} q no se han tirado por q aunq embiaron ciertos pilotos para hacer esta demarcac^{on} i asentar estas líneas o punto donde havían destar, como esta sea div^{on} de lon^{s} en q los pilotos ning^{a} cosa saben ni alcanzan, no pudieron hacer cosa cierta, i ansí se bolv^{on} sin hacer ning^{a} cosa.
"Echando yo las líneas hallo ser V.M. mui agraviado en las tierras firmes del Brasil, del cabo de S. Agustín a^{ndo} mas pueden tocar al R. de Port^{l} 30 leguas, e posee mas de 200 de do le vienen al año mas de 200 ducados en Brasil i esclavos. Yo para asegurarme embié un piloto a mi costa a dho Cabo i hallo estar errada su situación en las cartas mas de 130 leguas de lo q deve a Levante" (Cfr. Colección Muñoz. Indias. 1517-1523. T.76. Sig. 9.26.3/4838; en Real Academia de la Historia).

(9) **Ibídem:** "Carta de Magallanes".

(10) **Ibídem.**

(11) **Ibídem.**

(12) **Pedro Lope de Sousa:** "Naveguaçam que fez... no descobrimiento da costa do Brasil militando na capitania de Martín Al^{o} de Souza seu irmao; na era da encarnaçam de 1530", en "Revista Trimestral do Instituto Histórico Geographico do Brasil". T.XXIV. Río de Janeiro, 1861.

(13) **Real Academia de la Historia de Madrid:** Requerimiento q' el emperador envió al Consejo de Indias para que se hiciera al Rey de Portugal. Evora. 27 de mayo de 1531.

(14) **Ibídem.**

(15) **José M. Ots y Capdequí:** "Instituciones". Salvat Editores S.A. Barcelona, Madrid, Buenos Aires, México, Caracas, Bogotá, Río de Janeiro, 1958, p.9.

(16) Cfr. **Silvio Zavala:** "Estudios de Indias". México D.F., 1943, Cit. por Ots y Capdequí en Ob. cit.

(17) **Ernesto Mayer:** "Historia de las Instituciones Sociales y Políticas de España y Portugal durante los siglos V a XIV". T.II. Publicación del Anuario del Derecho Español. Madrid, 1926. Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas. Centro de Estudios Históricos. p.213.

(18) **Henrique Florez:** "España Sagrada. Theatro Geographico Histórico de la Iglesia de España. Origen, divisiones y límites de todas sus provincias. Antigüedad, Traslaciones y estado antiguo y presente de sus Sillas, con varias disertaciones críticas". Su autor el R.P. Mtro. Fr.... del Orden de San Agustín. En Madrid. En la oficina de Antonio Marín. Año de MDCCLXXI, Tomo XXVI. p.54.

(19) Ob. cit. p.186.

(20) **Ibídem:** p.190.

(21) **Ibídem:** p.195.

(22) **Colección Muñoz.** Indias 1534-1536. T.80; en Real Academia de la Historia de Madrid. Sig. 9.26.3/4842.

(23) Colec. cit. 1517-1523. T.76. Sig. 9.26.3/4838.

(24) **Dr. Don Cosme Bueno:** "Descripción de algunas Provincias y Obispados de América"; en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Sig. 9.29.4/5907.

(25) Requerimiento q[ue] el Emperador envió al Consejo de Indias para que se hiciera al Rey de Portugal. Evora. 27 de mayo de 1531; en **Colección Muñoz.** Indias. 1531-1533. T.79. Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Sig. A/106.

(26) **Ibídem.**

(27) **Ibídem:** Carta del Embajador al Rey de Portugal fechada en Medina del Campo.

(28) **Ibídem:** T.87. Sig. A/114.

(29) **Ibídem:** T.88. Sig. A/115.

(30) "Carta a Felipe II autógrafa, de Juan Bautista Gesio a Felipe II fechada en Madrid en 1579"; en Biblioteca de El Escorial. Códice L-I-12 f. 251. En esta misma Biblioteca se conserva el Códice P-I-20, encuadernado en pergamino, 240 fs. S.XVI que contiene una carta autógrafa a Felipe II de 1578, sobre sus derechos al trono de Portugal; los medios que propone para la conquista de Portugal por España; un legajo compuesto por minutas y borradores de sus cartas a Felipe II fechadas todas en Madrid. En una de estas cartas se lamenta de que Felipe hubiera mandado salir de Portugal a Antonio Perez cuando más falta hacía su presencia en Lisboa. En los tres últimos legajos que integran este Códice, se encuentran los medios que propone a Felipe II para la defensa de la costa de Africa, los borradores de las cartas escritas al mismo rey desde Portugal, y por último sus cuentas sobre los bastimentos de la armada de Santander para pasar a Flandes en 1567. En 1575, Gesio recomendó la adquisición de un mapa de Caboto que descubriera en la almoneda de los bienes del Presidente don Juan Ovando. "Era", dice en su carta, "un mappa antico di pergameno iluminato fato di mano di Sebastian Gaboto, Piloto magior"; y según le habían informado, además de "ésser bello et curioso será necesario se conserve questa antichitá, et anço pará Guienole alle cose che s'hanno a scrivere et fare della Cosmografía et Geografía et per ció sarabbe bene recuperarse". Por estos motivos termina pidiendo a Felipe II "que ordine quelle glisará piú seruicio, et con questo quant piu humilmente et reuerentemente posso gli bascio i piedi, de Madrid a 29 stre 75, humilíssimo et deuotísimo. Crealo Gio Battista Gescio".

(31) **Colección Muñoz.** T.89. Biblioteca de la Real Academia de la Historia de Madrid. Sig. A/116.

(32) **Loc. cit.** T.86 Sig. A/113.

(33) **Ibídem:** Cfr. Cartas fechadas en Mbiaça el 1er. de enero de 1553 y en San Vicente el 30 de junio de 1553.

(34) **Loc. cit.:** T.86. Sig. A/113.

(35) Archivo General de Indias. Sección Buenos Aires. R.I. Libro 3.

(36) **Colección Muñoz.** Indias: "Descr[s] i popl[s]". T.88 Sig. A/115.

(37) "Discurso que hizo Jaime Resquín a su Majestad sobre la población y fortificación del Río de la Plata y el Puerto de San Francisco en el Brasil" [año 1553] Colección Navarrete MSS. T.XXVIII. fs. 225. Museo Naval. Madrid. El original de este documento se encuentra

en el Archivo General de Indias de Sevilla, traído del Archivo de Simancas. Leg. 6 de Relaciones y descripciones.

(38) **Archivo General de Indias.** Charcas. Leg. 38. "Carta del Tesorero del Río de la Plata Hernando de Montalvo a S.M. refiriendo varios sucesos acaecidos en aquella Gobernación. Fecha en la ciudad de Buenos Ayres a 12 de octubre de 1585" y otra carta del 23 de agosto de 1587 respectivamente.

(39) **Archivo General de Indias.** Sevilla. Secc. Buenos Aires. 1 Lib. 4. Capitulación celebrada en Madrid el 10 de julio de 1569.

(40) **Capitulación con el Capitán Juan Ortíz de Zárate sobre la Conquista del Río de la Plata.** 19 de julio de 1569; en "Garay fundador de Buenos Aires". Documentos referentes a las fundaciones de Santa Fe y Buenos Aires, publicado por la Municipalidad de la Capital Federal. Administración del señor Intendente Dr. Arturo Gramajo. Prologado y corregido por el Dr. Enrique Ruiz Guiñazú. 1680-1915. Buenos Aires. Compañía Sud Americana de Billetes de Banco. Calle Chile 263. 1915. p.11.

(41) **Jerónimo de Curita:** "Anales de la Corona de Aragón" compuestos por... Chronista de dicho Reyno. Tomo Primero. Va añadida de nuevo en esta impresión, en el último Tomo vna apología de Ambrosio de Morales, con un parecer del Doctor Iuan Paez de Castro, todo en defensa de estos Anales. Con licencia y privilegio. Impreso en Çaragoça por Diego Dormer impresor de dicha ciudad y del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, Año MDCLXIX. A costa del Reyno. p.8.

(42) **Agustín Zapata Gollan:** "La Conquista Criolla". Edic. "El Litoral". Santa Fe, 1938.

INDICE

La Conquista Criolla
Los Precursores
La Conquista del Rio de la Plata





UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL
CENTRO DE PUBLICACIONES